

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS



DOSIER

CIENCIA Y TECNOLOGÍA EN EL MUNDO
HISPÁNICO: DEL RENACIMIENTO
A LA ILUSTRACIÓN

Coordina Juan Francisco Maura

ENTREVISTA

Antonio José Ponte

MESA REVUELTA

Ortega: pensamiento y paisaje
Carlos Gómez

CUADERNOS

HISPANOAMERICANOS

Avda. Reyes Católicos, 4
CP 28040, Madrid
T. 915838401

Director

JUAN MALPARTIDA

Administración

Magdalena Sánchez

magdalena.sanchez@aecid.es

T. 915823361

Suscripciones

María del Carmen Fernández Poyato

suscripcion.cuadernoshispanoamericanos

@aecid.es

T. 915827945

Imprime

Solana e Hijos, A. G., S. A. U.

San Alfonso, 26

CP 28917-La Fortuna, Leganés, Madrid

Depósito legal

M.3375/1958

ISSN

0011-250 X

Nipo digital

109-19-023-8

Nipo impreso

109-19-022-2

Edita

MAEC, Ministerio de Asuntos Exteriores, Unión Europea y Cooperación
AECID, Agencia Española de Cooperación Internacional
para el Desarrollo

Ministra de Asuntos Exteriores, Unión Europea y Cooperación

Arancha González Laya

Secretario de Estado de Cooperación Internacional
y para Iberoamérica

Juan Pablo de Laiglesia y González de Peredo

Directora de la Agencia Española de Cooperación Internacional
para el Desarrollo

Ana María Calvo Sastre

Director de Relaciones Culturales y Científicas

Miguel Albero Suárez

Jefe del Departamento de Cooperación y Promoción Cultural

Pablo Platas Casteleiro

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, fundada en 1948, ha sido
dirigida sucesivamente por Pedro Laín Entralgo, Luis Rosales, José
Antonio Maravall, Félix Grande, Blas Matamoro y Benjamín Prado.

Catálogo General de Publicaciones Oficiales:

<http://publicacionesoficiales.boe.es>

Los índices de la revista pueden consultarse en el HAPI (Hispanic
American Periodical Index), en la MLA Bibliography y en el catálogo
de la Biblioteca.

La revista puede consultarse en:

www.cervantesvirtual.com

www.cuadernoshispanoamericanos.com

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS



DOSIER

CIENCIA Y TECNOLOGÍA EN EL MUNDO HISPÁNICO: DEL RENACIMIENTO A LA ILUSTRACIÓN

- 4 *Juan Francisco Maura* – La ciencia hispánica (siglos xv-xvii): destejendo la calumnia
- 31 *Carlos M. Madrid Casado* – Compás, mapa y espada. La cosmografía novohispana en los siglos xvi y xvii
- 44 *María Isabel Vicente Maroto* – Alonso de Santa Cruz, el cosmógrafo real expoliado
- 64 *Pablo Roza Candás* – Ciencia y creencia en la terapéutica morisca. (El manuscrito aljamiado de la Arcadian Library)



ENTREVISTA

- 78 *Carmen de Eusebio* – Antonio José Ponte: «El único conflicto: pasar de no escribir a escribir»



MESA REVUELTA

- 90 Carlos Gómez – Ortega: pensamiento y paisaje



BIBLIOTECA

- 120 *Enrique del Risco* – De la maledicencia como una de las bellas artes
- 125 *José María Herrera* – La magia del arte
- 129 *Manuel Alberca* – La ambición literaria de Carmen Laforet
- 134 *Eduardo Laporte* – Cirugía del alma
- 139 *Michelle Roche Rodríguez* – Antonio López Ortega: Un insomne que sueña con cuentos líricos
- 143 *Juan Ángel Juristo* – Esa incisiva oscuridad
- 147 *Manuel Arias Maldonado* – Los renglones torcidos del nuevo siglo
- 151 *Fernando Castillo* – Fervor de las vanguardias
- 155 *Isabel de Armas* – Ser rey-emperador en el siglo xii





Ciencia y Tecnología en el mundo hispánico: Del Renacimiento a la Ilustración

Coordina Juan Francisco Maura

LA CIENCIA HISPÁNICA (siglos XV-XVII): destejiendo la calumnia

I. LA NEGACIÓN DE LA CIENCIA EN ESPAÑA

«Y más ahora, en que tanto se charla de la conciencia de nuestro atraso respecto a los demás pueblos cultos; ahora, en que unos cuantos atolondrados que no conocen nuestra propia historia – que está por hacer, deshaciendo antes lo que la calumnia protestante ha tejido en torno de ella– dicen que no hemos tenido ni ciencia, ni arte, ni filosofía, ni Renacimiento (éste acaso nos sobra), ni nada» (Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*. 225).

De la misma manera que la historiografía protestante y la negligencia propia han negado la presencia de la mujer española y portuguesa en las Américas, África y Asia durante los primeros años del descubrimiento, conquista, y colonización hispánica del mundo, algo parecido ha ocurrido con la aportación científica hispánica a la humanidad.¹ Jurisprudencia, cartografía, ingeniería, arquitectura, medicina, anatomía, astronomía, etnología o antropología, entre otras disciplinas científicas, fueron diseminadas por los hispanos por todo el orbe durante la Edad Media, Renacimiento y Barroco. España tuvo científicos como Miguel Servet, el gran especialista en la circulación pulmonar, quemado vivo en la hoguera en Ginebra a instigación de Juan Calvino, o Luis Vives, padre de la moderna psicología, amigo de Catalina de Aragón y Tomás Moro, este último condenado a muerte, entre otras cosas, por no aceptar el divorcio de Enrique VIII. Por su parte, las mujeres españolas del Renacimiento no sólo escribían comedias, como María de Zayas o Ana Caro, sino que también realizaban tratados científicos.

¿Por qué, vanos legisladores del mundo, atáis nuestras manos para las venganzas, imposibilitando nuestras fuerzas con vuestras

*falsas opiniones, pues nos negáis letras y armas? El alma, ¿no es la misma que la de los hombres? Pues si ella es la que da valor al cuerpo, ¿quién obliga a los nuestros a tanta cobardía? Yo aseguro que si entenderais que también había en nosotras valor y fortaleza no os burlaríais como os burláis; y así, por tenernos sujetas desde que nacemos vais enflaqueciendo nuestras fuerzas con los temores de la honra y el entendimiento con el recato de la vergüenza, dándonos por espadas ruelas y por libros almohadillas (María de Zayas y Sotomayor, *Novelas ejemplares y amorosas*, 481).*

Mujeres, por ejemplo, como Oliva Sabuco escribieron tratados científicos que nada tenían que envidiar a los realizados por otros humanistas de su tiempo.² Es más, según algunos autores, sus obras fueron plagiadas posteriormente por pensadores como el francés Renato Descartes, y los ingleses Thomas Willis y Francis Glisson:³ «Además de constituir el más preclaro antecedente de la moderna neuroquímica, la obra sabuceana invita a los médicos a tratar a sus pacientes de un modo integral, y a atender al unísono cuerpo, mente y ánima, por lo que muchos aspectos de su obra gozan de una gran modernidad y siguen siendo compatibles con el pensamiento médico y filosófico modernos» (Bustamante *et al*, 1190).

Beatriz Galindo enseñaba latín a la reina Isabel, Lucía de Medrano enseñó los clásicos en la Universidad de Salamanca y Francisca de Lebrija fue catedrática de Retórica en la Universidad de Alcalá. Juliana Morella consiguió un doctorado en la Universidad de Aviñón (Cuartero XXV). No es necesario mencionar a la novohispana sor Juana Inés de la Cruz y su insaciable curiosidad científica, que en más de una ocasión la llevó a algún roce con sus homólogos masculinos por ser, sencillamente, superior a la mayoría de sus contemporáneos.⁴

A los españoles y portugueses, por su condición de pueblo manchado de sangre semita que además ha tenido la osadía de ser el primer imperio global, a todos los niveles, no se les ha permitido incluirse en el selecto grupo de países «ilustrados», «científicos» europeos. Quizá por ser países meridionales y mediterráneos, y en cierta manera «orientales». También se ha señalado a España como el país de la «Inquisición», aunque dicha institución fuese creada mucho antes por otros países que nunca contemplaron la posibilidad de dar la opción a su población judía de permanecer en su patria si se convertían a la religión cristiana, como hicieron miles de judíos en España. Se podrá argüir que fue

mucho más cruel el edicto de expulsión de los judíos de Francia en tiempos del rey Felipe Augusto, en 1182, y posteriormente en 1306, 1321 o 1394, o el realizado en Inglaterra, por Eduardo I, en 1290, por el que se apropiaron de todos sus bienes y no contaron con la posibilidad de conversión. Lo mismo podríamos decir de las sucesivas expulsiones de judíos de Italia durante la Edad Media o de las masacres de judíos en Alemania en tiempos de las cruzadas o durante la peste negra (1346-1353), e incluso del anti-judaísmo que existía en el Islam por las mismas fechas. Entonces, ¿por qué, hasta el día de hoy, se señala siempre a España cuando se mencionan estos episodios? Tal vez se deba, en cierta forma, con la enorme importancia y arraigo que este pueblo tuvo en la península Ibérica al menos desde el tiempo de los romanos.⁵

Sin duda, la expulsión de los judíos y los moriscos, tan españoles como los que más, fue una de las decisiones más injustas y tristes de la historia de España, aunque la mayoría de los países europeos felicitasen a los Reyes Católicos por tal decisión. La amenaza de una «reconquista» turca y, por lo tanto, musulmana de la península Ibérica y de buena parte de Europa no era sólo una paranoia de la monarquía hispánica. Buena fe dieron de ello los miles de niños cristianos capturados por corsarios como Barbarroja bajo las órdenes del sultán Suleimán I en las costas españolas, italianas y griegas para el engrandecimiento del ejército otomano con sus «jenízaros».⁶ Igualmente, los cautivos españoles en las galeras turcas se contaban por miles, y viceversa, como consecuencia de los interminables enfrentamientos que ambos imperios tuvieron en el Mediterráneo. Mucho debe Europa a España por haber, si no eliminado, sí frenado ese avance e incluso no sería una exageración afirmar que parte de Europa sería hoy musulmana sin la presencia y labor de los soldados y marinos españoles en aguas mediterráneas. Por supuesto, Lutero no compartía esa opinión, a lo que el gran humanista Francisco de Vitoria respondía: «Si bien entre los católicos hay suficiente conformidad en esta materia, sin embargo, Lutero, que nada dejó por contaminar, niega ser lícito a los cristianos tomar las armas ni siquiera contra los turcos. Se funda para ello en los textos de la Sagrada Escritura ya citados y en que *si los turcos* –son sus palabras– *invaden la cristiandad, ésa es la voluntad de Dios, a la cual no es lícito resistir*» (Vitoria, *Relectio de iure belli*, 101). Se nos ha hecho pensar que los protestantes, poseedores de esa «ética de trabajo» y disciplina exclusiva de países con alto grado de raciocinio, rigor intelectual y analítico y, por qué no decirlo,

de endogamia, tienen el derecho e incluso la responsabilidad de ser los dirigentes del mundo. Algo que los países meridionales, mediterráneos, en algunos casos católicos, presuntamente supersticiosos, apasionados e irracionales nunca llegarán a lograr.⁷ Falacias creadas por aquellos agentes culturales que desde finales del Barroco han dominado la razón, la ciencia y la cultura, que hoy por hoy se escribe en inglés y hasta no hace mucho en francés. Escribe Noah Harari:

Estudiosos de las más prestigiosas universidades occidentales, que empleaban los métodos científicos ortodoxos de la época, publicaban estudios que supuestamente demostraban que los miembros de la raza blanca eran más inteligentes más éticos y más hábiles que los africanos o los indios. Políticos en Washington, Londres y Canberra daban por sentado que su tarea era impedir la adulección y degeneración de la raza blanca mediante, por ejemplo, la restricción de la inmigración procedente de China o incluso Italia a países «arios» tales como Estados Unidos y Australia (259).⁸

Sería relativamente fácil echar la culpa de todos los males de un pueblo a sus vecinos, aunque en el caso de España y Portugal tenga mucho de cierto, quizá por haber sido los primeros imperios globales. Pero igualmente sorprende la apatía, negligencia y poco interés que España ha tenido por defender lo propio y ser a la vez su peor enemigo.

En los últimos tiempos el tema está de rabiosa actualidad gracias a que una mujer española ha sacado a la luz un libro sobre la «leyenda negra» con una perspectiva crítica hacia el mundo protestante, con una base sólida y bien documentada. Es cierto que el tema no es nuevo y que existen buenos especialistas desde hace tiempo sobre el asunto, pero nadie como ella, por su valor, claridad y falta de complejos ha sabido sacarlo a la luz. Algo que, por pusilánimes y timoratos, muchos otros no han sabido o tenido el valor de hacer. Podemos compartir, o no, sus opiniones, pero los testimonios que presenta están muy bien documentados.⁹ Ojalá aparezcan muchas más personas como María Elvira Roca Barea, porque son la esperanza de que nuestra cultura sea analizada sin miedo ni complejos, contando la labor positiva que llevó a cabo España tan importante en el contexto de la historia universal.

Pienso que otra de las razones de que España no haya tenido presencia en muchos foros científicos internacionales ha sido que, hasta hace relativamente poco, la mayoría de los españoles

ha sido monolingüe. El hecho de que el mayor volumen de publicaciones científicas actuales esté escrito en inglés y que igualmente muchos de los que escriben en esta lengua no hablen el español hace que el mensaje que se origina en España e Hispanoamérica no haya tenido el eco que merece.¹⁰ Hoy por hoy, el español no es la *lingua franca* de Occidente, por lo que deberíamos preocuparnos por aprender otras lenguas si queremos dar a conocer nuestra versión de la historia.

Cuando un escritor extranjero nos dice a los españoles que somos los más «malos del mundo», pero que los otros occidentales son casi tan malos, ¿qué se hace en España? Se le da un premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales. Esto es lo que ocurrió con el escritor franco-búlgaro Tzvetan Todorov, a quien le fue concedido dicho premio en 2008 por «representar el espíritu de la unidad de Europa del Este y del Oeste, y el compromiso con los ideales de libertad, igualdad, integración y justicia». Al final de su libro *La conquista de América, la cuestión del otro*, haciendo referencia a una maldición que el padre Las Casas, como no podía ser de otra manera, echó sobre España en su testamento, el crítico franco-búlgaro se hace eco y legitima sus palabras: «E creo que por estas impías y celerosas e ignominiosas obras tan injusta, tiránica y barbáricamente hechos en ellas y contra ellas, Dios ha de derramar sobre España su furor e ira, porque toda ella ha comunicado y participado poco que mucho en las sangrientas riquezas robadas y tan usurpadas y mal habidas, y con tantos estragos e acabamientos de aquellas gente». Todorov afirma además que todas las brutalidades y crímenes cometidos en América son responsabilidad colectiva de los españoles, «y no sólo de los conquistadores» (255). En otras palabras, quiere responsabilizar a los españoles de hoy de unos hechos ocurridos hace quinientos años, haciendo hincapié en que «el crimen será castigado, que el pecado será expiado». Pero el señor Todorov concede generosamente a España un pequeño balón de oxígeno, una «corrección», diciendo que, aunque España juegue el papel principal en el movimiento de colonización y destrucción de los otros, no está sola: «portugueses, franceses, ingleses, holandeses, la siguen muy de cerca, y serán alcanzados más tarde por los belgas, italianos y alemanes. Y si bien los españoles hacen más que otras naciones europeas en materia de destrucción, no es porque éstas no hayan tratado de igualarlos o de superarlos» (255). Una vez dejado bien claro que los españoles son los «peores», los «más malos», en «materia de destrucción», el crítico hace una

variación a la sentencia del padre Las Casas cambiando la palabra «España» por «Europa» y termina diciendo: «Dios ha de derramar sobre Europa su furor e ira, si eso puede hacernos sentir más directamente involucrados» (255). Muchas gracias señor Todo-rov, pero no es así...

Afortunadamente, como decía Miguel de Cervantes, la «nobleza» o la «maldad» no son hereditarias. O, como ya defendía en pleno siglo XVI una de las mentes más lúcidas de España, el padre Vitoria, «No se puede matar a los hijos de los infieles, pues ningún mal nos han hecho» (Vitoria, *Relectio de iure belli*, 233).

No se nace con «pecado original» por ser españoles y se tiene que vivir con esa condena porque un premio Príncipe de Asturias, apoyándose en el padre Bartolomé de las Casas, lo diga. La cultura hispánica tiene muchos defectos, sin duda, pero la hipocresía y el racismo descarado no son los mayores de ellos. Afortunadamente, de unos años a esta parte han aparecido una serie de científicos e investigadores españoles que son competitivos en varias lenguas y que pueden dar a conocer a propios y extraños la historia de nuestra cultura.¹¹

Desde finales del Barroco, en la intelectualidad de la Europa protestante estaba grabada la inferioridad del español a causa de su «raza».¹² Así, el filósofo Immanuel Kant, una de las figuras más influyentes de su tiempo, escribe en su obra *Lo bello y lo sublime*: «Nada puede ser más opuesto a todas las artes y ciencias que un gusto aventurero, ya que esto distorsiona la naturaleza, que es el prototipo de todo lo bello y lo noble. Así, la nación española también ha demostrado poco sentimiento por las bellas artes y las ciencias».¹³ El mismo autor nos ilustra en su obra *Antropología en sentido pragmático* cuán civilizados son los británicos y cuán absurdos e inclinados hacia la barbarie son los españoles. «El lado malo del español es que no aprende de los extranjeros; que no viaja para conocer otras naciones; que está atrasado siglos en las ciencias. Se resiste a cualquier reforma; está orgulloso de no tener que trabajar. Él es de una calidad de espíritu romántico, como muestra la corrida de toros; es cruel, como el antiguo auto de fe» (Kant, *Antropología*, 231).¹⁴ Habría que preguntarse si existe otro pueblo que haya «conocido más naciones» y viajado más que el español y el portugués durante los siglos XV, XVI y XVII. Igualmente, en referencia al gusto aventurero, incompatible con el arte según este autor, ¿qué tendría que decir de hombres de armas y letras como Miguel de Cervantes, Luis de Camões, Jorge Manrique, Garcilaso de la Vega, Lope de Vega o incluso Hernán

Cortés? Al parecer el autor de dicha afirmación sobre los españoles fue un filósofo, conocido por la rigidez de sus hábitos, que apenas viajó más allá de su ciudad natal de Königsberg y nunca tuvo ninguna aventura, ni siquiera de tipo amoroso.¹⁵

En referencia a las acusaciones y generalizaciones sobre la ausencia de una ciencia española en general y sobre que España nunca tuvo una revolución científica, Juan Pimentel y José Pardo Tomás, en un excelente artículo, defienden que antes de emitir un juicio sumario sobre el pasado científico de España, es necesaria una investigación escrupulosa, un análisis bibliométrico y riguroso sobre las fuentes y materiales, de la misma manera que se hace antes de emprender un trabajo historiográfico; de esa manera se evitarán no sólo la «especulación desinformada», sino los juicios apresurados y la falta de rigor que han caracterizado a muchos intelectuales extranjeros (136).¹⁶

Sin embargo, cuando pasamos a analizar la economía mercantilista llevada a cabo por España y Portugal en el siglo XVI, vemos que dista mucho de ser la misma que el feroz capitalismo actual de base protestante. Quizá por aquello que algunos críticos actuales han venido en llamar, correctamente en mi opinión, imperios generadores, como el español, versus imperios depredadores, como el inglés o el holandés. No obstante, la idea no es nueva; Unamuno en su obra *Del sentimiento trágico de la vida*, publicada en 1912, ya hablaba de imperios «engendrados» refiriéndose al español.

*Dejemos su lucha de ocho siglos con la morisma, defendiendo a Europa del mahometismo, su labor de unificación interna, su descubrimiento de América y las Indias –que lo hicieron España y Portugal, y no Colón y Gama–; dejemos eso y más, y no es dejar poco. ¿No es nada cultural crear veinte naciones sin reservarse nada y engendrar, como engendró el conquistador, en pobres indias siervas, hombres libres? (Unamuno, *Del sentimiento...*, conclusión, 300).*

II. LA PRIMERA CIENCIA UNIVERSAL

«Domine de mar a mar, y desde el río hasta los confines de la tierra» (Antiguo Testamento, Salmo 72:8).

El «Requerimiento» era un texto leído a viva voz por los conquistadores a los indígenas en el que se les rogaba que se convirtiesen al cristianismo y obedecieran al rey. Si así lo hacían podrían mantener su libertad junto a los españoles, pero si por el contrario lo rechazaban, se les declaraba la guerra y pasaban

a ser súbditos de los españoles. Esta práctica, tan criticada, ya aparece en las Sagradas Escrituras como elemento disuasorio utilizado por parte del pueblo de Israel para ocupar territorios conquistados. Si nos fijamos, el requerimiento que llevaron a cabo los españoles en América es básicamente una copia literal de lo que dice el *Deuteronomio*, aunque sin llegar a los extremos que predica: «Cuando te acercares a una ciudad para atacarla, le brindarás la paz. Si la acepta y te abre, la gente de ella será hecha tributaria y te servirá. Si en vez de hacer paces contigo quiere la guerra, la sitiatarás; y cuando Yavé, tu Dios, la pusiere en tus manos, pasarás a todos los varones al filo de la espada [...]» (*Deuteronomio* 20: 10-14, 229). Lo mismo se puede aplicar a la destrucción de los «altares» e «imágenes»: «Destruiréis enteramente todos los lugares donde las gentes que vais a desposeer han dado culto a sus dioses... Abatiréis sus altares, romperéis sus cipos, destruiréis sus *aseras*, quemaréis sus imágenes talladas y sus dioses y haréis desaparecer de la memoria de los dioses» (*Deuteronomio* 12:2-3, 220). Palabras seguidas al pie de la letra por el capitán de Cortés, Pedro de Alvarado, en Tenochtitlán, después de que el conquistador de México tuviese que marchar a enfrentarse a las tropas de Narváez. De manera acertada, David Abulafia menciona al padre Las Casas como defensor de los indios, no así de los judíos.¹⁷ Es cierto, Bartolomé de Las Casas, de origen judío converso por parte de padre según su biógrafo Giménez Fernández, siempre ha sido identificado con la defensa del indígena, pero muchas veces se olvida que fue el introductor de la Inquisición en América, como de manera meridianamente clara consta en su *Memorial de remedios para las Indias* de marzo de 1516 dirigido al entonces regente cardenal Cisneros.¹⁸ Este documento resulta de un extraordinario valor para conocer la auténtica personalidad y pensamiento del padre Las Casas:

Y asimismo suplico a V. r. s. [vuestra reverendísima señoría] por Dios, en todo lo expuesto por su señalado ministro que mande enviar a aquellas islas y Yndias la Santa Inquisición de la qual creo yo que hay gran necesidad porque donde nuevamente se ha de plantar la fe como en aquellas tierras no haya quizas quien siembre alguna pesima cizaña de erexia [herejía] / pues allá se han hallado y han quemado dos erexes [herejes] / y por ventura quedan mas de catorze / y aquellos yndios como gente simple y que luego creen / podría ser que alguna mali[g]na y diabolica persona los traxese a su dañada doctrina y eretica pravedad /

porque puede ser que muchos erexes se ayan huydo destos reynos y pensando en salvarse, se oviesen pasado allá. Y la persona a quien tal cargo v.r. s. [vuestra reverendísima señoría] diere, sea muy cristiano y zeloso de nuestra fe y a quien alla no puedan, con barras de oro cegar (AGI, Patronato, 252, R. 2, fol. 4).¹⁹

Se ha dicho que el padre Las Casas se arrepintió de haber aconsejado llevar esclavos negros al Caribe. Pero lo cierto es que ya a la avanzada edad de sesenta años, si nació en 1484, o setenta años, si nació en 1474, el padre Las Casas pidió que llevasen en su nombre a América cuatro esclavos negros.²⁰ Igualmente tiene comentarios poco halagüeños hacia la unión de hombres del mismo sexo, en referencia a los indígenas, donde afirma que no sabe si estas uniones están causadas por «ceremonia», «religión» o «porque la naturaleza, errando, haya causado aquella monstruosidad» (Casas, *Apologética*, lib. 3, cap. 206, 1326).

En cuanto a las Leyes de Burgos, David Abulafia afirma que tardaron veinte años en llegar. Aunque esto es cierto, también lo es que ningún otro imperio soñó, y mucho menos llevó a cabo, la creación de un cuerpo legislativo tan temprano, que, una vez aplicado, logrará paralizar temporalmente la conquista. ¿Cómo podríamos entender el Renacimiento o el Siglo de Oro español sin personajes de origen «converso» como Fernando de Rojas, Luis Vives, Santa Teresa de Jesús, Fray Luis de León, Luis de Góngora o el mismísimo inquisidor Tomás de Torquemada? ¿Quién fue el primero en gritar «tierra» en el primer viaje de Colón sino un converso? En el año 2011 se publicó en hebreo, en 2014, en inglés, y en 2015, en español, un libro de Yuval Noah Harari titulado *Sapiens: una breve historia de la Humanidad*, interesante por sus ideas y al mismo tiempo poco documentado, incluso infantil, en sus aspectos históricos. Como era de esperar, este libro es mucho más crítico con la cultura hispánica que con la propia cultura hebrea del autor: «Por ejemplo, las prácticas políticas, económicas y sociales de los judíos modernos deben mucho más a los imperios bajo los que vivieron durante los dos últimos milenios que a las tradiciones del antiguo reino de Judea» (217). ¿No ha sido así para todos los pueblos de la Tierra? También afirma que el judaísmo ha dejado poca huella fuera de Israel: «El judaísmo, por ejemplo, argumentaba que el poder supremo del universo tiene intereses y prejuicios, pero que su [*sic*] interés principal se centra en la minúscula nación judía y en la oscura tierra de Israel. El judaísmo

tenía poco que ofrecer a otras naciones, y a lo largo de la mayor parte de su existencia no ha sido una nación misionera» (Harari 242). En mi opinión, no se podría comprender la conquista hispánica de América y de otros continentes sin la aportación y presencia de las culturas semíticas de la península Ibérica. Si consideramos al infante Enrique «el Navegante», el padre de las primeras expediciones de descubrimiento transoceánico, debemos también tener en cuenta que poco hubiera podido hacer sin el extraordinario apoyo cartográfico de los judíos mallorquines o de sus asociados. Los musulmanes andalusíes, desde tiempos de los primeros Abderramanes, ya construían buques de guerra y mercantes, y tenían una considerable experiencia naval en el Mediterráneo: «Como se sabe, la España musulmana, bajo todos los aspectos de la civilización, dependió durante los primeros siglos del Oriente; pero al advenimiento de Alhauquem II y Almanzor se transforma Córdoba en el mayor foco de cultura medieval, tanto en relación al mundo islamita como al cristiano» (Cortese, cap. 1, 514). Muchos de estos cartógrafos judíos eran políglotas, lo mismo que el cristiano Ramón Llull, y ambos animaban al estudio de la lengua árabe. Abraham Cresques y su hijo Jehuda Cresques fueron los creadores de los mapamundis y portulanos más importantes de la Edad Media, lo mismo que sus paisanos Maciá de Viladestes o Gabriel de Vallseca. Dejando a un lado la posibilidad de que Cristóbal Colón fuese judío, como afirmaba Salvador de Madariaga, difícilmente la expansión ibérica ultramarina hubiese sido posible sin todo el aporte de científicos hispano-judíos e hispano-musulmanes, conversos o no, siendo el médico Abraham Zacuto uno de los más sobresalientes.

Hacia 1481, Juan de Salaya, catedrático de Astronomía en la Universidad salmantina y gran amigo de Zacuto, vertía del hebreo al castellano la exposición preliminar de las tablas astronómicas del sabio judío. Muerto el obispo Vivero, se traslada Zacuto a Gata, donde moraba don Juan de Zúñiga y Pimentel, maestre de Alcántara, gran mecenas de las gentes de letras. El profesor Carvalho ha descubierto el *Tratado breve de las influencias del cielo*, escrito por Zacuto a ruego del maestre. Se ignora si en 1486, cuando Colón pasó por Salamanca, estaba ya de regreso Zacuto en la ciudad, si la Junta le consultó acerca del proyecto y si el sabio astrónomo conoció al genovés (Ballesteros, cap. 5, 483).

Me pregunto si las únicas fuentes con las que cuenta Noah Harari, al igual que Inga Clendinnen o Tzvetan Todorov, sobre los sucesos que tuvieron lugar en el siglo XVI en América están escritas en inglés. Escribe Harari: «Este genocidio tuvo lugar a las puertas mismas del Imperio azteca, pero cuando Cortés desembarcó en la costa oriental del imperio, los aztecas lo desconocían totalmente. La llegada de los españoles fue el equivalente de una invasión extraterrestre procedente del espacio exterior» (323). Harari menciona el descubrimiento chino de América, pero ignora que es una fantasía, una fábula histórica, una mentira creada por el marino inglés David Menzies, como muy bien desmonta en un excelente artículo el marino y erudito portugués José Manuel Malhão Pereira.²¹ Igualmente, escribe sin conocimiento de causa cuando afirma que Cortés fue el primero en encontrarse con aztecas (250). «Cuando Cortés y sus hombres desembarcaron en las soleadas playas de lo que actualmente es Veracruz, fue la primera vez que los aztecas se encontraron con un pueblo completamente desconocido» (323). No es exacto, Antonio de Grijalva y Fernández de Córdoba ya habían estado allí en expediciones anteriores y los mexicas lo sabían. Su identificación buenista con el vencido y sus generalizaciones poco documentadas quedan claramente patentes: «Mientras que los aztecas no tenían experiencia que les preparaba para la llegada de esos extranjeros de extraño aspecto y malolientes, los españoles sabían que la Tierra estaba llena de reinos humanos desconocidos, y nadie tenía más experiencia en invadir tierras ajenas y en tratar con situaciones que desconocían completamente. Para el conquistador europeo moderno, como para el científico europeo, sumergirse en lo desconocido era estimulante» (324). Según Harari, los conquistadores y científicos que no eran europeos nunca tuvieron intención de sumergirse en lo desconocido.

Pero criticar al pueblo judío por parte de un español, sería tirar piedras a su propio tejado, porque la cultura judía ha sido una parte integrante de la cultura española, como lo fue la musulmana, o es hoy la cristiana.²²

Llama la atención que los españoles hayan sido duramente criticados por otros países europeos por tener un riquísimo pasado semita (árabe y judío), que otros pueblos europeos no han tenido o no han querido reconocer.²³ No sabemos exactamente cuántos fueron los conquistadores de origen converso en la conquista de América, o incluso si el propio Cristóbal Colón, al igual que algunos de sus prestamistas, formaban parte de este grupo.

De esta manera, estos agentes culturales e instituciones, entre los que se incluyen un buen número de investigadores académicos, se convierten en cierta manera en pastores que nos dirigen y nos condicionan a plantear *new ways of feeling* plasmadas en libros publicados sobre todo en inglés y, en mucha menor medida, en francés o español, publicados por las editoriales más reconocidas de los países «colonizadores» por excelencia del llamado «primer mundo». Pese a ser sincera la identificación de muchos escritores académicos por el débil, yo me plantearía la pregunta de hasta qué punto es válida y sincera la crítica de un remoto pasado imperial hecha desde organismos de educación y difusión mediática de un presente imperialista, aunque sea a nivel de control del ciberespacio y las telecomunicaciones.

Además, esto nos llevaría a plantearnos otra pregunta: ¿qué agente cultural tiene la autoridad para decidir y definir «científicamente» qué culturas son étnicas y cuáles no? Obviamente, el imperio de turno, y esto me recuerda las clasificaciones que encontramos en obras de referencia que se han venido utilizando hasta el presente. Desde época de los egipcios, chinos, griegos, romanos, etcétera, el imperio de turno ha querido definir quién es el «civilizado» y quién es el «bárbaro», en el caso de la historiografía actual el «étnico» y el «no étnico». Algo parecido a lo que ocurre a la hora de imponer dónde está el «centro» y dónde la «periferia».²⁴

Aunque pueda resultar paradójico, yo observo mucho más racismo en esa visión paternalista y condescendiente para con el «otro». El «occidental civilizado», sea del lugar que sea, aparecerá siempre como un ser explotador, racionalmente superior y «malo». Parece como si los indígenas fuesen todos seres homogéneos, que además no tuviesen el derecho a ser «malos». Sólo hace falta asomarse a las crónicas que describen las culturas precolombinas para darse cuenta de cómo la crueldad, la violencia o el abuso no fueron patrimonio único de «europeos científicos» y que los indígenas americanos son, evidentemente, seres intrínsecamente iguales a cualquier otro. De cualquier manera, simplificar la historia de América como una contraposición entre «europeos» y «americanos» sería un grave error. La enorme diversidad y riqueza étnica existente a ambos lados del Atlántico hace imposible una generalización de ese tipo. Y, sin embargo, esta visión estereotípica y genérica de toda una serie de naciones precolombinas es la que predomina actualmente. Que duda cabe de que la batalla de la información ha sido ganada por la supremacía del

aparato tecnológico y publicitario de los agentes culturales ubicados en los poderosos motores cibernéticos del mundo protestante, en particular, de los que se expresan en inglés.

III. LA INFLUENCIA DE LOS NUEVOS DESCUBRIMIENTOS EN EL DESARROLLO DE LA CIENCIA

«Se haría del todo imposible el mantenimiento de la tranquilidad en la tierra e incluso la situación general del orbe sería caótica si los tiranos, los ladrones y los secuestradores pudiesen impunemente cometer sus crímenes y oprimir a buenos e inocentes, y no fuese, a su vez, lícito a los inocentes tomar escarmiento de los culpables» (Francisco de Vitoria, *Relectio de iure belli*, 109).

Si consideramos la etnología como la ciencia que estudia comparativamente los orígenes y expresiones de la cultura de los pueblos, desde el segundo viaje de Cristóbal Colón al Caribe en 1493 ya contaríamos con el primer estudio etnográfico de algunos pueblos del Caribe. La «Carta del doctor Chanca» se puede considerar la primera manifestación científica europea occidental en las Américas, en la que no solamente se hacen descripciones de las gentes y las plantas, sino que no tiene la menor duda en describir los «ingenios», esto es, la tecnología, que se utilizó para sacar mejor provecho de lo que ofrece la naturaleza:

El día que yo salí á dormir en tierra fué el primero día del Señor: el poco tiempo que habemos gastado en tierra ha seido más en hacer donde nos metamos, é buscar las cosas necesarias, que en saber las cosas que hay en la tierra, pero aunque ha seido poco se han visto cosas bien de maravillar, que se han visto árboles que llevan lana y harto fina, tal que los que saben del arte dicen que podrán hacer buenos paños dellas. Destos árboles hay tantos que se podrán cargar las carabelas de la lana, aunque es trabajosa de coger, porque los árboles son muy espinosos; pero bien se puede hallar ingenio para la coger. Hay infinito algodón de árboles perpetuos tan grandes como duraznos. Hay árboles que llevan cera en color y en sabor é en arder tan buena como la de abejas, tal que no hay diferencia mucha de la una á la otra. Hay infinitos árboles de trementina muy singular é muy fina. Hay mucha alquitira, también muy buena.²⁵ Hay árboles que pienso que llevan nueces moscadas, salvo que agora están sin fruto, é digo que lo pienso porque el sabor y olor de la corteza es como de nueces moscadas (213-214).²⁶

El doctor Chanca, al igual que el jerónimo fray Ramón Pané, autor del primer libro escrito en América, *Relación acerca de las*

antigüedades de los indios, serán los primeros de muchos que continuarán sus obras. Los estudios de algunos de estos proto-científicos constituirán la base de la ciencia moderna que se ocupará del estudio de los seres vivos, esto es la biología, y sus ramas de la botánica y la zoología. Sólo hace falta asomarse a la obra del cronista mayor de Indias, Gonzalo Fernández de Oviedo, que pasó a las Indias en 1513 y tuvo la oportunidad de recoger durante muchos años información de primera mano de historias, plantas y animales que todos los conquistadores le pasaban y que dejó reflejada en su obra monumental *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del mar Océano* cuya primera parte fue impresa en Sevilla en 1535. La impresión completa de esta obra no se llevó a cabo hasta mediados del siglo XIX, de manos del académico José Amador de los Ríos. Este interés científico venía de manos de la propia corona; fue el propio Felipe II quien mandó expediciones científicas para recabar más información sobre las propiedades de las plantas, características de los animales y de las tierras americanas. Para esa labor puso específicamente al mando al «protomédico general de nuestras Indias, islas y tierra firme del mar Océano», el toledano Francisco Hernández, cuyas excelsas obras sólo se han conservado en parte debido al incendio que asoló el monasterio de El Escorial en 1671, llevándose parte de su biblioteca. Aun así, gracias a la labor llevada a cabo en España y México, se han publicado excelentes ediciones y estudios de su obra.²⁷ Los jesuitas José de Acosta con su *Historia natural y moral de las Indias*, obra crítica y moderna, vigente en su información hasta el presente, y el jienense Bartolomé Cobo y Peralta, y su *Historia del Nuevo Mundo*, obra de este naturalista que llegó a aprender lenguas indígenas como el quechua para recoger con más rigor información sobre sus observaciones científicas de la flora americana, son igualmente dos de sus máximos exponentes.²⁸ Como comentaba el gran historiador mexicano Miguel León Portilla, la antropología moderna, en este caso, la mexicana, no se podría entender sin la ingente labor de una vida dedicada al estudio de sus gentes, tradiciones y costumbres, como fue la del franciscano Bernardino de Sahagún. Este estudio quedó reflejado en su obra *Historia general de las cosas de la Nueva España*, realizada entre 1540 y 1585.²⁹

Pero este interés por el conocimiento no sólo afectaba a la metrópoli, también hubo intención de desarrollar dichos estudios en los nuevos territorios. Al poco tiempo de ocupar su cargo, y sólo diecisiete años después de la conquista de México por

Hernán Cortés, el primer virrey de México, Antonio de Mendoza y Pacheco, decidió conservar el colegio existente en la iglesia de Santiago de la ciudad de México, donde en ese momento se encontraban recogidos cincuenta o sesenta niños indígenas. El obispo de México, don Juan de Zumárraga, informó al virrey que el colegio tenía capacidad para enseñar cualquier ciencia y que se debería crear una universidad.

Contamos con una «real cédula» promulgada en Valladolid, el 23 de agosto de 1538, y dirigida al provincial de la orden de San Francisco de la Nueva España (México), para que los niños «hijos de los naturales» que «tienen mucho ingenio y capacidad para esto» y que en ese momento se encuentran en el Colegio de México, aprendan la lengua y la doctrina cristiana y que esto se hará gracias a los religiosos franciscanos a los que hay que animar para que continúen con ese trabajo.³⁰

Si bien es cierto que la Real y Pontificia Universidad de Santo Tomás de Aquino en Santo Domingo, República Dominicana, fue fundada en este mismo año de 1538, la Real universidad de San Marcos de Lima de 1551 y la Real y Pontificia universidad de México, del mismo año, fueron un modelo difícilmente comparable tanto en calidad de la enseñanza como en la belleza de sus edificios.³¹ En el caso peruano su fundador fue Tomás de San Martín, dominico de gran reputación como académico y defensor de los intereses de los indios.

El primer rector de la universidad mexicana fue ni más ni menos que el humanista e historiador Francisco Cervantes de Salazar, autor de numerosas obras, entre las que destaca su *Crónica de la Nueva España*. Pero la importancia no solo radica en el número de las universidades creadas en las Américas por parte de España, casi cuarenta, sino en el interés que había para que la calidad de la enseñanza fuese la mejor. No se puede olvidar a este respecto al que fue una de las figuras más importantes del Renacimiento europeo, el catedrático de derecho internacional Francisco de Vitoria. El pensamiento de este burgalés fue revolucionario, al defender que por encima de lo que pensase el rey o el mismo Papa, estaban los derechos de los hombres, incluyendo por supuesto los derechos de los indígenas, tal como expone en su obra *De Indis*. Si la jurisprudencia es la ciencia del derecho, pocos científicos ha habido de la talla de Francisco de Vitoria. Aunque, por supuesto, se ha escrito mucho más a nivel internacional sobre el padre fray Bartolomé de Las Casas, sobre todo por ser crítico con España, Francisco de Vitoria plantea

rá y formulará postulados mucho más objetivos que los que el «defensor de los indios» propuso, con su sincera pero maniquea, vehemente y poco objetiva defensa de los recién «descubiertos» habitantes americanos, consiguiendo, con un espíritu mucho más moderno que la mayoría de la gente de su tiempo, separarse de la tradición medieval. Vitoria siempre defendía la idea de que si se tiene conciencia de que una guerra es injusta, no se debe luchar, aunque uno se vea obligado por el príncipe, ya que siempre hay que obedecer antes a Dios:

*Debe, pues, pensar que los otros son prójimos a quienes está obligado a amar como nos amamos a nosotros mismos, y que todos nosotros tenemos un solo Señor común ante cuyo tribunal todos nosotros debemos dar cuenta de nuestros actos. Porque es de extremo salvajismo buscar motivos y alegrarse de que existan para matar y destruir a los hombres que Dios creó y por los que Cristo murió (Vitoria, *Relectio de iure belli*, 203-204).*

La fama del padre Vitoria se extendió por todo el orbe cristiano. Las primeras dudas que aparecen en España sobre la instrucción y conversión de los indios se las hacen llegar inmediatamente al propio jurista franciscano para que él, junto con otros teólogos de la Universidad de Salamanca, las puedan solventar.³²

A mediados del mes de abril del año 1539 se promulga una real cédula dirigida al maestro Francisco de Vitoria, catedrático de Prima de la Universidad de Salamanca, dándole cuenta de que Juan de Zumárraga, obispo de México, ha escrito que en la Nueva España hay necesidad de clérigos para instruir a los indios. Que saben de la calidad de sus discípulos y que haga el favor de mandar a la Nueva España doce de ellos a los que se les pagará el pasaje y «matalotaje» para ir a esas tierras.³³

El envío de frailes y todos los gastos que conllevaba su manutención, viajes y logística no era óbice para que la Corona dejase de preocuparse de algo que ningún imperio había hecho antes, ni ningún otro hará después: «la salvación de los cuerpos y las almas de sus nuevos súbditos». No serán los nuevos hispanoamericanos o españoles de ultramar, carne de cañón para dejar a la América española igual que dejaron otros imperios a los nativos de África, Australia, India, Haití, Jamaica, las Guayanas o los actuales Estados Unidos. No todo se reducirá a la brutal explotación económica de los recién adoptados súbditos de la Corona, al contrario. Hasta la independencia de España, muchos virreinos y provincias de la América española se encontraban en mejor con-

dición económica que la propia metrópoli. Si bien es cierto que las ideas de Erasmo de Rotterdam, así como el influjo que tuvo el Renacimiento, cuajaron, de alguna forma, en la manera de pensar, escribir y actuar de los habitantes de la península, también lo es que las bases y las estructuras –sobre todo religiosas– que España y Portugal llevaron al Nuevo Mundo eran todavía medievales. La Edad Media estará presente de forma inicial en esa enorme labor catequizadora que tuvieron franciscanos, agustinos, dominicos y jesuitas, en la forma de interpretar la naturaleza, en el poder divino del rey, así como en la política internacional. Pero las ideas fueron evolucionando y ya para mediados del siglo XVI nos encontramos con casos como el del ya mencionado franciscano Francisco de Vitoria, los jesuitas Francisco Suárez y Juan de Mariana, entre otros, que no comulgarán con la rigidez de sus antecesores. Defenderán el derecho de un enfrentamiento armado, si se diera el caso, frente al poder absoluto de un rey hereje o un tirano. Un católico sincero nunca podrá jurar fidelidad a un monarca que vaya contra sus creencias. Escribe Francisco Suárez: «Porque, ¿qué gobernante humano, si no es ateo o está loco, tiene la presunción de sustraerse al poder de Dios? Por aquella negación se excluye, por lo tanto, la sumisión a un superior que sea hombre mortal» (Suárez, *Principatus*, cap. 4, 65).

Llama la atención que, a finales del siglo XVI, un doctor en medicina de Valladolid suplique ir al «Piru», porque su sueldo no le da para mantener a su mujer, la educación de sus dos hijas y su hacienda. En otras palabras, los doctores estaban mejor pagados en tierras ultramarinas que en la propia metrópoli.

El Doctor Alonso de Castro / dice que como consta por los títulos originales que presenta / el de bachiller en artes por alcala / y bachiller en medicina por salamanca y licenciado y Doctor por la universidad de Valencia y aprouado de cirujano por el doctor Linares protomedico de su Magd. y que ha diez y ocho años que usa su facultad en este lugar con la opinion que es notorio / y hecho mucho fruto con su sciencia y experiencia y porque tiene dos hijas y no la hacienda que ha menester para darles estudio conforme a su qualidad / y ha entendido que en las provincias del Piru ay mucha necesidad de hombres de su profision / a V. Magd. suplica / se le de licencia para pasar a aquella tierra a exercer su ministerio / llevando consigo a su muger / y que pueda llevar las dichas sus dos hijas / dos criados, dos mugeres de servicio, dos esclavas libres de derechos, [...] la libreria de su escritorio y facultad y armas [...] (AGI, México, 1088, L. 3, F. 164v.-165r).

Pero, para construir un imperio, no era sólo necesario un ejército de juristas, teólogos u hombres de la iglesia. La tecnología y todas las ciencias asociadas se verán envueltas a la hora de lograr un mejor funcionamiento de las estructuras económicas, sociales y militares para así conseguir controlar ciudades, territorios, mares y fortalezas de todo el orbe, desde 1492 hasta la emancipación de las nuevas naciones iberoamericanas en el siglo XIX.³⁴

Son muchos los «ingenieros» e inventores que lograrán desarrollar tecnologías para una mejor explotación de los recursos que las nuevas tierras ofrecían. José María López Piñero dedicó toda una vida a rescatar y sacar a la luz a cientos de estos científicos que de otra manera habrían quedado en el anonimato. Gracias a sus obras y a sus excelentes discípulos, podemos profundizar más en el conocimiento de la ciencia en España desde sus primeros años. También gracias a la digitalización de algunos archivos españoles, tenemos acceso a material hasta hace poco limitado a las salas de lectura de dichos archivos.

Si tuviéramos que destacar a uno de los científicos, «ingenieros», más sobresalientes del Renacimiento español, habría que pensar en el navarro Jerónimo de Ayanz (1553-1613), al que se podría calificar como «príncipe de los ingenios españoles» del siglo XVI.³⁵ A este hombre se le adjudica la invención de la escafandra para bucear, que fue probada bajo el agua durante más de una hora en el río Pisuegra ante el rey Felipe III. Tras permanecer el buzo mucho tiempo sumergido, se le obligó a salir a la superficie a instancias del preocupado rey, para comprobar que se encontraba en perfectas condiciones. Este invento resultó perfecto para el rescate de bienes de barcos hundidos o la extracción de perlas. Ayanz también fue el inventor de la máquina de vapor para desaguar minas de plata. En otras palabras, fue el primero en aplicar el principio de la termodinámica, lo que le valdría ser nombrado administrador general de Minas del Reino. Otros de los muchos inventos que se le atribuyen son el proto-submarino, la brújula con declinación magnética o el horno para destilar agua salada a bordo de los barcos. Sobre este último, tenemos pruebas documentales de su aplicación en una de las travesías más largas que un barco pueda realizar, la travesía transpacífica desde Perú hasta las Filipinas, en este caso al mando de Isabel Barreto, primera almirante de la Armada española, a principios del siglo XVII. El principal problema al que se enfrentaban las naves que recorrían distancias tan colosales era sin duda la escasez de agua. El piloto mayor de la expedición, el portugués Pedro Fernández de Quirós, narra así el incidente:

Viendo el capitán que en todas las siete islas descubiertas no halló puerto ni agua, preguntó la que había en la nao; y hallando menos botijas de las que mandó embarcar, hizo algunos discursos en razón del tiempo y del estado presente, y parecióle convenir acortar, como acortó, la ración, de tal manera que de doce a quince botijas de agua que se gastaban cada día, las redujo a tres y cuatro. Hallábase presente al repartirla, y cerrada la escotilla, guardaba las llaves della. Ordenó luego que se hiciese sobre uno de los fogones un horno de ladrillo, para con un instrumento de cobre que llevaba, sacar del agua de la mar agua dulce por vía de destilación. Sacábanse al día dos, tres botijas della, muy dulce y muy sana: el día que menos botija y media, y por todas hasta cincuenta; cuya invención, añadiéndole ciertos requisitos, promete que con poca leña se pueden sacar en quince horas ocho, nueve y diez botijas de agua dulce, y más si fueren necesarias (Quirós, cap. 47, 214-215).³⁶

La Casa de Contratación de Indias fue desde principios del siglo XVI (1503) uno de los motores más importantes para el desarrollo de la actividad científica en Europa. Para poder navegar y comerciar por todos los mares y océanos del mundo era necesario no sólo un conocimiento empírico transmitido a través de muchas generaciones de marinos, sino uno teórico. Por siglos, muchos de los mejores pilotos o marinos habían dependido de su «instinto» y de su experiencia. La enseñanza náutica, teórica y práctica, estaba encomendada a los «pilotos mayores» de la Casa. Pero a mediados del siglo XVI pasó a estar en manos de catedráticos especializados en materias como Cartografía, Cosmografía, Astronomía, Artillería, incluso Agricultura, así como otras disciplinas afines a la ciencia y el arte de navegar, además de ser los encargados en trasladar y reubicar fauna y flora entre Europa y el resto del mundo. Será el constante trasiego de barcos, personas y mercancías, producto de una actividad casi frenética entre el río Guadalquivir y el resto de los nuevos territorios y mares descubiertos, lo que haga necesaria la creación de la Casa de Contratación. Dicha institución tuvo una importantísima función para el desarrollo de la ciencia y el arte de navegar, y, al estar localizada en la ciudad de Sevilla, centro neurálgico de las navegaciones atlánticas junto con Lisboa, ejerció una gran atracción para los científicos, no solamente españoles sino también extranjeros, como Américo Vespucio o Sebastián Caboto. Son numerosos los nombres que merecen ser destacados salidos de esta Casa. Uno de ellos fue Alonso de Santa Cruz, inventor de instrumen-

tos de navegación y gran historiador, autor de obras como una *Historia universal* y una *Crónica del Emperador Carlos V*, entre otras. Alonso de Chaves, en quien se aúnan experiencia como marino y teoría científica, fue el autor de *Espejo de navegantes*, uno de los mapas escritos más importantes de su tiempo. Como en toda institución, hubo celos y envidias entre los diversos pilotos, acusándose unos a otros de falta de experiencia marítima o de exceso de conocimiento práctico. Pedro de Medina, autor del *Arte de navegar*, escribió una carta al rey Carlos I que tuvo como resultado que se prohibiese al gran cartógrafo Diego Gutiérrez componer cartas de marear e instrumentos de navegación. Posteriormente, un hijo de Gutiérrez, del mismo nombre, junto con el grabador flamenco Hieronymus Cock, elaboró uno de los mapas más importantes de su tiempo, *Americae sive quartae orbis partis nova et exactissima descriptio*, en el que aparece por primera vez el nombre de «California». Otro hijo suyo, de nombre Sanchó, fue catedrático de arte de la navegación y cosmografía de la Casa de la Contratación. Rodrigo Zamorano, por su parte, ejerció como cosmógrafo, matemático y fabricante de instrumentos científicos, cuya utilización enseñaba a los pilotos de la Casa. Colaboraba con pilotos como Pedro Sarmiento de Gamboa en temas de cartografía y estudio de eclipses lunares. Domingo de Villaruel puso en duda en alguna ocasión los conocimientos de Zamorano precisamente por no tener suficiente experiencia como marino. Andrés García de Céspedes, sucesor de Zamorano, fue otro de los grandes cosmógrafos y matemáticos de su tiempo. En conclusión, se puede afirmar, sin temor a equivocarse, que la Casa de Contratación, junto con la Universidad de Mareantes y el Consulado de Sevilla de mercaderes, son tres de las instituciones más importantes de este periodo.³⁷

Pero, al igual que destacamos en el caso de la educación y la fundación de universidades, estos conocimientos científicos no se limitaron únicamente a la metrópoli. Matemáticos como el mercedario novohispano Diego Rodríguez (1596-1668), cuya ciencia que se ha podido dar a conocer gracias a los trabajos de investigación de Elías Trabulse, muestran las extraordinarias aportaciones en matemáticas, astronomía e ingeniería publicadas por este científico.³⁸ Otro ejemplo es el del dominico fray Juan Caro, superviviente de la armada de Magallanes y apresado por los portugueses en la ciudad de Cochín, que se ofrecerá al emperador Carlos I como matemático, astrónomo y experto en navegación por los mares de Asia: «Dado es de la naturaleza del hombre

desear mucho de saber» (fol. 1r.).³⁹ En su carta, primero le pide mercedes al emperador para uno de los héroes olvidados de la primera vuelta al mundo, el capitán de la nao Trinidad, Gonzalo Gómez de Espinosa, que tuvo que interrumpir su trayecto a causa de una avería y que, según Juan Caro, no pudo llevarse los laureles de ser el capitán al mando de la primera vuelta al mundo, honor que se concedió a Juan Sebastián Elcano. En segundo lugar, fray Juan Caro se ofrece él mismo al rey para servir como experto cartógrafo en lo tocante a los mares y navegación por las costas de Asia:

E porque tengo señor entendido que vra. inclita maiestad es codicioso de servidores mathematicos sutiles, como parece por las largas mercedes que a los extrangeros portogueses manda hazer syendo claros sabidores en el arte. [M]e ha parecido deuer de hazer el oficio de buen servidor en le ofrecer quanto valgo y puedo con my saber que me sera de mucha merced y gracia en servir a vra. serenissima maiestad en todas las cossas que ocurrieran y me mandare. [Y]o señor soy artista y theologo y canonista y en el arte del astrolabio muy entero en el altura por el norte y sol y crucero del Sul, de mucha aventaiia: por cuya razon el de portugal tiene en my gran credito y me haze honroso partido... [P]or que veo el gran provecho que aposentado en Seuylla hare en los del reyno enseñandoles el arte del astrolabio y altura con muchos secretos de la navegación y descubrimiento de muchas tierras ricas en oro dentro de su demarcacion: y como puedan yr en esse reyno navegando al leste dende maluco en monzones por my bien sabidas. Con que señor vos hare mucho servycio (AGI, Patronato, 34, R 26, 2r).

Sin este tipo de tempranos expertos en el arte de la navegación no hubiese sido posible recorrer las aguas del Pacífico y los mares de Asia. Sin cosmógrafos y marinos como el agustino Andrés de Urdaneta, no se habría podido descubrir y cartografiar la ruta que poco después recorrerían los galeones españoles de Filipinas a Acapulco, en el llamado «tornaviaje», ruta que tanto ansiaban aprender los japoneses de ese tiempo, pero a los que «diplomáticamente» nunca se les dará el secreto. Pedro de Acuña, gobernador de Filipinas, le escribe esta carta al emperador del Japón en 1602:

Por la carta de V[uestra] A[lteza] y por lo que me ha dicho mi antecesor he entendido que V[uestra] A[lteza] quiere el trato de la nueva hespaña y aunque me dizen que se ha hecho diligencia con el Virrey quel Rey nro. S[eñor] tiene en mexico para que de cuenta a

su Magd. dello la tornare yo a hazer agora de nuevo con mucho deseo de buen suçesso para que aya mas comunicacion entre castillas y japones y se consiga el gusto de V[uestra] A[lteza].⁴⁰

Fue el propio Urdaneta el que cartografió las Islas de los Volcanes (Hawaii) y Australia doscientos años antes que el inglés James Cook. El «tornaviaje», esto es, volver de las Filipinas a la Nueva España, ya lo había intentado infructuosamente en 1522 Gonzalo de Espinosa, superintendente de Magallanes. En 1543 lo intentará nuevamente Bernardo de la Torre, que tampoco lo conseguirá, aunque algunos digan que fue el primer descubridor de Hawaii. Dos años después, en 1545, Iñigo Ortiz de Retes, capitán de Ruy López de Villalobos, volverá de nuevo a intentarlo y será él quien bautice al archipiélago asiático con el nombre de «Filipinas», en honor de Felipe II. Por fin, en 1564, Alonso de Arellano, piloto del primer gobernador de Filipinas, Miguel López de Legazpi, lo conseguirá junto con su piloto mulato Lope Martín. Pero será Andrés de Urdaneta en 1565 el que llevará a cabo el trabajo científico, anotando la circulación de los vientos y corrientes, convirtiendo así la ruta Filipinas-Acapulco en algo rutinario para los «galeones de Manila», tan importantes en el intercambio comercial entre los productos de China y los del resto del imperio (como la plata de la Nueva España para la acuñación de moneda en Asia).⁴¹ Sin duda, estos viajes transoceánicos son la primera expresión del comercio global. Porcelanas chinas, en forma de jarrones o juegos de té, biombos, bargueños de carey, abanicos de seda y marfil, y mantones de seda, se convertirán en productos de consumo en los virreinos de México y Perú tanto o más que en la propia metrópoli.

CONCLUSIÓN

Hallo más intolerancia en los que hoy se dedican al estudio, que entre los que se dedicaban a la ciencia en siglos anteriores: y es tan común y ordinario el odio á nuestro pasado que, sin duda, á esto mismo se debe la falta de gusto clásico que se observa en muchos de nuestros hombres eminentes (Octavio Cuartero, p. XII).

Lo cierto es que durante el Renacimiento y el Barroco la ciencia en España y en sus provincias de ultramar no estuvo ausente en ningún momento. Se podría incluso afirmar que el Renacimiento llegó a Europa gracias a las traducciones y creaciones realizadas en algunos centros del saber de la península ibérica.

Gran parte de este material fue transmitido por árabes y judíos, que a su vez lo habían recogido de otros pueblos como griegos y persas. Ha sido gracias a unos pocos investigadores que han dedicado sus vidas al estudio, que se han podido dar a conocer genios olvidados nacidos en los más diversos rincones del mundo hispánico. Confío en que, entre todos, podamos rescatar del olvido a nuestros hombres y mujeres de ciencia y darlos a conocer antes de que desaparezcan en los polvorientos rincones de archivos poco conocidos y a veces apartados de las grandes urbes. Tengo constancia de que esto ya se está realizando y que incluso algunos científicos españoles, como en su día hiciera don Ramón Menéndez Pidal a lomos de mula, se aventuran a viajar a otras regiones de lo que fuera el antiguo imperio español en busca de una cultura que compartimos. La otra opción es, como decía Unamuno, aceptar que en España no hubo ciencia, ni arte, ni filosofía, ni Renacimiento, ni nada...

NOTAS

¹ Sorprende el escaso interés que ha habido en España hasta hace relativamente poco tiempo en relación a la historiografía femenina en las Américas, como ya he escrito en varias publicaciones desde 1993. Las españolas ya aparecen en el segundo viaje de Cristóbal Colón (1492), mucho antes de que el «Mayflower» llegase a territorio americano. Por su parte, las portuguesas también viajaban a la India, formando parte de algunos de los viajes de Vasco de Gama. Véase mi trabajo, «Mujeres hispano-lusas en la expansión ultramarina de los siglos xv y xvi». *Cuadernos Hispanoamericanos*, 781 (2015): 4-23.

² En cuanto a la autoría de la obra *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre*, algunos se inclinan hacia a su padre, otros a una creación conjunta de padre e hija: ¿Cuántos libros de autoría masculina no han sido, son y serán escritos por mujeres? Sobre este libro exponía en una conferencia Jesús Ruíz Fernández: «Una primera parte encantadora, ingenua, divertida, al aire libre, repleta de mil anécdotas tomadas en su mayoría del mundo animal, cual si fuera una colección de estampas de un álbum de maravillas de la Naturaleza. Y, una segunda, claustrofóbica, a modo de campo de concentración. Saludable, diríase la una, y lúgubre, la otra. Es como si de pronto fuera otra película, como si hubiera un cambio de escenario». De cualquier manera, el «tratado» está ahí, y no en vano Lope de Vega calificó a esta mujer como la «musa décima». Incluso se ha llegado a comparar su prosa con la de Miguel de Cervantes. Miguel Sabuco, su padre, fue bachiller en la Universidad de Alcalá como consta en un documento

de 1543 del Archivo Histórico Nacional, Universidades L. 476, fol. 99.

³ Véase C. Bustamante, et al. «El suco nerveo sabuceano y los orígenes de la neuroquímica en el Renacimiento español». *Revista de Neurología*, 36. 12 (2003), 1190.

⁴ Véase, Elías Trabulse, «El universo científico de Sor Juana Inés de la Cruz», *Colonial Latin American Review* 4:2 (1995), 41-50.

⁵ Véanse, Sophia Menache. «Faith, Myth, and Politics: The Stereotype of the Jews and Their Expulsion from England and France», también, Mark R. Cohen. *Under Crescent and Cross: The Jews in the Middle Ages*, 3-13.

⁶ Soldado de infantería, y especialmente de la Guardia Imperial turca, reclutado a menudo entre hijos de cristianos. RAE.

⁷ Algunos pueblos nórdicos han sabido vender su endogamia, esto es, su aislamiento racial, como si de una tarjeta de presentación se tratase. El explorador Sir Walter Raleigh presumía de que en su viaje a la Guayana, a diferencia de los conquistadores españoles, ni uno solo de sus hombres había puesto la mano encima a una mujer india: «If this boast is true, their behaviour was a world away from that of the band of some seventy Spaniards traveling up the river Paraguay in 1537, who, on being offered their daughters by the Indians, call it a day, and settled down to found what became the city of Asunción» (Elliott 83). Está científicamente probado el peligro que supone para los animales, racionales o no, un exceso de endogamia («inbreeding»), de «pureza de sangre». Como recuerda John H. Elliott: «While cohabitation between English men and Indian women

inevitably occurred –and in 1639, to the horror of New England colonist, between an English woman and an Indian man– it was not on anything like the scale to be found in the Spanish colonies and it is significant that mestizos born of these unions have largely disappeared from historical record» (Elliot 82-83). Véase mi trabajo, de próxima aparición, «"Leyenda Negra" y el triste destino de dos mil "meninos" castellanos en el corazón de África (1493)».

⁸ En el estado de Vermont ha sido constitucional esterilizar a mujeres de origen indígena o católico hasta el año 1980. Las mujeres de origen católico eran en su mayoría «Quebeoicois», esto es, canadienses de origen francés. Se consideraba que estas mujeres contaminaban la gran corriente racial anglosajona («pure Yankee stock»). Este movimiento pseudocientífico se conoce como «eugenesia» y está conectado con las teorías del darwinismo social. La moderna eugenesia comenzó en Inglaterra y fue puesta en práctica en Estados Unidos y en varios países nórdicos, incluyendo la Alemania de Hitler. Véase, Nancy L. Gallagher *Breeding Better Vermonters. The Eugenic Project in the Green Mountain State*.

⁹ En mi caso no comparto su animosidad contra el imperio portugués, con una conquista muy parecida a la que en otro tiempo hiciera el Reino de Aragón, pero que con poco más de medio millón de habitantes pudo dominar medio mundo. Muchas veces ese «dominio» se realizó a base de negociaciones comerciales dado que, a falta de gente, la expansión territorial era limitada.

¹⁰ Nuestro querido vecino ibérico, Portugal, desde hace años está haciendo algo que podemos imitar dado que la mayoría de sus habitantes son, no solo bilingües, sino trilingües (portugués, español e inglés). El hecho de ver desde niños en la televisión las películas extranjeras en su lengua original, con subtítulos, hace que los portugueses estén altamente familiarizados con el inglés y con el español.

¹¹ No conozco ningún otro caso como el de Juan Latino, español de raza negra que en pleno siglo XVI consiguió una cátedra en Gramática y Latín en la Universidad de Granada y terminó casándose con una dama de la nobleza. Cervantes y Lope de Vega lo alababan en sus escritos. Véase, Aurelia Martín Casares, *Juan Latino: talento y destino*. Granada: Universidad de Granada, 2016.

¹² Recuérdese la expresión acuñada en Francia, presuntamente por Alejandro Dumas, nieto de una esclava africana, y usada hasta no hace mucho tiempo: «África comienza en los Pirineos». Don Miguel de Unamuno se autocalificaba dialécticamente como africano al igual que San Agustín o Tertuliano y llamaba «bestia rubia» al mundo germánico. Sin duda, Unamuno protestaba de la «ortodoxia científica», del positivismo que equivalía a lo moderno europeo, la «inquisición científica» que él llamaba, y reivindicaba la «sabiduría» frente a la ciencia. Para Unamuno, la ciencia busca la vida, la sabiduría te prepara para una buena muerte. También Unamuno era consciente de que la Alemania de su tiempo era el país más avanzado científicamente.

¹³ «Nothing can be more opposed to all the arts and sciences than an adventurous taste, since this distorts nature, which is the prototype of everything beautiful and noble. Thus, the Spanish nation has also demonstrated little feeling for the fine arts and sciences» (p. 51). Kant, Emmanuel. *Observations on the Feeling of the Beautiful and Sublime and Other Writings*. Ed. by Patrick Frierson and Paul Guyer. Cambridge: Cambridge University Press, 2011.

¹⁴ «The Spaniard's bad side is that he does not learn from foreigners; that he does not travel in order to get acquainted with other nations; that he is centuries behind in the sciences. He resists any reform; he is proud of not having to work; he is of a romantic quality of spirit, as the bullfight shows; he is cruel, as the former auto-da-fé». Kant, Emmanuel, *Anthropology from a Pragmatic Point of View*, Translated by Victor Lyle Dowdell, edited by Hans H. Rudnick. Southern Illinois University Press, 1996 (231).

¹⁵ Véase, B.R. Hergenhahn. *History of Psychology*, 5ª edición. Belmont, CA: Thomson-Wadsworth, 2005. 175.

¹⁶ Juan Pimentel y José Pardo Tomás, «And yet, we were modern. The paradoxes of Iberian science after the Grand Narratives».

¹⁷ Véase, David Abulafia, «Jews, Muslims and Indians as Royal property», 359-382, in *From Al-Andalus to The Americas, (13th-17th Centuries), Destruction and Construction of Societies*. Edited by Thomas Glick, Antonio Malpica, Félix Retamero & Josep Torró. The Medieval and Early Modern Iberian World, Leiden: Brill, 2018.

¹⁸ Véase, Manuel Giménez Fernández, *Breve biografía de Fray Bartolomé de las Casas*. Facultad de Filosofía y Letras, 1966.

¹⁹ Archivo General de Indias, de ahora en adelante «AGI».

²⁰ Don Fray Bartolomé de las Casas, Obispo de Ciudad Real de la provincia de Chiapa, otorga poder a Pedro Gutiérrez, Juan Galvarro, Lucas de la Sal y Andrés Pérez para todos sus asuntos y particularmente para que en su nombre lleven a Indias cuatro esclavos negros que por virtud de cédula tenía concedidos el otorgante (AHPS. Libro del año: 1544. Oficio: XV. Escribanía: Gaspar Lopes. Folio: 127. Fecha: 28 de junio) citado en CFAAPS. Vol. 2. doc. 702. p. 157.

²¹ Véase, José Manuel Malhão Pereira, «Algunas consideraciones de orden crítico al libro, 1421- The Year China Discovered the World, de Gavin Menzies», 2-71.

²² Algo parecido se puede decir de Turquía, aunque a la inversa. No fue hasta 1453 cuando cayó el imperio bizantino cristiano para dar paso a la religión musulmana.

²³ Tanto el judío de Israel o de Estados Unidos, como el español, necesitan saber más de la importantísima influencia de la herencia semítica (música, traducciones, gastronomía, arquitectura, lengua, tradiciones, etcétera) que llegó, y sobre todo se creó, en la península Ibérica, durante la llamada Edad Media. Aunque la conquista de América contiene buena parte de los parámetros de la conquista que realizaron los romanos en la península Ibérica, ¿la podemos entender sin la influencia semítica?

- ²⁴ Véase, Mignolo, Walter, «The Movable Center: Geographical Discourses and Territoriality During the Expansion of the Spanish Empire».
- ²⁵ Alquitira, nombre hispano árabe que hace referencia al nopal, goma blanquecina que fluye de forma natural del tronco y de las ramas del tragacanto, muy usada en farmacia y en la industria. *Diccionario*, RAE.
- ²⁶ Álvarez Chanca, Diego. «Relación del Dr. Chanca» pp. 213-243, incluida en Manuel Fernández de Navarrete, *Viajes de Cristóbal Colón*. Madrid: Calpe, 1922. <<https://archive.org/details/viajesdecristb00fern/page/240>>.
- ²⁷ Véase, *Cuatro libros. De la naturaleza, y virtudes de las plantas, y animales que estan receuidos en el uso de medicina en la Nueva España, y la methodo, y correccion, y preparacion, que para administrallas se requiere con lo que el doctor Francisco Hernandez escriuio en lengua latina: Muy vtil para todo genero de gente q[ue] viue en esta[n]cias y pueblos, de no ay medicos, ni botica y su Historia de las plantas de Nueva España [Mexico 1615]*. Véase también de José María López Piñero y José Pardo Tomás, *Nuevos materiales y noticias sobre la Historia de las plantas de Nueva España de Francisco Hernández*. Valencia: Universidad de Valencia, 1994.
- ²⁸ Véase, Bernabé Cobo y Peralta, *Historia del Nuevo Mundo*. Sevilla: Sociedad de Bibliófilos Andaluces, 1890.
- ²⁹ Véase, León-Portilla, Miguel. *Bernardino de Sahagún, pionero de la antropología*. México: Universidad Nacional Autónoma de México y el Colegio Nacional, 1999.
- ³⁰ «Real cédula al provincial de la orden de San Francisco en Nueva España: que los niños que al presenten están en el Colegio de México de hijos de los naturales para que aprendan la lengua y doctrina cristiana, tienen mucho ingenio y capacidad y para esto han sido gran causa ciertos religiosos de su orden que los instruyen en las cosas de la fe católica; que se le encarga provea que esta obra tan santa se continúe y lo encargue a los dichos religiosos agradeciéndoles lo que en ello trabajan y animándolos para que continúen». (AGI, México, 1088, L. 3, fols. 164v-165r.).
- ³¹ La Real Universidad Pontificia de Santo Tomás de Aquino de Santo Domingo, ya había funcionado como «Studium Generale», germen de la futura universidad desde 1518.
- ³² Real Cédula al maestro fray Francisco de Vitoria, catedrático de Prima de la Universidad de Salamanca, rogándole dé su parecer sobre ciertas dudas que han surgido en lo que respecta a la instrucción y conversión de los indios, una vez haya consultado también con los otros teólogos de esa Universidad. AGI, Indiferente, 423, L. 18, F.209V-210V (Toledo 31 de enero de 1539).
- ³³ «Real Cédula al maestro Fray Francisco de Vitoria, catedrático de Prima en la Universidad de Salamanca, dándole cuenta de que el obispo de México ha escrito que en aquella tierra hay necesidad de clérigos para instruir y convertir a los indios, y que ha sabido que él tiene buenos discípulos, entre los que debe escoger doce, a los que se les proveerá en Sevilla de pasaje y matalotaje para ir a aquellas tierras». En Toledo a 18 de abril de 1539. (Indiferente, 423, L.19, F. 234V-235R).
- ³⁴ Véase, Antonio Barrera Osorio. *Experiencing Nature: The Spanish American Empire and the Early Scientific Revolution*. Austin: University of Texas Press, 2006.
- ³⁵ Véase, Nicolás García Tapia, *Un inventor navarro: Jerónimo de Ayanz y Beaumont, 1553-1613*. Pamplona: Universidad Pública de Navarra, 2001.
- ³⁶ El arte de la destilación se conoce desde tiempos de la antigua Mesopotamia, sin embargo, esta es la primera vez que la podemos ver aplicada a los viajes de navegación (1595). No queda claro si Fernández de Quirós (1553-1613) se adjudica el invento para él. Lo que sí sabemos es que Jerónimo de Ayanz (1565-1614) también conocía la misma técnica.
- ³⁷ Véanse entre otros documentos, «Rodrigo Zamorano, cosmógrafo, solicita aumento de salario» (1582). AGI, Patronato, 262, R.11., «Domingo de Villarreal: instrumentos y cartas de navegación». (1584), Patronato, 262, R. 1. También, AGI. «Real Cédula al presidente y oficiales de la Casa de Contratación para que pongan edictos sobre la provisión del oficio de piloto mayor y que los exámenes los hagan Pedro Ambrosio Onderiz, cosmógrafo mayor, Rodrigo Zamorano y Domingo de Villarreal». 1595-1599. AGI, Indiferente General, 426, L. 28, F. 219v.-220v.
- ³⁸ Véase, Elías Trabulsee, «Un científico mexicano del siglo XVII: fray Diego Rodríguez y su obra». *Historia Mexicana* 24.1 (1974), 36-39.
- ³⁹ Véase, «Cartas de fray Juan Caro ofreciendo sus servicios a Carlos I como matemático, astrónomo y experto en la navegación por los mares de Asia (1525-1526)». AGI, Patronato, 34, R. 26, fols. 1r-4v.
- ⁴⁰ AGI. Filipinas, 19, R. 3, N35., fol. 2. «Copia de carta de Acuña al emperador japonés Dayfu Sama».
- ⁴¹ Véase, Juan Gil, *Hidalgos y samurais. España y Japón en los siglos XVI y XVII*. Madrid: Alianza Universidad, 1991.

BIBLIOGRAFÍA

MANUSCRITOS

- Archivo General de Indias
- «Petición de llevar la Inquisición a América por parte del padre Bartolomé de las Casas». (AGI, Patronato, 252, R. 2, fol. 4).
- «Real cédula al provincial de la orden de San Francisco en Nueva España: que los niños que al presenten están en el Colegio de México de hijos de los naturales para que aprendan la lengua y doctrina cristiana, tienen mucho ingenio y capacidad y para esto han sido gran causa ciertos religiosos de su orden que los instruyen en las cosas de la fe católica; que se le encarga provea que esta obra tan santa se continúe y lo encargue a los dichos religiosos agradeciéndoles lo que en ello trabajan y animándolos para que continúen». (AGI, México, 1088, L. 3, fols. 164v-165r.).
- «Real Cédula al maestro fray Francisco de Vitoria, catedrático de Prima de la Universidad de Salamanca, rogándole dé su parecer sobre ciertas dudas que han

- surgido en lo que respecta a la instrucción y conversión de los indios, una vez haya consultado también con los otros teólogos de esa Universidad». AGI, Indiferente, 423, L. 18, F.209V-210V. (Toledo 31 de enero de 1539).
- «Real Cédula al maestro Fray Francisco de Vitoria, catedrático de Prima en la Universidad de Salamanca, dándole cuenta de que el obispo de México ha escrito que en aquella tierra hay necesidad de clérigos para instruir y convertir a los indios, y que ha sabido que él tiene buenos discípulos, entre los que debe escoger doce, a los que se les proveerá en Sevilla de pasaje y matalotaje para ir a aquellas tierras». En Toledo a 18 de abril de 1539. (Indiferente, 423, L.19, F. 234V-235R).
 - «Cartas de fray Juan Caro ofreciendo sus servicios a Carlos I como matemático, astrónomo y experto en la navegación por los mares de Asia (1525-1526)». AGI, Patronato, 34, R. 26, fols. 1r-4v.
 - «El doctor Alonso de Castro quiere ir al Perú con su familia». (AGI, México, 1088, L. 3, F. 164v.-165r.).
 - «Domingo de Villarreal, Instrumentos y cartas de navegación». AGI, Patronato, 262, R. 1., fols. 1r-12v.
 - «Rodrigo Zamorano, cosmógrafo, solicita aumento de salario» (1582). AGI, Patronato, 262, R.11.
 - «Real Cédula al presidente y oficiales de la Casa de Contratación para que pongan edictos sobre la provisión del oficio de piloto mayor y que los exámenes los hagan Pedro Ambrosio Onderiz, cosmógrafo mayor, Rodrigo Zamorano y Domingo de Villarreal». 1595-1599. AGI, Indiferente General, 426, L. 28, F. 219v.-220v.
 - «Copia de carta de Acuña al emperador japonés Dayfu Sama». AGI. Filipinas, 19, R.3, N35, fol. 2.
 - «Domingo de Villarreal: instrumentos y cartas de navegación». (1584), Patronato, 262, R. 1.
 - Archivo Histórico Nacional
 - Miguel Sabuco bachiller en la Universidad de Alcalá de Henares. Documento de 1543 del Archivo Histórico Nacional, Universidades L. 476, fol. 99.
- LIBROS Y ARTÍCULOS
- Abulafia, David. «Jews, Muslims and Indians as Royal property», 359-382, in *From Al-Andalus to The Americas, (13th-17th Centuries), Destruction and Construction of Societies*. Edited by Thomas Glick, Antonio Malpica, Félix Retamero & Josep Torró. The Medieval and Early Modern Iberian World, Leiden: Brill, 2018.
 - Álvarez Chanca, Diego. «Relación del Dr. Chanca», pp. 213-243, incluida en Manuel Fernández de Navarrete, *Viajes de Cristóbal Colón*. Madrid: Calpe, 1922.
 - Ballesteros Beretta, Antonio y Jaime Cortesão. *Génesis del Descubrimiento. Los Portugueses* (Historia de América y de los Pueblos Americanos, vol. 3). Barcelona: Salvat, 1947.
 - Barrera Osorio, Antonio. *Experiencing Nature: The Spanish American Empire and the Early Scientific Revolution*. Austin: University of Texas Press, 2006.
 - Bernabé Cobo y Peralta, *Historia del Nuevo Mundo*. Sevilla: Sociedad de Bibliófilos Andaluces, 1890.
 - *Biblia*. Ed. Eloíno Nácar Fuster y Alberto Colunga Cuetto. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1986.
 - Bloom, Harold H. *The Western Canon: The Books and School of the Ages*. New York: Harcourt Brace, 1994.
 - Bustamante C., et al. El suco nerveo sabuceano y los orígenes de la neuroquímica en el Renacimiento español. *Revista de Neurología*, 36. 12 (2003), 1190.
 - Casas, Fray Bartolomé, *Apologética Historia*, vol. 3 (3 vols.), ed. Vidal Abril Castelló, Alianza Editorial: Madrid, 1992.
 - Castañeda, P. et al. *Alonso de Chaves y el libro IV de «Espejo de Navegantes»*. Madrid: Industrias Gráficas España, 1977.
 - *Catálogo de los Fondos Americanos del Archivo de Protocolos de Sevilla*. 8 vols. Sevilla: Instituto Hispano Cubano de Historia de América, 1937-2000.
 - Cervantes, Miguel. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. 2 vols. Ed. Tom Lathrop. Newark, Del: Juan de la Cuesta, 1998.
 - Cervantes de Salazar, Francisco. *Crónica de la Nueva España*. 2 vols. Madrid: Atlas, 1971.
 - Clark, Truman, *Puerto Rico and the United States, 1917-1933*. Pittsburgh: University of Pittsburgh, 1975.
 - Cobo y Peralta, Bernabé. *Historia del Nuevo Mundo*. 4 tomos. Sevilla: Sociedad de Bibliófilos Andaluces, 1890.
 - Cohen. *Under Crescent and Cross: The Jews in the Middle Ages*, New Jersey: Princeton University Press, 1994.
 - Connolly, Bob and Robin Anderson. *The Highlands Trilogy* «El color de su piel es diferente pero su excremento huele igual» (Comentario de un nativo de Nueva Guinea al encontrarse con buscadores de oro australianos, New York: *First Contacts* (documentary), 1983, 18'19".
 - Cuartero, Octavio. «Prólogo», *Obras de Sabuco de Nantes, Oliva*. Madrid: Establecimiento Tipográfico de Ricardo Fé, 1888.
 - Darwin, Charles. *The Life and Letters of Charles Darwin. Including an Autobiographical Chapter: Edited by His Son, Francis Darwin: in Three Volumes* (vol. 1). London: John Murray, Abemarle Street, 1887.
 - Elliott, Joh. H., *Empires of the Atlantic World. Britain & Spain in America 1492-1830*. Yale University Press, 2006.
 - Fernández de Navarrete, Manuel. *Viajes de Cristóbal Colón*. Madrid: Calpe, 1922.
 - Fernández de Oviedo y Valdés, Gonzalo. *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano*. 4. Vols. Madrid: Real Academia de la Historia, 1851.
 - Fernández de Quirós, Pedro. *Descubrimiento de las regiones australes*. Madrid: Historia 16, 1986.
 - Gallagher, Nancy. L. *Breeding Better Vermonters. The Eugenics Project in the Green Mountain State*. Hanover, NH: University Press of New England, 1999.
 - García Tapia, Nicolás. *Un inventor navarro: Jerónimo de Ayanz y Beaumont, 1553-1613*. Pamplona: Universidad Pública de Navarra, 2001.
 - Gil, Juan. *Hidalgos y samurais. España y Japón en los siglos XVI y XVII*. Madrid: Alianza Universidad, 1991

- Giménez Fernández, Manuel. *Breve biografía de Fray Bartolomé de las Casas*. Facultad de Filosofía y Letras, 1966.
- Harari, Noa, *Sapiens: breve historia de la humanidad*. Penguin Random House, 2015.
- Hergenhahn, B.R. *History of Psychology*. 5th edition. Belmont, CA: Thomson-Wadsworth, 2005.
- Hernández Francisco. *Quatro libros. De la naturaleza, y virtudes de las plantas, y animales que estan receuidos en el vso de medicina en la Nueva España, y la methodo, y correccion, y preparacion, que para administrallas se requiere con lo que el doctor Francisco Hernandez escriuio en lengua latina: Muy vtil para todo genero de gente q[ue] viue en esta[n]cias y pueblos, de no ay medicos, ni botica*. México: En casa de la viuda de Diego
- Jaeger, Max and Joe Tacopino. «New York Times cuts political cartoons amid anti-Semitism backlash». June 11, 2019. <<https://nypost.com/2019/06/11/new-york-times-cuts-political-cartoons-amid-anti-semitism-backlash/>>.
- Kant, Emmanuel. *Observations on the Feeling of the Beautiful and Sublime and Other Writings*. Ed. by Patrick Frierson and Paul Guyer. Cambridge: Cambridge University Press, 2011.
- . *Anthropology from a Pragmatic Point of View*, Translated by Victor Lyle Dowdell, edited by Hans H. Rudnick. Southern Illinois University Press, 1996.
- León-Portilla, Miguel. *Bernardino de Sahagún, pionero de la antropología*. México: Universidad Nacional Autónoma de México y el Colegio Nacional, 1999.
- López Daualos. 1615 Vende[n]se en la tienda de Diego Garrido, en la esquina de la calle de Tacuba, y en la portería de S. Domingo, 1615.
- . *Historia de las plantas de Nueva España*. 3 tomos. México: Imprenta Universitaria, 1943.
- López Piñero, José María, et al., *Diccionario Histórico de la Ciencia Moderna en España*. Barcelona: Edición 62, 1983.
- López Piñero, José María y José Pardo Tomás, *Nuevos materiales y noticias sobre la Historia de las plantas de Nueva España de Francisco Hernández*. Valencia: Universidad de Valencia, 1994.
- Malhãu Pereira, José Manuel. «Algunas consideraciones de orden crítico al libro, *1421- The Year China Discovered the World*, de Gavin Menzies», en «España en los orígenes de Canadá en los siglos xv y xvi», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 788. (2016): 2-71.
- Martín Casares, Aurelia. *Juan Latino: talento y destino*. Granada: Universidad de Granada, 2016.
- Maura, Juan Francisco. «Mujeres hispano-lusas en la expansión ultramarina de los siglos xv y xvi». *Cuadernos Hispanoamericanos* 781 (2015): 4-23.
- Menache, Sophia. «Faith, Myth, and Politics: The Stereotype of the Jews and Their Expulsion from England and France». *The Jewish Quarterly Review* vol. 75 no. 4, 1985.
- Mignolo, Walter. «The Movable Center: Geographical Discourses and Territoriality During the Expansion of the Spanish Empire» in *Coded Encounters: Writing, Gender and Ethnicity in Colonial Latin America*, ed. Francisco Javier Cevallos Candau, U of Mass Press, 1994.
- Pané, Fray Ramón. *Relación acerca de las antigüedades de los indios*. Edición José Juan Arrom. México: Siglo XXI, 1974.
- Pimentel, Juan y José Pardo Tomás. «And yet, we were modern. The paradoxes of Iberian science after the Grand Narratives». *History of Science*, 2017, vol. 55 (2) 133-147.
- Rey Pastor, Julio. *La ciencia y la técnica en el descubrimiento de América*. Buenos Aires: Espasa Calpe, 1951.
- Ruíz Fernández, Jesús. «La filosofía necesaria y la mejor y de más alto fruto para el hombre de Oliva y Miguel Sabuco». Casa de Castilla-La Mancha en Madrid. 13 de febrero de 2015.
- Sabuco de Nantes, Oliva. *Obras*. Prólogo de Octavio Cuartero. Madrid: Establecimiento Tipográfico de Ricardo Fé, 1888.
- Sahagún, Bernardino de. *Historia General de las Cosas de la Nueva España*. Porrúa: México, 1992.
- Santa Cruz, Alonso. *Crónica de Carlos V*. 5 vols. Prólogo de Francisco de La iglesia y Auser. Madrid: Imprenta de la Intendencia e Intervención militares, 1920-1924 [vol. 3, 1922].
- Suárez, Francisco. *Principatus Politicus*. Ed. de E. Elorduy y L. Peña. Madrid: CSIC, 1965.
- Todorov, Tzvetan. *La conquista del otro*. México: Siglo XXI Editores, 1987.
- Trabulse, Elías. «El universo científico de Sor Juana Inés de la Cruz», *Colonial Latin American Review* 4:2 (1995), 41-50.
- . «Cosmología de los jesuitas novohispanos», *Artes de México* 82. 2 (2007), 38-45.
- Tse, Lao. *Tao Te Ching*. Madrid: Morata, 1961.
- Vitoria, Francisco. *Relectio de Iure Belli o Paz Dinámica*. Madrid: CSIC, 1981.
- Unamuno, Miguel. *Del sentimiento trágico de la vida*. Obras completas, vol. x. Madrid: Editorial Castro, 2009.
- Zayas y Sotomayor, María de. *Novelas ejemplares y amorosas*. Ed. de Enrique Suárez Figaredo. *Lemir* 16 (2012) Textos: 353-572. <http://parnaseo.uv.es/Lemir/Revista/Revista16/Textos/04_Zayas.pdf>.

Por Carlos M. Madrid Casado

COMPÁS, MAPA Y ESPADA. La cosmografía novohispana en los siglos XVI y XVII

«Para que entienda [el príncipe] lo práctico de la geografía y cosmografía (ciencias tan importantes que sin ellas es ciega la razón de Estado), estén en los tapices de sus cámaras labrados los mapas generales de las cuatro partes de la tierra».

SAAVEDRA FAJARDO, *Empresas políticas*, V, 1642

Durante la conquista de México, Hernán Cortés preguntó a Moctezuma si en la costa existía algún río donde los navíos españoles pudieran estar a resguardo. El *huey tlatoani* envió a sus pintores a los confines del imperio azteca. Estos regresaron a Tenochtitlán con detallados dibujos del litoral, en los que apareció un lugar idóneo: el río Coatzacoalcos, de ancho cauce y aguas mansas, tanto que algunos pensaron que se encontraban ante el ansiado paso entre la mar del Norte y la mar del Sur (Vélez 2019, 142). La tela de amate que los pintores aztecas entregaron a los españoles fue probablemente completada por manos hispanas con nombres e indicaciones en castellano. Cabe imaginar que este lienzo mestizo, cuyo proceder anticipa el de las *relaciones geográficas de Indias*, fue el primer destello de lo que luego sería la cosmografía novohispana.

Aún más: Cortés acompañó su segunda carta de relación dirigida al emperador Carlos, fechada el 30 de octubre de 1520, con un mapa del golfo de México y un plano de la ciudad de Tenochtitlán. Y entre la hueste cortesiana había personajes con conocimientos rudimentarios de cosmografía. Descontando al piloto Antón de Alaminos, las crónicas hablan de la presencia de Alonso García Bravo, un *jumétrico* (de *geométrico*, una suerte de alarife o agrimensor, que trazó el damero hipodámico de la nueva

ciudad de México, y cuya mano pudo estar detrás del mapa del golfo de México), y de un tal *Botello*, astrólogo.

Pero, ¿qué es la cosmografía y qué significó en la exploración, conquista y poblamiento de la Nueva España? La cosmografía fue la ciencia, al servicio del imperio español, que se encargó de estudiar las tierras, la naturaleza y las gentes del Nuevo Mundo. La cosmografía no sólo siguió al águila del imperio, sino que hizo posible su vuelo, pues no hay imperio sin mapas. La Corona precisaba del trazado de cartas náuticas correctas, así como de cartografiar con precisión las regiones descubiertas, a fin de que la expansión marítima y territorial resultase factible. El compás, esto es, el instrumento utilizado para *echar el punto* sobre el mapa, fue compañero inseparable de la espada, la cruz y la pluma. Era necesario cercar las tierras conquistadas por la espada confeccionando *manteles* (mapas), para que los procesos de aculturación ligados a la cruz y la pluma pudieran desarrollarse sobre el terreno. «A la espada y al compás, más, más, más y más» fue el lema que adoptó Bernardo de Vargas Machuca en el grabado inserto en su *Milicia y descripción de las Indias* (Madrid, 1599), que lo representa marcando con un compás el hemisferio occidental de la esfera del mundo y aferrándose, al mismo tiempo, con su mano izquierda a la espada.

Los cosmógrafos pusieron la Nueva España en el mapamundi, la pintaron en el globo terráqueo. De hecho, la conquista de México fue simultánea de la circunnavegación de la esfera terrestre dada por Magallanes y Elcano. Los globos grises que custodiaban los filósofos griegos se colorearon poco a poco de líneas y áreas, con nuevos mares y tierras. Así, en el mapamundi elaborado por Juan Vespucio en Sevilla en 1526 la silueta geográfica del virreinato es ya reconocible. En ese mapa se representa tanto la ciudad de México como los descubrimientos consecuencia de la vuelta al mundo. Al tiempo que se demostraba definitivamente la teoría de la esfericidad de la Tierra que venía rodando desde los antiguos (modificando su diámetro), se desterraba la teoría medieval que sostenía que la esfera terrestre se sumergía, en parte, en una esfera de agua.¹ La cosmografía ibérica arrumbó la cosmografía heredada.

En su objetivo de conocer las características de una *ecúmene* en expansión, los cosmógrafos elaboraron mapas y descripciones que combinaban un abanico de saberes: geometría esférica, geografía, astronomía e historia natural. Euclides y Ptolomeo aparecían junto a Aristóteles. El mundo se ubicó en una retícula

matemática formada por paralelos y meridianos, que reconfiguró sus partes en términos de latitud y longitud, de manera que la medición de los cuerpos celestes permitía fijar la posición de cualquier accidente en la esfera terrestre.

Frente a la erudición libresca y los relatos de autoridades clásicas, los cosmógrafos privilegiaron los relatos de primera mano (las crónicas y las relaciones) y las pesquisas empíricas (observaciones astronómicas, cuestionarios indianos, viajes de exploración ex profeso). De hecho, un buen número de cosmógrafos fueron viajeros experimentados, como el bachiller Fernández de Enciso, que en su pionero tratado de cosmografía *Suma de geographia* se preciaba de consultar a «la experiencia de nuestros tiempos, que es madre de todas las cosas» (Sevilla, 1519). La cosmografía cristalizó como una hibridación de teoría y experimento, que servía de brazo tanto a la praxis navegante (con esa suerte de manuales que eran los *regimientos de navegación*) como a la exploración ultramarina (con mapas como el *padrón real*, considerado como la contribución fundamental a la confección del mapa del mundo), pues el Atlántico, el Índico y el Pacífico no eran el Mediterráneo, ni las Indias eran Europa.

Las bases de lo que suele llamarse la revolución científica hay, precisamente, que buscarlas entreveradas en el descubrimiento y la conquista de esa *cuarta pars* que era el Nuevo Mundo. El factor América es insoslayable. Antes de la nueva ciencia, con sus aparatos (el telescopio o el microscopio) y sus matemáticas (el cálculo), los cosmógrafos hispanos y lusitanos mostraron el poder de los suyos (la ballestilla, el cuadrante, el astrolabio, la brújula y las cartas) y de las suyas (la geometría esférica). La práctica se reunió con la teoría, antes que en los laboratorios, en las naves, los gabinetes de curiosidades, las cámaras de maravillas, las cátedras de cosmografía, la Casa de la Contratación, el Consejo de Indias y otras instituciones de la España imperial.²

COSMÓGRAFOS ERRANTES

El nombre *Nueva España* se debe supuestamente a Juan de Grijalva, pero aparece escrito por vez primera en una diligencia de probanza relacionada con la conquista de México (Vélez 2019). La elección de tal nombre para el futuro virreinato no es casualidad sino muestra del ánimo de reproducción de la sociedad de partida en un entorno cuya diversidad de paisajes recordaba a la España peninsular.

Aparte de los mapas enviados por Cortés, una de las primeras reliquias cosmográficas novohispanas de que tenemos noticia es el llamado mapa de Uppsala (por su localización) o mapa de Santa Cruz (por su autoría, atribuida al cosmógrafo Alonso de Santa Cruz), que representa con pintura muy precisa la ciudad de México alrededor de 1550, y cuyo esbozo debió de ser trazado por manos mestizas en el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, donde frailes e indígenas colaboraban (León-Portilla y Aguilera 2016). Por otra parte, entre las primeras descripciones de la Nueva España se cuenta la perdida descripción despachada a Madrid en 1532, para la que se comisionó al licenciado Juan Ponce de León a fin de saber «el grandor de la nueva España y provincias della». Desde muy temprano, el Consejo de Indias exhortó a la realización de mapas y descripciones, instrucciones que incentivaron una serie de peticiones cuyas respuestas compiló el cosmógrafo real Alonso de Santa Cruz hacia 1556.

Desde mediados del siglo XVI, hay testimonios de cosmógrafos enviados a la Nueva España desde los centros peninsulares (el Consejo de Indias, la Casa de la Contratación y la Academia Real de Matemáticas) con el propósito de tomar descripciones y levantar planos para el recorrido de aquella *terra incognita*. La mayor oleada de cosmógrafos viajeros respondió a las indicaciones de Felipe II, que siguió el consejo del jurisperito Juan de Ovando, que tras realizar una *visita* (una auditoría) al Consejo de Indias en 1569, terminaría presidiéndolo desde 1571 hasta su muerte. Este sacerdote se quejó de la ignorancia que se cernía sobre las Indias occidentales, lo que dificultaba su administración. Al tiempo que favoreció la codificación de las leyes de Indias, proyectó la creación de un corpus de información cosmográfica actualizada que estuviera disponible a los miembros del Consejo de Indias. Conforme a las Ordenanzas de 1571, se instauró un complejo sistema de recopilación de información de las provincias de Indias y se nombró para el peinado de los archivos a un cosmógrafo-cronista: Juan López de Velasco, quien no sólo debía elaborar descripciones y mapas, así como hacer tablas de la cosmografía de Indias (registros de coordenadas), sino componer la historia de aquellas tierras (Portuondo 2013, cap. 3).

La gestión de Ovando impulsó la recogida metódica y pormenorizada de informes provenientes de las Indias. Así, las Ordenanzas mandaban «tener hecha descripción y averiguación cumplida y cierta de todas las cosas del estado de las Indias, así de la tierra como del mar, naturales y morales». En lo tocante a la

cosmografía, había que fijar la posición con arreglo al meridiano de Toledo, determinando la altura (latitud) y la longitud. Además, se establecía que la población nativa había de contribuir con las pinturas que empleaban para dar a entender cosas semejantes, lo que en el caso de la Nueva España significó la participación del Colegio de Tlatelolco.

Pero el proyecto de recopilación de informes sobre diversas materias diseñado por Ovando era demasiado costoso, pues exigía la disponibilidad de personas preparadas y la escritura de laboriosos mamotretos. Para 1576, el cosmógrafo-cronista López de Velasco apostó por la sustitución de los informes por cuestionarios. En vez de escribir aparatosos libros, los receptores de los cuestionarios debían responder sucintamente a una serie de preguntas. Inspirado tal vez en los cuestionarios que se enviaron a diversos pueblos para recabar información en 1574 (las llamadas *relaciones topográficas de España*), López de Velasco sopesó formar un archivo de *relaciones geográficas de Indias*. La cincuenta de preguntas se estructuraba de la siguiente manera, a saber: tras preguntar el nombre de la región, y qué significaba en lengua indígena, se preguntaba quién había descubierto y conquistado el territorio. Después, en lo que nos atañe, la sexta pregunta indagaba la altura (latitud) de la ciudad principal (lo que podía determinarse observando el Sol o la estrella polar). Las siguientes preguntaban diferentes distancias, y así continuaba un popurrí de cincuenta variadas cuestiones geográficas y de historia natural y moral (traza de las ciudades, costumbres de los indios, flora y fauna, recursos minerales, etcétera).

Cuando los cuestionarios, impresos al amparo de la real cédula de 1577, titulada *Instrucción y memoria de las Relaciones que se han de hacer para la descripción de las Indias*, comenzaron a llegar a América, el virrey de México, Martín Enríquez, los repartió por la Nueva España. En 1583, las respuestas a la primera hornada de cuestionarios de Indias empezaron a llegar ante López de Velasco. Junto a los textos, llegaron mapas de comarcas, pueblos y puertos. Mientras que algunas de esas pinturas son esquemáticas, las procedentes de Nueva España son muy expresivas, dada la importante tradición pictórica indígena (Mundy, 1996, 30). Las pinturas realizadas por indios pintores o *tlacuiloque* (por decirlo en náhuatl) utilizaban, en lugar del papel europeo, el amate. En estas representaciones de factura nativa, la técnica local engranó con el estilo europeo. Esta combinación hace de las relaciones geográficas una síntesis de saberes hispanos y amerindios, donde

es difícil distinguir la mano del artista ibérico de la mano del artista azteca, mixteca o zapoteca, lo que ha hecho correr ríos de tinta (Sánchez Martínez y Pardo Tomás, 2014).

Como complemento, dado que los cuestionarios sólo pedían la observación de la latitud, López de Velasco urdió un ambicioso programa de estimación de longitudes, aprovechando que entre 1577 y 1588 iban a producirse una docena de eclipses lunares. Como la solución definitiva al problema de la longitud no llegó hasta el siglo XVIII (mediante el transporte de relojes de precisión o cronómetros), los cosmógrafos hispanos calculaban la longitud entre dos puntos mediante la determinación de la diferencia horaria en la observación de un eclipse y, de este modo, fijaban las coordenadas geográficas de ciudades novohispanas como México o Veracruz. Ya en 1537, Antonio de Mendoza, primer virrey de la Nueva España, había realizado una primera observación astronómica a instancias del cosmógrafo Alonso de Santa Cruz para averiguar la longitud de la Ciudad de México respecto a España. Pero los planes de López de Velasco estaban a otra escala. El pliego enviado al Nuevo Mundo daba instrucciones pautadas acerca de la fabricación del instrumento de observación y de cómo y cuándo usarlo, sin necesidad de que el destinatario fuese un experto en cosmografía. Simultáneamente, en la península, el cosmógrafo Rodrigo Zamorano en Sevilla y el astrónomo Jerónimo Muñoz en Salamanca repetirían las observaciones. Pese a los diversos problemas que aparecieron (relacionados con la llegada tardía de las instrucciones, la falta de celo en la construcción del instrumento, la confusión por parte de Velasco de dos eclipses solares con lunares y las cambiantes condiciones meteorológicas), el programa logró estimar satisfactoriamente la longitud de varias ciudades hispanoamericanas.

En efecto, el eclipse lunar de noviembre de 1584 fue observado por varios funcionarios al servicio del arzobispo y virrey Pedro Moya de Contreras en los tejados de las casas reales de la ciudad de México respetando las indicaciones de López de Velasco. Y también fue observado desde allí por dos cosmógrafos viajeros. Por un lado, Francisco Domínguez de Ocampo, cosmógrafo de origen portugués que había pasado a América en 1571 con la expedición botánica de Francisco Hernández con el cometido de cartografiar la Nueva España a fin de recordar la localización de las plantas medicinales que se recogiesen, y a cuya conclusión en 1577 quedó en México ganándose la vida haciendo cartas y fabricando instrumentos náuticos. Por otro lado, un joven matemático

y astrónomo llamado Jaime Juan, natural de Valencia y alumno de Jerónimo Muñoz. Jaime Juan se encontraba en México comisionado por Juan de Herrera, el geómetra y arquitecto que fundó la Academia Real Matemática bajo el auspicio de Felipe II. A finales de 1582, Herrera había pergeñado la delimitación de las ambiguas fronteras del imperio mediante el envío de exploradores científicos. En concreto, Jaime Juan debía viajar a la Nueva España y después continuar su viaje hasta las Filipinas, con objeto de realizar las observaciones astronómicas pertinentes (algunas de ellas con instrumentos fabricados por el propio Herrera) para fijar las coordenadas de latitud y longitud de la Ciudad de México, Manila y los principales puertos en la costa atlántica y pacífica. Jaime Juan conseguiría alcanzar Manila, pero moriría de fiebres al poco de desembarcar (Portuondo, 2013, 108-113).

A finales del siglo xvi, los estudios de cosmología gozaban de relativa importancia en la Nueva España como herramienta para la navegación. Entre las obras escritas *in situ* destacan dos. Primeramente, el *Itinerario de navegación de los mares y tierras occidentales* de Juan Escalante de Mendoza, quien llegaría a ser capitán general de la Armada y Flota de la Nueva España. Pero esta obra, compuesta en 1575, quedó manuscrita, pues fue censurada por López de Velasco, dado que revelaba los derroteros de la carrera de Indias en un tiempo en que la cosmografía se concebía como una ciencia secreta, a ocultar a los piratas ingleses. Y la *Instrucción náutica para el buen uso y regimiento de las naos y su traza y gobierno conforme a la altura de México*, de Diego García de Palacio, impresa en México en 1587.

Montañés de origen, García de Palacio fue nombrado oidor en la audiencia de Guatemala en 1572 y alcalde del crimen en la ciudad de México en 1578. Poco después de su llegada a la capital virreinal, se doctoró en cánones por la Real y Pontificia Universidad de México, siendo nombrado rector en 1581. La *Instrucción náutica* era un prontuario de cosmografía, escrito en forma de diálogo entre un marino experimentado y otro bisoño. Tras explicar el número y la naturaleza de las esferas celestes, describía la división de la esfera terrestre según la latitud y la longitud. Describía el manejo del compás náutico (la brújula), el cuadrante, el astrolabio y la ballestilla o cruz geométrica. Explicaba cómo determinar la altura o latitud, usando la Cruz del Sur en lugar de la Polar para navegar por el Pacífico (y es que García de Palacio, como Cortés, soñaba con conquistar las islas de la Especiería y la China desde la Nueva España).

Enseñaba también cómo ubicarse en una carta de marear, ofreciendo unas tablas astronómicas calculadas precisamente para la latitud de la ciudad de México. Y terminaba desgranando la construcción de barcos conforme a la experiencia en las costas de la Nueva España. Este manual, por su carácter práctico, fue muy consultado (de hecho, incluía un vocabulario náutico con más de quinientas voces). Para García de Palacio, el piloto que supiese astrología, matemáticas y cosmografía llevaba gran ventaja al que no las supiese, pues sabría «echar punto en su carta» (Trejo Rivera 2009).

Por último, dentro de esta galería de cosmógrafos venidos desde el otro lado del océano, hay que mencionar a fray Alonso de la Veracruz, puesto que su libro *Physica speculatio*, publicado en 1557 y usado en la Universidad de México, constituye el primer testimonio del estudio de la astronomía en la Nueva España. Tras describir los cielos, fray Alonso hacía lo propio con la Tierra, describiendo la costa americana en términos de altura y distancia en leguas de un punto a otro, desde la tierra del Labrador al estrecho de Magallanes, y desde éste a la California. Además, explicaba el método de los eclipses lunares para estimar la longitud geográfica. Este fraile agustino estuvo en contacto con otros agustinos como Andrés de Urdaneta o Martín de Rada, a quienes tenía por reconocidos cosmógrafos, pues exploraron el Pacífico desde la Nueva España, empleando para ello tanto las tablas alfonsíes o ptolemaicas como las nuevas tablas prusianas (copernicanas).³ Y es que los agustinos descollaron como puntal de la cosmografía novohispana, porque a la par que religiosos viajeros eran avezados cosmógrafos con sotana.

COSMÓGRAFOS NOVOHISPANOS

La fundación de la capital de la Nueva España sobre las ruinas de Tenochtitlán fue una controvertida decisión de Cortés, pues la urbe novohispana, edificada sobre una cuenca lacustre, se vio periódicamente asolada por inundaciones y epidemias de calenturas, bubas y viruelas, que se recrudecieron con el crecimiento de la ciudad a caballo entre los siglos XVI y XVII. La resolución de este grave problema pasó por el desagüe del valle de México, lo que supuso la realización de una obra hidráulica de enorme envergadura, que se desarrolló entre 1607 y 1637, y en la que intervino una pléyade de funcionarios, escribanos, frailes, arquitectos, ingenieros (incluyendo un holandés experto en canales y esclusas), mineros y, por descontado, cosmógrafos.

Un año antes de comenzar las obras, el cosmógrafo, natural de Hamburgo, Enrico Martínez (o Heinrich Martin), que había pasado a América en 1589, terció en el debate sobre el clima y la salubridad de la ciudad de México (Sala, 1992). En su obra *Repertorio de los tiempos y Historia natural desta Nueva España* (1606) ofreció un curso básico de cosmografía, así como un calendario de eclipses solares y lunares observables en la Nueva España, el primero impreso en el continente americano (Moreno Corral, 1999). Martínez indicaba que la ciudad se asentaba sobre una laguna malsana, contradiciendo las ordenanzas promulgadas por el Consejo de Indias en 1571, que indicaban que no había que elegir sitios para poblar que «tengan cerca lagunas ni pantanos». Echando mano de la astrología, para lo que era preciso medir con precisión las coordenadas geográficas (latitud y longitud) de la ciudad, Martínez señalaba el predominio de Venus (planeta de la humedad) sobre la urbe en el momento de su creación. Por paradójico que resulte, la medición exacta del meridiano de la ciudad de México fue clave para determinar la influencia astrológica que pesaba sobre ella.

El vaciado de la laguna de México, que se prolongó durante treinta años, generó tal volumen de literatura que llegó a encargarse la redacción de su historia a Fernando de Cepeda y Alfonso Carrillo: *Relación universal, legítima y verdadera del sitio en que está fundada la muy noble, insigne y muy leal ciudad de México* (1637). Gracias a este documento conocemos a fondo la historia. El primer maestro mayor de obras fue el mencionado cosmógrafo Enrico Martínez, que acertó en la explicación geológica de las inundaciones y planeó la construcción de un canal de desagüe de más de catorce kilómetros de largo mediante la perforación de un túnel. Frente a la opción del túnel, el carmelita Andrés de San Miguel defendió la apertura de una zanja a cielo abierto de principio a fin. Al final, los terremotos ocasionales que sacudieron el valle de México inclinaron a las autoridades virreinales por la solución del fraile.

Coincidiendo con la finalización de las obras, en 1637, el virrey accedió a la petición del claustro de la Real y Pontificia Universidad de México de crear una cátedra de Astrología y Matemáticas, cuyo primer titular fue el fraile mercedario Diego Rodríguez, nacido ya en la Nueva España. Esta cátedra significó la institucionalización de la cosmografía novohispana. Aunque no dio la mayor parte de sus opúsculos a la prensa, fray Diego compuso varios tratados matemáticos y astronómicos. En estos últi-

mos abordó la predicción y observación de eclipses, lo que le permitió medir con base en los eclipses de 1638 y 1641 el meridiano de la ciudad de México. Una estimación de la longitud geográfica que no fue superada ni por Humboldt siglo y medio después con mejores instrumentos y tablas (Trabulse, 1992). Además, en su barroco *Discurso theorologico del nuevo cometa, visto en aqueste hemisferio mexicano y generalmente en todo el mundo. Este año de 1652*, rechazó la doctrina aristotélica de la incorruptibilidad de los cielos, sustentando que los cometas giraban alrededor del Sol y adhiriéndose al modelo de Tycho Brahe (algunos autores sostienen de forma infundada que era copernicano, pero Rodríguez mantiene que los planetas giran alrededor del Sol y el Sol gira alrededor de la Tierra).

Fray Diego tuvo dos notables discípulos. Por un lado, Francisco Ruiz Lozano, que llegó a cosmógrafo mayor del Perú y ocupó la cátedra de Cosmografía y Matemáticas creada para él hacia 1665 en la Universidad de Lima. Por otro lado, su sucesor en la cátedra de Astrología y Matemáticas en la Universidad de México: Carlos de Sigüenza y Góngora.

Cosmógrafo, astrónomo, historiador y poeta, polígrafo en suma, Carlos de Sigüenza y Góngora fue una de las cimas de la cultura virreinal. Bebiendo del legado científico de fray Diego Rodríguez, a quien consideraba «excelentísimo matemático», estuvo familiarizado con las obras de Galileo, Descartes, Brahe y Kepler, carteándose con científicos europeos como Kircher, Caramuel o Flamsteed. Poseía, según se preciaba, «la mayor y mejor librería» de matemáticas y astronomía de toda la Nueva España, trayendo múltiples libros heterodoxos de Flandes (sobre los que escribía la leyenda: «Auctoris damnati, con expurgatione permisa»), o sea, autor condenado por la Iglesia, pero que se puede leer expurgado).

Tras la muerte de Diego Rodríguez en 1668, la cátedra de Astrología y Matemáticas estuvo ocupada por varias figuras menores, pasando en 1672 a manos de Sigüenza y Góngora, que la ocupó hasta su jubilación en 1693, aunque la realización de diversos cometidos pecuniariamente más rentables hizo que se ausentara de la misma con frecuencia, siendo multado por la Universidad.

En 1680 fue nombrado «cosmógrafo del Reino», con las funciones de predecir y observar eclipses, medir las coordenadas geográficas de los lugares más señalados del virreinato y levantar mapas. Con motivo de la extensión de la Nueva España por

el golfo de México para frenar a franceses e ingleses, Sigüenza y Góngora hubo de elaborar múltiples memoriales. Abandonando en la primavera de 1693 sus aposentos en el hospital del Amor de Dios, donde ejercía de capellán, exploró el golfo de México entre Veracruz y la bahía de Pensacola, esbozando mapas del litoral y aconsejando las zonas de mejor población. Además, recorrió el valle de México y levantó un mapa del mismo en 1691, basándose en los realizados con motivo de la colosal obra de drenaje, y donde atendía también a cuestiones hidráulicas, pues hubo de revisar el sistema de canales, ordenando una limpieza del mismo. Y hacia 1688 delineó un mapa general de la Nueva España que, aun con errores e inexactitudes, sirvió de modelo a muchos atlas posteriores y fue el primero que incluyó todo el virreinato.

Dentro de sus observaciones astronómicas, ocupa un lugar destacado la que realizó del eclipse solar total que se produjo el jueves 23 de agosto de 1691, y que causó gran pánico entre la población novohispana. Cuenta Sigüenza que hacia las nueve de la mañana se quedaron «no a buenas sino a malas noches». Durante el cuarto de hora de tinieblas, la gente gritó y corrió despavorida a las iglesias, mientras él, «en extremo alegre», daba gracias a Dios por haberle permitido observar tan gran suceso con su cuadrante y «antejo de larga vista» (telescopio) (Trabulse, 1992, 245).

Con motivo de la polémica que levantó la aparición del cometa de 1680, el llamado cometa de Kirch (por su descubridor), considerado por muchos presagio de calamitosos sucesos, don Carlos escribió un panfleto titulado *Manifiesto filosófico contra los cometas despojados del imperio que tenían sobre los tímidos*, donde los describe como simples astros que tienen una órbita muy excéntrica respecto al Sol. Este opúsculo fue respondido, entre otros, por el jesuita Eusebio Francisco Kino, maestro de la Universidad alemana de Ingolstadt, que reivindicaba el carácter maléfico y hermético de los cometas, así como su naturaleza infralunar acudiendo al testimonio de los clásicos y de las Sagradas Escrituras. Sigüenza reaccionó enseguida y contestó a Kino, así como al astrónomo de origen flamenco Martín de la Torre, radicado en Campeche, a quien no obstante reconocía la exactitud de sus observaciones empíricas. Al astrólogo José de Escobar Salmerón no se dignó en contestarle más que tangencialmente, dado que le parecía ridículo su aserto de que los cometas se formaban de lo exhalado por los cuerpos de los difuntos (aunque aquí también pudo pesar que ambos contendieron en la oposición a la cátedra que terminó ganando Sigüenza).

En su obra *Libra Astronómica y Filosófica* (1690), dirigida al padre Kino «de matemático a matemático», Sigüenza prosiguió en la desmitificación de los cielos, arremetiendo contra la astrología y considerándola una «bagatela». ⁴ En la parte filosófica, refutó los argumentos doctrinales de Kino, cuestionando el recio aristotelismo latente. En la parte astronómica, criticó las observaciones realizadas por el jesuita y divulgó los datos de sus observaciones del cometa (coincidentes con los que Newton realizara por las mismas fechas). A su juicio, no había mejor argumento para convencer que poner al que lo negara un antejo de larga vista en las manos. En esta querrela el criollo defendía su honor (y el de su patria novohispana) frente al soberbio europeo.

EL ESPLENDOR DE LA CIENCIA VIRREINAL

Para algunos historiadores, el siglo xvii constituye una de las etapas más fructíferas de la ciencia novohispana y, en particular, de la cosmografía novohispana (Trabulse, 1994). Tras una primera fase de contacto durante el siglo xvi, marcada por la llegada de cosmógrafos procedentes de la metrópoli con objeto de reconocer las nuevas tierras y los mares adyacentes (y que en el caso de la elaboración de las relaciones geográficas de Indias contaron con la inestimable colaboración de los pintores nativos), el siglo xvii conoció cómo los cosmógrafos naturales ya de la Nueva España ponían a punto múltiples programas científicos relacionados con la cosmografía, conforme a directrices que, en unas ocasiones, emanaron de la península, pero, en otras, atendían a intereses locales. Unos intereses que orbitaron en torno a la localización (latitud y longitud) de la ciudad de México, el problema de infraestructura relacionado con las continuas inundaciones del valle de México, la determinación exacta de las fronteras de un virreinato en expansión hacia el septentrión y diversas cuestiones astronómicas o náuticas que aún caían dentro del ámbito de trabajo de los cosmógrafos. Sobre este sustrato en que el compás, el mapa y la espada avanzaron al unísono, cimentaría la ciencia ilustrada hispanoamericana del xviii.

La viveza propia de la cosmografía novohispana y, en general, de la ciencia novohispana en los siglos xvi y xvii es –a nuestro entender– la razón de que no pueda atraparse bajo las nociones de *ciencia periférica* o *ciencia colonial* (propuestas por historiadores anglosajones para referirse a la ciencia trasplantada a Norteamérica o Australia), tornándose preferible la expresión *ciencia virreinal*, por cuanto la Nueva España no era una colonia sino

un virreinato. Acaso sea éste otro de los indicios que apuntan al carácter más generador que depredador del imperio español (Bueno, 2019).

NOTAS

- ¹ En el *De Revolutionibus* (Núremberg, 1543), Copérnico todavía dio beligerancia a esta teoría y apeló a los descubrimientos de los reyes de Portugal y España como prueba de la existencia de unas antípodas secas y, por tanto, de que «la Tierra forma una sola esfera con el agua» (libro I, capítulo III). El debate sobre la forma de la Tierra no se cerraría hasta el siglo XVIII, cuando, tras las expediciones a Laponia y al Perú impulsadas por la Academia de Ciencias de París, los newtonianos se impusieron a los cartesianos, estableciendo que la Tierra es una esfera achatada por los polos (no por el ecuador).
- ² Cf. Bueno 1989, Sánchez Martínez 2010, Madrid Casado 2013, Insua 2019.
- ³ Felipe II y el virrey Luis de Velasco consideraban, según atestiguan sus cartas, a Urdaneta como «el mejor y más cierto cosmógrafo que hay en esta Nueva España» (carta del virrey al rey del 28 de mayo de 1560).
- ⁴ Ya en 1616 el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en México había prohibido explícitamente la práctica de la astrología judiciaria (la rama de la astrología que emite juicios por los astros de los futuros contingentes), permitiendo, sin embargo, la práctica de la astrología natural, donde la posición de las estrellas no afecta al mundo moral sino sólo al mundo natural (calendario, mareas, orientación, etcétera).

BIBLIOGRAFÍA

- Bueno, Gustavo (1989), «La Teoría de la Esfera y el Descubrimiento de América», *El Basilisco* 1, 3-32.
- . (2019), *España frente a Europa*, Obras Completas I, Pentalfa, Oviedo.
- Insua, Pedro (2019), *El orbe a sus pies. Magallanes y Elcano: cuando la cosmografía española midió el mundo*, Ariel, Barcelona.
- León-Portilla, Miguel y Aguilera, Carmen (2016), *Mapa de México-Tenochtitlan y sus contornos hacia 1550*, UNAM, México.
- Madrid Casado, Carlos M. (2013), «España y la Revolución Científica: estado de la cuestión de una polémica secular», *Circumscribere* 13, 1-28.
- Moreno Corral, Marco A. (1999), «La astronomía en el México del siglo XVII», *Ciencias* 54, 52-59.
- . (2007), «Fray Alonso de la Veracruz: introductor de la astronomía y de la física en México», en C. Ponce Hernández (coord.), *Innovación y tradición en fray Alonso de la Veracruz*, UNAM, México, 297-310.
- Mundy, Barbara (1996), *The Mapping of New Spain: Indigenous Cartography and the Maps of the Relaciones Geográficas*, The University of Chicago Press, Chicago.
- Navarro Brotóns, Víctor (1999), «La *Libra astronómica y philosophica* de Sigüenza y Góngora: la polémica sobre el cometa de 1680», *Cronos* 2/1, 105-144.
- Portuondo, María (2013 [2009]), *Ciencia secreta. La cosmografía española y el Nuevo Mundo*, Iberoamericana-Vervuert, Madrid.
- Sala Catalá, José (1992), «La localización de la capital de la Nueva España como problema científico y tecnológico», en A. Lafuente y J. Sala Catalá (eds.), *Ciencia colonial en América*, Alianza, Madrid, 143-161.
- Sánchez Martínez, Antonio (2010), «Los artifices del *Plus Ultra*: pilotos, cartógrafos y cosmógrafos en la Casa de la Contratación de Sevilla durante el siglo XVI», *Hispania* LXX/236, 607-632.
- Sánchez Martínez, Antonio y Pardo Tomás, José (2014), «Between imperial design and colonial appropriation: the Relaciones Geográficas de Indias and their pinturas as cartographic practices in New Spain», *Bulletin for Spanish and Portuguese Historical Studies* 39/1, 1-20.
- Trabulse, Elías (1992), «La obra científica de Carlos Sigüenza y Góngora, 1667-1700», en A. Lafuente y J. Sala Catalá (eds.), *Ciencia colonial en América*, Alianza, Madrid, 221-252.
- . (1994): *Los orígenes de la ciencia moderna en México: 1630-1680*, FCE, México.
- Trejo Rivera, Flor de María (2009): *El libro y los saberes prácticos: Instrucción náutica de Diego García de Palacios*, Tesis Doctoral, UNAM, México.
- Vélez, Iván (2019), *La conquista de México. Una nueva España*, La esfera de los libros, Madrid.

Por María Isabel Vicente Maroto

ALONSO DE SANTA CRUZ, el cosmógrafo real expoliado

«Alonso de Santa Cruz, Cosmógrafo Mayor de Vra.Mg dize que él a servido al Emperador don Carlos acerca de 20 años, así en presencia como en ausencia, dándole a entender muchos libros de astrología y cosmographía, haziéndole muchos libros en las dichas sciencias y cartas de geografia en diversas formas hechas, y muchos instrumentos de metal y de plata para se saber las horas y la longitud y latitud, cosa muy provechosa para las navegaciones».

28 de febrero de 1557, AGS. Secretaría de Estado.

Legajo 12, carpeta 15, fol. 22

En el siglo XVI, cosmógrafos-geógrafos se dedicaban a la descripción y confección de mapas de tierra y mares conocidos, al estudio del movimiento de los cuerpos celestes o a la elaboración de cartas y tablas astronómicas, cuyos datos eran necesarios para el trazado de la cartografía náutica y terrestre. Y Alonso de Santa Cruz fue uno de los mejores cosmógrafos, que pasó la mayor parte de su vida al servicio de Carlos I y después de su hijo Felipe II. Fue un prolífico escritor de obras históricas, crónicas, didácticas, políticas, económicas, geográficas, astronómicas, cosmográficas y cartográficas de las que buena parte han desaparecido.¹ Dada su dedicación a tantas y tan diversas materias se le ha calificado como un hombre de gran cultura, profundamente humanista.

Pero solamente pudo ver publicado uno de sus trabajos –la traducción de la *Crónica de España* de Francisco Tarapha, en 1562–, aunque en numerosas ocasiones intentó conseguir el permiso real para imprimir sus obras. Así, en una carta que Santa Cruz escribe a Felipe II, escribe:

Y no dexaré asimesmo de suplicar a Vra. Mg. sea servido de me mandar dar privilegio y licencia para poder imprimir algunos libros que tengo hechos y cartas generales y particulares de toda la geographía del mundo y que ningún otro lo pueda hazer sin mi voluntad y licencia, pues no es justo que aviendo pasado tantos y tan continuos trabaxos en lo hazer y con tantos gastos de hacienda aya de llevar otro el premio dello, y otro privilegio como este mandó dar la Mag. del emperador don Carlos a Pedro Apiano alemán por ciertos libros que le dedicó y servicios que le hizo, y no menos lo mereceré yo, pues los que tengo hechos van todos dedicados a Vra. Mg., cuya muy católica y real persona prospere y guarde Nuestro Señor con acrecentamiento de muchos más Reynos y Señoríos, como sus criados deseamos desta corte de vra. Mg. a 5 días de mayo de 1558 años.²

En una carta de 1563, Felipe II se dirige al presidente y demás miembros del Consejo de Indias con estas palabras:

Y quanto a lo de los libros que el dicho Alonso de Santa Cruz ha ofrecido que imprimirá tocantes a la declaración de las Indias que dezís serán de provecho para tener noticia más en particular de aquellas partes, aunque esto sea así, havéis de mirar que por esta misma razón podría traer mucho inconveniente en que los dichos libros se imprimiesen por la noticia y claridad que por ellos hallarían extranjeros y otras personas que no fuesen súbditos ni vasallos nuestros de las dichas Indias que es punto de consideración, y por esto os encargo lo miréis y tratéis y me aviséis de vuestro parecer.

De Monzón, a 26 de noviembre de 1563.³

La negativa del privilegio de impresión junto con su condición de cosmógrafo real –por lo que todos sus trabajos, a su muerte, debían ser recogidos por el secretario real y entregados al sucesor en el oficio– motivaron que Juan López de Velasco los aprovechara al redactar sus *Relaciones topográficas* o la *Geografía de las Indias* y se le haya atribuido el *Atlas de El Escorial*; y que Andrés García de Céspedes suplantara su autoría en dos magníficos manuscritos de Alonso de Santa Cruz, *Islario general* y el *Astronómico Real*.

Algunos otros trabajos suyos, que fueron recogidos e inventariados a la muerte del cosmógrafo, no han podido ser localizados, por lo que es posible que hayan corrido la misma suerte, o bien se quemaran en el incendio de El Escorial, o se encuentren en bibliotecas europeas. Se conserva abundante documentación

sobre Santa Cruz, que nos permite seguir su vida y también las obras que va escribiendo, de las que da noticia en numerosos memoriales dirigidos a los secretarios reales, en los que tampoco faltan las quejas por su mala situación económica y sus dolencias.

Alonso de Santa Cruz nació en Sevilla en agosto de 1505 y murió en Madrid, el 9 de noviembre de 1567, a los sesenta y dos años. Aunque no se encuentran referencias de estudios universitarios, en su formación pudieron participar Hernando de Colón y algunos cosmógrafos y pilotos de la Casa de Contratación, ya que fue hijo de un hombre de negocios cercano a las empresas de Indias que ejerció como teniente de alcalde de los Reales Alcázares sevillanos desde 1525 hasta 1535, en cuya capilla se celebraban los exámenes y las juntas de la Casa de Contratación. Por ello, su infancia y juventud se desarrollaron dentro de un ambiente relacionado con expediciones, cosmógrafos, cartógrafos, pilotos y comerciantes. Con poco más de veinte años (1526-1530), participó en el viaje de Sebastián Caboto a la Especiería –a la que nunca llegó, pues se quedaron en el Río de la Plata–, adquiriendo experiencia práctica para sustentar sus conocimientos teóricos en cartografía, cosmografía y navegación.⁴ En un documento que el licenciado Gamboa envía al secretario Mateo Vázquez, que había revisado los trabajos que Santa Cruz dejó al morir, fechado el 10 de abril de 1577, se menciona una carta de marear de Sebastián Caboto:

*Que havía acabado de ver los papeles del cosmógrafo Alonso de Santa Cruz para ver los que havían de quedar en el Consejo que son muy buenos y lo que se havía de dar por ellos a sus herederos. Entre los cuales ay una descripción de España muy curiosa y digna de que Su Mg. la tenga. Y un libro de ingenios de agua y fuego y máquinas de guerra y otras cosas de mucha curiosidad que será bien que Su Mg. le vea. También tiene desde que murió el Presidente Ovando una tabla de marear de aquel gran cosmógrafo Sebastián Caboto que entregará a quien se le ordenare.*⁵

Pero de ese *Libro de ingenios y máquinas de guerra* no se tiene noticia.

Al regresar de su viaje, entre 1530 y 1535, se dedicó a la construcción de instrumentos y a materias cosmográficas y astrológicas, quizá tras comprobar las dificultades que encontraban los marinos para determinar los rumbos, las trayectorias y las coordenadas de los barcos, así como para levantar mapas de las costas descubiertas.⁶

EL *ABECEDARIO VIRTUOSO*, MANUSCRITO DE LA
BIBLIOTECA DE EL ESCORIAL

Alonso de Santa Cruz, escribió el *Abecedario Virtuoso* para el Príncipe Carlos,⁷ hijo de Felipe II, y comienza explicando que «los habitantes de Assia tuvieron siempre de costumbre yendo a hazer reverencia a sus reyes de les llevar presentes de cosas muy curiosas y dellos más deseadas», así la reina de Saba «yendo a ver al Rey Salomón, a fama de muy gran sabiduría, y para más confirmar con él su amor le llevó grandes presentes de oro y plata y de otras cosas ricas para ornamento del templo que hazía», y los tres Reyes Magos, que llevaron oro, incienso y mirra; al ser él llamado por el rey a su corte no le pareció justo presentarse sin llevar «cosas que le agradasen y diesen algún contento»:

Y así truxe muchas cartas de Geographía en diversas formas hechas y muchos libros de Historias y crónicas assí de los Reyes Cathólicos don Hernando y doña Isabel, como la del emperador, vuestro abuelo, y otros libros de Philosophía, Astrología y Cosmographía, todos los quales yo tengo hechos con mucho trabajo y diligencia después de la partida de su magestad destos sus Reynos, y no menos truxe puestas en árboles las siete artes liberales en romance castellano para mejor se poder entender, y de la propia manera la genealogía de los dieziseis abuelos de V. Al. traídos casi desde Noé, y la de todos los reyes y señores de la Asia, África, y Europa, Indias Orientales y Occidentales, y toda la pintura y geographía destas dichas partes de tierras de forma muy grande para mejor se poder entender las particularidades dellas; truxe asimismo muchos instrumentos de astrolabios, quadrantes, reloxes y otros de diversas maneras hechos, por los quales fácilmente saber la distancia o apartamiento de qualesquier dos lugares, así en longitud como en latitud por muy apartados que sean, muy provechosos a los que navegan, y no menos mostré a V. al otras muchas cosas muy gustosas y provechosas y dignas de saber...

Pero se lamenta de que al príncipe no le agradasen y no se sirviese de casi nada de todo ello, ya que lo único que le interesaba era saber leer y escribir bien. Por eso, le dio una descripción del Perú: «provincia muy grande en las Indias Occidentales, la qual yo hize por mandado de Su Magestad, donde allende de la particular pintura de aquella tierra y de los naturales con todo lo que produce, se declara en ella por escripto, las costumbres de las gentes y lo que los castellanos pasaron con ellos al tiempo de su conquista».

Santa Cruz decide escribir a don Carlos un *Abecedario virtuoso*, y en el Prohemio explica que lo hace para que, además de poder ejercitarse en la lectura, le sirva para enriquecerse y para que fuese «un espejo en que un buen príncipe se debe mirar», y advierte «porque los libros no son otra cosa que unos espejos en los que el alma se mira, y en lo que más ellos parecen espejos es en que dizen las verdades». Le expondrá todas las virtudes «así theologales como cardinales, y morales para que v. las ame y conozca en sí, y en qualquiera de los suyos».

EL ISLARIO GENERAL

Alonso de Santa Cruz es autor de un manuscrito que tampoco se llegó a publicar en su época titulado *Islario general de todas las islas del mundo*, que ha merecido la atención de muchos historiadores.⁸ Se conservan cuatro ejemplares, dos en la Biblioteca Imperial de Viena, uno en la Biblioteca de Besançon (Francia) y otro en la Biblioteca Nacional de Madrid, aunque los tres primeros están incompletos. El ejemplar que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid tiene cambiado el nombre de Santa Cruz por el de García de Céspedes y el de Felipe II por Felipe III, como ya puso de manifiesto Paz y Meliá en 1909.⁹

La obra comienza con una «Breve introducción de Sphera», pasando a continuación a la primera parte del *Islario* en la que se incluye una carta universal en siete tablas, que procede sin duda del Padrón Real. A las siete cartas le sigue inmediatamente una octava carta general del Mediterráneo oriental para que se puedan localizar en tamaño grande las islas del mar Egeo y Jónico. Continúa con la relación de las islas en el orden usual establecido por los islarios, es decir, primero las islas de la Europa del norte empezando por Islandia y terminando por las del Guadalquivir y Cádiz. La segunda parte está dedicada íntegramente al Mediterráneo, empezando por las islas de Ibiza y Formentera y terminando por la isla de Malta. La tercera parte de la obra abarca la descripción de la costa africana y las islas del océano Índico hasta las islas Molucas, objeto de un contencioso con los portugueses. La cuarta parte comprende el Nuevo Mundo, desde la península del Labrador al estrecho de Magallanes, con muchos detalles actuales que sólo él podía conocer por su trabajo en la Casa de la Contratación, dedicando especial atención al océano Atlántico. Martín-Merás¹⁰ explica que el *Islario* sigue el esquema del *Liber nel qual si ragiona di tutte l'Isole del mondo*, hecho por Benedetto Bordone, que se publicó en 1528 en Venecia y se re-

editó en 1532. El alcance de esta obra fue tal que dos años más tarde, en 1534, y en años posteriores fue muchas veces reimpressa con el título de *Isolario di Benedetto Bordone*. El *Isolario* se divide en tres libros, el primero con veintiún mapas dedicados a las islas del océano Atlántico americano, el segundo al Mediterráneo, y el tercero a las islas del océano Índico y del Lejano Oriente, con ciento once mapas en total. Incluye también un mapamundi en proyección oval tomado del de Roselli de 1508. Hay que tener en cuenta que el de Bordone es el primer islarío donde se incluyen las islas de las Antillas y Asia, pues hasta entonces todos estaban dedicados el Mediterráneo e islas de Europa. Santa Cruz se separa de la concepción original de los islaríos al incluir en primer lugar un tratado de la esfera y una carta universal en siete partes, al estilo del padrón real; y una tercera y cuarta parte en las que explica con todo detalle las tierras americanas hasta el estrecho de Magallanes y las islas que jalonan el viaje hacia Asia que hacían los portugueses.

EL ASTRONÓMICO REAL

Santa Cruz vivió y trabajó en Toledo entre 1539 y 1544, atento a los cometidos que le había encomendado el emperador y cumpliendo otros encargos de palacio. Carlos V, a pesar de estar ausente de la Península, seguía interesado en las novedades científicas que surgían y recibió la primera edición del *Astronomicum Caesareum* de Apiano, editada en 1540. La obra, dedicada al emperador, estaba escrita en latín y explicaba algunos conceptos que el soberano no terminaba de comprender, por lo que solicitó a Santa Cruz su transcripción. El resultado fue el magnífico manuscrito titulado *Astronómico Real*,¹¹ un libro de astronomía de quinientas doce páginas que incluía traducciones comentadas del *Astronomicum Caesareum*, incorporaba un *Tratado de la esfera* de Sacrobosco, las *Teóricas de los planetas* de Jorge Purbachio y un *Reportorio de los tiempos* propio.¹²

El propio autor confirma en las páginas de esta obra que fue el emperador, mientras estuvo en Toledo durante 1543, quien le reclamó un texto explicativo para aclarar aquello que no entendía, y gracias al *Astronómico Real* tenemos también constancia de sus trabajos cartográficos.

La historiografía admitía su existencia apoyándose no sólo en las diversas alusiones que el propio Alonso de Santa Cruz hizo de él, sino, sobre todo, en que el citado texto, dedicado a Felipe II, está reseñado en el inventario¹³ que de sus escritos e instrumentos

se realizó en 1572 –cinco años después de su fallecimiento– para su entrega al presidente del Consejo de Indias.¹⁴ Al tratar de encontrar los trabajos inéditos de uno de estos científicos, el burgalés Andrés García de Céspedes,¹⁵ en la Biblioteca del Palacio Real de Madrid, en su catálogo de manuscritos, hallamos la siguiente referencia: «García de Céspedes, Andrés. *Astronómico Real*. Libro dedicado a Felipe 2º. Tiene varias figura iluminadas de astronomía. (Letra del siglo XVI). 1 vol.- folio- pta. Ms-2-147».

Pero el citado texto no se encontraba en Palacio sino en la Biblioteca de la Universidad de Salamanca.¹⁶ La explicación es que a finales del siglo XVIII desaparecieron los colegios mayores salmantinos y sus manuscritos se trasladaron a la Biblioteca del Palacio Real madrileño; en el inventario realizado previamente (1799-1801) por el obispo Antonio Tavira,¹⁷ en el folio 157 aparece el *Astronómico Real* bajo la referencia «Colegio Cuenca, 102», que revela que el manuscrito había pertenecido al Colegio Mayor Cuenca salmantino. En Madrid permaneció hasta 1954 en que, con ocasión del octavo centenario de la fundación de la Universidad castellana, se ordenó la devolución de todos los manuscritos que habían salido de los fondos colegiales,¹⁸ un siglo y medio antes, a la Biblioteca de la Universidad de Salamanca.¹⁹

Es un volumen de quinientas doce páginas, de 33.5 por 24 centímetros, encuadernado en pasta forrada de cuero marrón –no es la encuadernación original, sino la que se hizo en el Palacio Real al recibir los manuscritos salmantinos–, escrito con letra muy cuidada y clara, de fácil lectura, y profusamente ilustrado con ciento cincuenta figuras, la mayoría iluminadas en cuatro o cinco colores. El precioso tratado comienza con una dedicatoria, encabezada de esta forma: «Al Invictmo. Príncipe don Phelipe segundo deste nombre, Rey de Spaña y de Ynglaterra y Francia, de Sicilia, Nápoles e Yndias Occidentales. Al(tachado)ndrés garcía Céspedes, cosmógrapho mior. de su Mag. sobre el *Astronómico Real*».

Se inicia el texto con un recorrido histórico de los príncipes que desde Alejandro el Magno favorecieron y apoyaron el cultivo de las ciencias hasta llegar a los tiempos de los primeros archiduques de la Casa de Austria, deteniéndose en el rey Alberto de Bohemia y Hungría como protector de Purbachio y Monte Regio, entre otros matemáticos y filósofos. Más adelante cita al emperador Carlos y su relación con el alemán Pedro Apiano y se refiere a continuación al motivo, a la finalidad y al contenido del texto. Explica el autor del manuscrito a Felipe II que su padre,

el emperador, le mandó traducir el libro de Apiano al castellano para comprender mejor la astrología y la cosmografía, pero debido a su complejidad matemática Carlos V no consiguió tampoco entenderlo y le encargó que escribiese otro con demostraciones más sencillas. Para facilitar el estudio del monarca, añadió, como materias previas, unas traducciones comentadas y glosadas por él mismo del *Tratado de la esfera* de Sacrobosco y de las *Téoricas de los planetas* de Purbachio «todo por ruedas y demostraciones muy primorosamente hechas». La tercera parte de la obra corresponde a un *Repertorio de tiempos*, es decir, a un tratado de astrología como aplicación y última finalidad de los saberes astronómicos que se recogen en el manuscrito. Todos los capítulos llevan al final un «scholio» en donde el autor hace reflexiones y puntualizaciones de gran interés, que demuestran sus profundos conocimientos en astronomía y en geometría.

Esta última parte del manuscrito es la más interesante y original. Se inicia con un título general y una introducción en donde se hace un breve resumen de todo el contenido y se advierte que está dividida en dos: en la primera se enseñan los métodos prácticos para calcular la posición de los planetas, utilizando algunos instrumentos, en particular el astrolabio, con la ayuda de las tablas que se acompañan; asimismo, se estudia el calendario y la determinación de la Pascua y de las fiestas móviles. La segunda parte se centra en la determinación y cálculo de los días críticos y de los días en que se producirán conjunciones, oposiciones y eclipses de Sol y de Luna, y se estudian los diversos métodos de dividir y medir el tiempo, estableciendo relaciones entre las distintas unidades temporales existentes en la época y en la Antigüedad.

Su contenido coincide en lo fundamental con el del *Astronomicum Caesareum* de Pedro Apiano, pero no guarda el texto castellano, en general, el orden de materias y capítulos existente en el original del matemático alemán; la versión del manuscrito es más amplia, contiene un mayor número de figuras –de dibujo exquisito y extremadamente preciso y cuidado– se detiene más en los aspectos astrológicos y, sobre todo, incide más en ejemplos y supuestos prácticos.

Es muy curiosa la reflexión que hace el autor sobre el desinterés existente en su siglo por el cultivo de los saberes, y acusa a sus contemporáneos de no querer salir de su ignorancia –viviendo de espaldas tanto a los conocimientos antiguos como a los nuevos que nacen– y no desear más que las riquezas y el poder:

[...] pero el día de oy todo lo vemos al contrario, porque no se piensa ser otra cosa más suave que el tener y valer y ser honrado de todos, y el saber y virtud no sólo lo menosprecian, más aún tienen en poco a los que a ella se dan. Por manera que ha venido el siglo a tan extrema miseria que no sólo no queramos deprender las Artes que cada el día de nuevo se descubren, más antes y es lo peor (como dize Plinio en el segundo libro) que las que otros tiempos fueron halladas con mucho trabajo y curiosidad de los hombres, y para provecho dellos, por necedad y simpleza las menospreciamos y tengamos puestas en olvido, y esta es la causa como tan pocos sean doctos en esta nuestra hedad, y como estén tan echados los estudios de las buenas Artes, que ya de sepultadas no puedan resucitar.

En el capítulo «De las conjunciones y oposiciones y eclipses que acontecerán hasta el año de 1632», folio 248, escribe unos párrafos que tienen una particular importancia, pues su contenido resulta muy revelador de la identidad del autor del manuscrito:

Estando en Toledo los años pasados de 1578 por mandado de Su Magestad, acabando muchas y diversas descripciones y cartas de Geographía del Mundo, y un libro llamado Yslario General de todas las yslas del mundo, procuré hazer también en el dicho tiempo un otro libro a manera de calendario romano, como Beda y Estoptherino avían hecho los suyos, poniendo en el mío muchas particularidades más que ellos en los suyos avían hecho, añadiendo todas las oposiciones y conjunciones y eclipses del sol y de la luna hasta el año de 1640, el qual libro me pareció aver tenido en mucho Su Mag.²⁰ Tuve pensamiento de lo hazer ymprimir luego juntamente con el Yslario General, pero como Su Mag. me dexase mandado al tiempo de su partida que travajase en hazer la descripción general de la Geographia de España y otras muchas cosas ymportantes a su servicio me descuydó de la ympresión de los dichos libros, y también lo he hecho hasta agora porque algunas personas se an adelantado en este tiempo a ymprimir ciertos Reportoriosque hizieron. Pero como al presente yo viniese a estar ocupado en este libro llamado Astronómico Imperial que Su Mag. me mandó hazer [...].²¹

El manuscrito está ilustrado con magníficas figuras, la mayoría dibujadas en papel, recortadas y después pegadas completamente a la página correspondiente, o simplemente unidas por su centro en el caso de las «ruedas» para permitir su giro. Además, las distintas ruedas de una misma figura van coloreadas en azul, rojo, verde, amarillo, etcétera, para facilitar su visualización y manejo;

existen además quince huecos preparados para otros tantos dibujos que no se llegaron a incorporar. Se cierra el volumen con una rúbrica ilegible, seguramente la del copista.

Con relación a la autoría del manuscrito *Astronómico Real*, tanto en la «Dedicatoria» como en el «Prohemio» aparece el nombre de Andrés García Céspedes como autor, escrito en letra distinta, irregular y «corrida», encajado forzosamente en un espacio en el que han sido raspadas o borradas algunas palabras, aunque permanecen de la escritura anterior las dos primeras letras (Al) en la Dedicatoria, y sólo la primera (A) en el Prohemio. En ambos encabezamientos, exactamente igual que en el *Islario*, hubo otro nombre inicialmente y después fue sustituido por el del matemático burgalés, aunque no en la forma habitual, porque siempre hacía figurar sus apellidos con la inclusión de la preposición «de»: García de Céspedes.

En cuanto a las fechas, en la dedicatoria se dice: «[...] desde el año de 1543 en que se comenzó a hacer el presente libro». Esta fecha vuelve a repetirse en las últimas páginas de la tercera parte del volumen, la que contiene la versión de la obra de Apiano.²² Por otro lado, tanto en la Dedicatoria como en el Prohemio, se dirige el texto al *príncipe don Phelipe, segundo deste nombre, Rey de España y de Ynglaterra*; si se tiene en cuenta que Felipe II fue monarca de España desde 1556 y rey de Inglaterra, por su matrimonio con la reina María, desde 1554 hasta 1558, sólo fue titular de ambas coronas escasamente dos años, desde 1556 hasta 1558: la Dedicatoria y el Prohemio fueron escritos dentro de ese período de dos años. En la Dedicatoria, el autor indica que primero escribió el *Astronómico*, después las *Teóricas*, y finalmente la *Esfera*, aunque fueron encuadernadas en orden totalmente inverso. Podemos concluir que su particular versión castellana del *Astronómico Cesáreo* la comenzó en 1543 y la finalizó no antes de 1549, y que la *Esfera* la estaba redactando en 1553. El Prohemio y la Dedicatoria, lógicamente lo último que se elaboró, se hicieron después de 1556 y antes de 1558.

Por tanto, el manuscrito se inició en 1543, sufrió varios «parones» y se le «puso portada» en torno a 1557. Como García de Céspedes nació hacia 1550,²³ el autor del manuscrito es, sin lugar a dudas, Alonso de Santa Cruz, que en 1543 tenía treinta y ocho años; desde antes de 1556, y hasta su muerte en 1567, poseyó el nombramiento de cosmógrafo del rey, como veremos, y su nombre se inicia con «Al». Además, si se compara la letra de los manuscritos, se puede afirmar que el copista que «pasó a limpio» el

Astronómico Real, el *Libro de las longitudes*, el *Islario general* y el *Abecedario virtuoso* parece ser el mismo.

EL ATLAS DE EL ESCORIAL

El *Atlas de El Escorial* es un manuscrito que llegó a la biblioteca del Monasterio de El Escorial en mayo de 1576, formando parte de la primera entrega de libros que Felipe II hizo a los monjes jerónimos, descrito como «un libro grande encuadernado en pergamino de cartas geográficas de muchas provincias» y allí ha permanecido desde entonces. Es un delgado volumen, cosido con cartivana, y se halla catalogado dentro de los fondos de la Biblioteca escurialense como del último tercio del siglo XVI,²⁴ con correcciones y adiciones quirógrafas de López de Velasco, cosmógrafo mayor del Consejo de Indias desde 1571 a 1591.

Está formado por un mapa general a escala 1:2.600.000 y veinte hojas mucho más detalladas (a escala 1:400.000) que completan todo el territorio peninsular. Con las veinte hojas construimos un mosaico que aporta una imagen completa de la península ibérica. La fusión se hizo empleando programas de edición fotográfica para formar un documento continuo que facilitase el análisis cartográfico.²⁵

Diferente de todos sus contemporáneos, apenas presenta elementos relacionados con la navegación y su litoral redondeado le aleja de los portulanos o las geografías de Tolomeo, situándole como un mapa geográfico o terrestre. Las veinte láminas contienen un volumen de información inaudito, apreciable al contabilizar los numerosos topónimos y elementos geográficos representados, –cerca de nueve mil cuatrocientos topónimos, alrededor de ocho mil trescientas localidades, más de mil seiscientos ríos, quinientos cuarenta y siete rotulados, trescientos treinta y dos símbolos de puentes, algunas hojas con casi mil poblaciones– o contemplando el panel de más de cuatro metro cuadrados formado al componer sus hojas. Es uno de los mapas más detallados y completos del Renacimiento, por el volumen de datos y por la escala empleada.

El *Atlas de El Escorial* no presenta en sus páginas ninguna indicación, firma o referencia que indique su autor o la fecha de ejecución, dos asuntos que siempre han preocupado a quienes lo han estudiado. Pocos son los que establecen hipótesis propias basadas en argumentos sólidos y la mayoría de los libros o artículos se han empeñado en reproducir la opinión de los autores más reconocidos, aunque no estén debidamente documentadas.

Para aclarar estas dos incógnitas contamos con las noticias de los cronistas, referencias históricas, la biografía de los autores y el análisis de pequeños detalles de las hojas.²⁶

En cuanto a la autoría, algún historiador se lo atribuyó a López de Velasco, debido a que identificaron su letra en algunas correcciones del *Atlas*; pero ya se ha adelantado que la explicación está en que todos los trabajos realizados al servicio del monarca eran recogidos a la muerte del titular del oficio y entregados a su sucesor en el cargo. Alonso de Santa Cruz no consiguió ser nombrado cosmógrafo del Consejo de Indias, tal como solicitó en memoriales enviados en diciembre de 1556 y febrero de 1557, a su presidente, el marqués de Mondéjar, y al propio Felipe II,²⁷ que finalmente le nombra cosmógrafo mayor de la Casa de la Contratación, pero con la obligación de residir en la corte.²⁸ Con la reforma de dicho Consejo por su presidente Juan de Ovando se creó, en 1571, el oficio de cronista-cosmógrafo mayor de dicho Consejo, tal como había pretendido el cosmógrafo sevillano, y fue nombrado para ocuparlo Juan López de Velasco, el 20 de octubre de ese mismo año, a pesar de ser jurista y no tener tan buena formación científica como Santa Cruz: «El cual entienda y se ocupe en recopilar y hazer la Historia General de las Yndias e juntamente ordene y ponga en forma conveniente las cosas tocantes a la Cosmographía en las cuestiones tocantes a las dichas Yndias».²⁹

López de Velasco recibió los papeles de Alonso de Santa Cruz y, tal como le estaba ordenado, escribió una *Geografía y descripción de las Indias*, trabajo por el que se le concedió una ayuda de costa de cuatrocientos ducados.³⁰ El informe del Consejo, 7 de diciembre de 1576, es favorable a esta concesión:

El Consejo ha visto el libro que Joan de Velasco ha hecho de la geografía y descripción de las Indias que V.M. mandó se viesse y con algunas enmiendas que el Consejo ha hecho en él, es obra muy buena y conveniente para que V.M. la tenga Aunque para ello se ha aprovechado de muchos papeles y libros de Alonso de Santa Cruz, cosmógrafo que fue de V. Mg. y se entregaron a Joan de Velasco para que se ayudase dellos y de otros papeles que se han traído de las Indias, y aunque por razón de su oficio y del salario que V. Mg. le da, tiene obligación de dar cada año una obra de su ministerio, pero por ser esta grande y señalada y que debajo de un libro comprende lo que pudiera dividirse en muchos [...].³¹

Al margen está escrito: «está bien y assí se haga». Sucesivamente se le fueron concediendo otras ayudas que compensaban su sala-

rio, pero en una contestación de Felipe II, en un margen, escribe una nota ordenando que se guarden cuidadosamente los nueve ejemplares en el más celoso secreto:

Y habiendo antes de agora pensado en estos libros de la descripción de todas las Indias me ha parecido que por la calidad que son y por el inconveniente que se podía seguir si anduviesen en muchas manos como podría ser, faltando alguno de los que los tienen o mudándose de ese Consejo, pues para sólo los dél son a propósito, sería bien que todos se recogiesen en el Consejo y se pusiesen en algún cajón cerrado a donde quando se ofreciese necesidad los pudiesen tomar, volviéndolos después a su lugar...

Pero durante mucho tiempo la mayoría de los autores se han decantado por atribuir el *Atlas de El Escorial* a Pedro de Esquivel, al relacionarlo con un mapa de España referido por el cronista Ambrosio de Morales. Hasta la aparición de los llamado «Papeles de Estocolmo»,³² Alonso de Santa Cruz figuraba como candidato secundario a la autoría del *Atlas* y las pruebas que le avalaban parecían poco sólidas, hasta que Angel Paladini planteó una nueva hipótesis.³³

El análisis exhaustivo de esa libreta de campo del maestro Esquivel localizada en Biblioteca Real de Estocolmo,³⁴ y algunas comprobaciones caligráficas nos han ayudado a resolver el dilema, quedando claramente diferenciados los dos proyectos: por un lado, aquel que llevaba a cabo Esquivel en 1555, del que sólo se conservan las mediciones; y por otro, el manuscrito de El Escorial, atribuible a Santa Cruz.

La datación del mapa está íntimamente vinculada con la búsqueda de su autor. Los diferentes estudios sobre el *Atlas* plantean varias fechas de inicio, inclinándose la mayor parte de ellos por datarlo en la segunda mitad del siglo xvi. Gabriel Marcel lo situaba entre 1642 y 1659 y opinaba que no valía la pena estudiar un mapa tan deficiente.³⁵ Gonzalo de Reparaz lo databa en el último tercio del siglo xvi, entre 1580 (cuando se incorporó Portugal a la corona de España) y 1598, fecha de la muerte de López de Velasco.³⁶ Vázquez Maure consideraba que era anterior a 1561, fecha en la que Madrid se convirtió en capital del reino.

Los historiadores anglosajones han realizado varias propuestas relacionadas con la datación del *Atlas*, muchas de ellas basadas en autores españoles. Parker inicialmente lo dató en 1580, alegando que el mapa no se inició hasta la anexión de Portugal; en publicaciones posteriores, afirma que la toma de datos se hizo

alrededor de 1560 y que el mapa se dibujó veinte años después, cuando Portugal pasó a manos de la corona española.³⁷ Goodman considera que el rey encargó el mapa en 1566 sin aportar ninguna prueba que lo sustente y Kagan establece dos propuestas (una entre 1551 y 1566, y otra entre 1570 y 1591) en las que mezclan y confunde el *Atlas de El Escorial* con el proyecto cartográfico iniciado por Esquivel.³⁸ Este baile de fechas y la confusión entre el *Atlas de El Escorial* y el mapa de Esquivel han sido una constante.

A la hora de datar el *Atlas*, la información cartográfica aporta algunos argumentos que debemos considerar. Ha de ser anterior a la capitalidad de Madrid (1561), que en las hojas está rotulada con minúsculas, como una localidad poco significativa; en el mapa índice Madrid aparece con el mismo estatus que el resto de las capitales castellanas, pero este mapa fue confeccionado a partir de la información de las hojas y debió ser añadido a posteriori. El monasterio de El Escorial no aparece representado de forma significativa en el *Atlas*, pues cuando se estaba confeccionando el mapa aún no se había decidido el emplazamiento definitivo, prueba de ello es la existencia de dos *monasterios* y de dos municipios con el nombre de *Escorial*. La sede definitiva para el monasterio fue elegida en 1561. Alejo Venegas explica que Santa Cruz había hecho «una traza de sola España, más ha puesto tanta diligencia que ha corregido las tablas antiguas y ha hecho cartas de marear por alturas y derrotas».³⁹

Gracias al *Astronómico Real* tenemos constancia de sus trabajos cartográficos; en él explica que no pudo finalizar algunas tareas pendientes, pues el rey le encargó una descripción de España antes de partir hacia Europa, en 1539: «pero como su majestad me dejase mandado al tiempo de su partida que trabajase en hacer la descripción general de la geografía de España y otras cosas importantes descuidé de la impresión de los dichos libros».⁴⁰

La información que aporta el *Astronómico Real* es fundamental para atribuir el *Atlas* a Alonso de Santa Cruz, pues en él, el cosmógrafo se refiere a un mapa de España construido con grados de longitud y latitud encargado por el emperador, que inevitablemente hemos de relacionar con manuscrito de El Escorial. En sus páginas se incluye un listado de ciudades de España, Europa y las Indias con sus coordenadas de latitud en grados enteros y las longitudes referidas a Toledo en horas y minutos:

Ponemos en la siguiente tabla todas las más principales ciudades y lugares de España con la mejor precisión que hasta ahora se han hecho, por grados de longitud y no menos por grados de lati-

tud, los cuales no pondré aquí con tanta precisión porque no hacen al propósito todo lo cual tengo averiguado, por haber andado por toda España procurándolo saber con la mejor diligencia posible, y esto tengo hecho por mandado de su majestad, para ordenar la descripción de la Corografía de España que tengo hecha con todas las mejores particularidades de cosas que a mí han sido posibles de inquirir.

Las latitudes fueron anotadas con una precisión de 30', pero las longitudes, determinadas con 15' y referidas a la ciudad de Toledo, que era donde residía Santa Cruz, son muy precisas para la época. Todo ello lo explica en el *Astronómico* cuando alude a las conjunciones y eclipses, que están «calculados para la insigne ciudad de Toledo donde tomamos este trabajo mientras allí estuvimos (como dicho tengo) y porque esta ciudad está en medio de toda España y con muy pequeño agrandamiento o menguamiento de minutos se pueden reducir todas las demás ciudades a la propia longitud de ella, lo cual se hará muy fácilmente por la tabla de las ciudades de España que al principio de este libro hemos puesto».⁴¹

El cosmógrafo adelantó su propio dinero para instrumentos y cosas de cosmografía, que fueron recompensados mediante un pago de quinientos ducados de oro. La suma de sus salarios como cosmógrafo y continuo ascendía a doscientos ducados, pero sus gastos, con tantos desplazamientos, debían ser cuantiosos.

Su estancia en Toledo fue muy productiva: allí confeccionó el mapamundi dedicado a Carlos V, *Nova verdor et integra totius orbis descriptio nunc primum in lucem edita per Alfonsum de Santa Cruz. Caesaris Charoli V archic cosmographum. A.D. MKXLLII* (1542), y el mapa de la ciudad de Méjico.⁴²

También debió confeccionar un plano de Toledo, cuyos gráficos de visuales han sido descubiertos en los reversos de las hojas del *Atlas de El Escorial*, poniendo en práctica las teorías que expuso Apiano en su *Cosmografía*, una obra que acababa de traducir y comentar. Santa Cruz entendía la necesidad de tener buenos mapas, y así lo expresa en las líneas finales del *Libro de las longitudes* donde reflexiona sobre los motivos de la escasez cartográfica que reinaba en su tiempo. Se queja de lo mal que se conoce el mundo, de la poca seguridad de los caminos y considera que los antiguos tenían más facilidades para caminar por tierras del imperio y recabar sus elementos geográficos.

En 1545, durante la regencia de Felipe, Santa Cruz se trasladó desde Toledo a Portugal para recoger noticias sobre la declinación magnética en las Indias Orientales, un problema que ocupaba a los científicos ibéricos, interesados en las rutas asiáticas y en la determinación del meridiano que dividía los territorios de ultramar entre España y Portugal. En el *Libro de las longitudes* escribe: «[...] por ser muy aficionado a esta ciencia de la cosmografía me di a peregrinar y navegar por muchas partes para saber por menudo las cosas de la Europa y fui a Lisboa, en el reino de Portugal donde estuve mucho tiempo informándome muy bien de las cosas de África de muchas personas que avían peregrinado por las partes della, por mandado del Rey de Portugal [...]».⁴³

Con sus conocimientos cartográficos y las cartas que había recogido sobre diferentes partes del mundo durante su viaje a Portugal, estaba dispuesto a confeccionar tablas y mapas, «poniendo en cada una las provincias, ciudades, lugares, ríos, montes y otras notables cosas que hubieren».

Además, contamos con un memorial escrito el 10 de noviembre de 1551, al que ya nos hemos referido, en el que informa a su majestad «[...] de cosas de geografía tengo hecha una España del tamaño de un gran repostero donde están puestos todas las ciudades, villas y lugares, montes y ríos que en ella hay, con las divisiones de los reinos y otras muchas peculiaridades».⁴⁴ Por todas estas razones, Santa Cruz es el más firme candidato a la autoría del *Atlas*.

Los temores de Alonso de Santa Cruz se cumplieron. Recordemos que sus trabajos fueron entregados al presidente del Consejo de Indias, tras el fallecimiento de Santa Cruz y, después de inventariarse, al primer cosmógrafo mayor del Consejo de Indias, Juan López de Velasco, quien utilizó sus obras, aunque reconociéndolo expresamente. Cuando éste pasó al Consejo de Hacienda todos los papeles que tenía de su oficio pasaron al nuevo titular, Pedro Ambrosio de Ondériz, en 1591. En mayo de 1596 se nombró, por defunción de este último, al burgalés Andrés García de Céspedes, quien recibió en 1595 todas las obras, papeles e instrumentos de los cosmógrafos mayores del Consejo de Indias que le precedieron en este oficio. Teniendo en sus manos todos los trabajos manuscritos de Alonso de Santa Cruz y posiblemente agobiado por las exigencias reales, García de Céspedes no pudo resistir la tentación de intentar apropiarse de ellos, incrementando así su prestigio.

Alonso de Santa Cruz, cosmógrafo de Carlos V y de su hijo Felipe II, es elogiado efusivamente por un contemporáneo suyo, Alejo Venegas, en su libro *Primera parte de las diferencias de libros que hay en el universo*.⁴⁵ Después de alabar los numerosos trabajos realizados por el cosmógrafo sevillano, escribe: «Todo esto he dicho para que pues en España tenemos la summa de la cosmographía: quería yo que sacasen muchos estas figuras de los patrones de su autor: porque no perezca la sciencia con la vida de un hombre, especialmente de hombre que junto con estos instrumentos embuelve la hystoria con la chorographía de los lugares que escribe de todo el mundo».

NOTAS

¹ Cuesta Domingo, M. (2004), «Alonso de Santa Cruz, cartógrafo, y fabricante de instrumentos náuticos de la Casa de Contratación». *Revista Complutense de Historia de América*, vol. 30, pp. 7-40.

² AGS, Casas y Sitios Reales, leg. 247 (2) fol. 38.

³ AGS, Estado, leg. 143, fol. 84.

⁴ Maura, J. F. (2016). En este esclarecedor y excelente trabajo, se afirma que Sebastián Caboto, hijo de Juan Caboto, «fue piloto mayor de la Corona española, que una y otra vez intentaba atribuirse los presuntos méritos de su padre y que abandonó la expedición española a las Molucas, pensando encontrar riquezas en la Sierra de la Plata», y tenía aún menos credibilidad, como ya demostró el investigador chileno José Toribio Medina (1908).

⁵ IVDJ. Envío 25J, fol. 223.

⁶ Medina, J. T. (1908), p. 342; Mata Carriazo, J. (1951), pp. LIII y LIV. Santa Cruz, A. (1567): pp. 29 y 65.

⁷ Manuscrito de la Biblioteca de El Escorial, III-8.

⁸ *Islario general* y el *Libro de las longitudes* fueron editados por Antonio BLÁZQUEZ en 1918 y 1921 respectivamente, este último como tomo V de la Biblioteca Colonial Americana. La *Crónica del emperador Carlos V*, fue publicada por BELTRÁN, A. y BLÁZQUEZ, A., (1920). MATA Carriazo, J. editó en Sevilla, 1951, la *Crónica de los Reyes Católicos* y la prologó con un completo y muy documentado estudio sobre el cosmógrafo y su obra. Es también de interés el análisis realizado en el Cap.I de la edición de *El libro de las longitudes*, *Breve tratado de la Esfera e Islario General* por Mariano CUESTA DOMINGO (1983-1984). Cuesta es autor también de otros trabajos posteriores sobre el cosmógrafo sevillano.

⁹ La suplantación de la autoría del *Islario* fue denunciada por PAZ Y MELIA, A. (1909): «Los cosmógrafos Alonso

de Santa Cruz y Andrés García de Céspedes: una superchería en favor del último». *Revistas de Archivos, Bibliotecas y Museos*, XXI, pp. 315 a 320.

¹⁰ Martín-Merás, L. (2015)

¹¹ El *Astronómico Real*, Ms. 2622 de la Universidad de Salamanca, se inició en 1543. Está dedicado a «Felipe II rey de España y de Inglaterra» y debió concluirse entre 1556 o 1557, cuando compartía ambas coronas.

¹² Esteban Piñeiro, M., Vicente Maroto, I. y Gómez Crespo, F. (1992).

¹³ El inventario de los pergaminos, instrumentos y papeles de Santa Cruz que se guardaban en una «vieja arca encorada» (forrada de cuero) se encuentra en el Archivo de Indias y fue publicado por vez primera por Jiménez de la Espada, M., (1885): *Relaciones geográficas de Indias*. Madrid. vol II, págs. 30-36 y reproducido posteriormente por diversos autores. En el número 49 se lee: «Otro libro de marca mayor, enquadernado en quero negro con señales doradas, al principio con un escudo de las armas reales, que se intitula *Astronómico Real, dirigido al Rey nuestro señor*».

¹⁴ Mata Carriazo dedica las páginas 160-162 de su obra ya citada al «*Astronómico Real*», lamentando amargamente su desaparición, con la esperanza de que «se encuentre sencillamente extraviado, en alguna biblioteca sin catalogar o en propiedad privada» y haciendo votos para que se recupere; manifiesta sus sentimientos en términos casi dramáticos: «Plegue a los altos cielos que algún día nos sea devuelto su tratado astronómico, y que valga para exaltar su memoria».

¹⁵ Andrés García de Céspedes fue cosmógrafo mayor del Consejo de Indias desde 1596 y Catedrático de la Academia de Matemáticas desde 1607; cesó en ambos oficios, por jubilación, en 1611. Sobre su vida y obra ver M. I. Vicente Maroto, M. Esteban Piñeiro, (1991) en particular las páginas 145-152; (2006), pp. 143-154.

- ¹⁶ Signatura Ms- 2622.
- ¹⁷ El inventario se encuentra en la Biblioteca Nacional bajo la signatura MS-4404. Otras dos copias de él, en Ms-18037 y Ms-20619.
- ¹⁸ El decreto con la orden es de fecha 5 de mayo de 1954, publicado en el Boletín Oficial del Estado del día 8 del mismo mes y año.
- ¹⁹ Un estudio pormenorizado del citado manuscrito se encuentra recogido en M. Esteban Piñeiro, M. I. Vicente Maroto, F. Gómez Crespo, (1992). La descripción realizada por el personal de la Biblioteca salmantina decía así: «Ms. 2622. García Céspedes, Andrés. Astronómico Real: Castellano, s. xvi, papel, 256 ff. de 335x240 mm., caja de 265/270x170/180 mm., línea tirada 36/39; cuad. de difícil determinación; letra italiana cursiva; enc. pasta española, tejuelo: Céspedes, Astronómico Real, corte dorado...». Ya figura Alonso de Santa Cruz.
- ²⁰ Esta fecha aparece raspada y enmendada en sus cifras finales. La fecha original debía ser 1543, como aparece después.
- ²¹ Se refiere, sin duda, a la obra de Jerónimo de Chaves, *Chronographia o Repertorio de los tiempos...*, que se imprimió en Sevilla en 1548 y que vio diversas ediciones en la década de los cincuenta y otras más tarde. Esta referencia en el texto sirve para obtener la información de que esta última parte del manuscrito fue redactada después de 1548.
- ²² En el folio 14r, que corresponde a la traducción del *Tratado de la Esfera*, se dice que en ese momento han pasado 302 años desde el año de 1251, fecha en que el Rey don Alonso mandó elaborar las tablas astronómicas; es decir, el autor está escribiendo en 1553.
- ²³ Sobre la vida y obra de Andrés García de Céspedes ver M. I. Vicente Maroto, M. Esteban Piñeiro, (1991; 2ª ed. 2006). En particular las pp. 145 a 152.
- ²⁴ BME, Ms K.I.1. Zarco Cuevas (1924). Su descripción: 42 hs de papel, fols. a lápiz, con núm. arábiga. Caja total: 450x310 mm. Mapas de España, Portugal, y sus provincias.
- ²⁵ Crespo Sanz, A., Vicente Maroto, M. I. (2015).
- ²⁶ Los principales estudios iniciales sobre el *Atlas* corresponden a Reparaz Ruiz, G. (1937), p.68; Vázquez Maure, F. (1982); Paladini Cuadrado, A. (1996).
- ²⁷ Vicente Maroto, M. I. (1995).
- ²⁸ Vicente Maroto, M. I. (1995).
- ²⁹ AGI, Indiferente General 874. Provisión de Felipe II nombrando a Juan López de Velasco Cronista-Cosmógrafo Mayor de las Indias. Juramento de éste y toma de posesión de su oficio. Asiento del título en los libros de la Contaduría de la Hacienda de Indias. Vicente Maroto, M.I., Esteban Piñeiro, M. (2ª ed. 2006) p. 413.
- ³⁰ Navarro Brotóns, V. (2002). Juan López de Velasco, utilizando las propuestas y los trabajos de Santa Cruz, desarrolló el programa de Juan de Ovando, presidente del Consejo de Indias, de llevar a cabo una descripción geográfica rigurosa y precisa tanto de España como del Nuevo Mundo, que incluía la determinación de las coordenadas geográficas de los lugares por métodos astronómicos. Para ello, López de Velasco envió instrucciones detalladas a distintos funcionarios de la Corona sobre cómo determinar tanto la latitud como la longitud geográfica. Para la longitud, recomendaba especialmente la observación de eclipses lunares y así, envió instrucciones relativas a los eclipses de 1577, 1578, 1581, 1582 y 1584. El eclipse de 1577 fue observado en Madrid por el propio Velasco y en otras localidades de España (Toledo, Valladolid, Valencia y Sevilla) por Juanelo Turriano, Jerónimo Muñoz, Rodrigo Zamorano y otros astrónomos.
- ³¹ AGI, Indiferente General, R 17, fol. 249, reproducida en M. I. Vicente Maroto, M. Esteban Piñeiro, (2ª ed. 20016) p. 417.
- ³² Biblioteca Real de Estocolmo (Kungliga Biblioteket). MS. K.B.Sp.17.
- ³³ Paladini Cuadrado, A. (1996), pp. 35-50. Plantea su hipótesis al conocer el *Astronómico Real* y comparar sus tablas de latitudes con las del *Atlas de El Escorial*.
- ³⁴ Crespo sanz, A. & Vicente Maroto, M.I. (2014)
- ³⁵ García Fernández, J. (1951), pp. 317 - 337.
- ³⁶ Reparaz Ruiz, G. (1937), p. 68. Zarco Cuevas, J. (1926), pp. 66-84. Zarco y Prat consideran que la letra de las correcciones del *Atlas* son de la mano de Juan López de Velasco, al menos unos rútilos existentes en una nota del fol. veinte vuelto.
- ³⁷ Parker, G. (1992), pp. 130-134. Parker, G. (2001), p. 328.
- ³⁸ Goodman, D. (1990) p. 86. Kagan, R. L. (1986), pp. 45 y 46. Kagan, R. L. (2002), p. 61.
- ³⁹ Venegas, A. (1572). Cap. XVI, de la habitación de la Tierra.
- ⁴⁰ Santa Cruz, A. (1556). *Astronómico Real* fol. 248 r
- ⁴¹ Santa Cruz, A. (1556). *Astronómico Real* fol. 141r-145 y 249.
- ⁴² VV.AA. (2000), p. 242. El diplomático sueco Johann Gabriel Sparwenfeldt, en los años 1689-1694, adquirió numerosos mapas y manuscritos, entre ellos los «Papeles de Esquivel», que se encuentran en la Biblioteca Real de Estocolmo, y varios mapas de Santa Cruz, como el de la ciudad de México y un magnífico mapamundi, que se conservan en la Universidad de Upsala.
- ⁴³ Santa Cruz, A. (1567). *Libro de las longitudes*, BNE, Ms 9441, p.119.
- ⁴⁴ AGS, Estado, leg. 84, fol. 86.
- ⁴⁵ Venegas, A. (1569). Cap. xvi. «De la habitación de la tierra».

BIBLIOGRAFÍA

- Albuquerque, L. (1982). *Acerca de Alonso de Santa Cruz y de su Libro de las Longitudes. América y la España del siglo XVI*. Ed. Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, Madrid.
- Beltrán, R; Blázquez, A. (1920). *Crónica del Emperador Carlos V*, ed. Imprenta del Patronato de Huérfanos de Intendencia e Intervención Militares, Madrid.
- Blázquez, A. (1918-1921). *Islario General, Libro de las Longitudes* de Alonso de Santa Cruz, tomo v de la Biblioteca Colonial Americana, publicada por el Centro de Estudios Americanistas de Sevilla.

- Crespo Sanz, A. & Vicente Maroto, M. I. (2014). Mapping Spain in the Sixteenth Century: The Escorial Atlas and Pedro de Esquivel's Notebook, *Imago Mundi: The International Journal for the History of Cartography*, 66:2, 159-179.
- Crespo Sanz, A. & Vicente Maroto, M. I. (2015). Alonso de Santa Cruz: Argumentos para considerarle autor de *El Atlas de El Escorial*, *Cartógrafos para toda a Terra. Produção e circulação do saber cartográfico ibero-americano, agentes e contextos*, F. Roque Oliveira (org.) Biblioteca Nacional de Portugal. Libro electrónico.
- Cuesta Domingo, M. (1983-1984). *Alonso de Santa Cruz y su obra cosmográfica*. 2 Vol. Ed. Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, CSIC, Madrid, tomo I, 480 p. Tomo II, 400 p.
- Cuesta Domingo, M. (1998). *La obra náutica y cosmográfica de Pedro de Medina*. Ed. BCH, Madrid, 439 p.
- Cuesta Domingo, M. (2004). «Alonso de Santa Cruz, cartógrafo y fabricante de instrumentos náuticos de la Casa de Contratación». *Revista Complutense de Historia de América*, vol. 30, pp. 7-40.
- Esteban Piñeiro, M., Vicente Maroto, I. y Gómez Crespo, F. (1992). «La recuperación del gran tratado científico de Alonso de Santa Cruz: el Astronómico Real». *Asclepio. Revista de historia de la medicina y de la Ciencia*. Volumen XLIV. Fascículo I. CSIC, Madrid, pp. 3-30.
- Esteban Piñeiro, M. (1999). «Los Cosmógrafos del Rey». *Madrid, ciencia y corte*. Ed. Comunidad de Madrid, Madrid.
- Esteban Piñeiro, M. (2004). «Instituciones y oficios matemáticos en la España del siglo XVI». *Los orígenes de la ciencia moderna. Actas año XI y XII*. Fundación canaria Orotava de Historia de la Ciencia. Consejería de Educación, Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias.
- Frisio, G. (1575). *La Cosmographia de Pedro Apiano corregida y añadida por Gemma Frisio*. Ed. Juan Bellerio, Amberes. p. 170.
- García Fernández, J. (1951). «Los orígenes del mapa de España» *Estudios Geográficos*, núm. 13, Madrid, pp. 317-337.
- Goodman, D. (1990). *Poder y penuria. Gobierno, tecnología y ciencia en la España de Felipe II*. Ed. Alianza Universal, Madrid, p. 305.
- Jiménez de la Espada, M. (1881-1897). *Relaciones geográficas de indias, Perú*. 4 v. Ministerio de Fomento, Madrid. 1965. Ed. Atlas, París, p. 343.
- Kagan, R. L. (1986). «Felipe II y los Geógrafos». *Ciudades del siglo de oro: las vistas españolas de Anton Van den Wyngaerde*. Ed. El Viso, Madrid, pp. 40-54.
- Kamen, H. (1997). *Felipe de España*. Ed. Siglo XXI, Madrid, pp. 195-198.
- Martín-Merás, L. (2015). «La representación de ciudades marítimas y portuarias en mapas españoles del siglo XVI», *De espacios, mares y tiempos. Homenaje a José Luis Casado Soto*, Santander, Parlamento de Cantabria.
- Martínez Millán, J. y de Carlos Morales, C. (2000). *La corte de Carlos V*. Vol. 5, ed. Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, Madrid.
- Martínez Millán, J. y Fernández Contl, S. (2005). *La monarquía de Felipe II: la casa del rey*. Vol. 2. Ed. Fundación Mapfre Távera, Madrid.
- Mata Carriazo, J. (1951). *Crónica de los Reyes Católicos. Alonso de Santa Cruz*. Vol. 2. Ed. Escuela de Estudios Hispano-Americanos (CSIC), Sevilla.
- Maura, J. F. (2016). «El mito de John Cabot: construcción británica para reclamar la soberanía de Norteamérica», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 788, pp. 4-25.
- Medina, J.T. (1908). *El veneciano Sebastián Caboto*, Santiago de Chile: Imprenta y Encuadernación Universitaria.
- Morel Fatio, A. (1913). *Historiographie de Charles-Quint. Première partie. Suivie des Mémoires de Charles-Quint*. Ed. Librairie Honoré Champion, París.
- Navarro Brotóns, V. (2002). «La astronomía», *Historia de la ciencia y de la técnica en la Corona de Castilla, siglos XVI-XVII*, López Piñero, J.M. (Dir), Junta de Castilla y León, Valladolid.
- Paladini Cuadrado, A. (1996). «Sobre el Atlas de El Escorial y su posible autor». *Exposición de Cartografía IV Centenario ciudad Valladolid 1596-1996*. Ed. Ayto. de Valladolid, Valladolid, pp. 35-50.
- Parker, G. (1992). «Monarchs and ministers: The Spanish Habsburgs». *Monarchs, ministers, and maps: the emergence of cartography as a tool of government in early modern Europe*. Ed. University of Chicago Press, Chicago, p. 189.
- Parker, G. (1996). *Felipe II*. Ed. Alianza, Madrid, p. 249.
- Parker, G. (1998). *La gran estrategia de Felipe II*. Ed. Alianza, Madrid, p. 568.
- Parker, G. (2001). «Felipe II y su mundo». *España, Europa y el mundo atlántico: homenaje a John H. Elliott*. Ed. Marcial Pons, Ediciones de Historia, Madrid, p. 488.
- Parker, G. (2010). *Felipe II*. Ed. Planeta, Barcelona, p. 1383.
- Picatoste Y Rodríguez, F. (1891). *Apuntes para una biblioteca científica española del siglo XVI*. Ed. Imprenta y Fundación de Manuel Tello, Madrid, p. 416.
- Pulido Rubio, J. (1950). *El piloto mayor de la Casa de la Contratación de Sevilla: pilotos mayores, catedráticos de cosmografía y cosmógrafos*. Ed. Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Sevilla.
- Reparaz Ruiz, G. (1937). *España, la tierra, el hombre, el arte*. Ed. Alberto Martín, Barcelona, p. 168.
- Santa Cruz, A. (1920-1925). *Crónica del emperador Carlos V*, publicada por Ricardo Beltrán y Antonio Blázquez. Ed. Imprenta del Patronato de Huérfanos de Intendencia e Intervención Militares. Madrid. Vol. 6.
- Santa Cruz, A. (c. 1550). *Atlas de El Escorial*. BME, Mss. K- I-1.
- Santa Cruz, A. (c. 1556). *Astronómico Real*. BUS, Mss-2622.
- Santa Cruz, A. (c. 1567). *Libro de las longitudes*, BNE, Mss. 9941. Transcripción en Mancho, M. J. y

- Quirós, M. (2005). *La ciencia y la técnica en la época de Cervantes*. Textos e imágenes. Ed. Universidad de Salamanca. 1 cd-rom + 1 folleto.
- Toribio Medina, J. (1908). *El veneciano Sebastián Caboto al servicio de España y especialmente de su proyectado viaje a las Malucas*. Vol. 2. Ed. Imprenta y Encuadernación Universitaria, Santiago de Chile.
 - VV.AA (2000). Carlos V. *La náutica y la navegación*. Sociedad Estatal para la conmemoración de los centenarios de Felipe II y Carlos V.
 - Vázquez Maure, F. (1982). «Análisis y evaluación del Atlas de El Escorial». *Boletín de la Real Sociedad Geográfica*. Tomo 98, pp. 203-215. Sobre el asunto de la escala y coordenadas.
 - Vázquez Maure, F. (1982). «Cartografía de la Península. Siglos XVI a XVIII». *Boletín de la Real Sociedad Geográfica*. Tomo 98, pp. 215-237.
 - Venegas, A. (1569). *Primera parte de las diferencias de libros que ay en el universo. Agora nuevamente enmendados*. Madrid. Edición facsimilar con introducción de Daniel Eisenberg, Barcelona: Puvill Libros, 1983.
 - Vicente Maroto, M. I. (1995). «Alonso de Santa Cruz y el oficio de Cosmógrafo Mayor del Consejo de Indias», *Mare Liberum* 10. Ed. Comissão Nacional para as Comemorações dos Descobrimentos portugueses. II Congreso luso español sobre Descubrimientos e expansão colonial, Lisboa, pp. 509-529.
 - Vicente Maroto, M. I. (1997). «Juan de Herrera, científico». *Juan de Herrera, Arquitecto Real*. Ed. Lunweg, Madrid, pp. 157-207.
 - Vicente Maroto, M. I. (2002). «El arte de navegar». *Felipe II, la Ciencia y la Técnica*. Enrique Martínez Ruiz (ed.) Ed. Actas, Madrid, pp. 343-368.
 - Vicente Maroto, M. I. (2007). «Los cosmógrafos españoles del siglo XVI: del humanista al técnico». *Más allá de la Leyenda Negra. España y la Revolución científica- Beyond the Black Legend: Spain and the Scientific Revolution*, Navarro Brotóns, V., Eamon, W., (ed.). Valencia, Instituto de Historia de la Ciencia y Documentación López Piñero, Universitat de València-CSIC, pp. 347-370.
 - Vicente Maroto, M. I., Esteban Piñeiro, M. (1991, 1ªed - 2006, 2ª ed). *Aspectos de la ciencia aplicada en la España del Siglo de Oro*, Junta de Castilla y León. Valladolid.
 - Zarco Cuevas (1924). *Catálogo de manuscritos castellanos de la Biblioteca de El Escorial*, Barcelona, t.II.

ARCHIVOS

- AGS: Archivo General de Simancas
- GI: Archivo General de Indias
- IVDJ: Instituto Valencia de Don Juan, Madrid
- BN: Biblioteca Nacional de Madrid
- BME: Biblioteca del Real Monasterio de El Escorial
- BME: Biblioteca de la Universidad de Salamanca

CIENCIA Y CREENCIA en la terapéutica morisca. (El manuscrito aljamiado de la Arcadian Library)

La conversión forzosa de los últimos musulmanes de la península ibérica en 1492 supuso el comienzo de una progresiva aculturación de estas comunidades que culminará con su trágica expulsión una centuria después. El saber islámico forjado durante siglos tendrá, pues, como herederos a mudéjares y moriscos, último y frágil eslabón de un brillante pasado andalusí. Entre este legado científico, erosionado en una difícil transmisión a través de los siglos, llegará a estas minorías un heterogéneo saber terapéutico, eminentemente práctico, recogido en recetarios de tipo médico, paramédico y mágico. Será precisamente este último tipo, relacionado con el mundo de la superstición, el que tradicionalmente se ha venido destacando como uno de los rasgos característicos de la sociedad morisca, reflejo de un supuesto retroceso y deterioro intelectual.

ENTRE LA CIENCIA Y LA CREENCIA

La caracterización del morisco como ser supersticioso se forja a partir de un escenario claramente desfavorable para la transmisión y supervivencia de la ciencia árabe en la Península. En este contexto resultan determinantes factores varios como el desplazamiento del galenismo arabizado medieval por el nuevo humanismo médico, la pérdida y posterior prohibición del árabe como lengua de cultura con la consecuente interrupción en la traducción y circulación de obras clásicas, y, especialmente, las múltiples trabas para el acceso de los moriscos a las facultades de Medicina y el posterior ejercicio profesional.

Aunque no falten testimonios de cristianos nuevos que excepcionalmente consiguieron formarse en un entorno académico,¹ como los célebres Alonso del Castillo y Miguel de Luna,

alumnos de la Universidad de Granada, o el aragonés Francisco de Villanueva, que había seguido sus estudios en París,² la medicina morisca, fluctuante entre la ciencia y la creencia, tradicionalmente se ha entendido heredera de una transmisión oral y unos conocimientos empíricos, caldo de cultivo privilegiado para el desarrollo de prácticas cuestionadas desde la óptica cristiana por su vinculación con la superstición y la hechicería.

Desconectados, supuestamente, no sólo del saber científico imperante, sino también de su propia tradición académica árabo-islámica, los profesionales moriscos, con independencia de su formación y estatus o de su pertenencia a un gremio médico o paramédico, aparecerán repetidamente condenados en procesos inquisitoriales por sus conexiones demoníacas, de las que supuestamente emanaba su don.

Bien conocido es el caso de Román Ramírez que,³ aunque lector de la entonces recientísima traducción de 1555 de Andrés Laguna de la *Materia medica* de Dioscórides, será acusado de servirse de pactos con el demonio en el ejercicio de su ciencia. Semejante es el caso del valenciano Gaspar Capdal, «doctor en medicina», cuyo conocimiento de la literatura médica cristiana, a través de obras como el *Thesaurus pauperum* de Pedro Hispano, no le libraría de ser condenado a «coraça de hechicero invocador de demonios» y privado del ejercicio médico de por vida. A éstos, podríamos sumar el también valenciano Jerónimo Pachet, que confesará ante el Santo Oficio tener «dos demonios ligados en dos tablas». Paradójicamente, este último, llamado por la Corte española, salvará la vida de un infante desahuciado por los médicos cristianos, que años después se convertirá en Felipe III, artífice y ejecutor de la expulsión de los moriscos.

De otros profesionales, aunque no conste que recurriesen directamente al demonio, sabemos que practicaban una ciencia poco ortodoxa, como el «berberisco cirujano» Francisco de Córdoba, procesado en Toledo, que se servía de su saliva y de unas sospechosas «cedulillas escritas» con contenidos coránicos para curar nada menos que el mal de amores. Procedimientos a medio camino entre la medicina y la magia que también empleaba el renombrado Cosme Calavera,⁴ médico que ejercía en tierras de Aragón, o el doctor Juan de Toledo, «médico morisco de los antiguos», condenado a galeras en 1610 por prácticas mágicas y adivinatorias.⁵

Médico y sanador morisco, aunque eficientes y, durante tiempo, valorados incluso fuera de su comunidad, se transforman en terapeutas malditos sobre los que se hacen pesar las más graves

acusaciones, entre ellas, la de atentar contra los cristianos viejos por medio de sus prácticas. De esta denuncia se hace eco el dominico Jaime Bleda en 1618, quien refiere los «estragos» de médicos judíos y moros que «en las medicinas echaban ponzoña con la que mataban muchos cristianos». ⁶ Ejemplo de estos pérfidos moriscos a ojos de la Inquisición será el aragonés Luis Comor, que a finales del siglo XVI encontramos ejerciendo en la ciudad de Huesca, y que «con su medicina y ciencia había muerto más de veinte clérigos», ⁷ o un tal Castellano, de la localidad valenciana de Benimodo, que mucho más moderado en su inquina, se había propuesto «matar de diez, uno». ⁸ Como resultado de estas suspicacias cristianas, ya desde época mudéjar son numerosas las sentencias y ordenamientos, reales y eclesiásticos, que, con más o menos éxito, prohibían el ejercicio médico a los musulmanes, hasta que en 1607, ya de forma definitiva, lo hagan las Cortes de Castilla.

Creo que no es necesario insistir en que, en estos y otros casos, tras las férreas disposiciones inquisitoriales, junto al celo profesional de sus colegas cristianos, en realidad se escondía un temor tanto al mantenimiento de la práctica del criptoislamismo como al riesgo de reislamización de los recién convertidos. Buen ejemplo de ello son las medidas tomadas en el Sínodo de Guadix de 1572, por las que se prohibía a los médicos moriscos la visita a sus correligionarios. ⁹

Esta caracterización, que hasta aquí he esbozado, de los profesionales musulmanes y sus prácticas terapéuticas sin duda se ha visto condicionada por el hecho de que, más allá de las referencias contenidas en la documentación del Santo Oficio, tal y como señala García Ballester «desde el punto de vista de su expresión escrita en relación con la medicina y su práctica, la comunidad morisca aparece como absolutamente muda». ¹⁰

Ahora bien, como ya advirtió Juan Carlos Villaverde, pasaba por alto García Ballester la propia voz de los moriscos que, lejos de un supuesto mutismo, dejaron importante testimonio de su terapéutica, tanto médica como creencial, en los códices aljamiados. ¹¹ Ciertamente, los manuscritos moriscos, en los que se basan las prácticas de un amplio elenco de profesionales (alfaquíes, sanadores, curanderos, cirujanos, médicos, físicos, etcétera), conforman un interesantísimo corpus que nos ofrece una visión fidedigna de la terapéutica de estas comunidades en la que la ciencia y la creencia coexisten de forma armoniosa.

Con relación a las prácticas médicas, el mismo Villaverde puso de manifiesto la existencia y el interés de unos cuantos rece-

tarios y textos médicos contenidos en los códices aljamiados que, más allá de sus posibles fuentes árabes, nos permiten establecer conexiones de la medicina morisca con la España cristiana, prueba de la porosidad existente entre ambas comunidades.¹²

En cuanto a las prácticas creenciales, son varios los textos que se han dado a conocer en los últimos años. Así, el *Misceláneo de Salomón*, editado por Albarracín y Ruiz, volumen anónimo de factura mudéjar redactado mayormente en árabe y que, aparte del contenido propiamente mágico, presenta capítulos de medicina, farmacopea, pronósticos, etcétera.¹³ Algunos aspectos de este tratado aparecerán igualmente en el *Libro de los dichos maravillosos*, volumen editado y estudiado por Ana Labarta, que contiene distintas obras de magia blanca e incluso alguna receta médica.¹⁴ Junto a estos libros de magia, cuya edición ha sido determinante en el conocimiento de la heterogénea terapéutica de estas comunidades, debemos mencionar los recetarios de carácter mágico que aparecen entreverados, en otro tipo de obras, en no pocos manuscritos aljamiados, de los que me ocupé en su momento.¹⁵

Ambos tipos, el científico y el creencial, coexistieron durante siglos, y así lo siguieron haciendo entre mudéjares y moriscos, influyéndose mutuamente, sin que no siempre sea posible deslindar una frontera nítida entre uno y otro.¹⁶ Testimonio de la convivencia de ambas realidades, los códices aljamiados nos revelan una cultura terapéutica compleja, que de alguna manera nos obliga a replantearnos la supuesta degradación científica de estas comunidades.¹⁷

Si bien desde nuestra percepción actual de la enfermedad y la curación existe una tendencia lógica a establecer una marcada línea divisoria entre medicina y magia, como ya Harvey señaló, esta frontera parece difícil de trazar a la vista de algunos testimonios aljamiados.¹⁸ Es este el caso del códice de la Arcadian Library, que aquí nos ocupará, en el que, sin duda, opera otra forma de entender estas realidades.¹⁹

MANUSCRITO ALJAMIADO DE LA ARCADIAN LIBRARY DE LONDRES

Redescubierto hace unos años, el manuscrito aljamiado-morisco conservado hoy en la Arcadian Library de Londres fue vendido inicialmente en la casa de subastas Brill de Leiden.²⁰ En 1993 el códice será subastado nuevamente en el anticuario londinense de Bernard Quaritch, momento en el que para su inventariado en el correspondiente catálogo fue descrito someramente por Harvey.²¹ En este año se pierde la pista sobre su fortuna, hasta que,

hace ya algún tiempo, Juan Carlos Villaverde me informó de su paradero en la capital inglesa,²² de la que, tras su venta, el códice nunca llegó a salir.²³

El manuscrito (213 x 155 mm, 101 fols.) aparece identificado en el propio catálogo de la biblioteca londinense como *Kitāb as-sirr al-hāfi fi 'ilm ar-rūḥanī li-Abī 'Abd Allāh ar-Rayḥānī*, de acuerdo con la anotación del fol. 1 r, de mano oriental, sin que sea evidente una relación directa entre este supuesto título y el contenido de la obra. A partir del tipo de papel veneciano empleado en su ejecución, de las características paleográficas y de algunas anotaciones marginales en escritura *nashī*, Harvey hipotetizó con una datación de principios del siglo xvii²⁴ y una procedencia nor-teafricana, sin descartar tiempo después que este hubiese sido compuesto en la Península y llevado posiblemente a Túnez por sus propietarios tras la expulsión.

Si bien su procedencia sigue siendo un enigma, el códice londinense presenta grandes semejanzas en cuanto al contenido con el ya mencionado ms. Junta 22 de la Biblioteca Tomás Navarro Tomás del CSIC, conocido como *Libro de los dichos maravillosos*, que, procedente del hallazgo de Almonacid de la Sierra, es posiblemente anterior a nuestro manuscrito. A esta filiación, ya señalada en su momento por Harvey, podemos añadir ahora su evidente relación, aunque en menor medida, con los materiales que conforman la carpeta de papeles árabes y aljamiados conservada en el Arxiu Històric de Barcelona,²⁵ en la que encontramos varias recetas y representaciones mágicas (ruedas, cuadrados numéricos, figuras pseudoantropomorfas) comunes a los tres códices.

Como estos manuscritos, el códice de la Arcadian está compuesto fundamentalmente por un amplio recetario mágico, entrecerado de remedios que podríamos considerar pertenecientes a la medicina «cult», y cuyas fuentes, en consecuencia, difieren de las del resto del contenido. Aunque Labarta cuestiona, en lo que respecta al ms. Junta 22, su utilidad como fuente para el estudio de los conocimientos médicos que poseían los moriscos,²⁶ creo que el valor de estos testimonios no debe desdeñarse *a priori*, puesto que algunas de estas recetas, comunes en su mayoría a los dos manuscritos, arrojan sin duda luz sobre las relaciones existentes entre la medicina creencial y la académica.

TIPOLOGÍA DEL RECETARIO

Los remedios contenidos en el manuscrito londinense cubren los más diversos aspectos de la vida cotidiana, principalmente, la salud,

pero también el amor, la familia, las labores del campo, el ganado, el mal de ojo o el exorcismo del endemoniado, entre muchos otros. Entre los primeros aspectos, aquellos referidos a la salud, que son los que aquí nos interesan, en el código se recogen remedios, tanto mágicos como paramédicos, para patologías específicas como la hemiplejía (págs. 74, 135), el paroxismo (pág. 89), la epífora ocular o lagrimeo (pág. 115), la gota (pág. 139), los calambres (pág. 146), las varices (pág. 175), el carbunco o ántrax (pág. 176), así como para la salud reproductiva de la mujer (págs. 84, 91, 107, 148, 149, 178, 189, 190), la impotencia sexual (págs. 114, 171, 178), la amnesia (pág. 109) o los trastornos mentales (pág. 182).

De manera que estos remedios pueden tener efectos somníferos (págs. 85, 108, 144, 182), antitérmicos (págs. 86, 139), analgésicos (págs. 88, 91, 103, 111, 143, 189, 193, 195), coagulantes (págs. 142, 147, 192), afrodisiacos (pág. 145) o depilatorios (pág. 177); mientras que otros funcionan como antídotos contra venenos (págs. 112, 136) e, incluso, algunos como remedios universales válidos para todas las enfermedades y dolencias (págs. 101, 147).

Los procedimientos indicados en estas recetas referidas a la salud son muy variados (emplastos, ungüentos, inhalaciones, sahumeros, jarabes) y fluctúan por lo general entre lo científico y lo creencial, no siendo extraña la combinación de la prescripción natural o farmacológica junto a las instrucciones mágico-religiosas: el conjuro, la recitación de plegarias o azoras coránicas, la escritura mágica, el contacto con talismanes, el enterramiento de objetos y sustancias o el contacto visual con el paciente o con determinados objetos, etcétera. Asimismo, se detalla en estos remedios el modo de administración y la correspondiente posología, cuando sea necesaria más de una toma. En estas dosificaciones se observa cierta predilección por repeticiones de tres y siete (veces, horas o días), cifras sin duda cargadas de simbolismo tanto en la tradición islámica como judeocristiana.

Como colofón de la receta suele mencionarse la voluntad de Dios, responsable último de la sanación, mediante expresiones del tipo «si querrá Allah» (págs. 84, 170, 171, *et passim*), «si quierí Allah» (págs. 108, 145), «con ayuda de Allah» (págs. 86, 171, *et passim*), «con licencia de Allah» (pág. 101), etcétera.²⁷ En otras ocasiones, la validez del remedio viene corroborada por la expresión «y-es probado» (págs. 89, 92, *et passim*), traducción del árabe *wa-huwa muğarrab*, usual en los tratados árabes de «casos probados» o *muğarrabāt*, y que también encontraremos en las recetas propiamente médicas de los moriscos.²⁸

Junto a los remedios de tipo paliativo y preventivo, que constituyen la mayor parte de los contenidos en el manuscrito, se recogen asimismo prácticas de diagnosis, así como algunas descripciones etiológicas más o menos detalladas que, sin duda, constituyen pasajes singulares dentro de un códice eminentemente mágico. Buen ejemplo de este tipo de textos es el siguiente procedimiento diagnóstico de la esterilidad, tanto masculina como femenina, mediante un rudimentario análisis de orina (pág. 178): «Para la mujir que no pari i quiere conocer si está la falta in-ella o en su marido. Toma la orina de cada uno d-ellos para ti i vazíala cada una sobre su raíz de calabaza. I mirarán cada mañana a illas, i la que se seque o se amortigüe, in-aquella persona está la falta del-engendrar, que es inpotente».

De indudable tradición galénica parece, por otro lado, el siguiente pasaje de carácter etiológico, en el que, a través de las características humorales, se ofrecen una serie de pautas para el diagnóstico de la hemiplejia (pág. 74): «Para qualquiere ayri i volvimiento de boca por ay[ri]. I se conoce il ayri d-esta manera: y-es si uno se balda de umor o frío le va dando il mal de poco in poco hasta que se balda. Y-el ayri li dé da una veç. Y-así por pocō juicio que tenga loco no será ubiendo supido isto. Adviértasi que lo[s] ay malos ayris que dan da poco in poco para que piensin qu-es umor frío, i si causā la genti de darlī paños o cosas calientis pensando qu-es umor frío. Pues cuando llegarás al-infermo sabrás si le an dado d-esto i no le provechó, pues is ayri, porque siendo ayri, aunque le dan mil años paños gastarā tiempo de baldis, y-ansí quedan muchos baldados por no conocer la enfermedad».

Tras la descripción científica de la dolencia, aparece el remedio consistente, curiosamente, en una *anušra* o bebedizo mágico a base de una plegaria en árabe que debe ser desleída en agua, así como la indicación de su posología: «dársel-as a beber tres vezis o sieti in ayūnas». Sin duda, este texto híbrido constituye un ejemplo elocuente de la difusa frontera que existe entre las prácticas médicas y creenciales de los moriscos (y no sólo de éstos) a la que ya me he referido. Indistinción que viene refrendada en la misma receta por una glosa posterior de mano oriental anotada al margen, en la que su autor identifica esta solución con el término farmacéutico *šarab* (jarabe) y no con la voz *nušra*, común para referirse a este tipo de filtros mágicos.

COMPOSICIÓN DE ALGUNOS REMEDIOS

De acuerdo con la heterogeneidad de componentes de la magia islámica, encontramos en estas recetas una combinación de ingredien-

tes naturales (plantas, minerales, partes de animales, etcétera), junto a elementos propiamente mágicos y religiosos. Dejaremos para otro momento estos dos últimos que, en gran parte, son comunes a los de otros textos aljamiado-moriscos ya conocidos.²⁹ Nos interesan más a nuestro propósito los componentes de tipo natural, cuyo uso fluctúa entre lo terapéutico y lo simbólico, y que no resultan del todo ajenos a la medicina científica de la época. Ciertamente, algunas de las recetas, como las que veremos a continuación, no sólo se alejan del mundo mágico, sino que parecen conectar con la propia tradición científica islámica e, incluso, cristiana.

Entre los elementos de tipo animal, destaca el uso del *alhuffe* o murciélago,³⁰ al que se dedican varias recetas bajo el epígrafe titulado «Los provechos del-*alhuffes*» (págs. 174-175). Así, degollado y colgado del hombro de la parturienta, preserva la salud del recién nacido (pág. 84); cocido con aceite y aplicado en las piernas es bueno para las varices (pág. 175); mientras que su cabeza cosida a la almohada actúa como potente estimulante del sistema nervioso (pág. 174).³¹

La *búrbuta* o abubilla, ave cargada de hondo simbolismo, mencionada en el propio Corán (27: 20) y conocida en el norte de África como *et-tebbīb* (el médico),³² presenta, en función de la parte de su cuerpo, múltiples usos terapéuticos.³³ Así, por ejemplo, su lengua resulta beneficiosa para la memoria (pág. 92),³⁴ mientras que su pata enterrada a la puerta del establo preserva la salud del ganado (pág. 171).³⁵

Por su parte, la limadura de cuerno de buey se prescribe como antifibrinolítico para tratar hemorragias nasales (pág. 171). Portados por el hombre, la hiel de la liebre (pág. 89),³⁶ la cabeza de la paloma (pág. 93),³⁷ el corazón del cuervo recién degollado (pág. 185)³⁸ o los huesos del sapo (pág. 179)³⁹ despiertan la libido de la mujer; mientras que para combatir los celos, se le da a comer a la esposa el corazón del perro negro (pág. 182). Referido también a la mujer, entre los remedios anticonceptivos prescritos, se recomienda ingerir el excremento de mula cocido con miel (pág. 190): «Para la mujer que no si querrá quedar preñada. Tomarás fienta de mula i cuézila con miel muy menuda i dāsila a comir qui no si hará priñada. Y-es cosa probada, si querrá Allah».⁴⁰

Entre los elementos de origen vegetal, la caña verde en contacto con el cuerpo actúa como antitérmico contra la fiebre (pág. 86), mientras que el lino previene el paroxismo (pág. 89).⁴¹ Como somnífero se prescribe un remedio a base de «*alharmulas*» o *alharma* (*ruta*) junto al «olio rosado» o aceite destilado de rosas (pág. 108).

Entre las especias, la nuez moscada aparece en una «medicina» para prevenir la hemiplejia (pág. 135) y la pimienta molida y aplicada como sahumero actúa como diurético animal (pág. 170). En cuanto a los derivados vegetales, el aceite untado en la cabeza del varón resulta un excelente afrodisiaco (pág. 145),⁴² y como remedio de la impotencia sexual se prescribe un brebaje en el que se emplean fórmulas mágicas escritas con azafrán (pág. 171).

Como coagulante en casos de epistaxis o hemorragia nasal, se emplea la paja de *ordio* o cebada (pág. 149), cuya harina también es buena, en combinación con el zumo de apio y la clara de huevo, para tratar tanto la parálisis como el melasma faciales (pág. 193): «Para los paro[s] de la cara. Toma çumo di apyo i harina de cibada i clara de webo, i amásalo todo. I con esta masa unta los paros. I tanmién quita las manzillas i paño de la carā».

Aunque comunes en las prácticas médicas de la época, el uso de estos ingredientes nos remite al mundo creencial de los primeros tiempos del islam. De esta manera, el apio, dice Ibn Ḥabīb, que era empleado por el propio profeta en sus abluciones rituales.⁴³ En cuanto a las propiedades de la clara de huevo, estas aparecen mencionadas entre los remedios del *ṭibb al-nabawī* o medicina del profeta, en los que se prescribe como protector facial, mientras que la cebada es referida por el propio Mahoma por sus múltiples beneficios para la salud.⁴⁴ Junto a su empleo como remedio estético, el mismo cereal se recomienda como estimulante de la memoria (pág. 109), propiedad referida por autores clásicos como al-Kindī.⁴⁵

Otro de los vegetales recomendado en nuestro recetario por sus propiedades curativas es el rábano, cuyo uso como emético era ya mencionado por Maimónides o Ibn Ḥabīb.⁴⁶ En la receta morisca se prescribe,⁴⁷ junto al aceite y la mediación divina, en el siguiente antídoto contra el envenenamiento (pág. 112): «Para quien abrá bebido alguna cosa ponçomiosa. Cortarás rábanos i bulirlos-as en azeyti hasta que colorín o se aya anbebido il-azayti. Coma aquillos rábanos o dīnli a beber de aquil azeyti. Y-es probado. I si quieren denli a beber lechi de asna tris días, qui ello es qui, si abrá en su cuerpo gusanos, il los lançará con licencia de Allah».

En cuanto al componente mineral y sus derivados, frecuentemente utilizados en la medicina galénica medieval, estos son menos habituales en nuestro recetario, aunque sus usos resultan también muy significativos. Encontramos el alambre en un brebaje contra la posesión demoniaca (pág. 112), dolencia sobrenatural tras la que a menudo en realidad se escondían diversos trastornos mentales.

De igual manera, los pequeños cantos rodados (pág. 136) conforman la base de un sahumero para el envenenado, que veremos más adelante. Por su parte, la calcina y el oropimente, compuesto este segundo a base de arsénico y azufre, se emplean en este depilatorio que, ciertamente, poco parece tener de mágico (pág. 177): «Para curar los cabellos que se hazin a las personas de donde querrás del cuerpo. Toma un poco de calcina viva i deshazerla as con agua muy bien molida. I después muele un poco de oropimenti bien moliido. Después íchalo in-aquella calcina i cuézelo hasta que se haga ispeso. Después mételo a isfriar i cuando istí tibio úntale los pelos. Después déxalos secar i luego se caerán».⁴⁸

Alejada en efecto del mundo mágico y creencial, la receta morisca es en esencia, con ligeras variantes, la misma que cinco siglos antes recoge Abulcasis en su *Kitāb at-tasrīf*,⁴⁹ que a su vez dice el cordobés tomar de Galeno:

Receta de una pasta depilatoria de Galeno que elimina el vello al instante. Coges dos porciones de cal viva sin apagar y una porción de oropimente, bate ambas cosas en un mortero de plomo y viértele agua de cocción de cebada hasta que veas que la pasta está negra; entonces caliéntala en el fuego y aplícatela en el baño, dejándola actuar un rato, y luego te enjuagas rápidamente. Esta pasta depilatoria suaviza la piel y debilita el vello cuando éste es endeble.

El depilatorio galénico, sin duda, gozó de cierta popularidad en el mundo islámico, ya que el mismo remedio morisco aparece también en el norte de África, donde la combinación de cal y oropimente recibe el nombre de *nūra*.⁵⁰ Es más, la receta no difería mucho de la que debían emplear los cristianos viejos. Así, Pedro Hispano,⁵¹ cuya obra médica era, como ya vimos, conocida por los propios moriscos, prescribe el oropimente entre otros ingredientes depilatorios.⁵²

Junto a estos elementos de origen animal, vegetal y mineral, aparecen también en nuestro recetario compuestos y preparados que son empleados en recetas más elaboradas y que, una vez más, prueban la conexión de nuestro códice mágico con la tradición científica. Uno de estos remedios es un complejo antídoto prescrito para envenenamientos, en el que se hace uso de la triaca (pág. 136): «Para cuando abrán dado ad-alguno alguna bebida ponçoñosa o la tendrá il in-el cuerpo. Tomarás çumo de finojo y-açúcar de palmas y-atryaca fina partes iguales i dársel-as a comer. I tomarás tris piedras guixas i rusiéntalas. Después meterl-as in-una hoya in la tierra i matarl-as con orinas de rocín i meterla as

muy sutilmenti incima d-ellas para que reciba d-ellas aquel vapor por baxo sin que se salga o poca cosa. Is probado».

La elaboración de triacas, a base de múltiples ingredientes vegetales, animales y minerales, junto a un bajo contenido de opio, aparece con profusión en las obras médicas andalusíes, como las de Ibn Ḥabīb, Ibn Ğulġul, Averroes o Ibn al-Ḥaṭīb. El propio Ibn Ḥabīb recoge su uso como tratamiento de la picadura de animales venenosos y,⁵³ junto a su prescripción como antídoto, sabemos que se empleaban para casos de hemiplejía, parálisis facial, convulsiones, etcétera.⁵⁴ Este tipo de electuarios hubo de ser bastante común entre los moriscos, como vemos en nuestro manuscrito y en otros recetarios que circularon entre estas comunidades. Baste recordar aquí el tratado de bromatología titulado *Kitāb ṭabāʾiʿ al-aġḍiya*, hallado en la localidad alicantina de Muro de Alcoy, en el que se incluye un léxico de medicamentos compuestos ordenado por tipos farmacéuticos al uso de los manuales árabes de *aqrābādīn* o preparados.⁵⁵

La triaca se emplea asimismo en nuestro códice en otra receta de indudable origen cristiano, en la que intervienen ingredientes vegetales muy comunes en la farmacología de la época, como la escabiosa (*scabiosa succisa*), la escorzonera (*scorzonera hispanica*) y la buglosa (*buglossa*) o borraja. Todos ellos constituyen la base científica de un *ascanto* o conjuro indicado para curar el carbunco o ántrax transmitido por el ganado, cuya bacteria produce la inflamación de los folículos pilosos: «Para ascantar los intrases o carbuncos o mǎlos granos que no se hinchen. Darle as a bebir una bebida con seis dīneros de España de agua d-escorcionera i seis dīneros de agua d-escabiosa i seis dīneros de agua de bulosa i media onça de atriaca mayor in dos bebidas: la media in una viç i la media in otra viç».⁵⁶

Para completar el remedio, en un nuevo caso de hibridación entre ciencia y creencia, se indica el *ascanto* o conjuro propiamente dicho que, compuesto por varias azoras coránicas (1, 97, 112) y breves plegarias, el conjurante ha de pronunciar en sucesiones de siete veces con la mano sobre la zona afectada.

Más allá del contenido médico y creencial de la receta, valga este último texto como colofón que nos permite, a su vez, retomar aquí la hipótesis de una procedencia norteafricana del códice. Sin duda, llama nuestra atención el hecho de que en este pasaje, presente también en el manuscrito aragonés Junta 22 (en el que las cantidades se indican en «dīneros»), el copista de nuestro códice específica «dīneros de España», referencia que parece indicar que se escribe desde la otra orilla del Mediterráneo.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Más allá de los testimonios inquisitoriales a partir de los que se forja la imagen del morisco como ser supersticioso, los textos aljamiados nos ofrecen una visión directa y cercana de sus prácticas. Es así que ciencia y creencia, medicina y magia, no parecen constituir compartimentos estancos entre estas comunidades, como tampoco lo eran para los cristianos viejos. Como en otras tantas sociedades, la medicina científica y la popular coexistieron y se influyeron mutuamente dando lugar a una terapéutica híbrida, de uso tanto entre musulmanes como cristianos, en la que el objetivo era la curación, independientemente de los medios empleados.

Frente a un supuesto proceso de marginalización y degradación de la materia médica morisca en superstición y curanderismo, los códices aljamiados nos permiten hablar de una popularización de conceptos y prácticas científicas, algunas de origen cristiano, prueba fehaciente de la permeabilidad cultural que existió entre ambas comunidades.

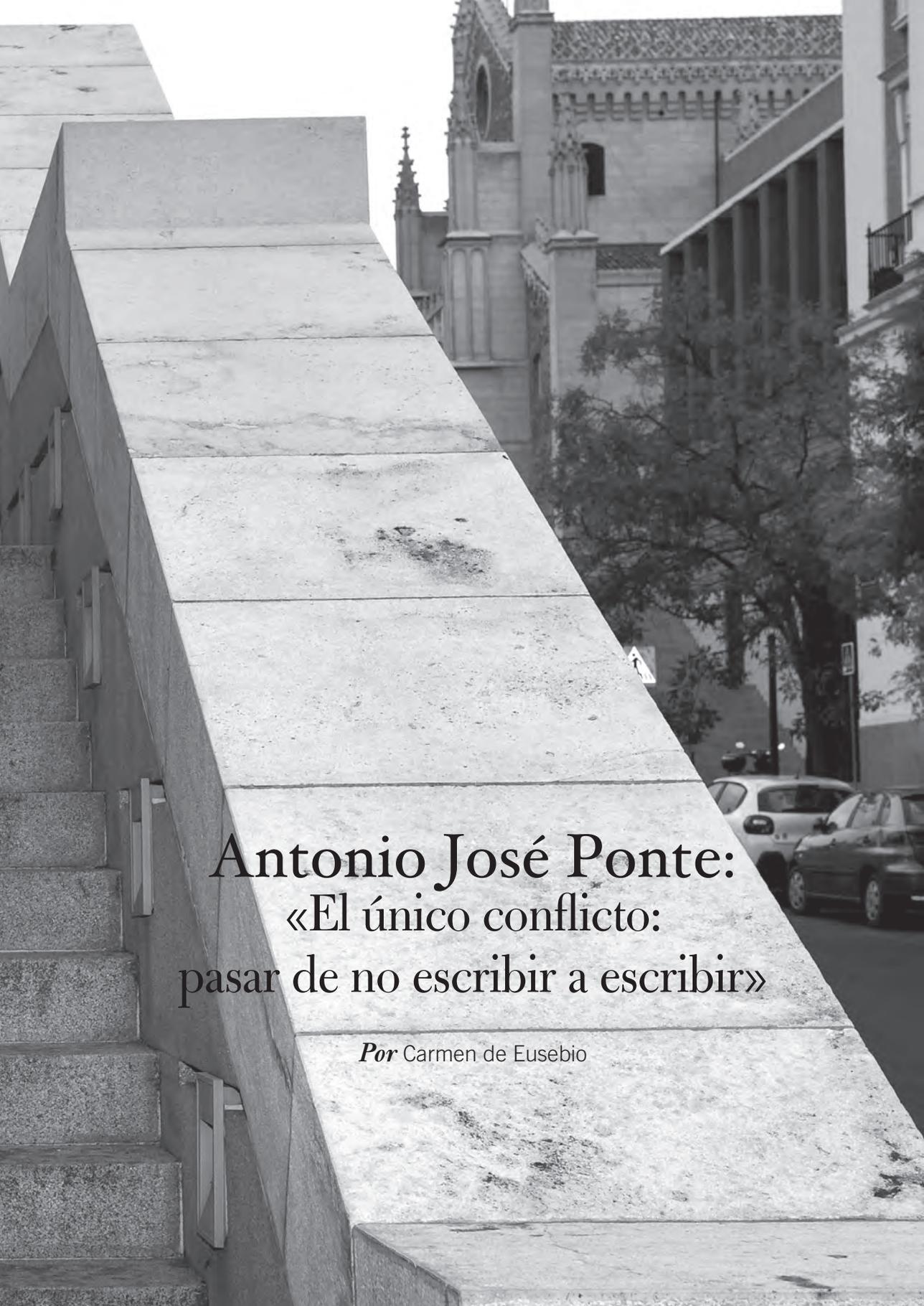
NOTAS

- ¹ Junto a las por entonces recientes facultades de medicina, al menos hasta 1494 se podían cursar estudios médicos regulares en la madrasa existente en la morería de Zaragoza. Véase L. García Ballester, *Los moriscos y la medicina. Un capítulo de la medicina y las ciencias marginadas en la España del siglo XVI*, Barcelona (Labor), 1984, pág. 36.
- ² J. Fournel-Guérin, *Les morisques aragonais et l'inquisition de Saragosse (1540-1620)*, Tesis doctoral inédita, Montpellier (Université Paul Valéry), 1980, pág. 236.
- ³ Á. González Palencia, «El curandero morisco del siglo XVI, Román Ramírez», en *Historias y Leyendas. Estudios Literarios*, Madrid (CSIC), 1942, págs. 215-284.
- ⁴ J. Fournel-Guérin, *Les morisques aragonais*, pág. 236.
- ⁵ Y. Cardaillac-Hermosilla, *La magie en Espagne. Morisques et vieux chrétiens aux XVI^e et XVII^e siècles*, Zaghuan (FTERSI), 1996, pág. 126.
- ⁶ J. Bleda, *Coronica de los moros de España, dividida en ocho libros*, Valencia (Impresión de Felipe Mey), 1618, pág. 861.
- ⁷ J. Fournel-Guérin, *Les morisques aragonais*, pág. 235.
- ⁸ C. Barceló y A. Labarta, *Archivos moriscos. Textos árabes de la minoría islámica valenciana (1401-1608)*, Valencia (PUV), 2009, pág. 71.
- ⁹ L. G. Ballester, *Medicine in a Multicultural Society. Christian, Jewish and Muslim Practitioners in the Spanish Kingdoms, 1222-1610*, Burlington – Singapore – Sidney (Ashgate), 2001, pág. 160.
- ¹⁰ L. García Ballester, *Los moriscos y la medicina*, pág. 138.
- ¹¹ J. C. Villaverde Amieva, «Recetarios médicos aljamiado-moriscos», en F. Gambin (ed.), *Alle radici dell'Europa. Mori, giudei e zingari nei Paesi del Mediterraneo occidentale. Volume II: secoli XVII-XIX*, Firenze (SEID), 2010, pág. 301; «Recetas médicas», en *Memoria de los moriscos. Escritos y relatos de una diáspora cultural*, Madrid (Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales), 2010, pág. 181.
- ¹² J. C. Villaverde Amieva, «Recetarios médicos aljamiado-moriscos», págs. 299-318.
- ¹³ J. Albarracín Navarro y J. Martínez Ruiz, *Medicina, farmacopea y magia en el «Misceláneo de Salomón» (Texto árabe, glosas aljamiadas y glosario)*, Granada (Universidad), 1987.
- ¹⁴ A. Labarta, *Libro de dichos maravillosos (Misceláneo morisco de magia y adivinación)*, Madrid (CSIC – Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe), 1993.
- ¹⁵ P. Roza Candás, «Recetarios mágicos moriscos: brebajes, talismanes y conjuros aljamiados», en A. Montaner y E. Lara (eds.), *Señales, Portentos y Demonios. La magia en la literatura y la cultura españolas del Renacimiento*, 13, Salamanca (SEMYR), 2014, págs. 555-578. Remito a este trabajo para la bibliografía existente hasta entonces sobre los recetarios mágicos aljamiado-moriscos.
- ¹⁶ La situación no debía distar mucho de la de los cristianos viejos. Un ejemplo muy elocuente lo encontramos en la ciudad de Valencia que, entre los siglos XVI y XVII, disponía de un cuerpo público de saludadores, que tras pasar un examen de ingreso ejercían legalmente como funcionarios municipales. Para ello debían superar varias pruebas en las que daban cuenta de sus poderes mágicos, curando perros rabiosos con la saliva o apagando una barra de hierro candente con la lengua. Véase M. L. López Terrada, «Las prácticas médicas extraacadémicas en la ciudad de Valencia durante los siglos XVI y XVII», *Dynamis*, 22 (2002), pág. 119.

- ¹⁷ Mencionaba García Ballester cómo «la medicina musulmana cumple el ciclo final de su proceso de desintegración cuando se convierte definitivamente en curanderismo». Opinión compartida por otros autores como Chejne, que señala cómo la medicina morisca «have declined gradually into superstition and magical formulas»; García-Arenal, que apunta cómo el patrimonio cultural morisco, incluidos sus conocimientos médicos, se van diluyendo al tiempo que «se tiñen de magia y supersticiones», o Luce López-Baralt, que habla de un «desvalimiento de la medicina morisca convertida en folkmedicina». Véase, respectivamente, A. G. Chejne, *Islam and the West: Moriscos. A Cultural and Social History*, Albany (State University of New York Press), 1983, pág. 117; M. García-Arenal, *Inquisición y moriscos. Los procesos del Tribunal de Cuenca*, Madrid (Siglo XXI), 1978, 3.ª ed. (1987), pág. 115; Luce López-Baralt, «Médicos y sanadores moriscos», *La literatura secreta de los últimos musulmanes de España*, Madrid (Trotta), 2009, pág. 355.
- ¹⁸ L. P. Harvey, *Muslims in Spain. 1500 to 1614*, Chicago – London (The University of Chicago Press), 2005, pág. 168.
- ¹⁹ Prueba de esta afirmación la encontramos, tanto en este códice como en algunos manuscritos misceláneos aljamiados, en los que podemos encontrar tanto recetas mágicas como médicas: mss. BNE 4937, 5238, 5267, BRAH T-8, T-13, T-16, V-25, entre otros.
- ²⁰ Pude llevar a cabo la consulta del códice a través de la copia digitalizada disponible en la Arcadian Library Online, gracias al acceso proporcionado por la Bodleian Library durante mi estancia en la Facultad de Lenguas Medievales y Modernas de la Universidad de Oxford en 2018.
- ²¹ L. P. Harvey, *The Arabs in Spain. A collection of antiquarian and scholarly books about Arabs and Islamic civilisations in Spain. Catalogue 1167*, London (Bernard Quaritch), 1992, págs. 15-19. Posteriormente, el propio Harvey presentará una descripción más completa en «Un libro de ensalmos en aljamía», *Aljamía*, 5 (1993), págs. 28-33; así como en «Magic and Popular Medicine in an aljamiado Manuscript, Possibly of Tunisian Provenance, Sold in London in 1993», *Romania Arabica: Festschrift für Reinhold Kontzi zum 70. Geburtstag*, Tübingen (Gunter Narr Verlag), 1996, págs. 335-344.
- ²² No llegó por tanto el códice a formar parte de la Biblioteca Nacional de Catar, tras su subasta en Londres, como el propio Villaverde suponía, entre dudas («información esta que aguarda confirmación»), en 2010. Véase J. C. Villaverde Amieva, «Los manuscritos aljamiado-moriscos: hallazgos, colecciones, inventarios y otras noticias», *Memoria de los moriscos. Escritos y relatos de una diáspora cultural*, Madrid (Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales), 2010, págs. 126-127.
- ²³ El propio Villaverde, que ya conocía el paradero del manuscrito desde finales de 2010 (por carta de Robert Jones) amablemente me comunicó la noticia de su localización, y así lo señalé en mi contribución al V Congreso de la Sociedad de Estudios Medievales y Renacentistas (SEMYR) celebrado en Madrid en 2014. Este mismo año, durante el XIII Simposio Internacional de Mudejarismo celebrado en Teruel, Nuria de Castilla presentó en comunicación algunos aspectos codicológicos de un manuscrito cuya localización no facilitó, perteneciente a una colección privada de la que no reveló su nombre, que indudablemente no era otro que este códice londinense. Finalizado ya este artículo, llega a mis manos el trabajo de N. de Castilla, «A la búsqueda de manuscritos moriscos perdidos. Nuevos testimonios aljamiados y árabes», en A. Kadri, Y. Moreno y A. Echevarría (eds.), *Circulaciones mudéjares y moriscas. Redes de contacto y representaciones*, Madrid (CSIC), 2018, págs. 335-339, donde la autora da noticia, entre otros, del manuscrito de la Arcadian Library.
- ²⁴ No es este el lugar para ofrecer una caracterización de las peculiaridades de la lengua y la grafía del códice, aspectos que sin duda llamarán la atención del lector de los fragmentos editados. Alejado de los rasgos habituales de la producción morisca en caracteres árabes, se asemeja nuestro códice a los documentos aljamiados valencianos.
- ²⁵ Descrita por M. Viladrich, «Un conjunto documental misceláneo árabe-aljamiado-morisco de l'Arxiu Històric de la Ciutat de Barcelona», *Aljamía*, 17 (2005), págs. 140-142, se trata de una carpeta de papeles árabes y aljamiados de contenido diverso. La actual localización de estos materiales no está del todo clara. En mi visita a este archivo barcelonés en abril de 2018, la carpeta en cuestión tan sólo contenía fotocopias de algunos de los materiales analizados en su momento por Viladrich. En la referencia a las recetas contenidas en este códice seguiré, pues, el orden de folios del inventario provisional realizado en 2004 por Mercè Viladrich y Salah Elbagu que se encuentra en el Seminario de Estudios Árabo-Románicos (SEAR) de la Universidad de Oviedo.
- ²⁶ A. Labarta, *Libro de dichos maravillosos*, págs. 0.30-0.31.
- ²⁷ La concepción de la enfermedad y su curación sometida a la voluntad divina aparece en la literatura árabe clásica y en los textos aljamiados. Así, se hace eco Ibn Ḥabīb de las palabras del Profeta: «Quien mandó el remedio mandó el mal». Véase IBN ḤABĪB, *Mujtāṣar fi l-ṭibb*, ed. de C. Álvarez de Morales y F. Girón Irueste, Madrid (CSIC – Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe), 1992, pág. 43. Máxima similar a la que en los textos aljamiados encontramos entre las sentencias de al-Qudā'ī contenidas en el ms. Junta 29: «No ḡeballó Allah malabṭía que que no ḡeballase a ella su medezina» (fol. 74 r); «Melezinaos, que aquel que ḡeballó la malabṭía, ḡeballó la medezina» (fol. 63 r). Cito la edición de A. ZAKARĪYA AHMED, *Edición y estudio del manuscrito aljamiado-morisco n.º XXIX del CSIC*, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 1996, págs. 112 y 101, respectivamente. Asimismo, es el poder de la palabra de Dios el remedio más eficaz para la sanación, como se menciona reiteradamente en otras obras aljamiadas, como en el ms. de Aitona: «En-el nombre de Allah, que es nonbre que sana toda enfermedad i-allivianece toda malaltía» (fol. 95 r). Véase P. ROZA CANDÁS, *Narraciones aljamiado-morisca en el manuscrito de Aitona*, Tesis doctoral inédita, Universidad de Oviedo, 2009, pág. 243.
- ²⁸ Sobre estas, véase J. Carlos Villaverde Amieva, «Recetarios médicos aljamiado-moriscos», págs. 299-318.
- ²⁹ Para una visión de conjunto de la tipología y elementos de este tipo de recetarios, véase mi trabajo «Recetarios mágicos moriscos», págs. 555-578.

- ³⁰ El mismo capítulo aparece en el ms. Junta 22. Véase A. Labarta, *Libro de dichos maravillosos*, págs. 5-6.
- ³¹ Idéntico uso aparece en el *Kitāb manāfiʿ al-ḥayawān*: «Cuando se pone la cabeza de murciélago en una almohada bajo la cabeza de un hombre, ese hombre ya no duerme». Véase C. Ruiz Bravo-Villasante, *Libro de las utilidades de los animales*, Madrid (Fundación Universitaria Española), 1980, pág. 97-98.
- ³² H. P. J. Renaud y G. S. Colin, *Tuhfat al-aḥbāb. Glossaire de la matière médicale marocaine*, Paris (Librairie Orientaliste Paul Geuthner), 1934, pág. 59.
- ³³ Véase también la receta contenida en el mss. BRAH V-18 (fols. 1 r- 2 v) en la que la «būdbuda» se emplea para el «mal de ojos» o «todo mal ayre».
- ³⁴ Se repite la receta varias veces en el ms. Junta 22. Véase A. Labarta, *Libro de dichos maravillosos*, págs. 14, 127 y 130. En el *Kitāb manāfiʿ al-ḥayawān* se refiere para la amnesia el uso de su lengua pulverizada y bebida como electuario. Véase C. Ruiz Bravo-Villasante, *Libro de las utilidades de los animales*, pág. 94. Por su parte, Ibn Zuhr dice que su lengua, así como su plumaje, también propician el éxito en los negocios. Véase Abū Marwān ʿAbd al-Malik b. Zuhr, *Kitāb al-Agḍiya (Tratado de los Alimentos)*, ed., trad. e intr. de E. García Sánchez, Madrid (CSIC – Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe), 1992, pág. 124.
- ³⁵ Receta contenida en el ms. Junta 22. Véase A. Labarta, *Libro de dichos maravillosos*, pág. 16. En el *Kitāb manāfiʿ al-ḥayawān* se recomienda colgar el muslo derecho de la abubilla en un palomar para que no se vayan de él las palomas. Véase C. Ruiz Bravo-Villasante, pág. 95.
- ³⁶ Receta contenida en el ms. Junta 22. Véase A. Labarta, *Libro de dichos maravillosos*, pág. 6. Las virtudes afrodisiacas de la liebre son mencionadas asimismo por Ibn Zuhr. Véase Abū Marwān ʿAbd al-Malik b. Zuhr, *Kitāb al-Agḍiya*, pág. 56.
- ³⁷ Referencia a la paloma como instrumento de la pasión amorosa de la que se hace eco el mismo Ibn Ḥaṭīb. Dice así el lojeño que como estímulo del coito se acostumbra a tener en las casas palomas para excitar los deseos de las esposas. Véase MUḤAMMAD B. ABDALLĀH B. AL-JAṬĪB, *Kitāb al-Wuṣūl li-ḥifẓ al-ṣiḥḥa fi-l-fuṣūl. Libro de la higiene*, trad. de M.º de la C. Vázquez de Benito, Salamanca (Ediciones Universidad de Salamanca), 1984, pág. 155.
- ³⁸ Receta contenida en el ms. Junta 22. Véase A. Labarta, *Libro de dichos maravillosos*, págs. 6 y 7.
- ³⁹ Un remedio muy similar al morisco, en el que los huesos han de frotarse con el rabo de una burra, aparece en el *Kitāb manāfiʿ al-ḥayawān*. Véase C. Ruiz Bravo-Villasante, pág. 118. Por otro lado, el sapo era empleado junto al hinojo por el médico y cirujano morisco Francisco de Córdoba en un remedio para el mal de amores. Véase L. García Ballester, *Los moriscos y la medicina*, pág. 122.
- ⁴⁰ Receta contenida en A. Labarta, *Libro de dichos maravillosos*, pág. 101.
- ⁴¹ Poder calmante del lino que menciona Ibn Wāfid citando a Galeno. Véase Ibn Wāfid, *Kitāb al-adwiyā al-mufrada (Libro de los medicamentos simples)*, ed., trad., notas y glosario de L. F. Aguirre de Cárcer, Madrid (CSIC – AECl), 1995, vol. I, pág. 126.
- ⁴² Uso referido en A. Labarta, *Libro de dichos maravillosos*, pág. 24. De la aplicación de ungüentos afrodisiacos, conocemos también la receta contenida en el ms. 3226 de la Biblioteca Palacio Real (fol. 40v), en la que el «olio para usar mucho con las mujeres», elaborado a base de varios ingredientes vegetales, se aplica sobre los genitales y las plantas de los pies del varón.
- ⁴³ Ibn Ḥabīb, *Muḥtaṣar fi l-ṭibb*, pág. 78.
- ⁴⁴ Véase, respectivamente, Ibn Qayyim al-Jawziyya, *Medicine of the Prophet*, trad. de P. Johnstone, Cambridge (The Islamic Texts Society), 1998, págs. 209, 78 y 234-235.
- ⁴⁵ E. Lev y Z. Amar, *Practical Materia Medica of the Medieval Eastern Mediterranean According to Cairo Geniza*, Leiden – Boston (Brill), 2008, pág. 354.
- ⁴⁶ Véase A. Labarta, *Libro de dichos maravillosos*, pág. 64. El uso del rábano como emético es mencionado por Ibn Ḥabīb y Maimónides y su empleo como antídoto lo señala Andrés Laguna en sus anotaciones a Dioscórides. Véanse, respectivamente, Ibn Ḥabīb, *Muḥtaṣar fi l-ṭibb*, pág. 98 y 106; E. Lev y Z. Amar, *Practical Materia Medica*, pág. 258 y Dioscórides, *A cerca de la materia medicinal y de los venenos mortíferos*, trad. de Andrés Laguna, Valencia (Imprenta de Vicente Cabrera), 1677, pág. 198.
- ⁴⁷ Remedio que hubo de ser bastante popular entre los moriscos y que encontramos también en el ms. Junta 22 (fols. 171 r – 171 v) y, con algunas variantes, en el ms. BNE 4937 (fol. 6 r). Por su parte, la leche de burra prescrita en la segunda parte de la receta se refiere asimismo en el *Kitāb manāfiʿ al-ḥayawān* contra drogas mortales y venenos. Véase C. Ruiz Bravo-Villasante, *Libro de las utilidades de los animales*, pág. 21. La leche es mencionada igualmente por Maimónides en el tratamiento de picaduras de escorpiones y serpientes. Véase E. Lev y Z. Amar, *Practical Materia Medica*, pág. 133.
- ⁴⁸ Aparece la misma receta en el ms. Junta 22. Véase A. Labarta, *Libro de dichos maravillosos*, pág. 184.
- ⁴⁹ Cito aquí la traducción de L. M. Arvide Cambra, *Un tratado de estética y cosmética en Abulcasis*, Granada (Grupo Editorial Universitario), 2010, pág. 64. Citando a ar-Rāzī, recoge Abulcasis otro depilatorio similar en el que, aparte de la cal y el oropimente, recomienda el uso de cal de concha. Véase *ibidem*, pág. 65.
- ⁵⁰ H. P. J. Renaud y G. S. Colin, *Tuhfat al-aḥbāb*, pág. 129.
- ⁵¹ M. H. da Rocha Pereira, *Obras médicas de Pedro Hispano*, Coimbra (Universidade), 1973, pág. 84-85.
- ⁵² El oropimente aparece ya mencionado por Dioscórides como depilatorio, al que Andrés Laguna en sus anotaciones a la *Materia medica* añade la cal viva con las mismas propiedades. Véase Dioscórides, *A cerca de la materia medicinal*, pág. 547 y 555. Por su parte, Maimónides anota una receta a base de arsénico para eliminar el vello sin dolor. Véase E. Lev y Z. Amar, *Practical Materia Medica*, pág. 105.
- ⁵³ Ibn Ḥabīb, *Muḥtaṣar fi l-ṭibb*, pág. 69.
- ⁵⁴ C. de la Puente, *Avenzoar, Averroes, Ibn al-Jatib. Perfumes, ungüentos y jarabes*, Tres Cantos (Nivola), 2003, págs. 79-80 y 118.
- ⁵⁵ Texto dado a conocer y editado por A. LABARTA, «Textos para el estudio de la terapéutica entre los moriscos valencianos», *Dynamis*, I (1981), 295.
- ⁵⁶ A. Labarta, *Libro de dichos maravillosos*, pág. 184.





Antonio José Ponte:
«El único conflicto:
pasar de no escribir a escribir»

Por Carmen de Eusebio

Antonio José Ponte (Matanzas, Cuba, 1964) es poeta, ensayista y narrador. Graduado en Ingeniería Hidráulica por la Universidad de La Habana, practicó durante cinco años esa carrera, que luego abandonó. Ha publicado, entre otros títulos, *Las comidas profundas* (Deleatur, Angers, 1997), *Asiento en las ruinas* (Renacimiento, Sevilla, 2005), *In the cold of the Malecón & other stories* (City Lights Books, San Francisco, 2000), *Cuentos de todas partes del Imperio* (Deleatur, Angers, 2000), *Un seguidor de Montaigne mira La Habana/Las comidas profundas* (Verbum, Madrid, 2001), *Contrabando de sombras* (Mondadori, Barcelona, 2002), *El libro perdido de los origenistas* (Renacimiento, Sevilla, 2004), *Un arte de hacer ruinas y otros cuentos* (Fondo de Cultura Económica, México D.F., 2005), *La fiesta vigilada* (Anagrama, Barcelona, 2007), *Villa Marista en plata. Artes, política, nuevas tecnologías* (Colibrí, Madrid, 2010) y, junto a Fermín Gabor, *La lengua suelta, seguido de Diccionario de la lengua suelta* (Renacimiento, Sevilla, 2019). Reside en Madrid desde 2006 y, desde esa fecha y hasta 2009, dirigió la revista *Encuentro de la Cultura Cubana*. Ha sido profesor visitante en la Universidad de Penn y en la Universidad de Princeton, así como escritor en residencia en la Universidad de Berkeley, en California. En 2013, ocupó la Cátedra Andrés Bello de Cultura y Civilización Latinoamericana en la Universidad de Nueva York. Actualmente es vicedirector del diario digital *Diario de Cuba*, que se publica en Madrid.

Usted ha escrito novela, cuento, poesía, crítica, y también ejerce el periodismo. ¿Cómo se ve a sí mismo como escritor? ¿Siente que hay unidad en la multiplicidad? ¿Le resulta conflictivo o pasa de lo uno a lo otro de manera fácil?

Creo que lo único conflictivo es el pasar de no escribir a escribir, no el entrar en un género literario u otro. Novela o poesía o cuento o crítica o ensayo o periodismo, esos y otros son avatares de la escritura. Elegibles hasta cierto punto, hasta el punto de la equivocación, pero no tan conflictivos como esa disyuntiva entre escribir o no escribir.

Y ahora que hablo de avatares, es curioso el destino de ese término, que viene del sánscrito y hasta hace poco aludía principalmente a la encarnación de un dios, pero ahora significa sobre todo la

identidad de un usuario en una red informática. Es curioso cómo se metamorfosean las palabras...

En 2007 publicó *La fiesta vigilada*, una suerte de parodia carnavalesca de la cultura y la política cubana. Es un libro donde la culpabilidad, es decir, la actitud vigilante y represiva ejercida por el Estado permea incluso sobre los intelectuales simpatizantes del régimen. ¿Hay diferencia entre esta actitud de la inteligencia policial de los Estados comunistas y los dictatoriales de otro orden?

Bueno, preferiría no entrar en el campo de la tiranología comparada, si es que esa disciplina existe. Porque cada quien que haya padecido o que padezca una dictadura podrá afirmar que su experiencia es la peor, podría incluso ofenderse ante la

idea de compararla con otra. Comparar tal vez equivaldría a relativizar y procurar atenuantes.

Prefiero entonces apuntar algunos rasgos de las dictaduras comunistas confirmables en los manuales de historia moderna y contemporánea. Son dictaduras que llevan tan lejos la vigilancia que están interesadas no sólo en lo que hagan los ciudadanos, sino en lo que podrían llegar a hacer. No solamente se interesan por actos cometidos, sino también por los pensamientos de la gente.

CREO QUE LO ÚNICO
CONFLICTIVO ES EL PASAR DE
NO ESCRIBIR A ESCRIBIR, NO
EL ENTRAR EN UN GÉNERO
LITERARIO U OTRO

Cuentan, por tanto, con fuertes policías del pensamiento. El código penal cubano contiene una ley de peligrosidad predelectiva. Gracias a ella, un sujeto puede ser condenado, no por delito cometido, sino por su disposición a delinquir. Y con esa misma lógica opera la censura política sobre la literatura y otras artes. De modo que un encontronazo con la censura puede traducirse no sólo en que determinado texto deje de aparecer (tenga en cuenta que la totalidad del sistema editorial es propiedad del Estado), sino en que tampoco aparezcan los textos futuros de ese autor. E incluso en que desaparezcan sus libros ya publicados.

No es una pelea entre autor y autoridades por cierto texto o por ciertos rasgos

de ese texto, sino una pelea de las autoridades por el alma del escritor. Y aquí cabría traer a cuento aquella historia de Philip K. Dick filmada por Spielberg en *Minority Report*. Pero como el régimen cubano no cuenta con mutantes que auxilien a su policía premonitoria, recurre a otras vías, y la delación entre escritores es una de ellas.

¿Cuándo salió usted de Cuba para pasar de ser un disidente interior a un crítico en el exilio? ¿Ve Cuba de manera distinta desde España?

Sí, y doy gracias porque esa manera distinta no esté empañada por la nostalgia. No saudade. No morriña. No «gorrión». Gorrión llamamos los cubanos a la tristeza más o menos incomprensible.

Creo que mi manera distinta de ver a Cuba tiene un ancho más panorámico que antes. Gran profundidad de campo, por usar un término de la fotografía de cine. Ahora me considero capaz de percibir más detalles y percibir todos esos detalles nítidamente. Aunque aquí cabría alguna que otra equivocación sobre mí mismo...

Salí de Cuba y vine a vivir a Madrid en 2006. Desde entonces, cada uno de los doce animales de la astrología china tuvo su año y regresó el perro, cuyo año está por terminarse este febrero. Así que ya llevo aquí más de un ciclo.

En *El libro perdido de los origenistas* (2002), usted recoge diversos ensayos y, al tiempo que hace una lectura crítica (en el sentido analítico del término), se define ante esa generación notable y fundadora que le precede. ¿Podría de-



cirme qué valora aún para su propia tarea en escritores como Virgilio Piñera, Lezama Lima, Eliseo Diego o Gastón Baquero?

Me ocupé en ese libro de los escritores reunidos alrededor de la revista *Orígenes* (1944-1956) y, especialmente, de cómo algunos de esos escritores sufrieron el embate de la política revolucionaria, que los condenó a la censura y a la muerte civil, para luego, una vez fallecidos, retomarlos como grandes bienes culturales de la nación.

Yo había leído a Lezama Lima y a Piñera procurándome ejemplares de sus libros en las catacumbas, y pocos años después veía ensalzados a esos dos autores por el mismo régimen que había vigilado que no se imprimiera o pronunciara el nombre de ellos. Así que tuve que preguntarme qué había ocurrido para un cambio así, publiqué ese

libro que usted menciona, he vuelto al tema en otros textos, y sigo rumiando la misma pregunta.

Sin embargo, ellos son para mí más que esa pregunta obsesiva. Ellos son sus libros, la felicidad de haberlos leído y de releerlos. Representan la resistencia del escritor que sigue en su trabajo pese a encontrarse condenado a muerte civil. No le dejan escapatoria, pero no lo abandona su convicción de hacer una obra. Y, ya que el régimen revolucionario cubano recurrió a prácticas dignas del estalinismo para anularlos, puede decirse, en reciprocidad con ese estalinismo, que ellos son nuestros Ajmátova y Mandelstam y Tsvetaeva y Pasternak.

Aclaro que no entran aquí Eliseo Diego y Gastón Baquero, escritores cuyas obras admiro, aunque en menor medida, pero a los que, éticamente hablando, no considero dignos de admiración.

Acaba de publicar usted un grueso libro, *La lengua suelta*. Seguido de *Diccionario de la lengua suelta*. La primera parte corresponde a Fermín Gabor; la segunda, a usted. Creo que es una ácida y cómica lectura de la cultura cubana en los tiempos de la revolución. ¿Puede hablarnos de cómo ha concebido este libro a dos voces?

Es grueso el libro, sí. Tanto que cuando recibí las pruebas de imprenta pensé que le habían intercalado por error pruebas de otro libro adentro.

En los primeros años de este siglo, y por una década, Fermín Gabor escribió unas crónicas satíricas de la vida cultural y política en Cuba que tituló *La lengua suelta*. Esas crónicas circularon primero entre correos electrónicos y aparecieron después en la revista electrónica *La Habana Elegante*, que Francisco Morán publica en Nueva Orleans.

Fermín Gabor era un seudónimo, dado el riesgo que corrían aquellas opiniones y burlas. En sus crónicas cabían diversos registros: el chisme (llamémoslo *petit histoire* para dignificarlo), la crítica literaria y filmica, la denuncia política, la caricatura, el obituario...

Circularon esas crónicas, sobresaltaron y divertieron y, después de una década, silencio. Sin una despedida ni una explicación, no se supo nada más de Fermín Gabor. Ahora este volumen contiene todas sus crónicas, a las que agregué un diccionario biográfico que cuenta cómo siguieron sus vidas todas esas figuras con las que él se entretuvo.

Procuré que el libro apareciera ahora, cuando aún su materia es historia viva y no se ha reducido a simple costumbris-

mo. Y creo que puede entenderse como una historia cultural de Cuba y del casticismo, como una historia de las mentalidades o como etnología. Aunque, sobre todo, es literatura y humor.

FERMÍN GABOR ERA UN SEUDÓNIMO, DADO EL RIESGO QUE CORRÍAN AQUELLAS OPINIONES Y BURLAS

Una de las bestias negras de Fermín Gabor es la llamada «novela de la revolución», y personajes como Ambrosio Fonet o Pablo Armando Fernández. ¿Podría decirnos, en síntesis, qué función ejercieron en la formación del espíritu revolucionario, por decirlo de una forma que a los más maduros españoles nos puede recordar a cierta disciplina formativa franquista?

Pablo Armando Fernández es el ejemplo de un escritor censurado que, levantada su prohibición, muestra haber aprendido la lección de servilismo. No es un ideólogo ni un escritor atendible y su única contribución a esa formación del espíritu revolucionario por el que usted me pregunta sería figurar como un cortesano notable. Equivale a uno de aquellos escritores soviéticos con residencia en un moderno edificio moscovita, automóvil, dacha y vacaciones en el Mar Negro, todo ello proporcionado por el régimen. Ambrosio Fonet, a quien le han adjudicado una especialización bastante infundada en la narrativa cubana, anunció durante décadas el nacimiento de «la novela de la revolución». Ése fue su modo

de servir a las autoridades y la cultura oficial. Su olfato de crítico literario, el que pueda tener, le avisaba de que tal novela vendría, y él estaría allí, en su puesto de partero. Sería el primero en saludarla. ¿No es ése el sueño máspreciado para un crítico literario, asistir al nacimiento de un gran fenómeno que hubiera pronosticado?

LA REINA DE CORAZONES DE
CARROLL SE ENTENDERÍA
PERFECTAMENTE CON LA LEY
CUBANA DE PELIGROSIDAD
PREDELECTIVA

Sin embargo, Fornet se mostró como un pésimo pronosticador. Ya Miguel Barnett, dirigiéndose en un poema a Ernesto «Che» Guevara, había escrito: «No es que quiera darte / pluma por pistola, / pero el poeta eres tú». Pablo Milanés había retomado estos versos en una canción suya, y podrían citarse textos por el estilo de Roberto Fernández Retamar y de Cintio Vitier. En ese discurso de las armas y las letras, no sólo salían ganando los hombres de armas, sino que los letrados les cedían también la oportunidad de la escritura.

¿Qué era entonces eso de una novela de la revolución? Cualquier intento de escribirla no podría apartarse un ápice de la historia oficial. Un narrador metido en esa tarea no tendría margen ninguno, pues únicamente le correspondería confirmar a Fidel Castro. Y es que la novela de la revolución sólo podía escribirla el

líder de la revolución. O, aun peor, la novela de la revolución era Fidel Castro. Ambrosio Fornet pedía un imposible: una obra de ficción plena de valores literarios que viniera a confirmar la ortodoxia revolucionaria. No me extraña que no alcanzara a saludarla. Tampoco me extraña que él terminara trasladando su curiosidad hacia las obras de algunos escritores exiliados. De exiliados que no cuestionan la legitimidad del régimen al cual él sirve.

¿Es el humor y la ironía al sesgo –paródica en ocasiones– la mejor arma intelectual contra la estulticia totalitaria, contra la estupidez en general?

No sé si la mejor, pero sí una muy buena. Podría considerarse un arma pueril, pero si hablamos de puerilidad está aquel niño de la historia de Andersen, capaz de ver que el traje nuevo del emperador no existe, que la pompa imperial es nada. Y está la niña Alice, a quien indigna que la Reina de Corazones vaya a dictar sentencia antes de que exista veredicto. Por cierto, esa Reina de Corazones de Carroll se entendería perfectamente con la ley cubana de peligrosidad predelectiva...

La Reina de Corazones ordena que le corten la cabeza a esa atrevida criatura, Alice tiene la suerte de crecer hasta su tamaño real y, lo mismo que el niño de Andersen, consigue desarticular toda la tramoya del poder. Grita a las autoridades reunidas en la sala de justicia que ellos no son más que un paquete de cartas. Consigue que la corte de los reyes de Corazones gire en remolino contra ella,

da un grito, y despierta del sueño que ha sido todo el libro.

Éste es uno de mis episodios favoritos desde la primera vez que lo leí, aunque no supiera entonces por qué, intuitivamente. Contiene altísima imaginación literaria, descarrilamiento de la lógica, sátira contra el poder y, para salvar una situación ahogante y de pesadilla, todo un repertorio de vías de escape: el engrandecimiento, la definición del enemigo, la metamorfosis del enemigo, el grito y el despertar de la pesadilla.

Me ha parecido muy interesante la riqueza léxica cubana presente en *La lengua suelta*. ¿Encuentra mucha diferencia con la pobreza o riqueza del léxico empleado en España?

Lo escrito por Fermín Gabor está lleno de cubanismos, lleno de citas de la música popular cubana, de los estribillos de sus sones y de las frases de sus boleros. Utiliza arcaísmos republicanos y expresiones de timba, la música que se escuchaba por toda La Habana en esos años. Tiene ecos del barroco del Siglo de Oro español y ecos del barroco de Lezama Lima. Y no faltan jirones de consignas políticas. En suma, toda la artillería del lenguaje para la burla y el desdén.

Pero su pregunta supondría la comparación de léxicos de un lado y del otro del Atlántico, y yo no soy lexicógrafo, a pesar de haberme atrevido a armar un diccionario. Lo hice irónicamente, como sabe, y únicamente podría arriesgarme a responder a su pregunta en tanto lector.

Metido en un trance así, he visto muchas veces explicar la vivacidad de la lengua

española de América por tratarse de una lengua adquirida, con la que se necesita forcejear, mientras que España siesteaba en su propia lengua, tan asentada que casi anda moribunda. ¿No ha oído usted algo así muchas veces?

Se trata de una hipótesis tribal y remota, que ni siquiera es válida para los primeros tropiezos de colonizadores y colonizados. Pues, si bien estos últimos tenían que vérselas con una lengua ajena, los primeros se las veían con su propia lengua puesta a prueba radicalmente. Y de esa radical puesta a prueba viene la riqueza idiomática de los cronistas de Indias. Así como de otra clase de aventura viene el filón de la lengua de los místicos.

De modo que no hay respuesta tribal para esa pregunta suya. Dicho esto, no es que yo tenga una buena opinión de la literatura que se escribe hoy en España, con su flojera de lenguaje. Una flojera de lenguaje detectable también en la literatura cubana actual. Pero aquí, como en otros asuntos, es mejor hablar de casos particulares. Y las literaturas nacionales son falsos casos particulares.

***Granma* y *La Jiribilla* son dos fuentes claves como depositarias de tópicos, insidias, manipulaciones y delirios del espíritu deformativo y coercitivo del castrismo. Además de desarrollar la paciencia y la impaciencia, ¿qué es lo más subrayable que ha aprendido de la frecuentación de esas lecturas?**

Aprendí muy pero que muy bien lo que es neolengua. Antes de leer a Orwell. An-

tes de leer a Armand Robin y antes de leer *LTI. La lengua del Tercer Reich*, de Victor Klemperer.

De estos tres autores, el francés Armand Robin es el menos conocido. Hace unos años, Pepitas de Calabaza publicó en español sus ensayos sobre la instrumentalización del lenguaje. Robin conoció más de una veintena de lenguas y monitoreó la propaganda política radial en esas lenguas desde comienzos de la Segunda Guerra Mundial hasta los inicios de la Guerra Fría. Tuvo como tarea la composición de un boletín oficial a partir de sus escuchas radiales y llegó a sostener que el daño que la propaganda política hacía al lenguaje adquiriría dimensiones cósmicas. Describió universos gigantes de palabras que giraban, enloquecidas, cada vez a más velocidad, sin engarzar nunca en nada que fuera real. Robin fue una suerte de Jakob Böhme en medio de los totalitarismos.

LAS PUBLICACIONES OFICIALES
CUBANAS CONSIGUEN ESE
IMPOSIBLE, DESTERRAR DE
ANTEMANO TODA CURIOSIDAD
DEL LECTOR

Pero vuelvo a prensa oficial de La Habana. ¿Es posible imaginar el acto de leer un periódico desprovisto de toda curiosidad? Las publicaciones oficiales cubanas consiguen ese imposible, desterrar de antemano toda curiosidad del lector. En el fondo, llevan tan lejos el no pensar en los lectores, que podrían perfectamente existir sin ellos.

Al final de su vida, el dictador portugués António de Oliveira Salazar se cayó de una silla de pedicuro y se golpeó la cabeza. En Estoril me enseñaron la silla. Salazar obligó a mantener aquel episodio en secreto y un par de semanas después tuvo que ser operado por complicaciones. Se hizo entonces imprescindible nombrar otro primer ministro y después, con Salazar más o menos recuperado, hubo que ocultarle la existencia de aquel primer ministro y hacerle creer que él seguía al mando. Así ocurrió durante año y pico, hasta que murió. En alguna parte leí que llegaron a imprimirle un periódico de uso exclusivo, detalle que no he visto confirmado en las dos biografías tuyas que he consultado, pero que me vale ahora para esta comparación: la prensa oficial cubana aspira a ese diario de lector único, de lector dictador. No es periodismo de ningún modo, es solipsismo.

Casi no deja usted títere con cabeza. A los ya mencionado, habría que recordar a Antón Arrufat, Padura, Roberto Fernández Retamar, Ángel Augier, Dulce María Loynaz, Fina García Marruz, y muchos más, algunos de ellos desconocidos para mí. ¿Encuentra usted algún denominador común en ellos?

Ah, siempre quedan títeres pendientes. Es un guiñol tan grande que no habría podido abarcarlo completamente... Usted menciona algunos nombres y es difícil encontrar un denominador común para todos ellos. En tanto autores, de esos nombres sólo me interesan Fernández Retamar y García Marruz. Él, por un

primer libro ensayístico, su estudio de la poesía contemporánea cubana, y por la elegía que escribió a la muerte de su padre. Ella, por su obra poética y ensayística.

Pero, ¿qué pueden tener en común todos esos nombres? Creo que a cada uno podría adjudicársele, al menos, un episodio infame. Fernández Retamar firmó en 2003, como miembro del Consejo de Estado, la sentencia de muerte de tres jóvenes que intentaron secuestrar una lancha para huir del país. Fueron fusilados los tres jóvenes, esos fusilamientos despertaron el rechazo internacional, y el rechazo internacional provocó en La Habana una carta de intelectuales de apoyo al régimen que García Marruz y Arrufat se apresuraron a suscribir.

Padura fue entrevistado en 2018 por el político español Pablo Iglesias (Unidas Podemos, antes Podemos) y declaró que la cifra de cubanos caídos en la guerra de Angola resultaba «ridículamente baja». Dio por buena las fraudulentas cifras oficiales y, encima, se permitió ese abyecto comentario de generalote.

Dulce María Loynaz, a quien no podría achacársele contubernio con el régimen castrista, aceptó en 1947 la Gran Cruz de la Orden de Alfonso X el Sabio. Las autoridades que la condecoraban habían hecho fusilar años antes a Federico García Lorca, amigo de sus hermanos y visitante de su casa familiar.

¿Quién me falta? ¿Augier? Mejor será que el lector interesado siga en las páginas de Gabor y de mi diccionario. En el fondo de estos ejemplos que he citado hay muertos, y hay unos escritores que,

con responsabilidades distintas, pasan por encima de esos muertos.

FERNÁNDEZ RETAMAR FIRMÓ
EN 2003, COMO MIEMBRO
DEL CONSEJO DE ESTADO, LA
SENTENCIA DE MUERTE DE
TRES JÓVENES

Se habla en esta obra de algunos disidentes famosos, como Heberto Padilla, la gran Lydia Cabrera, el no menos grande Cabrera Infante, pero hay otros que no recuerdo que los mencione o se hable de ellos, como Severo Sarduy, que desarrolló casi la totalidad de su obra en París, aunque bien es verdad que no escribió textos críticos sobre la política castrista. ¿Cuál es su afinidad y su diferencia con las posturas de estos exiliados?

Componer un diccionario obliga a detenerse en las especificidades y circunstancias de cada caso y, a tan poco tiempo de haber terminado el mío, me siento incapacitado para responder a esa pregunta. Ando un poco perdido, no alcanzo a ver el bosque, todavía estoy embobecido frente a un árbol y otro y otro árbol. Pero Severo Sarduy sí que está, aunque con muy breve entrada. Leí un libro dedicado a Roland Barthes donde lo mencionaban y el autor de ese libro creyó necesaria una nota a pie de página para explicar a sus lectores franceses quién había sido Sarduy. Lo cual me obligó a comprobar que, desde su fallecimiento hasta la publicación de aquel libro, habían pasado únicamente trece años. La nota a pie de

página denotaba el olvido de un escritor, y escribí a partir de eso. Fermín Gabor no menciona a Gastón Baquero y yo no podía, por tanto, dedicarle una entrada, pero aproveché la dedicada a José Martí para recordar la visita que hice a Baquero en su piso madrileño, en 1993. Y aparecen, además de los que usted menciona, Eugenio Florit, Reinaldo Arenas, Lorenzo García Vega y José Kozer, exiliados todos. Así como otros exiliados que no resultan tan memorables.

Dedica algunas páginas lúcidas y terribles a la cultura de la delación. ¿Es el mal más sibilino y cobarde? ¿O es solo un punto de la cadena de miedo tensada por una política policial cruel?

Cada vez la literatura parece menos proclive a ocuparse del mal. O, espere, voy a pedirle que cuando se publique esta frase vaya con mayúscula: cada vez la literatura parece menos proclive a ocuparse del Mal. Al parecer, no hay que buscarlo en títulos demasiado recientes, sino en el siglo antepasado. En Dostoievski, en Balzac, en Dickens. Desde entonces, el ambiente general parece haber ido perdiendo atmósferas, unidades de presión teológica sobre la gente. Y hoy es preciso procurar el mal en novelas negras, en series televisivas, en cómics, en subgéneros. Y, por supuesto, en los recuentos históricos de totalitarismos, todas esas biografías de Hitler y Stalin que uno hojea en las mesas de novedades.

En Berlín existen doscientos kilómetros de delaciones en los expedientes policiales de la Alemania comunista conservados gracias a la Junta Gauck.

Tal como he leído, la ciudadanía francesa presentó cinco millones de cartas de delaciones ante el régimen de Vichy y las autoridades de ocupación alemana. Luego de estos ejemplos, calculo que la población cubana habrá producido, desde 1959 hasta la fecha, un considerable volumen de chivatazos.

A veces me pongo a imaginar cuántos tesoros habrá en esos archivos de la policía secreta cubana. Porque de ellos salió la obra póstuma de Virgilio Piñera, tal como cuento en este último libro. Y allí estarán, y aguardan a ser reveladas, las mil y una novelas de delaciones entrecruzadas. Pero digo que aguardan a ser reveladas, no por convicción en que algún día vaya a ocurrir, sino porque está en la naturaleza de lo secreto aguardar a ser revelado.

A VECES ME PONGO A IMAGINAR CUÁNTO TESOROS HABRÁ EN ESOS ARCHIVOS DE LA POLICÍA SECRETA CUBANA

Tras este magnífico libro, ¿qué otro libro esperamos de usted?

Una falsa biografía de Nitza Villapol, la autora del más reeditado libro de recetas culinarias cubanas y de un programa televisivo de cocina que inició en la televisión prerrevolucionaria y continuó en la televisión estatal revolucionaria.

Será una falsa biografía, no porque vaya a achacarle a Nitza Villapol algunos episodios apócrifos, sino porque me valgo del pretexto de biografiarla para organizar algo que pueda ser en-

tendido como una novela. Y ahora que digo esto me doy cuenta de que me propongo algo a tono con las prácticas culinarias de Nitza Villapol, que enseñaba cómo lograr un plato mediante ingredientes sustitutivos.

Lo suyo era imaginación culinaria en medio de la escasez y me temo que lo mío es imaginación novelística también en la escasez. A ver qué sale y a qué sabe eso que salga.

Mil gracias por sus preguntas.



Ortega: pensamiento y paisaje

Por Carlos Gómez

Quizá pudiera pensarse que el paisaje es tema menor en el conjunto de la producción de Ortega y Gasset. Como hemos de ver, no es así. No sólo está explícitamente tematizado, en diversos sentidos y con diferentes implicaciones, sino que se encuentra además presente, como fondo, como motivo, como incitación, en numerosos otros textos.

El propio Ortega señalaba, al comienzo de su obra, en *La pedagogía del paisaje*: «Los paisajes me han creado la mitad mejor de mi alma; y si no hubiera perdido largos años viviendo en la hosquedad de las ciudades, sería a la hora de ahora más bueno y más profundo. Dime el paisaje en que vives y te diré quién eres» (OC, I, 55)¹. Y todavía en 1929, en *La Pampa... promesas*, manifiesta: «Hay en mi obra bastantes estudios de paisaje. He sentido los campos apasionadamente, he vivido absorto ante ellos, sumido en su textura de gran tapiz botánico y telúrico; he amado, he sufrido en ellos. A la verdad, sólo se ven bien los paisajes cuando han sido fondo y escenario para el dramatismo de nuestro corazón» (II, 635). E incluso en 1942, en el «Prólogo» a *Veinte años de caza mayor*, del conde de Yebes, declaraba que le parecía «una vergüenza que no exista una historia del paisaje, que significa una de las mayores conquistas y enriquecimientos del hombre histórico» (VI, 486). Estas declaraciones, que abarcan buena parte del arco de su obra, dan una idea de esa importancia que comenzábamos señalando. Sin embargo, la noción de paisaje es en Ortega compleja y no siempre precisa. Necesitaremos perspectivas convergentes, para hacernos una idea más cabal de la misma. Por ello, a una aproximación inicial, seguirán otros apartados que nos permitan aquilatarla.

I. NOCIÓN DE PAISAJE

Para empezar, y a pesar de lo que pudiera dar a entender la primera cita que hemos transcrito, «paisaje» no siempre se refiere a paisaje «natural», el referido al campo frente a la ciudad. Ello se pone bien de manifiesto, entre otros lugares, en «La “razón topográfica” y una variación sobre Toledo», de 1921 (VI, 128-132), donde Ortega compara Sevilla con Toledo, tras apelar a la que denomina «razón geográfica de cada lugar»: «En todo paisaje hallamos preformado un estilo peculiar de vida, que habría de ser como la perfección cósmica de aquel trozo planetario» (VI, 128-129). Frente a la población abierta y asequible, la ciudad ancha de Sevilla, Toledo aparece áspero y hermético, donde la arquitectura se ha ajustado a la razón topográfica del ilustre cerro manchego, siguiendo palmo a

palmo los relieves del suelo, de manera que «el perfil de la ciudad parece dibujado por la misma voluntad telúrica que ideó las crestas de la frontera serranía» (ibídem, 130).

Por otra parte, frente a la materialidad geológica, el paisaje es el resultado de la interacción del hombre con ella, es fruto de la historia y de la cultura, que transforman lo inerte en dinamismo espiritual. Por eso, en *Notas del vago estío* («¡la gran delicia, rodar por los caminitos de Castilla! Como la tierra está tan desnuda, se ve a los caminos en cueros ceñirse a las ondulaciones del planeta», VI, 413), se refiere a los castillos, que, casi siempre rotos, puestos sobre una línea altanera:

Tienen un aspecto molar y dan a los paisajes desnudos, con sierra al fondo, un aire de quijadas calcinadas, donde queda sólo una muela. Después de todo, se comprende el seguro efecto melodramático que los castillos producen en nuestra sensibilidad menos pulida. En la fauna visual que el viajero persigue, representan catedrales y castillos una especie intermedia entre la pura naturaleza y la pura humanidad. El paisaje solitario, sin edificio alguno, es mera geología. El caserío de villa o aldea es demasiado humano; yo diría demasiado civil, artificial. La catedral y el castillo, en cambio, son a la vez naturaleza e historia. Parecen excrescencias naturales del fondo rocoso de las glebas, y, al propio tiempo, sus líneas intencionadas poseen sentido humano. Merced a ellos, el paisaje se intensifica y transforma en escenario. La piedra, sin dejar de serlo, se carga de eléctrico dramatismo espiritual» (VI, 420).

Más explícitamente aún si cabe, en «La estética de “El enano Gregorio el Botero”» (I, 536-545), comentario al cuadro de Zuloaga, el paisaje, a través de los ojos del pintor, dramatiza y espiritualiza la materia opaca e inerte. El grupo de vida orgánica, observa, «destaca sobre un paisaje de tierra desolada, sin árboles, rugosa, dura y frígida. A mano derecha rampan por un collado los cubos de unas murallas rudísimas de una ciudad apenas sugerida –sugerida lo bastante para que se sepa que es una ciudad bárbara y torva y enérgica [...]. Encima un cielo que es una guerra rauda entre un ventarrón y unas nubes» (I, 539). Y es ahí donde el dibujo de Zuloaga asume toda la responsabilidad:

Esta tierra de sol, sobre que recorta su bárbara silueta el enano odrero, no es la bestia enorme que nuestros ojos desespiritualizados nos presentan eternamente muerta, inmensamente inerte. Los declives, los hondones, los altozanos, la suave línea ondulada, la pronta elevación, el anfractuoso modelado que a la vista nos ofrece, se han convertido dentro del lienzo en un drama. La tierra se

disocia en las tierras, actores de este drama: y todo ese relieve estático despierta súbitamente a una prodigiosa existencia dinámica [...]. Así se comprende que casas, castillos, torres, bardas, montes, labrantíos, adquieran en sus cuadros animalidad, reviviscencia y movimiento (VI, 541).

Por eso, el paisaje no es la simple materialidad que puede alzarse ante nosotros, sino síntesis entre las sensaciones que advienen de los elementos territoriales y las ideas –a veces ya encarnadas en ellos a través de los cultivos, la distribución, los edificios– que los interpretan. En «Temas del Escorial» (OMT, VII, 405-421), Ortega se planteó explícitamente qué es un paisaje y ofreció una definición apurada y breve de ello, como síntesis «entre las cosas y las ideas, entre la materia y el espíritu», para relatar a continuación una conversación que había mantenido al respecto con Francisco Giner, en la que el fundador de la Institución Libre de Enseñanza, le habría dicho: «Yo no pienso como usted, pero como usted pensaba aquella admirable mujer, doña Concepción Arenal. No olvidaré nunca que en cierta ocasión me decía: Desengáñese usted, con los paisajes ocurre lo que en las posadas de aldea. Cuando llega el viajero y pregunta a la posadera: ¿qué hay para cenar?, la posadera contesta: «Señor, lo que usted traiga». Pues esto es el paisaje: lo que cada cual traiga» (OMT, VII, 407-408).

Frente a la concepción de organismos que han de adaptarse a un medio único, Ortega, basándose en Jakob von Uexküll y otros biólogos de su época, defiende que el mundo, el medio, el entorno de cada animal es diferente, de modo que ambos se encuentran en una relación insustituible.

El individuo y el medio nacen el uno para el otro: más aún, el individuo no es sino la mitad de sí mismo; su otra mitad es su medio propio, con él forma la verdadera unidad superior que llamamos organismo. De él recibe las excitaciones frente a las cuales reacciona. La vida es precisamente este esencial diálogo entre el cuerpo y su contorno. Pues bien, señores, en lugar de «medio» digamos «paisaje». El paisaje es aquello del mundo que existe realmente para cada individuo, es su realidad, es su vida misma [...]. No hay un yo sin un paisaje, y no hay paisaje que no sea mi paisaje o el tuyo o el de él. No hay un paisaje en general (OMT, VII, 409).

Y dos años más tarde, en «Muerte y resurrección», de 1917 (II, 149-154), artículo dedicado sobre todo a comentar el *San Mauricio del Greco*, insistiría: «Nuestra vida es un diálogo, donde es el

individuo sólo un interlocutor: el otro es el paisaje, lo circunstante [...]. A veces, hallamos en nuestra acción una como zozobra y titubeo, como inquietud y torpeza. El idioma francés expresa esta situación muy finamente con la palabra *dépaysé*. Estamos despaisados, hemos perdido el contacto con nuestro paisaje» (II, 149).

Imposible no ver en todo ello una nueva formulación de una de sus tesis mayores, la de que «yo soy yo y mi circunstancia», enunciada un año antes en *Meditaciones del Quijote*, haciendo una precisa –y bella– referencia al Guadarrama: «Mi salida natural hacia el universo se abre por los puertos del Guadarrama o el campo de Ontígola. Este sector de realidad circunstante forma la otra mitad de mi persona: sólo al través de él puedo integrarme y ser plenamente yo mismo [...]. Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo» (I, 322). Esa es, por cierto, según Ortega, «la manera cervantina de acercarse a las cosas: tomar a cada individuo con su paisaje» (OMT, VII, 410). Pero el comentario al famoso *dictum* orteguiano en su amplitud, y no sólo en el tema que nos hemos propuesto, desbordaría con mucho los límites de este artículo y habremos de dejarlo ahora así.

II. AFINIDADES, PAISAJES PROMETIDOS. DETERMINISMO Y LIBERTAD. LAS REGIONES NATURALES

No obstante, ya en lo anterior se prefigura uno de los temas mayores de Ortega en relación con el paisaje: su insistencia en la afinidad entre el paisaje y el hombre, o, como él dice en diversos lugares, la raza. La cuestión la aborda en diferentes ocasiones y en contextos distintos.

En el «Prólogo para alemanes», que habría de anteceder a la edición alemana de *El tema de nuestro tiempo*, declara Ortega que «todo pueblo lleva dentro de sí un “paisaje prometido” y yerra peregrino por el haz de la tierra hasta que lo encuentra (VIII, 55). «Paisajes prometidos» es precisamente el título elegido por Juan Pablo Fusi para sus excelentes conferencias en la Fundación Juan March sobre «Ortega y el paisaje». La expresión la utilizó Ortega en otras ocasiones, en las que volvió al tema de la afinidad entre el paisaje y el hombre.

En 1928, en «Hegel y América» (II, 563-576), Ortega denuncia «la enorme limitación del pensamiento hegeliano: su ceguera para el futuro» (II, 573), según muestra el ver «en todo lo americano el carácter de inmadurez» (II, 569). Los pueblos primitivos (los alemanes llaman al salvaje o primitivo *Naturmensch*) viven instalados en la naturaleza. Pero «en la naturaleza propia-

mente no pasa nada, por la sencilla razón de que *siempre* pasa lo mismo [...]. En la naturaleza, la variación es pura repetición. Por eso –dice Hegel– la naturaleza es aburrida» (II, 568). Por tanto, «la prehistoria es geografía» (II, 569). Por qué la situación no varía sustancialmente pese a los procesos de colonización no es cuestión que ahora nos interese desarrollar.

Más interés tiene volvernó a otra de las ocasiones en la que Ortega se ocupó del pensamiento hegeliano, como hizo en la conferencia que impartió en el Instituto Internacional de Señoritas de Madrid, en 1931, «En el centenario de Hegel» (V, 411-429). Ahí, Ortega, comentando las *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal* de Hegel, vuelve a insistir en cómo, para éste, la naturaleza es esencialmente prehistoria, preparación o material para la historia, ya que ésta es la lucha del espíritu frente a la naturaleza para encontrarse en ella. Y comenzará a hacerlo en cada uno de los grandes pueblos que han sido capaces de formar un «espíritu nacional» (*Volksgeist*) y un Estado. Ahora bien, esa multiplicación sobreviene al espíritu, que es por esencia uno, al ser tamizado por la naturaleza, de manera que la historia, con su enjambre de pueblos, brota de la geografía. ¿Quiere decir ello que, para Hegel, el espíritu nacional sea producto del medio?: «Hegel no puede aceptar que el Espíritu “dependa” de la materia, es decir, que las condiciones naturales sean causa de un cierto modo de ser espiritual [...]. Se contenta con hablar de “correspondencia” para designar relación entre pueblo y contorno físico» (V, 423-424). Y Ortega observa entonces que, enfrentado al mismo problema, hace años: «Llegué a la conclusión de que las condiciones geográficas no determinan la historia de un pueblo. En *un* mismo rincón del planeta han acontecido las formas más diversas de historia, es decir, de existencia humana, de ser hombre [...]. Con el mismo material geográfico y aun antropológico se producen historias diferentes» (V, 424).

Lo que sucede es que cada pueblo busca el paisaje que le sea más afín. Los pueblos emigran, se desplazan hasta que se detienen y se adscriben a un paisaje, sin que quepa explicar tal fenómeno por consideraciones meramente utilitarias.

«Hay que acabar por reconocer –indica– una afinidad entre el alma de un pueblo y el estilo de su paisaje. Por eso se fija aquél en éste: porque le gusta. Para mí, pues, existe una relación simbólica entre nación y territorio. Los pueblos emigran en busca de su paisaje afín, que en el secreto fondo de su alma les ha sido prometido por Dios. La tierra prometida es el paisaje prometido» (V, 425).

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que el tema del posible determinismo geográfico, tal como se expresaba en diversos autores, y quizá fundamentalmente en Ratzel, había sido abordado, en efecto, por Ortega –para combatirlo– años antes. Consideraciones muy explícitas al respecto las encontramos en su artículo de 1922, «Temas de viaje» (II, 365-383), a propósito del realizado de Madrid a Hendaya, a través de Burgos y Miranda de Ebro. La idea de la determinación de la historia por la geografía, de la influencia soberana del medio, que remonta con razón a Montesquieu, le parece, a pesar de la popularidad de que gozaba entre muchos de sus contemporáneos, en exceso cómoda y sin valor científico. Frente a la simplista y esquemática simetría entre clima y forma de vida humana, Ortega vuelve a insistir en que «se han visto florecer en un mismo clima las culturas más diferentes, y viceversa, una misma cultura atravesar climas distintos sin sufrir variaciones esenciales en su estilo» (II, 370). Por eso, la aridez climatológica de la Península no justifica la historia de España:

Las condiciones geográficas son una fatalidad sólo en el sentido clásico del fata ducunt, non trahunt: la fatalidad dirige, no arrastra. [...] El «medio» no es causa de nuestros actos, sino sólo un excitante; nuestros actos no son efecto del «medio», sino que son libre respuesta, reacción autónoma [...]. La reacción vital es un efecto constantemente desproporcionado a su causa; por tanto, no es un efecto [...]. El paisaje no determina casualmente, inexorablemente, los destinos históricos. La geografía no arrastra la historia: solamente la incita (II, 371-373).

Y Ortega contrasta entonces el árido dramatismo de la gleba castellana con la insistente apacibilidad de los campos franceses, contraste que, para él, supone la plástica proyección de dos almas que, pese a su cercanía, sienten la vida de manera opuesta, desde el desdén o desde el amor a la vida: «El campo de Castilla no es sólo árido, desértico, áspero; hay en él, además, la huella del abandono. Es un campo desdeñado. La campiña de Francia no es sólo húmeda, grasa, blanda; es una gleba retocada, acariciada, gozada» (II, 374).

El artículo, en efecto, había comenzado con el contraste entre el viaje de Madrid a Hendaya, donde todo es dramático, y el de Hendaya a París, donde todo es apacible y nada es dramático. Lo cual suscita una preciosa descripción de los campos franceses:

Francia es, ante todo, Francia la bien labrada. Verdor dondequiera, llanura blanda, a lo sumo voluptuosa ondulación. No hay un palmo de tierra que no sonría satisfecho y donde no aparezca la huella de un exquisito cuidado. De trecho en trecho, los boscajes húmedos, sonando al viento, y la capota de pizarras pulidas que cubre el château. Por todas partes los caminos bruñidos van y vienen, esos caminitos perfectos, únicos, que se alargan como caricias morosas sobre el cuerpo de Francia, todo él botánicamente vestido, sin dejar ver por roto alguno su carne cálida o lívida (II, 368).

Claro que, dentro de los límites de España, aparece el desdén castellano rodeado de voluptuosidades por todas partes: la festival y decorativa de Levante, la de la comilona y el hogar comfortable cantábricos, la del perfume y el aire blando andaluces, el embriagarse gallego en la melancolía atlántica de manera que «en medio de esta varia delicia, Castilla, recluida en su desierto, toma el aire de un enjuto San Antonio asediado por una periferia de tentaciones» (II, 380).

*

Esto nos da pie a esbozar, brevemente, el tema de las regiones naturales, al que Ortega no dejó de prestarle atención. En «De Madrid a Asturias o los dos paisajes», de 1915 (II, 247-263), y remitiendo a J. Dantín Cereceda (*Concepto de la región natural en geografía*, 1913; *Evolución y concepto de la geografía*, 1915), señala Ortega que la geografía de su época iba concediendo más importancia a la idea de «región natural». Mientras que España es una construcción política e histórica, una construcción mental en la que influimos más que ella en nosotros, la región natural «se nos mete por los ojos»: «De la región podemos tener una imagen visual adecuada, y viceversa, sólo es región, sólo es unidad geográfica real aquella parte del planeta cuyos caracteres típicos pueden hallarse presentes en una sola visión [...]. Sólo bajo la especie de región influye de un modo vital la tierra sobre el hombre» (II, 259).

Como señala Eduardo Martínez de Pisón comentando estos pasajes, en realidad Ortega, «más que de la región está hablando de la comarca» (Martínez de Pisón, 2012, 167). En cualquier caso, el tema provocó una honda preocupación social y política en Ortega, al menos en dos sentidos: sobre la unidad política de esa variedad, uno de cuyos exponentes máximos será su *España invertebrada* de 1921, y la cuestión de los desequilibrios entre el campo y la

ciudad, que le llevaría en 1927-1928 a escribir *La redención de las provincias*. Por el momento, bástenos indicar que, ya en 1915, en el artículo que comentamos, Ortega no sólo no se oponía, sino que demandaba un nuevo tipo de unidad en la que se recogiera la variedad peninsular: «Si hace nueve centurias fue la misión de Castilla reducir a unidad las variedades peninsulares, acaso sea su menester de hogaño hacer que la vida española retorne de esa unidad a una variedad más fuerte y fecunda que la primitiva» (II, 255).

En cuanto al contraste entre ciudad y campo, ese desequilibrio es fatal. Es la oposición entre «unas cuantas ficciones de urbes octocentistas, como islas de modernidad rodeadas de desierto por todas partes. Al espíritu de esas ciudades, que eran la excepción, hemos entregado el gobierno moral y material de España [...]. Y para esta inmensidad española, para el campo, para los hombres del campo, para los pensamientos y los nervios del campo, nada. Semejante desequilibrio es fatal» (II, 261). Pese a ello, Ortega no deja de advertir frente a «los peligros que trae consigo el ruralismo» (II, 262), cuestión sobre la que volverá en otras ocasiones, como en su artículo de 1921, «Pepe Tudela vuelve a la Mesta» (II, 328-333). Hoy el tema vuelve con insistencia en la despoblación progresiva y masiva del campo español, como, entre otros, ha abordado Sergio del Molino en su reciente *La España vacía* (Molino, 2016).

III. CASTILLA, EL PAISAJE CENTRAL. DESCRIPCIONES, INTERPRETACIONES, CONSTRUCCIONES

No se puede decir que Ortega se haya limitado a los paisajes castellanos. Ya hemos citado algún artículo en el que se refería a la Pampa argentina. También hemos indicado el contraste que señala entre la aridez del suelo español y la dulce Francia. Asimismo se refiere en diversas ocasiones a paisajes alemanes, como cuando recuerda su estancia en Alemania y sus conversaciones con diversos profesores («muchas veces a media noche, en paseos sobre el camino nevado, que terminaban junto al paso a nivel, mientras cruzaba monstruoso el expreso de Berlín cuyos faroles rojos ensangrentaban un momento la nieve intacta, VIII, 20), o en «Las fuenteccitas de Nuremberga», de 1906, en el que nos habla de su camino hacia la casa de Alberto Durerero, «bajo un cielo epicúreo por donde un rabadán invisible va antecogiendo los vellones de una nube blanca » (I, 426).

Y, dentro de España, hay comentarios que no se circunscriben a Castilla. Así, respecto a Andalucía, además de su temprano artícu-

lo sobre «Las ermitas de Córdoba» (I, 421-424), sus referencias a Sevilla, en «Introducción a un “Don Juan”», de 1921 (OC, VI, pp. 121-138), según tuvimos ocasión de apuntar, o su «Teoría de Andalucía» («Lo admirable, lo misterioso, lo profundo de Andalucía está más allá de esa farsa multicolor que sus habitantes ponen ante los ojos de los turistas», VI, 112; «aunque no ha pretendido nunca ser un Estado aparte, es, de todas las regiones españolas, la que posee una cultura más radicalmente suya», VI, 113), con su ideal vegetativo (lo vegetativo como ideal) y su contraste con Castilla: si bien en Castilla no encontramos sino labriegos laborando sus vegas, la cultura castellana no ha sido una cultura campesina, sino simplemente agrícola, que es lo que queda cuando la verdadera cultura desaparece. Y ésta, por lo que a Castilla se refiere, fue bélica.

El castillo agarrado al otero no es, como la alquería o cortijo, lugar para permanecer, sino, como el nido del águila, punto de partida para la cacería y punto de abrigo para la fatiga. La vida del guerrero no es permanente, sino móvil, andariega, inquieta por esencia. Desprecia al labriego, lo considera como un ser inferior, precisamente porque no se mueve, porque es manente –de donde manant–, porque vive adscrito al cortijo o villa –de donde villano. El sentido peyorativo de estos dos vocablos es un precipitado de desdén que mide el antagonismo entre dos culturas, ambas ocurrentes en el área campesina, pero de signo inverso: la bélica y la agraria [...]. Al revés que en Castilla, en Andalucía se ha despreciado siempre al guerrero y se ha estimado sobre todo al villano, al manant, al señor del cortijo [...]. Consecuencia de este desdén a la guerra es que Andalucía haya intervenido tan poco en la historia cruenta del mundo [...]. Andalucía ha caído en poder de todos los violentos mediterráneos, y siempre en veinticuatro horas, por decirlo así, sin ensayar siquiera la resistencia. Su táctica fue ceder y ser blanda. De este modo acabó siempre por embriagar con su delicia el áspero ímpetu del invasor. El olivo bético es símbolo de la paz como norma y principio de cultura (VI, 114-115).

En cuanto a Extremadura, por sus tierras hizo un viaje con Pío Baroja, del que nos ha dejado testimonio en «Ideas sobre Pío Baroja» (II, 69-125), de 1910, con algunos comentarios que pueden resultar un tanto chocantes, como el que hace sobre Coria («cuando, hartos de andar y ver, volvíamos a la posada –allá en Coria, ciudad inverosímil, sombría, torva e inmóvil como un sus- to en medio de un camino–», II, 78), pero también en otros pasajes, como, por ejemplo, en esta bella evocación que figura en nota a pie de página en *Meditaciones del Quijote*:

Hace poco tiempo –una tarde de primavera, caminando por una galiana de Extremadura, en un ancho paisaje de olivos, a quien daba unción dramática el vuelo solemne de unas águilas, y, al fondo, el azul encorvamiento de la sierra de Gata–, quiso Pío Baroja, mi entrañable amigo [...] (I, 339).

(Obsérvese la precisión de los adjetivos: «ancho», que da idea, frente a lo angosto y la angustia, de amplitud, de serenidad; una serenidad que no se disuelve en lo trivial, pues no está exenta de cierta tensión, como marcan la «unción dramática», el «vuelo solemne». Y finalmente, la hermosa personificación de la sierra «encorvada», aunque su encorvamiento no es suave ni pronunciado, sino, con audaz sinestesia, «azul»: el azul encorvamiento de la sierra de Gata. A todo lo cual se agrega el tono cordial, la compañía del «entrañable amigo»).

Pero ya que hemos señalado la contraposición entre Castilla y Andalucía, quizá la más amplia que realizó fue la de Castilla con Asturias, en el antes por otros motivos citado «De Madrid a Asturias o los dos paisajes», de 1915 (II, 247-263). Ortega comienza trazando una «geografía sentimental» de la meseta, «donde la vertical es el chopo, y la horizontal, el galgo. –¿Y la oblicua? En la cima tajada de un otero, destacándose en el horizonte, es la oblicua nuestro eterno arador inclinándose sobre la gleba. –¿Y la curva? Con gesto de dignidad ofendida: –¡Caballero, en Castilla no hay curvas!» (II, 251).

Obviamente, esto es lo que Aranguren denominó, en cierta ocasión, una «exageración pedagógica», pues Ortega sabe que sí las hay: «Ondula como en tormento la llanada, y a veces se revuelve sobre sí misma formando barrancadas y torrenteras, chatos cabezos y serrezuelas broncas» (II, 253).

Y abunda en un lenguaje épico, guerrero y militar, que repetirá en otras ocasiones y que le parece muy adecuado para «el dios terrible de Castilla», que «pasa en agosto a horcajadas sobre el sol, recorriendo sus dominios» (Ibídem). Tierra que incita al heroísmo y a crímenes apasionados,² en ella, siempre en lugares *estratégicos*, los pueblos: «Siempre inhóspitos, siempre en ruina, siempre la iglesia en medio, con su brava torre *alerta*, que parece cansada, pero descansa como buen *guerrero*, de pie, el montante hincado en tierra y sobre su cruz el codo» (II, 253, cursiva mía). Y es que, en efecto: «No hay en toda Europa un paisaje que como Castilla exija tan imperativamente la presencia del guerrero» (II, 258).

Siguiendo en ello a Francisco Giner, Ortega insiste en que, sin negar su belleza, la preferencia unilateral por el paisaje verde es un resto de utilitarismo, mientras que la de Castilla reside en buena medida en la intensidad que provoca, casi como una alucinación:

Aquí, en Castilla, encontrarán el paisaje incendiado que no existe en Europa; aquí, los campos rojos y áureos ponen los pulsos al galope. [...] Es un mundo para la pupila, un mundo aéreo e irreal que, como las ciudades fingidas por las nubes crepusculares, parece en cada instante expuesto a desaparecer, borrarse, reabsorberse en la nada. Castilla, sentida como irrealidad visual, es una de las cosas más bellas del universo (II, 253-254).

Pues bien, si en Castilla, «mirar suele ser disparar la flecha visual al infinito» (II, 254), en cambio, en el valle asturiano, el vacío no existe:

Robles, sauces, laureles, pinedas, pomares, hayedos, un bosque sin fin en que se abren senderos recatados [...]. Sobre las altas mieses, unas guadañas que avanzan y siegan la luz en reflejos. Y como si el breve valle fuera una copa, se vierte en él la bruma suave, azulada, plomiza, que ocupa todo el ámbito. Porque en este paisaje el vacío no existe; de un extremo a otro todo forma una unidad compacta y tangible (II, 259).

De ahí que, al pasar Pajares, la mirada haya de cambiar, dejar de ser castellana, esto es, «de ser asceta y guerrera», para adaptarse a un paisaje «que pide ser mirado con ojos de propietario» (II, 258). Y es como si ambos paisajes se increparan: en los valles cantábricos siempre resuenan canciones de mil años, mientras que en Castilla el campo es mudo: «Yo imagino que uno y otro paisaje se increpan mutuamente. “¡Campo sin soledad y sin olores!”», dice al de Asturias el castellano, ebrio de aislamiento y de agudos perfumes: tomillo, cantueso, mejorana. “¡Campo sin canciones!”», responde desdeñosamente el vallecito astur a la imperial lontananza de la meseta» (II, 260).

Mas, sin proseguir ahora con ese contraste ni abundar en temas –como el de las regiones naturales, en él inserto– a los que ya hemos hecho referencia, no querría yo abandonar Asturias sin aludir a un artículo dedicado a Gijón y Cudillero. A este le describe como «un terrible nido hincado en la peña, apto sólo para que de él se lancen al mar sus hombres, como recios cormoranes, “el cuello tendido, el ala silbando”» (I, 409; Ortega entrecomilla la última expresión, dado que, aunque no lo cita, pertenece al *Genio del cristianismo* de Chateaubriand). Tal artículo, «Cuadros de

viaje. ¡Se van, se van!», 1915 (I, 407-411), menos frecuentemente citado, merece sin embargo recordarse, pues, con independencia de los acuerdos o desacuerdos que en determinados momentos o aspectos pudiéramos mantener, está, como en tantas otras ocasiones, lleno de aciertos literarios, de los que bastarán unas pocas muestras. Ya el comienzo, desde su serenidad y –pese a su elaboración– aparente sencillez, es hermosísimo:

Debe haber en mi corazón algo así como una nao con las velas rotas y los obenques segados, porque de otro modo no acierto a explicarme la atracción que sobre mí ejercen los puertos. Sentado en uno de estos norays de hierro donde se amarran los vapores y que llevan impresa en relieve la marca de fábrica, yo me estaría unos cuantos siglos, como dicen que oyendo a un jilguero se estuvo cierto santo eremita. Y más que en ningunos otros, hallo complacencia en estos puertos españoles, que son todos un poco tristes, porque son todos un mucho pobres (I, 407).

Pasaje que no puede dejar de recordarme a ese peculiar filósofo marxista que fue Ernst Bloch, cuando, entre las experiencias de sentido de su vida, enumeraba la de ver a un barco entrando en un puerto. Quizá porque, para Bloch, frente al mundo como lugar roto, desfigurado y enajenado, lo que siempre andamos buscando es la patria de la identidad, hacer del mundo nuestro hogar, llegar a puerto, llegar a casa. «¿Adónde vamos? Siempre a casa».³

Pero, volviendo a Ortega, éste comenta su preferencia, frente al nuevo y petulante del Musel que estaban construyendo, por el puerto viejo de Gijón, que, a su entender, estaba sufriendo una humillación económica y administrativa, una preterición y mengua de orden civil, lo que le da pie a expresar su valoración de lo superfluo:

A un temperamento delicado y digno, con vitalidad recogida e íntima, le trae un poco sin cuidado todo lo civil y administrativo. Los hombres más finos han sentido siempre un secreto placer en verse pobres y ser nadie. Los rangos económicos y los sociales se fundan en un principio de utilidad, y el hombre exquisito sabe desde hace dos mil años que a las cosas óptimas del universo les acontece ser inútiles (I, 409).

En esa valoración de lo superfluo insistirá en diversas ocasiones. Desde luego en *El origen deportivo del Estado*, 1924 (II, 607-623), pero también, desde el ámbito que estamos abordando, en «Paisaje utilitario, paisaje deportivo», 1920 (II, 301-302), donde anota que «cuanto vale algo sobre la tierra no es obra del trabajo.

Al contrario, ha nacido como espontánea eflorescencia del esfuerzo superfluo y desinteresado en que toda naturaleza pletórica suele buscar esparcimiento. La cultura no es hija del trabajo, sino del deporte», lo que habría de provocar «un viraje de la historia hacia un sentido deportivo y festival de la vida» (II, 302).

Y al final de la lección cuarta de *¿Qué es filosofía?*, 1929, recordaba: «En el pequeño patio de Oriente se alza dulce y trémula, como un surtidor de fontana, la voz ungida de Cristo que amonesta: “Marta, Marta –una sola cosa es necesaria”. Y con ella aludía, frente a Marta hacendosa y utilitaria, a María amorosa y superflua (VI, 328).

En «Amor, ética, justicia» (Gómez, 2018), tuve ocasión de señalar –en su tramo final, pues el resto se consagraba a otras cuestiones–, a propósito de uno de los personajes de Dostoievski, lo cercanos que se encontraban tales pasajes de Dostoievski a algunos de Pablo de Tarso, especialmente en 1 Cor 1. Y, como allí indiqué, aunque es obvio que Ortega está muy lejos del temple apocalíptico y atormentado de Dostoievski, tanto como en buena medida lo está de las formulaciones y la concepción de Pablo,⁴ también el animoso Ortega supo indicar en alguna ocasión que cuando un hombre se ve como realmente es, se ve como «un pobre hombre».⁵ Y tal vez por ello, el Ortega inicial y más esperanzado no quería sobrevolar por encima del mundo sino asirle también en sus aspectos aparentemente más ínfimos para llevarlos a su plenitud, que es como entendía el amor en *Meditaciones del Quijote*, a través de lo que denominaba «salvaciones»:⁶

Es frecuente en los cuadros de Rembrandt que un humilde lienzo blanco o gris, un grosero utensilio de menaje se halle envuelto en una atmósfera lumínica e irradiante, que otros pintores vierden sólo en torno a las testas de los santos. Y es como si nos dijera en delicada amonestación: ¡Santificadas sean las cosas! ¡Amadlas, amadlas! Cada cosa es un hada que reviste de miseria y vulgaridad sus tesoros interiores (I, 312).

Lo que, como vemos, no está lejos de ese «verse pobres y ser nadie» del texto que comentábamos, en el que, por lo demás, la referencia a los «dos mil años» parece dejar fuera de duda el origen al que pretende retrotraer tales valoraciones.

Pero volvamos, para despedirnos (sabiendo que, como decía el poeta, «todo amor es un adiós que no se acaba»), al puerto viejo de Gijón. Ese viejo puerto en el que:

Algunas balandras y quechemarines aguardan aquí y allá, movidas levemente por la respiración del mar, que se contrae y se

dilata en ritmo jamás roto como un pecho infinito. Atracada junto a un montón de tablas y unos toneles de éter yacentes sobre el muelle, está la goleta Luisa, tan blanca y tan menuda, dejando ver todas sus intimidades. Es ya una amistad, contraída por el azar de un encuentro, como todas las amistades. [... Aunque quizá], su nota más vigorosa y cumplida, la que mejor se prende en la memoria y más sacude la fantasía consiste en unas lanchas boniteras vizcaínas que siempre hay en él surtas. Sobre todo cuando se ha anunciado galerna y el cielo ceniciento gravita a lo largo de la costa, acuden por docenas, con un rumor de alarma, ligeras y trémulas bajo las ráfagas (I, 408-409).

Es preciso, no sólo una excelente calidad literaria, sino también ser capaz de admirar y de amar mucho, para dejar textos como los que hemos estado viendo.

*

Con todo, Argentina, Francia, Alemania y, dentro de España (sin pretensión de exhaustividad), Andalucía, Extremadura, Asturias fueron muchos los paisajes que suscitaron su reflexión y de los que Ortega nos habló. Pero fue indudablemente Castilla el objeto preferente de su atención y, dentro de Castilla, la sierra del Guadarrama y, muy particularmente, El Escorial.

Ya en *La pedagogía del paisaje*, donde nos dice estar hablando con Rubín de Cendoya, místico español (quizá un desdoblamiento suyo o una figura en la que, en cierto modo, encarna a Giner de los Ríos –como apunta en *Temas del Escorial–*), le habíamos visto señalar: «Los paisajes me han creado la mitad mejor de mi alma». La escena se desarrolla «en la raya de Segovia, dentro de un monte de pinos, al tiempo que el sol caía, mirando abrirse delante, en egregio anfiteatro, las lomas nerviosas de Guadarrama» (I, 53). Ahí, en la tradición noventayochista e institucionista, Ortega estima que los paisajes nos ayudan a conformar nuestras virtudes. Por eso contrapone, frente al «paisaje-maestro» del Guadarrama, los paisajes que rodean a Madrid, los cuales, salvo El Pardo y la Moncloa, son «misérrimos y malditos». Y si «las dos grandes virtudes que ha de formar en el hombre la pedagogía son la sinceridad y la serenidad [...], ambas las enseña la naturaleza mejor que todos los maestros del mundo» (I, 56). Es cierto que hoy los paisajes no enseñan naturaleza propiamente tal, pues «la naturaleza murió hace muchas centurias envenenada por un silogismo; pero nos enseñan

moral e historia, dos disciplinas de exaltación que nos hacen no poca falta a los españoles» (ibídem).

Esa interpenetración de la naturaleza y la cultura en el paisaje será, cada vez más, y como tendremos ocasión de ver, una seña distintiva de Ortega, muchas de cuyas reflexiones, incluidos algunos temas mayores de su pensamiento, se enhebran a propósito de comentarios al paisaje. Muy explícitamente en *Verdad y perspectiva* (1916), donde precisamente el marco del Guadarrama le sirve para exponer su teoría del perspectivismo, esto es, el que la realidad sólo puede llegarnos multiplicándose en mil caras, y sólo podemos acercarnos a ella desde el punto de vista que cada cual ocupa, lo que nos hace insustituibles y nos debería llevar a procurar la integración de diferentes visiones, cada una de las cuales sólo puede captar un aspecto o pedazo de lo real:

Desde este Escorial, riguroso imperio de la piedra y la geometría, donde he asentado mi alma, veo en primer término el curvo brazo ciclópeo que extiende hacia Madrid la sierra del Guadarrama. El hombre de Segovia, desde su tierra roja, divisa la vertiente opuesta. ¿Tendría sentido que disputásemos los dos sobre cuál de ambas visiones es la verdadera? Ambas lo son ciertamente por ser distintas. [...]. La realidad no puede ser mirada sino desde el punto de vista que cada cual ocupa, fatalmente, en el universo [...]. Cada hombre tiene una misión de verdad. Donde está mi pupila no está otra: lo que de la realidad ve mi pupila no lo ve otra. Somos insustituibles, somos necesarios [...]. El paisaje ordena sus tamaños y sus distancias de acuerdo con nuestra retina, y nuestro corazón reparte los acentos. La perspectiva visual y la intelectual se complican con la perspectiva de la valoración. En vez de disputar, integremos nuestras visiones en generosa colaboración espiritual (II, 19).

Pero será, como decíamos, al Escorial al que dedicará más atención y el que suscitará multitud de reflexiones. Unas pueden ser consideradas más bien descriptivas (aunque cualquier descripción encierre cierta dosis, ineliminable, de interpretación, aun cuando sólo fuera por el punto de vista al que acabamos de aludir). Otras serán más directamente interpretativas y valorativas. Otras, en fin, tomando pie en el entorno y en el paisaje, levantan construcciones intelectuales sobre diversos temas. Muy explícitamente, por ejemplo, en el «Tratado sobre el esfuerzo puro» y las consideraciones sobre la melancolía que desarrollará en «Meditación del Escorial» y en «Temas del Escorial». Pero, además de en estos artículos, el monasterio y el paisaje circundante estuvo

muy presente en diversas obras de Ortega, al que le hemos visto confesar que allí había asentado su alma. Quizá ello estuvo facilitado porque su familia había alquilado al Patrimonio Real un piso perteneciente al conjunto arquitectónico del monasterio, al que iban a menudo y donde incluso Ortega, recién casado, fue a pasar unos días. De ahí, y su particular sensibilidad, los numerosos escritos que en él se asientan y sus frecuentes alusiones a ese paisaje. En efecto, a los ya citados habría que agregar, al menos, *Muerte y resurrección*, como tuvimos ocasión de recordar, y numerosos pasajes de *Azorín: primores de lo vulgar* (1917, II, 157-191). Y sobre todo, quizá, la «Meditación preliminar» de *Meditaciones del Quijote*, su primer gran libro, cuyas reflexiones, según nos dice, surgieron precisamente en el entorno del monasterio de El Escorial, «nuestra gran piedra lírica», como lo califica en diversos momentos (I, 363; II, 173; II, 553):

El monasterio de El Escorial se levanta sobre un collado. La ladera meridional de este collado desciende bajo la cobertura de un bosque, que es a un tiempo robledo y fresneda. El sitio se llama «La Herrería». La cárdena mole ejemplar del edificio modifica, según la estación, su carácter merced a este manto de espesura tendido a sus plantas, que es en invierno cobrizo, áureo en otoño y de un verde oscuro en estío. La primavera pasa por aquí rauda, instantánea y excesiva –como una imagen erótica por el alma acerada de un cenobiarca–. Los árboles se cubren rápidamente con frondas opulentas de un verde claro y nuevo; el suelo desaparece bajo una hierba de esmeralda que, a su vez, se viste un día con el amarillo de las margaritas otro con el morado de los cantuesos. Hay lugares de excelente silencio –el cual no es nunca silencio absoluto– [...]. Así es este lugar. Hay aguas claras corrientes que van rumoreando a lo largo, y hay dentro de lo verde avecillas que cantan –verderones, jilgueros, oropéndolas y algún sublime ruiseñor. Una de estas tardes de la fugaz primavera, salieron a mi encuentro en «La Herrería» estos pensamientos (I, 329-330).

Pero, en «Meditación del Escorial» (1915, II, 553-560) y en «Temas del Escorial», conferencia que pronunció en el Ateneo de Madrid en el mismo año de 1915, y en la que en parte aprovecha y funde pasajes tanto de la *Meditación* como de *Muerte y resurrección*, además de volver a incidir en el paisaje, intenta una interpretación del monasterio e incluso de la historia española. ¿Qué posible sentido tiene este monumento colosal, cuyas proporciones disimulan tal vez la inmensidad del edificio, el cual «es solamente

la piedra máxima que destaca entre las moles circundantes por la mayor fijeza y pulimento de sus aristas» (II, 553)?

Juan Pablo Fussi, en la segunda de las conferencias pronunciadas en la Fundación March en marzo de 2011, bajo el título de «El Escorial, paisaje prometido», señalaba que El Escorial puede ser entendido sucesivamente como un paisaje imperial, como un paisaje filosófico, como un paisaje intimista y como un paisaje falangista, en la medida en que cabe asociarlo, entre otras muchas cosas, con Felipe II, con Ortega, con Azaña y con Falange Española. Pero, sin desarrollar todas esas implicaciones, vayamos con la interpretación orteguiana. «Si todo monumento es un esfuerzo consagrado a la expresión de un ideal, ¿qué ideal se afirma y hieratiza en este fastuoso sacrificio de esfuerzo?», se pregunta (OMT, VII, 413). En realidad, podríamos considerar que a ninguno, excepto al propio esfuerzo, por lo que viene a constituir algo así como un «Tratado del esfuerzo puro». De la arquitectura no se desprende ninguna fórmula que trascienda la piedra:

El Monasterio de El Escorial es un esfuerzo sin nombre, sin dedicatoria, sin trascendencia. Es un esfuerzo enorme que se refleja sobre sí mismo, desdeñando todo lo que fuera de él pueda haber. Satánicamente, este esfuerzo se adora y canta a sí propio. Es un esfuerzo consagrado al esfuerzo (OMT, Temas del Escorial, VII, 414; Meditación del Escorial, II, 556).

En él se muestra el alma española:

Un alma toda voluntad, todo esfuerzo, mas exenta de ideas y de sensibilidad. Esta arquitectura es toda querer, acción, ímpetu. Mejor que en parte alguna aprendemos aquí cuál es la substancia española, cuál es el manantial subterráneo de donde ha salido borboteando la historia del pueblo más anormal de Europa. Carlos V, Felipe II, han oído a su pueblo en confesión, y éste les ha dicho en un delirio de franqueza: «Nosotros no entendemos claramente esas preocupaciones a cuyo servicio y fomento se dedican otras razas; no queremos ser sabios, ni ser íntimamente religiosos; no queremos ser justos, y menos que nada nos pide el corazón prudencia. Sólo queremos ser grandes» [...]. Hemos querido imponer, no un ideal de virtud o de verdad, sino nuestro propio querer [...]. Hemos querido el querer sin querer jamás ninguna cosa. Somos en la historia un estallido de voluntad ciega, difusa, brutal. La mole adusta de San Lorenzo expresa acaso nuestra penuria de ideas, nuestra exuberancia de ímpetus [...]. He aquí la genuina potencia española. Sobre el fondo anchísimo de la historia universal fuimos los espa-

ñoles un ademán de coraje. Ésta es toda nuestra grandeza, ésta es toda nuestra miseria. No le interesa al esforzado la acción, sólo le interesa la hazaña (OMT, VII, 415-416; II, 556-558).

Y es este esfuerzo sin más objeto que el propio esfuerzo el que conduce a la melancolía, que Ortega viene a definir precisamente como *el resultado del esfuerzo sin resultado*: «¿Adónde puede llevar el esfuerzo puro? A ninguna parte, mejor dicho, sólo a una: a la melancolía» (OMT, VII, 417; II, 559), constituyendo para él el *Quijote* «una crítica del esfuerzo puro».

Recuérdese, en efecto, en este sentido, que, tras más de cien capítulos de empeñada ilusión, don Quijote acaba por morir de melancolía, «porque o ya fuese de la melancolía que le causaba el verse vencido o ya por la disposición del cielo, que así lo ordenaba, se le agarró una calentura que le tuvo seis días en la cama», siendo el parecer del médico que «melancolías y desabrimientos le acabaron» (Cervantes, 2004, 1099). También Sancho percibe que es el desengaño el que mata a su señor, quien, en realidad, se deja morir. Y es entonces Sancho el que parece tomar sobre sí la locura vivificante, proponiéndole una nueva aventura, de tipo pastoril ahora, que se mostrará ya inviable. Y, en un parlamento emocionado –y emocionante–, le dice: «¡Ay! –respondió Sancho llorando–. No se muera vuestra merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más, sin que nadie le mate ni otras manos le acaben que las de la melancolía» (Ibíd., 1102-1103). Pero parece que, para Cervantes, no es el conocimiento de la realidad el que lleva forzosamente al desengaño, sino más bien el empeño sin objeto. De no ser así, no se comprende que la melancolía no sea alabada en el libro como generadora de virtudes, sino todo lo contrario: es desterrándola como se mejora nuestra condición. Según podemos leer bastante antes: «Vuestra merced créame y, como otra vez le he dicho, lea estos libros, y verá cómo le destierran la melancolía que tuviere y le mejoran la condición, si acaso la tiene mala. De mí sé decir que después que soy caballero andante soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos (ibíd., 511). Como el propio Ortega observa, aun sin detenerse en los textos citados, hemos de oír sobre todo la angustiada confesión del esforzado: «La verdad es que “yo no sé lo que conquisto a fuerza

de mis trabajos”, no sé lo que logro con mi esfuerzo» (OMT, VII, 417; II, 560).

Pero, dejando estas consideraciones, Ortega continúa, en la conferencia citada, adentrándose en Castilla, imaginada desde el Jardín de los Frailes, hasta que la vista alcanza, en el último con-fín, «las cuestras rojas, arañadas por las aguas como por uñas, las cuestras donde la Alcarria comienza» (OMT, VII, 418). Ello nos da pie a nosotros a abordar, en el último apartado de este trabajo, uno de los más bellos artículos que a Castilla le dedicó y en el que esa relación entre pensamiento y paisaje de la que venimos hablando se pone bien de manifiesto.

IV. PENSAMIENTO Y PAISAJE. NOTAS DE ANDAR Y VER

El artículo al que me refiero, «Tierras de Castilla», de 1911, lleva como subtítulo «Notas de andar y ver», una expresión repetidamente usada por Ortega. Así por ejemplo antecediendo al artículo «De Madrid a Asturias o los dos paisajes» o en «Libros de andar y ver», de 1911 (OC, I, 170-186). Ahí aclara que la expresión era la utilizada por los árabes para sus libros de viaje (I, 173), observación que ya había consignado en «Viaje de España», 1910 (I, 527-531), continuación del comentario al libro *El viaje de España* de Meier-Graefe, iniciado en «España como posibilidad», 1910 (I, 137-138), en el que asimismo anota: «[A los libros de viaje] los árabes los han llamado, delicadamente, “libros de andar y ver”» (I, 528).

Decía que el artículo «Tierras de Castilla» de 1911 es uno de los que estimo más bellos (cada cual tiene sus preferencias), y quizá contribuya a ello el ser el primero que, en mi primera adolescencia, leí de Ortega. En algún otro momento he tenido ocasión de evocar la circunstancia de esa lectura, que se ha grabado fiel y nítida en mi memoria. Tenía entonces trece años, con la reválida de cuarto de bachillerato recién superada y dedicando buenos ratos de las vacaciones a la lectura de un montón de libros que algún familiar había puesto a mi disposición. Una tarde del estío, en la casa de un pueblo del sur al que íbamos a pasar el verano, a la hora de la siesta, para protegerme del calor abrasador y del blanco refulgente de las casas encaladas, que impedía incluso mirarlas si uno no quería quedar cegado, me encontraba en la umbría de una amplia sala, a la que sólo llegaba la luz a través de una claraboya, que la derramaba sobre el brazo de un sofá en el que yo me encontraba tendido boca abajo, sosteniendo el libro en el brazo iluminado. Abrí *Notas* de Ortega y Gasset y comencé a leer el citado artículo. Y si no fuera porque el lenguaje sexual hoy lo inunda todo hasta la extrema ba-

nalización, podría decir con rigor que esa lectura constituyó para mí una experiencia erótica. No, no es que la lectura de Ortega me excitara sexualmente. Obviamente, no me refiero a eso. Pero sí que, a las pocas páginas, sobre las que volví una y otra vez, aquella lectura me tenía como flotando, arrobado, en volandas. «¿Cómo es posible escribir con tal precisión, con tanta belleza, tan maravillosamente?», me preguntaba. Y Ortega hizo mucho en mi amor por la literatura y la filosofía, que no haría sino acrecentarse. Es verdad que, poco después, también, en parte, me decepcionó. El artículo «Musicalia», incluido en la compilación de *Notas* me pareció elitista y hoy diría incluso que un tanto esnob. Se le ocurre ahí a Ortega comparar la *Sinfonía pastoral* de Beethoven con el *Preludio a la siesta de un fauno* de Debussy (que yo no conocía, pero que en cuanto volví a Madrid escuché). Lo malo no estriba en las preferencias, sino en las razones que da para ellas. La *Sinfonía pastoral*, tan fácilmente asequible, que llega a todo el mundo, como por ejemplo a las señoritas del *comptoir*, se le antojaba muy inferior al impresionismo de Debussy. Allá cada cual con sus gustos, pero las razones de Ortega en ese caso no me parecen justificables. El alcance de una obra no la descalifica, sino que la engrandece, sin que se pueda estimar sólo valioso aquello a lo que pocos se alzan. No me detendré en esta discusión. Baste recordar que alguien como Th. W. Adorno, por cierto, también en extremo elitista, además de excelente teórico musical, y músico él mismo además de filósofo, no duda en los reconocimientos que la obra de Beethoven merece, sin un tipo de descalificación, a la que sólo un cierto esnobismo (por Ortega tan criticado, en otros lugares) puede dar lugar. Pero esa decepción, y otras que más adelante sobrevendrían a propósito de diferentes cuestiones, no iban a conseguir negar ni arrancar la admiración que sus textos me provocaban y siguen, muchos años después, suscitando, pese a las diferencias y críticas que, en diversos momentos, pueda mantener. Y en cuanto a su lenguaje –quizá, con todo, en exceso preciosista en algunos momentos–, es ya un tópico decir que, gracias a él, se ofreció a los españoles la posibilidad de expresarse filosóficamente, y, en conjunto, me sigue pareciendo de una inmensa riqueza y en muchos momentos, incluso, deslumbrante.

No creo pues que mi preferencia se deba únicamente a ser mi lectura inicial de Ortega. Pero como las preferencias son difíciles de justificar, no abundaré ahora en ello. Sí, únicamente, recordar que la versión inicial de este artículo sobre pensamiento y paisaje en Ortega, arrancó de un proyecto con la televisión de la Universidad a Distancia en la que trabajó, muchos de cuyos programas

se emiten asimismo por La 2 de RTVE. Tras grabar con Marisa Muñoz (presidenta unos años de la Asociación Psicoanalítica de Madrid y desde hace tiempo del Colegio Mayor Isabel de España, de cuyo patronato formo parte) uno a propósito de mi libro *Freud y su obra. Génesis y constitución de la Teoría Psicoanalítica*, hablamos con la directora de los medios audiovisuales, Ángeles Ubreva, de la posibilidad de desplazarnos a la sierra de Madrid, para hacer dos programas del mismo título «Pensamiento y paisaje», en los que leeríamos o incidiríamos en algunos textos. Partiríamos de El Escorial (con la evocación, al menos, de Ortega y Azaña) e iríamos recalando en algunos puntos de la sierra: el Mirador de los Poetas, por encima de la ducha de los alemanes, en la subida al puerto de la Fuenfría; la casa de Giner, a la altura de El Ventorrillo («allí el maestro un día / soñaba un nuevo florecer de España»); el camino de Valsaín, desde el cementerio del pueblo (pocas veces los muertos tendrán mejor vista, con el arco que va desde la subida por la Cruz de la Gallega a Siete Picos, la espalda norteña del Peñalara, con sus neveros blancos y rosas al atardecer, la Real Fábrica de vidrio de la Granja y, en el extremo, el promontorio ya pelado de La Atalaya, desde la que se abre la llanura oceánica e infinita de Castilla, mientras a los pies del espectador se extiende la pradera de Valsaín, con las ruinas del palacio del mismo nombre, primitivamente denominado Casa del Bosque, en tiempos de los Trastámara, que lo utilizaban como pabellón de caza, y donde más tarde nació la hija de Felipe II Isabel Clara Eugenia).⁷ En el camino de Valsaín, precisamente, tiene firmado Antonio Machado un poema en honor del Guadarrama («viejo amigo»), el que concluye: «Por tus barrancos hondos / y por tus cumbres agrias, / mil Guadarramas y mil soles vienen, / cabalgando conmigo, a tus entrañas». Y con Machado finalizaríamos en la plaza del Ayuntamiento de Segovia, donde, tras formar con Ortega, Marañón y otros pensadores la Agrupación al Servicio de la República, la proclamó el 14 de abril de 1931. Por diversas circunstancias, ese proyecto, al que se sumarían otros compañeros y amigos de la Facultad (Manuel Fraijó, Antonio García-Santesmases, Javier Muguerza) no llegó a cuajar y me temo que, a estas alturas, quizá nunca lo haga ya. Quede esta evocación y, en cierto sentido, este artículo como testimonio del mismo.

Pero volvamos al de Ortega de 1911. Notemos, para empezar, que si en *La pedagogía del paisaje* decía estar hablando con Rubín de Cendoya, aquí se identifica ya con él. Ese comienzo es, como tantos otros suyos, hermoso y sereno, con acertadas metáforas, precisos adjetivos: «Por tierras de Sigüenza y Berlanga

de Duero, en días de agosto alanceados por el sol, he hecho yo –Rubín de Cendoya, místico español– un viaje sentimental sobre una mula torda de altas orejas inquietas. Son las tierras que el Cid cabalgó. Son, además, las tierras donde se suscitó el primer poeta castellano, el autor del poema llamado *Myo Cid*» (I, 43).

La expresividad que Ortega logra en muchos momentos es inmensa. Comentando la pobreza de esas tierras, dice que, en tiempos de la recolección, el anillo dorado de las eras provoca «un ademán alucinado de riqueza y esplendor». Pero esa riqueza no es una realidad, es tan sólo una alucinación; ni siquiera eso, simplemente un *ademán alucinado*:

¡Esta pobre tierra de Guadalajara y Soria, esta meseta superior de Castilla!... ¿Habrá algo más pobre en el mundo? Yo la he visto en tiempo de la recolección, cuando el anillo dorado de las eras apretaba los mínimos pueblos en un ademán alucinado de riqueza y esplendor. Y, sin embargo, la miseria, la sordidez triunfaba sobre las campiñas y sobre los rostros como un dios adusto y famélico atado por otro dios más fuerte a las entrañas de esta comarca (I, 44).

En su excelente artículo «Ortega ante el paisaje, o la puesta en práctica de una estética fenomenológica», Arturo Campos Lleó insiste en el giro fenomenológico de la filosofía orteguiana en torno a 1912, cosa que el propio Ortega indicó en diversas ocasiones y en la que han insistido otros autores.⁸ Mas, sin detenernos ahora en esa cuestión, el propio Campos Lleó ha señalado que no sólo la expresión «Dios adusto» se encuentra en el poema «El Dios ibero» de *Campos de Castilla*, de Antonio Machado (al que, como ya sabemos, Ortega citó elogiosamente en diversas ocasiones), sino asimismo esa antítesis entre riqueza y pobreza y la relación contradictoria con un Dios también contradictorio, dadivoso y cruel.

Como en otros lugares, Ortega recurre a metáforas eróticas, en su tiempo no muy abundantes. Siguiendo los pasos de Platón, ya había definido en *Meditaciones del Quijote* la filosofía como un ejercicio erótico. También en el ya citado «De Madrid a Asturias o los dos paisajes», hacía notar: «Castilla es ancha y plana, como el pecho de un varón; otras tierras, en cambio, están hechas con valles angostos y redondos collados, como el pecho de una mujer» (II, 255). Y ahora se entrega a la voluptuosa fantasía del paisaje virgen en los viajes al amanecer: «Estas salidas, muy de mañana, por los campos fuertes tienen un dejo de voluptuosidad

erótica. Nos parece que somos los primeros en hendir a nuestro paso el aire puesto sobre el paisaje» (II, 45).

También, como en otras ocasiones para referirse a Castilla, abunda el lenguaje épico y guerrero: «En el vértice de este recodo, del otro lado de las aguas y vigilando ambos valles, aparece agarrado a una cuesta el caserío de Alcuneza –un pueblo alerta» (II, 47). Asimismo repara en la antítesis entre el guerrero y el intelectual, que en el *Doncel de Sigüenza* parecen fundidos y a la vez contrapuestos:

Este mozo es guerrero de oficio: lleva cota de malla y piezas de arnés cubren su pecho y sus piernas. No obstante, el cuerpo revela un temperamento débil, nervioso. Las mejillas descarnadas y las pupilas intensamente recogidas declaran sus hábitos intelectuales. Este hombre parece más de pluma que de espada. Y, sin embargo, combatió en Loja, en Mora, en Montefrío bravamente. La historia nos garantiza su coraje varonil. La escultura ha conservado su sonrisa dialéctica (II, 46-47).

Pero lo que me interesa ante todo destacar es algo que Ortega practica en muchos lugares, pero aquí encuentra una magnífica muestra. Y es la continua interrelación entre paisaje y pensamiento, su mutua implicación, de modo que si el paisaje es mostrado desde categorías históricas, filosóficas y culturales, éstas a su vez se enriquecen desde el propio paisaje interpretado que las suscita y alienta. En efecto, nada más empezar, y tras el pasaje inicial ya citado en el que recuerda que las tierras por las que viaja son las que vieron nacer el primer poema castellano, se aparta por un momento del paisaje y se adentra en una reflexión, motivada por la circunstancia tal como por él es percibida, acerca de la tradición y el tradicionalismo. La referencia al poema del *Cid* que surge enseguida no debería llevar a pensar al lector «que soy de temperamento conservador y tradicionalista. Soy un hombre que ama verdaderamente el pasado. Los tradicionalistas, en cambio, no lo aman; quieren que no sea pasado, sino presente» (II, 43), lo que le permite por otra parte diferenciar entre utilidad y valor. Mas, tras esas reflexiones, vuelve enseguida al «texto» del paisaje, que es cuando lo encuentra de una pobreza extrema, aunque a veces nos parezca encontrar en él riqueza y esplendor. Para retornar enseguida de nuevo al poema, pues, dice un tanto enfáticamente, a pesar de esa pobreza, «esta tierra que hoy podría comprarse por treinta dineros, como el evangélico *azeldama*, ha producido un poema –el *Myo Cid*– que allá en el fin de los tiempos, cuando ven-

ga la liquidación del planeta, no podrá pagarse con todo el oro del mundo» (II, 44). Pero, donde quizá se manifieste mejor esa imbricación es al referirse a la catedral de Sigüenza, a la que arriba acompañado de Rodrigálvarez, un vaquero de Sigüenza, cuyo nombre parece sacado del poema del *Cid*, y que también va sobre una mula, esta castaña, de orejas lacias y andar mohíno. Sigüenza, la viejísima ciudad episcopal, señala Ortega, aparece rampando por una ladera, con su castillo, lleno de heridas, en lo alto, y en el centro del caserío, la catedral, que, como la de Ávila, tuvo que ser a la vez castillo, por ser Sigüenza, durante bastante tiempo, lugar fronterizo, avanzada en tierra de musulmanes. De ahí que las dos torres cuadradas de la catedral, «anchas, recias, brunas, avanzan hacia el firmamento, pero sin huir de la tierra, como acontece con las góticas. No se sabe qué preocupaba más a sus constructores: si ganar el cielo o no perder la tierra» (II, 45). Y ahí Ortega inserta uno de esos textos en los que paisaje y reflexión se retroalimentan y matizan de forma prodigiosa:

Esta indecisión a que me invita el par de torres bárbaras que ahora veo coronar el municipio seguntino es muy de mi sabor. Vivimos entre antítesis: la religión se opone a la ciencia, la virtud al placer, la sensibilidad fina y estudiada al buen vivir espontáneo, la idea a la mujer, el arte al pensamiento... Alguien, al ponernos sobre el planeta, ha tenido el propósito de que sea nuestro corazón una máquina de preferir. Nos pasamos la vida eligiendo entre lo uno o lo otro. ¡Un penoso destino! ¡Prolongada, insistente tragedia! Sí, tragedia: porque preferir supone reconocer ambos términos sometidos a elección como bienes, como valores positivos. Y aunqueelijamos lo que nos parece mejor, siempre dejamos en nuestra apetencia un hueco que debió llenarse con aquel otro bien pospuesto [...]. Cierto que hasta ahora no se han resuelto las antítesis; pero cada hombre debe pensar que es él el llamado a resolverlas (II, 45-46).

Lo de menos, al menos lo de menos desde el punto de vista que ahora nos interesa destacar, es que concordemos o no con las antítesis de las que Ortega habla. Es discutible que la religión se oponga a la ciencia. Cierto que históricamente así ha sido en muchos casos. Pero no tendría por qué suceder, pues se ocupan de temas diversos. La ciencia acota un campo del mundo y trata de estudiar las relaciones fenoménicas que en él se dan. La religión (y en cierto modo la filosofía, aunque de distinta manera) no se plantea tanto problemas del mundo, cuanto pone el mundo mismo en cuestión y se pregunta por su posible sentido y significado.

Para excusarnos de otros desarrollos y decirlo con Wittgenstein: «No *cómo* sea el mundo, sino *que* sea. Eso es lo místico». En cuanto a la virtud y el placer, cierto es también aquí que, en ocasiones, la virtud no puede seguir la pendiente inmediata del placer. Pero también es prueba de virtud adquirida, el ejecutarla con placer, según ya observara Aristóteles en el libro II de su *Ética a Nicómaco*. Y en cuanto a la idea y la mujer..., mejor dejarlo.⁹ Aun cuando esos desacuerdos no niegan el tema fundamental de la elección y las antítesis entre las que nos desenvolvemos, que Ortega quiere hacer ver a propósito de la catedral de Sigüenza, a la que enseguida, tras la reflexión filosófica, vuelve: «La catedral de Sigüenza, toda oliveña y rosa a la hora de amanecer, parece sobre la tierra quebrada, tormentosa, un bajel secular que llega bogando hacia mí» (II, 46). Para de nuevo retornar a la reflexión y concluir: «La vida cobra sentido cuando se hace de ella una aspiración a no renunciar a nada» (II, 46). Afirmación esta aún más problemática si cabe que las anteriores, pues la vida es en buena medida, por lo mismo que Ortega ha expuesto, elección y renuncia. Quizá, con su tendencia a la exageración «pedagógica», a lo que ahí nos anima Ortega, sabiendo que hemos de renunciar a lo desmesurado, es a no ser conformistas, a «agotar el campo de lo posible», como quería su admirado Píndaro, y a procurar plenificarlo, como él mismo, en tantos campos, sin duda hizo.

El viaje continúa, camino de Medinaceli, con descripciones bellísimas y un tema regeneracionista: cómo sacar a esas tierras de su miseria eterna, la cual parecen dispuestas a prolongar. En cambio, Rodrigálvarez «atribuye la mengua a los hombres: “¡Cuidado que lo hacemos mal. Porque España, don Rubín, es un rosal!”» (II, 48).

Y ya, casi en la conclusión, que será también la nuestra, Ortega se hace eco de Rodrigálvarez y comenta: «Este aire mañanero, presuroso, friolento, que me llega entre las largas orejas tordas de la mula, da a mis nervios tirantez cristalina. Y en medio de esta tierra roja, estéril y muda, las palabras estas producen en las cuerdas de mis nervios el mismo efecto que un golpe de arco sobre el alma de un rubio violín. ¡España es un rosal!» (II, 48).

NOTAS

- ¹ Citamos por: J. Ortega y Gasset, *Obras completas*, Madrid, Revista de Occidente, 9 vols., 1946-1962, indicando en romanos el volumen, seguido de las páginas en arábigos. Junto a esta referencia se ofrece, sobre todo cuando no aparecen en la anterior, textos de la nueva edición de las *Obras completas*, llevada a cabo por la Fundación Ortega y Gasset-Gregorio Marañón y la editorial Taurus, en 10 vols., Madrid, 2004-2010., precedida entonces la cita de OMT.
- ² Difícil no recordar a este respecto la primera visión de Castilla y sus habitantes que ofreció Machado en el poema «Por tierras de España»: «Abunda el hombre malo del campo y de la aldea, / capaz de insanos vicios y crímenes bestiales, / que bajo el pardo sayo esconde un alma fea, / esclava de los siete pecados capitales». El propio Ortega comentó esos pasajes en «Los versos de Antonio Machado», 1912 (I, 470-474), sobre cuya influencia tendremos ocasión de volver a hablar.
- ³ Un breve texto que condensa buena parte de la inmensa obra del autor puede consultarse en C. Gómez (ed.), *Doce textos fundamentales de la Ética del siglo xx*, Madrid, Alianza, 2002. También abordé la cuestión en el capítulo sobre «Ética y utopía», en C. Gómez y J. Muguerza (eds.), *La aventura de la moralidad. Paradigmas, fronteras y problemas de la Ética*, Madrid, Alianza, 2007 (6ª reimpr. 2016).
- ⁴ A 1 Cor 1 se refiere precisamente Ortega en «En el tránsito del cristianismo al racionalismo» y en «Sobre el extremismo como forma de vida», *En torno a Galileo*, v, 13-165.
- ⁵ La observación figura a propósito de los clásicos, a fin de combatir la que considera beatería clasicista: «La beatería no es culto ni entusiasmo, sino la forma indiscreta de ambos. Peralta al “clásico” sobre el nivel de la historia y en vez de intentar derechamente entenderlo como lo que es —como un hombre entre los hombres, y esto quiere decir un “pobre hombre”— parte en su ocupación con él resuelto a admirar, anticipando en su obra perfecciones imaginarias a las que, quiérase o no, adapta los textos», en *Prólogo a «Historia de la Filosofía de Émile Bréhier»*. (*Ideas para una Historia de la Filosofía*), vi, 377-418, cit.383.
- ⁶ Como él mismo advierte, «la “salvación” no equivale a lo ni ditirambo; puede haber en ella fuertes censuras. Lo importante es que el tema sea puesto en relación inmediata con las corrientes elementales del espíritu, con los motivos clásicos de la humana preocupación» (*Meditaciones del Quijote*, en O C, I, 312).
- ⁷ A ese espléndido paisaje, al que después he tenido ocasión de volver por diversos motivos en numerosas ocasiones, fuimos, mientras cursaba la licenciatura de Historia con anterioridad a la de Filosofía, un grupo de amigos, alumnos de Vicente Cacho Viu, buen conocedor de la Institución Libre de Enseñanza y de las ciudades (Segovia, Toledo), en torno a Madrid.
- ⁸ Campos Lleó, A., «Ortega ante el paisaje, o la puesta en práctica de una estética fenomenológica», *Anales del Seminario de Metafísica*, 29 (1995), 201-221. Entre otros textos donde Ortega incide en la cuestión puede

consultarse su «Prólogo para alemanes», donde señala que fue en 1912 cuando estudió en serio la fenomenología (VIII, 47), «un prodigioso instrumento», que «por su propia consistencia, es incapaz de llegar a una forma o figura sistemática. Su valor inestimable está en la “fina estructura” de tejidos carnosos que puede ofrecer a la arquitectura de un sistema. Por eso, la fenomenología no fue para nosotros una filosofía: fue... una buena suerte» (VIII, 42). Para la influencia fenomenológica en Ortega se pueden consultar, entre otros, P. Cerezo, *La voluntad de aventura*, Barcelona, Ariel, 1984, y J. San Martín en varias obras como: *Ortega y la fenomenología. Actas de la I Semana Española de Fenomenología*, Madrid, UNED, 1992; *Fenomenología y cultura en Ortega: ensayos de interpretación*, Madrid, Tecnos, 1998; *La fenomenología de Ortega y Gasset*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012.

- ⁹ En esta y muchas otras expresiones, que hoy nos parecen inadmisibles, Ortega es deudor de su época y de la supuesta primacía del varón sobre la mujer. Pero también hay textos en los que supo remontarse sobre esos prejuicios y, sin dejar de valorar la importancia de la diferencia sexual, abrirse a concepciones más plásticas de los géneros y al papel de la fantasía en la constitución sexual. Sin entrar en detalle en la cuestión, dos muestras: En *Esquema de Salomé* (II, 370) consigna: «La clasificación que hacemos de los seres humanos en hombres y mujeres es, evidentemente, inexacta; la realidad presenta entre uno y otro término innumerables gradaciones. La biología muestra cómo la sexualidad corporal se cierne indecisa sobre el germen hasta el punto de que sea posible someterlo experimentalmente a un cambio de sexo. Cada individuo vivo representa una peculiar ecuación en que ambos géneros participan, y nada menos frecuente que hallar quien sea “todo un hombre” o “toda una mujer”. Esto que acontece con la sexualidad corporal resulta aún más patente cuando observamos la sexualidad psicológica. El principio masculino y el femenino, el *Ying* y el *Yang* de los pensadores chinos, parecen disputarse una a una las almas y venir en ellas a fórmulas diversas de compromiso, que son los tipos varios de hombre y mujer». Y en el *Prólogo a «El collar de la paloma» de Ibn Hazm de Córdoba* advierte (vi, 51): «El amor es, como antes insinué, una *institución*, invento y disciplina humanos, no un primo de la digestión o de la hiperclorhidria».

BIBLIOGRAFÍA

Sin pretensión de exhaustividad, los principales textos de Ortega respecto al paisaje y sus implicaciones son los siguientes:

- Ortega y Gasset, José. «Las ermitas de Córdoba», 1904, en OC, I, pp. 421-424.
- . «Las fuentecitas de Nuremberga», 1906, en OC, I, pp. 425-429.
- . «La pedagogía del paisaje», 1906, en OC, I, pp. 53-57.
- . «España como posibilidad», 1910, en OC, I, pp. 137-138. (Breve comentario al libro de Meier-Graefe *Viaje de España*).

- «Viaje de España», 1910, en OC, I, pp. 527-531. (Continuación del comentario al libro *Viaje de España* de Meier-Graefe, iniciado en «España como posibilidad»).
 - «Libros de andar y ver», 1911, en OC, I, pp. 170-186.
 - «Tierras de Castilla. Notas de andar y ver», 1911 (publicado en 1916), en OC, II, pp. 43-49.
 - «Los versos de Antonio Machado», 1912, en OC, I, pp. 470-474.
 - «Meditaciones del *Quijote*», 1914, en OC, I, pp. 309-400. Cf. especialmente la «Meditación preliminar».
 - «Cuadros de viaje. ¡Se van, se van!», 1915, en OC, I, pp. 407-411.
 - «Notas de andar y ver. De Madrid a Asturias o los dos paisajes», 1915, en OC, II, pp. 247-263.
 - «Meditación del Escorial», 1915, en OC, II, pp. 553-560.
 - «Temas del Escorial», 1915, (OMT, VII, 405-421).
 - «Verdad y perspectiva», 1916, en OC, II, pp. 15-21.
 - «Muerte y resurrección», 1917, en OC, II, pp. 149-154.
 - «Azorín: primores de lo vulgar», 1917, en OC, II, pp. 157-191.
 - «Paisaje utilitario, paisaje deportivo», 1920, en OC, II, pp. 301-302. (en «El *Quijote* en la escuela», 1920, en OC, II, 273-306).
 - «Pepe Tudela vuelve a la Mesta», 1921, en OC, II, pp. 328-333.
 - «La “razón topográfica” y una variación sobre Toledo», 1921, en OC, VI, pp. 128-132 (en «Introducción a un “Don Juan”», 1921, en OC, VI, pp. 121-138).
 - «Temas de viaje», 1922, en OC, II, pp. 365-383.
 - «Notas del vago estío», 1926, en OC, II, pp. 413-450.
 - «El alpe y la sierra», 1927, en OC, II, pp. 601-605 (en «Cuaderno de Bitácora», 1927, en OC, II, pp. 597-605).
 - Hegel y América», 1928, en OC, II, pp. 563-576.
 - «La Pampa promesas», 1929, en OC, II, pp. 635-642 (en «Intimidades», 1929, en OC, II, pp. 635-663).
 - «En el centenario de Hegel», 1931, en OC, V, pp. 411-429.
 - «Cazador, el hombre alert», 1942, en OC, VI, pp. 488-491 (en «Prólogo a *Veinte años de caza mayor* del conde de Yebes», 1942, en OC, VI, pp. 419-491).
 - «Prólogo para alemanes» (publicado por Taurus en 1958), en OC, VIII, pp. 13-58 (Inacabado. Para *El tema de nuestro tiempo*).
- OBRAS CONSULTADAS
- Campos Lleó, A., «Ortega ante el paisaje, o la puesta en práctica de una estética fenomenológica», *Anales del Seminario de Metafísica*, 29 (1995), págs. 201-221.
 - Caro Valverde, M. T. y González García, M., «Valor educativo de la pedagogía romántica de la naturaleza en los escritos estéticos de Ortega y Gasset», *Cartaphilus*, 6 (2009), pp. 33-42.
 - Cerezo, P., *La voluntad de aventura*, Barcelona, Ariel, 1984.
 - Cervantes, M. de, *Don Quijote de la Mancha*, ed. de F. Rico, Madrid, Santillana (ed. del IV Centenario), 2004.
 - Fusi, J. P., «Paisajes prometidos. 1. Ortega y el paisaje. 2. El Escorial, paisaje prometido», Conferencias en la Fundación Juan March, 1 y 3 de marzo de 2011, <<https://www.march.es/conferencias/anteriores/voz.aspx?p1=22726&l=1>>
 - Gómez, C. (ed.), *Doce textos fundamentales de la Ética del siglo xx*, Madrid, Alianza, 2002.
 - Gómez, C. «Amor, ética y justicia», *Pensamiento*, vol. 74 (2018), nº 280, pp. 349-367
 - C. Gómez y J. Muguerza (eds.), *La aventura de la moralidad. Paradigmas, fronteras y problemas de la Ética*, Madrid, Alianza, 2007 (6ª reimpr. 2016).
 - González Alcázar, F., «Los paisajes de Castilla en Ortega y Gasset», *Revista Cálamo Faspe*, 59 (2012), pp. 67-78.
 - Lasaga, J., *José Ortega y Gasset (1883-1955). Vida y filosofía*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003.
 - López-Ocón, L., «El interés de Ortega y Gasset por la geografía y por el concepto de región natural tras un viaje a Asturias en 1915», enero 2015, <<https://jaein-nova.wordpress.com/2015/01/06/el-interes-de-ortega-y-gasset-por-la-geografia-y-por-el-concepto-de-region-natural-tras-un-viaje-a-asturias-en-1915/>>
 - Molino, S. del, *La España vacía*, Madrid, Turner, 2016.
 - Martínez de Piñón, E., *Imagen del paisaje. La generación de 98 y Ortega y Gasset*, prólogo de H. Carpintero, Madrid, Fórcola, 2012.
 - Narbona, R., «La mirada cervantina de Ortega y Gasset», <cultural.com/blogs/entre-clasicos/2016/05/la-mirada-cervantina-de-ortega-y-gasset/>
 - Ortega Cantero, N., «Paisaje e identidad. La visión de Castilla como paisaje nacional (1876-1936)», *Boletín de la Asociación de Geógrafos de España*, 51 (2009), pp. 25-49.
 - Paredes Martín, María del Carmen: «Elementos para una teoría del paisaje en Ortega y Gasset», en Domínguez, A., Muñoz, J. y Salas, J. de, *El primado de la vida (Cultura, estética y política en Ortega y Gasset)*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 1997, págs. 177-193.
 - San Martín, J. (ed.), *Ortega y la fenomenología. Actas de la I Semana Española de Fenomenología*, Madrid, UNED, 1992.
 - San Martín, J., *Fenomenología y cultura en Ortega: ensayos de interpretación*, Madrid, Tecnos, 1998.
 - San Martín, J., *La fenomenología de Ortega y Gasset*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012.
 - Zamora Bonilla, F. J., *Ortega y Gasset*, Barcelona, Plaza y Janés, 2002.
 - Zamora Bonilla, J. (dir.), *Guía del Madrid de Ortega*, Comunidad de Madrid, 2011.





► Biblioteca Esteban Echeverría, Palacio de la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires, Argentina, 1923

Fermín Gabor

La lengua suelta

Edición de Antonio José Ponte

Renacimiento, Sevilla, 2020

736 páginas, 29.90 €



De la maledicencia como una de las bellas artes

Por ENRIQUE DEL RISCO

«Tendrá que ver cómo mi padre lo decía: la República», escribió Eliseo Diego para que pudiéramos imaginarnos cuánta esperanza cabía en ese concepto cuando apenas daba sus primeros pasos en la realidad. Perdida la república y los intentos posteriores por suplantarla había que ver cómo decíamos «La Lengua Suelta», cuando sus primeras entregas comenzaron a asomarse a las páginas digitales de *La Habana Elegante*, la revista que, desde Texas, editaba Francisco Morán. Había que estar ahí para entender lo que significó leer de primera mano y en tiempo real las meteduras de pata y los chismes de la cultura oficial cubana en la prosa precisa y despiadada de Fermín Gabor.

Cuando nos recuperábamos de la sacudida producida por el «qué», comenzamos

a preguntarnos por el «quién». ¿Quién sería ese Fermín Gabor que firmaba las columnas de «La Lengua Suelta»? ¿Quién ese escritor sin obra previa que tan bien conocía el paño literario de la isla y encima se atrevía a enjuiciarlo con la misma soltura que el Che Guevara durante su breve (pero productivo en lo que a fusilamientos se refiere) reinado en la fortaleza de la Cabaña? ¿Quién reunía en aquella isla (porque era indudable que no se trataba de la «mafia de Miami» sino de un *inside job*) dosis suficientes de conocimiento, audacia y talento para acometer esas ejecuciones textuales? Porque aquel en quien «La Lengua Suelta» se ensañara no podría circular por la *ciudad letrada* con el prestigio intacto. En un país donde el Estado consideraba ilegal el sacri-

ficio de ganado vacuno, incluso a manos de su propietario, un desconocido como Fermín Gabor se dedicaba alegremente al sacrificio de vacas sagradas. Gabor empezaba por preguntarse qué hacían en el panteón de la cultura patria, o, en su defecto, en los máximos puestos de la burocracia artístico-literaria, aquellas bestias que poco o nada habían aportado a dicha cultura. Luego sentenciaba, por ejemplo, que «La literatura cubana no cuenta con mayor escritor ágrafo que Ambrosio Fornet» o, puesto a describir la composición del Walhalla literario cubano que es la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), nos contaba que «Hubo un tiempo en que para hacerse miembro de la sección de escritores bastaba con publicar un folleto. Títulos como *Escambray 63: peine contra bandidos*, *Nido de infiltrados*, *Misión Chalatenango* o *Con la hamaca a cuestras* consiguieron introducir a sus autores en la sociedad de escritores. Satisfechos con su membresía, nunca más intentaban una letra y se sobresaltaban ante cualquier novedad». A un periodista y al escritor entrevistado por éste, perpetradores a dúo de un libro, los califica de «matarifes de la vaca del recuerdo. La mata uno, mientras el otro le aguanta la pata». A un poeta de la generación del 50 lo presenta como contemporáneo «del nacimiento de la televisión, mitad Tongolele y mitad Gina Cabrera» que «parece dotado lo mismo para el cabaret que para el drama». A una poeta octogenaria que insiste en versificar su erotismo la llama «geisha jurásica». Después de sufrir tales embates cuesta no entrever en los mayores cumplidos que te hagan tus colegas rastros de sarcasmo. Era fácil suponer que «Fermín Gabor» era un pseudónimo destinado a proteger a su au-

tor de la furia de los afectados habitantes de la dictadura (del proletariado) de las letras. Y de la mala fama que gozan los humoristas en tan engoladas tierras.

Convertidas en libro, las columnas de «La Lengua Suelta» exigen que se las considere de otro modo. Que se las lea sin el aliento de los rencores frescos que despierten tales o cuales figuras. Más de uno de los escarnecidos por Fermín Gabor no se encuentra entre nosotros. Ni siquiera entre ellos. La lectura que pide el editor del libro y autor del diccionario de personalidades mencionadas en las columnas que acompaña el volumen, el escritor exiliado en España Antonio José Ponte, es otra, más reposada y vasta. En la introducción del libro, Ponte propone una genealogía a *La lengua suelta* cuyos ancestros incluyen las *Vidas para leerlas* y *Mea Cuba* de Guillermo Cabrera Infante, *Necesidad de libertad* y *El color del verano* de Reinaldo Arenas o incluso los epitafios de escritores que alguna vez hicieron circular anónimamente los poetas Luis Rogelio Nogueras, Guillermo Rodríguez Rivera y Raúl Rivero. (Yo añadiría *Cabezas de estudio*, libro con el que Jesús Castellanos somete a los políticos de la misma república que emocionaba al padre de Eliseo Diego a tratamiento similar al que Ponte aplica a las personalidades incluidas en el «Diccionario de *La lengua suelta*»). Hay en *La lengua suelta* un esfuerzo sistemático por delinear un retrato de familia del estamento cultural cubano surgido a la sombra del Estado —esfuerzo secundado por las casi doscientas cincuenta páginas de fichas biográficas que añade Ponte— que obliga a extender su genealogía a libros aparecidos en otros contextos geográficos, pero afines al tema que ocupa en primer lu-

gar a *La lengua suelta*, que es el del funcionamiento del *batey* de las letras bajo las condiciones del totalitarismo tardío. En ese sentido, *La lengua suelta* se emparentaría con *El maestro y Margarita* de Bulgákov cuando describe el funcionamiento del sindicato de literatos proletarios MAS-SOLIT; o con *Asistencia obligada* de Borís Yampolski e Ilyá Konstantínovski cuyo subtítulo en la edición española es «Un testimonio de las reuniones de la Unión de Escritores de la URSS»; o con ciertas escenas recordadas por Nadezhda Mandelstam y Adam Zagajewski. Recuentos de ese teatro del absurdo interpretado por intelectuales cuyo guión de comportamiento lo conforman a partes iguales el dogma y el miedo bien aprendidos. Un juego de simulaciones y mutua repartición de elogios y méritos que se establece sobre la base de ignorar, al mismo tiempo, la represión estatal y qué significa escribir o conducirse con un mínimo de gracia y vergüenza. Lo que Gabor retrata y Ponte remacha es la infinita capacidad de abyección y ridículo a que puede llegar este matrimonio de conveniencia entre un poder político desmesurado e intelectuales mediocres. Para recordarnos que, por dañino que sea ese enlace para la cultura de un país, visto con la necesaria perspectiva, puede resultar comiquísimo.

Pero el libro con el que más afinidad guarda *La lengua suelta* es, a mi parecer, *El pensamiento cautivo* de Czeslaw Milosz. Si en el suyo el polaco intentaba explicarse cómo y por qué intelectuales de los más diversos temperamentos y procedencias terminaron abrazando la causa del comunismo triunfante en su país, asignándole a cada uno de los escritores-modelo sucesivas letras del alfabeto griego, en este volu-

men el dúo Gabor-Ponte viene a explicarnos a dónde ha venido a parar el gremio de los escritores del establo totalitario medio siglo después. Si Alfa ha perdido toda la dignidad católica que le quedaba y bendice fusilamientos, Beta en cambio marchó al exilio para desde allí admirar mejor al gran líder que había fusilado a sus amigos guerreros. Porque, como ni Gabor ni Ponte dejan de recordarnos, por debajo de la ridiculez infinita de las cabezas parlantes de la UNEAC corre sangre real de gente concreta. A lo que asistimos aquí es a la degeneración final de lo que ya había nacido con los visibles signos de perversión que apuntara el Nobel polaco. Donde Milosz propone cuatro prototipos básicos signados por las cuatro primeras letras del alfabeto griego (les llama «el moralista», «el amante decepcionado», «el esclavo de la Historia» y «el trovador»), el dúo Gabor-Ponte exhibe un montón de tipos con sus nombres, apellidos, obra concreta y miserias específicas. Toda una fenomenología de la mediocridad ética o estética.

Con *La lengua suelta*, lo que podría pasar por simple costumbrismo de la abyección literaria es también la mirada a un momento histórico muy concreto. El de un régimen que, forjado al calor del «internacionalismo proletario» y «la amistad fraternal y la cooperación de la Unión Soviética», como consignaba la constitución de 1976, se ha terminado aferrando a un discurso eminentemente nacionalista y a los subsidios venezolanos que han financiado la reconstrucción del Estado estremecido por la caída del bloque soviético. Donde antes se excluía de la cultura oficial a todo intelectual o artista que se marchaba del país, ahora el ministro de Cultura anunciaba que

la ídem cubana era una sola, incluida la que se produjera fuera siempre que respetara las reglas impuestas por el cacicazgo isleño. Por otra parte, las peleas por recibir premios estatales o por integrar delegaciones oficiales eran si acaso más feroces que en tiempos de la indestructible amistad con la Unión Soviética: los premios muchas veces se pagaban en dólares y los viajes eran usualmente a una Caracas cuyos mercados estaban mucho mejor surtidos que los de La Habana o el Moscú soviético. Y en todo esto se ceba el inmisericorde dúo Gabor-Ponte.

(Si hablo de dúo Gabor-Ponte es por la perfecta simetría de sus desempeños. La usualmente contenida prosa de Ponte aquí se desata para seguirle el juego a Gabor. Si el pseudo-húngaro catalogaba a la veterana poeta erótica de «geisha jurásica», Ponte describe a un escritor de ciencia ficción que se pasea por el reino de este mundo orlado de cueros y remaches como «pinguero de la Guerra de las Galaxias»; a un poeta pseudo-primitivo lo acusa de componer «bagazo rimado»; y de la canción en que un trovador proclama preferir «hundirnos en el mar que antes traicionar la gloria que se ha vivido», comenta que es «la letra ideal para himno nacional de la Atlántida»).

Si *La lengua suelta* fuera sólo una de las colecciones de sátiras más salvajes e ingeniosas que se hayan lanzado nunca contra el gremio intelectual, ya justificaría su lectura. Sucede además que pese a la naturaleza fragmentaria que le impone su estructura, *La lengua suelta* constituye, a su modo jodedor y pudoroso, un incisivo ensayo sobre las relaciones entre intelectualidad y poder en medio de un sometimiento casi absoluto. Su aproximación burlesca

al tema no embota sino más bien afina sus conclusiones. Al describir los textos editados en Cuba sobre José Martí comenta Ponte que son «libros de una secta criminal, hechos para justificar crímenes de Estado. Se imprimen para justificar la complicidad de José Martí con Fidel Castro, para propiciarle una coartada a este último. Suponen el arreglo funerario donde el monolito castrista se encuentra pegado al mausoleo donde reposa Martí». Al comentar el *Informe contra mí mismo* de Eliseo Alberto, (hijo de aquel que evocaba a su padre exclamando «la República») Ponte resume la debilidad esencial del libro en un defecto compartido por sus colegas contemporáneos. «Su autor pertenece a una generación de narradores (Senel Paz, Leonardo Padura, Abel Prieto, Arturo Arango) que no han llegado a entender el mal. O con mayor énfasis: el Mal. No son capaces de aguantarle la mirada al Mal ni por un segundo». Escritores –se sobreentiende– que han aprendido que la mejor fórmula de sobrevivencia en una tiranía crepuscular y mendicante como la cubana es encarnizarse en males menores a costa de ignorar aquel que los resume y les da sentido. Pero, al referirse a los escritores del exilio, el dúo Gabor-Ponte insiste en que no basta con aguantarle la mirada al mal. Escribir sin rodeos sobre el mal no exime de hacerlo bien. De ahí que la lengua de Gabor-Ponte no pierda filo con los escritores de extramuros. La afinidad política al abordar el mal no supone tregua ética o estética. Más que de un soberbio ejemplo de sátira política sobre la aldea letrada parece tratarse del juicio final de cierto momento de la cultura cubana (que como sabemos es una sola). No obstante, lo afilado y eficaz de la

sátira de *La lengua suelta* hace sospechar que se trata de instrumento más demoledor que justo: que ante su potencia cáustica no hay carrera intelectual que, por impecable que sea, soporte su ataque. Ciertas salidas

de tono en unos casos, ciertos titubeos en otros, nos recuerdan que, después de todo, *la lengua* también es humana y que la justicia humana es, por mucho que se esfuerce, un modo de injusticia.

André Breton

El arte mágico

Traducción de Mauro Armiño

Atalanta, Gerona, 2019

440 páginas, 45.00 €



La magia del arte

Por JOSÉ MARÍA HERRERA

De los cinco volúmenes que Marcel Brion encargó a varias conocidas personalidades de la cultura francesa con el propósito de ofrecer a los lectores una visión panorámica y singular de la historia del arte, el único que continúa despertando el interés del público es *El arte mágico*. Su autor, André Breton, comenzó a reunir los materiales que le servirían para elaborarlo muchos años antes de que el Club Français du Livre, la empresa editorial que encomendó a Brion el proyecto, contactara con él. Por aquel entonces difícilmente podía sospechar que terminaría convirtiéndose en un objeto de culto. Publicado en 1957 en una tirada limitada de tres mil quinientos ejemplares y reeditado treinta y cuatro años más tarde, después de superar un arduo periplo judicial, se ha convertido en

una de las obras fundamentales del sumo sacerdote del surrealismo.

Breton, influido por Nietzsche, estaba convencido de que el mejor camino, tal vez el único, para renovar nuestra vida y volverla a poner en contacto con las fuerzas originales rechazadas por la civilización es el arte. Sólo este puede liberar los poderes originales del espíritu y derribar las barreras que constriñen al hombre occidental desde hace siglos: moralidad, utilitarismo, etcétera. El racionalismo, desechando cualquier forma de contacto con la realidad que no esté sometida a los principios de la lógica, nos ha llevado a una situación espiritualmente decadente, una vida bajo mínimos en la que el interés material y la seguridad son más importantes que la búsqueda y creación de sentido. Vinculado al Romanticismo, movi-

miento inspirado por la creencia en que el mundo de las apariencias es fruto de la labor organizadora del intelecto humano, el surrealismo se caracteriza por considerar que la verdadera realidad no coincide con el mundo que se revela ante nosotros, sino que permanece oculta más allá de donde alcanzan las facultades del hombre. Hay que arrancar la corteza a la realidad (y esa corteza es una especie de adiposidad producida por la forma que tenemos de afrontarla, algo similar a lo que ocurre en los ojos cuando se pierde la transparencia del cristalino y surgen las cataratas), para saber de veras qué es.

Ahora bien, el hecho de que el arte sea lo único que puede ya salvarnos no significa que él mismo haya logrado permanecer siempre a salvo. ¿Acaso no ha habido largos períodos en los que se alejó también de la realidad en beneficio, por ejemplo, de una belleza ideal?, ¿no estaba en lo cierto Nietzsche al escribir en *El origen de la tragedia* que la disolución de lo dionisiaco dio lugar en Grecia a un «formalismo vacío y sofocante» que ha condicionado todo el arte occidental? Y, en efecto, así es, pero, a pesar de ello, el dominio racionalista ha sido incapaz de acabar con el arte más auténtico, «el arte mágico», aquel que, en su afán por descubrir la verdad, sabe situarse fuera del espíritu dominante y abrir su propio camino. La ruptura con el realismo y la figuración protagonizada por los artistas de comienzos del siglo xx son una prueba de ello.

Tomando esta idea como guía, el libro de Breton constituye en gran medida un recorrido a lo largo de la historia en busca de ejemplos que evidencien la existencia de esa tradición opuesta a la corriente central y hegemónica en la historia del arte de Occidente. Aunque no se explica con claridad

en qué consista esa corriente, el número de nombres asociado con el arte mágico es lo bastante significativo como para poner en tela de juicio la creencia en que, en efecto, ha habido algo así como una corriente dominante. ¿En verdad puede hablarse en esos términos?, ¿no se ha caracterizado precisamente el arte occidental por la proliferación de alternativas a lo que en cada momento se imponía como canon?, ¿incurre Breton en ese error tan habitual en el pensamiento revolucionario consistente en reducir la totalidad de la historia al punto de vista que se propone demoler?, ¿puede meterse en el mismo saco la pintura rupestre, el arte del hombre primitivo, los megalitos de Stonehenge o la isla de Pascua, los productos de la fantasía medieval, con sus martirios e infiernos, y en general cuanto haya chocado con el antropomorfismo grecorromano, la idealización renacentista, la pintura académica o el realismo positivista de corte burgués?

Hay que admitir que Breton es un crítico penetrante. Su libro está lleno de comentarios agudos acerca de los artistas y las obras que aborda. Puede hablar con la misma penetración del oculto sentido de una pintura rupestre que de la capacidad de Goya para suturar el punto de unión entre lo real y lo fantástico. Aunque está muy claro quiénes son sus referentes (Baudelaire, Nietzsche, Freud...), el lector que siga con atención sus reflexiones estéticas caerá pronto en la cuenta de que detrás de su visión de la historia del arte late, como referencia fundamental, la influencia de De Chirico, el padre de la pintura metafísica. De Chirico veía el impresionismo y los movimientos pictóricos derivados de él (incluidos aquellos que presumieron de superarlo) como un camino equivocado. La estima teórica cosechada

por los impresionistas tras el rechazo inicial a sus innovaciones formales había consagrado el concepto de una pintura más interesada por cuestiones técnicas o formales que por el contenido mismo de las obras. De Chirico reivindicaba la tradición de Böcklin y Klinger, artistas que cuestionaban el positivismo, con su mundo burgués, industrializado y orgulloso del poder práctico de la ciencia. Para él —y esta idea la harán suya Breton y los surrealistas—, la belleza no es un atributo de las cosas bien formadas, tampoco el brillo de lo que ha llegado a su plenitud, sino algo vinculado misteriosamente a lo maravilloso, a lo inesperado, incluso a lo absurdo. No hay nada intelectual en la percepción de la belleza como ha querido hacernos creer la tradición. Se trata de una experiencia irracional, ilógica e inexplicable, una experiencia que sencillamente acaece, igual que acaece el deseo sexual o la pesadilla en medio del sueño cuando los vínculos habituales entre las cosas desaparecen. Basta con levantar la piel de la realidad para que lo maravilloso se manifieste ante nosotros.

Breton era muy proclive a lo místico y especulativo. De hecho, aunque es difícil saber si se tomaba o no esto en serio, asociaba las indagaciones surrealistas con la búsqueda de la piedra filosofal, la creación de homúnculos y asuntos por el estilo. Su pensamiento es, no obstante, de una coherencia admirable. Nadie crea que en *El arte mágico* va a encontrar tiradas de escritura automáticas o ejercicios de estética paranoico-crítica. Pese a declararse enemigo de la lógica, su discurso contra ella resulta de una congruencia aplastante. El caso recuerda en cierto modo al de Ockham, quien demolió con argumentos racionales la confianza en el lenguaje y, con ello, toda posibi-

lidad de tomar en serio a la razón y la lógica. Breton, como Ockham, usa las armas del rival para demostrar que con ellas sólo es posible el suicidio.

De ahí que en las primeras páginas del libro traten de separar el pensamiento mágico del arte mágico tomando irónicamente distancia del primero. Al fin y al cabo, el pensamiento mágico ha sido relegado por la ciencia a una fase primitiva de la evolución histórica. La magia, esto es, el «conjunto de operaciones humanas cuyo fin es dominar imperiosamente la naturaleza mediante el recurso a unas prácticas secretas de carácter más o menos racional», no merece a la «civilización de los profesores» ningún respeto. La creencia de que las fuerzas de la naturaleza están ligadas entre sí y con las ideas de nuestra mente es, considerada desde la perspectiva de la racionalidad científica, una aberración de gente ignorante y mentalmente mal formada. Breton no lucha contra esto. Se conforma sencillamente con oponer al conocimiento científico la consciencia lírica. Que esta consciencia existe es, para él, evidente. Basta con notar su permanente presencia a lo largo del tiempo en la historia del arte. Sus efectos, por otra parte, resultan indudables. La consciencia mágica (lírica, poética, musical...) ha proporcionado a los seres humanos a lo largo del tiempo un acceso privilegiado a la realidad. Claro que esto debe ser comprendido con precisión. El arte mágico se caracteriza precisamente por haber trabajado siempre desde el otro lado del intelecto, esas zonas opacas a la inteligencia que conocemos como «inconsciente», el ámbito «en el que convergen las afinidades secretas de los seres». Quizá por eso una de sus características es que más que desvelar los misterios tienda a volver más enigmática

la realidad cotidiana subrayando el sentido de cuanto solemos denominar «normalidad». Éste es el *leitmotiv* del libro, el hilo que lo recorre de principio a final. Como ya se ha dicho, el influjo de De Chirico —el pintor metafísico, no el traidor a la vanguardia— resulta incuestionable.

El arte mágico es, en realidad, un libro doble. La primera parte, escrita completamente por Breton, consta de cuatro capítulos («El arte mágico», «El arte, vehículo de la magia», «Los tiempos modernos: crisis de la magia» y «La magia recobrada: el surrealismo»). Después de definir lo que se entiende por «arte mágico», encontramos un recorrido por sus ejemplos destacados, desde los albores de la civilización hasta el siglo xx, seguida de una cuidadosa reflexión sobre la diferencia entre arte mágico y arte religioso (ambos coinciden en considerar lo visible una manifestación de lo invisible, aunque existe una diferencia fundamental entre la actitud imperativa de la magia y la resignación típica de la religión). A estos dos primeros capítulos, luminosamente bien ilustrados (el libro entero es un prodigio de buen hacer editorial), sigue otro dedicado a la crisis de la magia en tiempos modernos, crisis que no ha impedido al arte seguir produciendo obras inclasificables desde el punto de vista de los patrones hegemónicos, y un cuarto y último, donde se estudia el surrealismo y su esfuerzo por recobrar el espíritu mágico.

La segunda parte, titulada «encuesta», recoge las opiniones sobre la magia de setenta y siete personalidades de la cultura:

Heidegger, Malraux, Bataille, Lévi-Strauss, Magritte, Julien Gracq, Pierre Klossowski, Octavio Paz, etcétera. Breton pasa a todos ellos un cuestionario con varias preguntas y un repertorio de imágenes. No tiene sentido aquí recogerlas, pero a modo de breve muestra valgan las siguientes: «Recientemente se ha podido decir (J. A. Rony, *La Magie*) que “la civilización sólo dispó la ficción de la magia para exaltar, en el arte, la magia de la ficción” ¿suscribe usted este juicio?». «La magia, en cuanto que busca, incluso empíricamente, conciliar y conjugar los poderes de la naturaleza y los del deseo, ¿tiene gracias a ello la posibilidad de ser rehabilitada, al menos en su principio? ¿Consideraría usted semejante rehabilitación peligrosa —incluso desastrosa—, o le parece deseable?». . . Naturalmente, las respuestas son tan diferentes como las personalidades que las ofrecen. Sin duda, es lo que pretendía Breton, pues así queda de manifiesto que la reflexión sobre el tema de la magia y, en particular, del arte mágico, dista mucho de haber sido cerrada definitivamente. Si los sabios no se ponen de acuerdo, más aún, discrepan radicalmente, es que, lejos de lo que se cree, queda todavía mucho que tratar y el pensamiento científico o discursivo se precipita al apartar la magia como algo superado.

La reseña de un libro como éste, magníficamente editado, no puede cerrarse sin un elogio a la traducción de Mauro Armíño y a la dirección y diseño de Jacobo Siruela. Se ve que el editor desea que *El arte mágico* siga siendo un objeto de culto.

Anna Caballé e Israel Rolón-Barada
Carmen Laforet. Una mujer en fuga
RBA Libros, Barcelona, 2019
640 páginas, 24.00 € (ebook, 9.99 €)



La ambición literaria de Carmen Laforet

Por MANUEL ALBERCA

En las dos últimas décadas, la biografía literaria ha experimentado en España un desarrollo extraordinario que no ha ido acompañado de una crítica acorde con la especificidad del género biográfico. Salvo contadas excepciones, ni la Academia ni la prensa han sabido reconocer el esfuerzo y calidad de las obras escritas por los biógrafos españoles. En cambio, por lo general, ha estado más atenta y ha sido más generosa en la recepción, si se trataba de biografías traducidas o escritas por hispanistas extranjeros...

Para muestra un botón, que diría un castizo. *Carmen Laforet. Una mujer en fuga*, de Anna Caballé e Israel Rolón-Barada, apareció por primera vez hace casi diez años, y mereció el premio Gaziell de biografía que

patrocina la editorial RBA. No se puede decir que pasara desapercibida, pero ni la acogida de los lectores ni de los críticos estuvo a la altura de sus méritos. El valor de la segunda edición (que no tirada) de aquella obra aumenta por la importante información que añade a la primera.

Las novedades de esta segunda edición representan un avance en el conocimiento de la vida y en la personalidad de Laforet. Sus aportaciones rellenan, matizan y amplían algunas intuiciones y lagunas ya expresadas por los propios autores en la primera. No alcanzan a colmarlas completamente (si esto fuera posible ni siquiera deseable), pues se sabe que los herederos disponen de documentos que no han compartido hasta ahora. Lo cual basta para con-

tradecir la calificación de «definitiva» con que el texto editorial de la contraportada exagera la indiscutible calidad de esta biografía. Porque, como el propio itinerario de esta biografía demuestra, no es defendible la idea de «biografía definitiva». Este género literario, mitad arte y mitad historia, excluye el carácter de demostración científica inamovible. En este caso ha bastado la aparición de un interesante epistolario para que aspectos centrales de la vida de Carmen Laforet se nos ofrezcan con una definición mucho más precisa que en la primera.

Los biógrafos han dispuesto en esta ocasión del epistolario entre Carmen Laforet y Lili Álvarez, la famosa tenista española que en los años veinte triunfó en Europa. Son cuarenta y cuatro cartas de la escritora a la tenista; y tres, de la segunda a la primera. Se supone que existieron muchas más, porque, cuando no estaban en Madrid, se escribían casi a diario. En la primera edición se mencionaba ya la relación de amistad, que las unió en la década de los años cincuenta, una relación que resultó muy influyente en el plano religioso. Álvarez era una ferviente católica, muy activa en círculos confesionales, y Laforet era una católica convencional, nada o poco practicante. El encuentro habría sido determinante en lo religioso y en lo personal, pero también en lo literario, pues, entre 1952 y 1954, escribiría una serie de novelas cortas y, sobre todo, su novela más importante después de *Nada*, *La mujer nueva* (1955), donde se manifiesta el profundo cambio espiritual que experimentó la escritora. Pero su relación no fue sólo de amistad, fue, sobre todo, y éste es el dato nuevo y trascendental, una historia de amor, afectiva y carnal, entre dos mujeres de fuerte personalidad que se admiraban mutua-

mente. La relación habría comenzado en el 1951 en una reunión de amigos en la que coincidieron, y terminaría en 1958, cuando Laforet quedó embarazada por última vez. Álvarez, presa de los celos, se sintió traicionada como escribe en las tres cartas que los biógrafos han podido leer. De esta lectura se desprende que Carmen Laforet le había prometido en 1956, después de nacer su hijo Manuel, que no volvería a ocurrir, que no se volvería a quedar embarazada. La situación familiar de la escritora, con marido e hijos, a la que nunca renunciaría, creaba una tensión creciente en la medida que la tenista demandaba mayor exclusividad. Por su parte, Laforet viviría aquella relación con intensa pasión y pareja culpa. Estos sentimientos la castigaron con problemas de conciencia, y un sufrimiento al que no era ajeno el contexto moral de aquellos años.

Una mujer en fuga es, en el buen sentido de la palabra, una biografía académica, con una firme base histórica y filológica, sin caer en la pedantería ni molestar al lector. Responde con la máxima satisfacción a las normas de erudición establecidas en el campo biográfico. Es decir, recopila y selecciona los documentos biográficos relevantes, y los jerarquiza en una interpretación de la vida de la escritora, que evoluciona de acuerdo a las claves biográficas que el relato va mostrando. En este sentido, la obra se ha visto enriquecida por las nuevas cartas utilizadas que, en su conjunto, no modifican la interpretación de la primera edición, que estaba ya muy fuertemente ligada a los hechos y a la personalidad de Laforet, si acaso los biógrafos insinúan ahora rasgos lésbicos en Laforet, anteriores a su relación con Lili Álvarez, que estarían presentes incluso en la novela *Nada*.

Uno de los defectos más frecuentes entre los biógrafos, que los autores de esta biografía regatean, es el síndrome del especialista. En España las biografías literarias suelen escribirlas los estudiosos de la obra del escritor o escritora en cuestión. A veces incluso es casi obligado que un biógrafo de un escritor o de una escritora sea o devenga en un especialista en su obra literaria. Es obvio que el biógrafo de alguien que tiene una obra importante debe conocer ésta al dedillo, pero eso no quiere decir que tenga que hacerlo notar directamente en la biografía. Porque una biografía literaria debe ocuparse de la obra, pero sin convertirse en un análisis literario. Al humilde juicio del que suscribe, el biógrafo debe analizar biográficamente la obra, es decir, debe ocuparse de los temas, personajes y contradicciones, cuando éstas se intersectan con la vida del autor, pero sería impropio que aprovecharse la biografía para hacer un estudio general de la obra literaria.

Una mujer en fuga supone un despliegue de información absoluto: epistolarios inéditos (Israel Rolón-Barada los había recogido y estudiado en su tesis doctoral), entrevistas con familiares, amigos, conocidos o asistentes de la familia, prensa de la época, documentación de las editoriales Destino y Planeta, visita a los lugares, conocimiento exhaustivo de la obra de Laforet, que es interpretada con acierto en relación a la vida de la autora, según las pautas de lo que podemos llamar un «método biográfico» de análisis literario. La «dependencia» autobiográfica que la obra de Laforet manifiesta avala con suficiencia esta clase de análisis. Una prueba de esto lo encontramos, por ejemplo, cuando la novelista decide prescindir de lo autobiográfico o se lo impone su

marido en el momento de la separación matrimonial, para hacer ficción imaginativa, entonces su obra naufraga por completo. En resumen, nada ha escapado a la investigación ni ha faltado por examinar.

A esto, hay que añadir el mérito de esta biografía para mantener una fluidez narrativa admirable. El relato pasa con la suavidad de la seda y se lee con entrega, porque está escrito con una precisión a la que en ningún momento estorban falsos adornos ornamentales ni expresiones pretenciosas o pedantes. Aquí la literatura nace de la verdad, de la sencillez y del acierto al contar. Sobre esta trama, la voz biográfica, con finura y agudeza, traba un discurso interpretativo que explica discreta y comprensivamente el misterio de Laforet. El acierto de la labor interpretativa reside en ir hasta el fondo de todas las posibles causas de la misteriosa vida de Laforet, pero sin juzgar ni sentenciar. Se observa con compasión el paulatino desgaste de la escritora y de la mujer hacia su nada. Y las sucesivas pruebas de su progresivo deterioro personal y su impotencia literaria son observadas desde la empatía. Emociona el voluntarismo y la fragilidad de la biografiada, pero el lector es consciente que esa emoción le llega a través de la voz biográfica que aúna rigor en la búsqueda y delicadeza en el procedimiento.

Se ha hablado mucho de que Laforet carecía de ambición literaria, que le traía sin cuidado su carrera, agobiada como estaba por su complicada situación familiar. A mi juicio, creo que tenía aspiraciones tan altas que lo conseguido le parecía poco. Tampoco le concedería demasiada credibilidad a la vocación circense y demás movimientos de disimulo utilizados para escapar a la presión que le produjo ganar el premio tan jo-

ven y el miedo de no estar a la altura de lo que se esperaba de ella. El miedo al fracaso y la inseguridad providencial, que no sólo en este asunto demostró, los combatía con declaraciones públicas en que anunciaba que dejaría de escribir. Pero no. No es que quisiera abandonar la escritura, sino que le paralizaba la responsabilidad y el pánico de no estar a la altura de las expectativas de sus lectores, como ella temía en su fuero interno. Hay muchas pruebas, después del éxito de *Nada* y a lo largo de la vida de Laforet, que demuestran que era una autora con ambición literaria, y que quería hacer una obra plena de crédito literario. Creo que bastan dos ejemplos que demuestran esto. El primero, su ruptura con Vergés/Destino, para contratar con Lara/Planeta, habla a las claras de que quiere más: dinero, por supuesto, pero también mayor proyección, más lectores, mayor popularidad y prestigio. El otro, el frustrado encuentro en Calafell con Carlos Barral y Juan Marsé, que «pasaron» de ella de tal manera que le chafaron el veraneo. No debe extrañarnos este procedimiento de quitarse presión ante la crítica y el público. Los escritores y los artistas son personas que trabajan en soledad, sin ninguna seguridad ni protección más que su obra. Es lógico que duden y que se muestren inseguros ante el escrutinio de unos y otros, pero en Laforet alcanzó una dimensión patológica.

Laforet ha sido durante mucho tiempo «una de los mayores enigmas de la literatura española» (Laura Freixas *dixit*). Su carrera literaria, inicial y precozmente triunfal, fue languideciendo durante cuatro décadas sin encontrarse explicación plausible hasta ahora. Se pensaba que no habría podido recuperarse tal vez del éxito primero. Publicó tres novelas más (otras tantas prometidas

quedaron a medias o sin escribir), un libro de relatos, cuentos y artículos para la prensa. Su impacto fue siempre menor y rehén de *Nada*. Como la biografía nos enseña de manera pormenorizada, intentó seguir escribiendo hasta casi el final, pero no pudo. No es que abandonase o que «preferiría no hacerlo» como el escribiente de H. Melville, sencillamente no podía. Se sintió incapaz, inane, seca. No creo que Laforet sufriera el mal de Bartleby, ni que abandonase la literatura, sino que la literatura la abandonó a ella. Lo que la propia autora llamaba, en sus cartas y en algún artículo, su «grafofobia» no era sino la constatación de su impotencia creativa, que no desinterés. En suma, una reacción orgullosa de quien sabía que habiendo escrito una obra maestra, sentía como una pesada carga mantener ese nivel. En esta biografía se aportan los motivos para comprender por qué no pudo escribir algo que estuviese a la altura de su primera novela a pesar de intentarlo. La explicación de este complejo fenómeno no podía ser simplista ni preconcebida, sino una búsqueda para intentar comprender lo que pasó desde todos los lados que formaron el prisma vital de la escritora. Se sigue su recorrido muy fielmente, no se fuerza una explicación única ni los biógrafos se arrojan la última palabra. Son las pruebas y las sugerencias de éstas las que, como un goteo de datos pertinentes, dan las claves para esclarecer el enigma.

Es evidente que frente a la mayor autonomía de los textos de ficción, la biografía mantiene una estrecha y tensa relación con lo real, y en este sentido es porosa a los contextos y códigos sociales en que se desarrolla. Como no podía ser de otro modo, la biografía de Laforet, que presenta aspectos

controvertidos desde una perspectiva de género, se va a leer ahora tal vez bajo las ondas que agita el movimiento *Me Too* y el feminismo en general, y por tanto de forma distinta a hace diez años. Esa lectura actual hablaría de la riqueza de esta biografía, pero también del peligro que corre de resultar simplificada.

Philippe Lançon

El colgajo

Traducción de Juan de Sola

Anagrama, Barcelona, 2019

443 páginas, 21.90 € (ebook, 15.99 €)



Cirugía del alma

Por EDUARDO LAPORTE

De las novelas anteriores a *El colgajo* del escritor y periodista Philippe Lançon (Vannes, Francia, 1963) conocemos poco. De ellas dijo Frédéric Beigbeder que no parecía que fueran a convertirle en el escritor que hoy es, lo que supone una paradoja cuando menos siniestra. Un lograr el éxito con el relato del horror padecido en carne propia que, no obstante, sostenía el autor de *13,99*, supone una de las más apabullantes victorias del arte sobre la imbecilidad. «Es una obra maestra indiscutible, absoluta, un monumento de sinceridad traumatizada y de inteligencia sanguinolenta que deja al lector hecho pedazos», añadiría Beigbeder, cuyos halagos no tardaron en incluirse en las fajas promocionales de una novela llamada a despertar

al cada vez más remansado panorama literario.

El entusiasmo de la reseña, publicada en *Le Figaro* en abril de 2018, pocos días después de la publicación de la novela en Gallimard, podría obedecer al deseo de un *influencer* literario de la talla de Beigbeder de dar el espaldarazo necesario a una novela también necesaria, valga el tópico, lo que explicaría un júbilo que en esta otra reseña será matizado. Tampoco es descabellado pensar en un ejercicio de empatía, de apoyo moral, gremial, humano, de un escritor poderoso y situado como Beigbeder a uno que se cuele en el ruedo literario con una novela que es más que una novela en cuanto testimonio descarnado de una víctima directa del atentado contra *Charlie Hebdo* del

7 de enero de 2015. Nadie afeó la fiesta al Eric Clapton que conquistó aquel surtido de «grammys» con su no obstante excelente trabajo *unplugged*, aunque años más tarde sus biógrafos reconocerían que el manto de solidaridad de la industria discográfica pudo haber influido. Recordemos que su hijo Conor venía de fallecer al caer por la ventana de un rascacielos, hecho que motivó su también premiada canción *Tears In Heaven*.

Apenas hay menciones del autor, en este monumental ejercicio autobiográfico que es *El colgajo*, a sus obras anteriores, a su vida como periodista que fantasea con descollar en el siempre más prestigioso mundo de la literatura. Sí, en cambio, se refiere a las reservas con que comenzó a trabajar en una publicación con merecida fama de gamba-rra como *Charlie Hebdo*. De cómo buscó la aquiescencia del director de otro periódico con el que también colaboraba, como el reputado *Libération*, y de cómo a éste le dio exactamente igual.

Sabemos poco del Philippe Lançon escritor cuando abrimos la primera de las cuatrocientas cuarenta y tres páginas de su novela y quizá sea lo mejor. Porque, hasta entonces, Philippe Lançon es un ciudadano más, aunque no uno cualquiera, sino uno que ejerce su libertad de expresión, como los demás miembros de la redacción de *Charlie Hebdo*, hasta las últimas consecuencias. Todo cambiará para él a partir de aquel 7 de enero. Su cara, para empezar, víctima de los disparos de los dos terroristas de Al Qaeda que irrumpieron sin clemencia en la sede del semanario satírico. Esa transformación personal –en algo todavía no del todo definida– es, como veremos, lo más valioso del libro, aunque el autor se centre con un ex-

cesivo celo periodístico en convertir su nueva existencia en una prolija crónica. Hay un antes y un después en la vida de un hombre llamado Philippe Lançon. El que escribió esta novela –autobiográfica, pero novela por su aspiración literaria– a partir de agosto de 2017 es y no es aquel que se levantó una mañana cualquiera para asistir al asesinato de sus compañeros (hubo doce muertos) y su propia devastación. Como el Philippe Lançon que aparece en la fotografía de la solapa –con el rostro todavía immaculado– es y no es el que firma la novela. ¿Decisión meditada? ¿Rechazo a ese nuevo rostro no tan apolíneo? Más bien otra alusión a ese «otro yo» que hace aún más potente el «Je est un autre» que inmortalizara Rimbaud.

Porque, ¿no es acaso la transformación de los personajes que pueblan una obra, contagiando en ese misterioso proceso al lector, lo que proporciona el sentido más profundo a la literatura? Daremos el sí por respuesta, algo que también hace, en un momento dado, el propio autor de *El colgajo* citando al Nietzsche que sostiene que el dolor y el placer son dos caminos igualmente valiosos para acceder a la sabiduría. Inmerso en el dolor, físico y moral, Lançon intuye que no puede ser del todo gratuito.

La novela transita, por tanto, entre esa doble vocación, periodismo que cuenta y literatura que indaga, y que quizá sin que él sea consciente de ello define al periodista y escritor que es Philippe Lançon. Un autor que no se ocupa por cierto –lo que no deja de ser sorprendente por otra parte– de temas de calado y que le atañen exactamente como el de los límites de la libertad de expresión. Aunque en ese callar podríamos vislumbrar que estuviera otorgando algo, lo cual añadiría peso específico a la novela.

Un atentado es un acto de barbarie, ¿pero no es también propio de bárbaros que alguien «ofenda a sus iconos, insulte a sus dioses y humille a sus santos en nombre de la libertad de expresión?». Esto se lo plantea, citando a una abuela de una «altura moral» insuperable, Theodor Kallifatides en su maravilloso y reciente *Otra vida por vivir* (Galaxia Gutenberg). Si Lançon lo deja caer, lo hace como un susurro apenas audible.

«El periodismo se ocupa de los árboles, la literatura del bosque», decía Rosa Montero y la cita sirve para señalar una de las debilidades de esta obra: hay tantos árboles que a menudo se tapa el bosque. Habrá quien vea en cambio un equilibrado ejercicio entre esas dos facetas antes citadas, la de la reconstrucción fiel de los hechos –los del atentado y todos los pormenores de la convalecencia hospitalaria posterior– y la de tratar de encontrar sentido a lo acontecido, que es lo peliagudo del oficio literario (de ahí que su ejercicio siga teniendo más prestigio que el periodismo). Tengo un amigo al que le gustan las almendras y el chocolate, pero no el chocolate con almendras; es probable que definiera esta novela como una gran tableta de chocolate con almendras.

La primera parte es prodigiosa. Un ejercicio impresionante de reconstrucción de los sucesos más traumáticos, el atentado en sí. Ahí vemos la doble vertiente de Lançon, la de cronista-literato en su mejor fusión. Se ofrece una visión sorprendentemente nítida de los hechos pero también una pluma literaria que se sumerge en lo más profundo de su percepción, de su memoria, para reconstruir esos hechos yendo más allá de la mera descripción. «Cerré los ojos y al cabo volví a abrirlos como un niño que cree que

nadie lo verá si se hace el muerto. [...] Esperaba al mismo tiempo la invisibilidad y el golpe de gracia, dos formas de desaparición». La maestría con que recrea la pesadilla y la convierte en real reside en que el lector, al menos este lector, siente que ya ha vivido lo narrado, aunque no lo haya vivido. Su valor descansa entonces en la capacidad de generar familiaridad con lo más extraño, con lo más pavoroso, algo que no deja de tener un componente de misterio y que sólo la literatura es capaz de lograr. Y de eso hay unas cuantas demostraciones en esta novela.

Pero da la sensación, conforme se avanza, de que Lançon estaba más preocupado –cuando se puso a levantar la novela, en un retiro escocés en el verano de 2017– en dejar constancia de lo vivido que de construir esa obra maestra que celebraría Beigbeder. Como si su deber fuera dar fe de todos y cada uno de los detalles del atentado, pero también de la microbiografía que genera su ingreso hospitalario, así como del trato con las personas que poblaron su penosa existencia durante los nueve meses de recuperación. Como si el hecho de escribir le mantuviera no sólo vivo, sino alejado de esa otra vida, la real, la exterior, de la que hubiera un deseo de escapar no resuelto. Como también parece querer mantenerse lo máximo posible dentro de los límites del hospital, tanto en las instalaciones de la Pitié-Salpêtrière como en la planta de Les Invalides, no lejos de la tumba de Napoleón, donde pasará los meses más calmados de su puesta a punto. (No sin la presión del personal médico que le recuerda que no puede permanecer de por vida ingresado).

Recuerda entonces a la paradoja del naufrago, la del Robinson Crusoe que, tomada

la medida al aislamiento, no sólo no echa de menos la vida en tierra firme, sino que considera que el nuevo universo construido a su alrededor es mejor. Entonces, entre el aluvión de literatura hospitalaria mezclado con analepsis sobre su vida sentimental o periodística, afloran una suerte de revelaciones apuntadas que entrarían en un insondable terreno de la sabiduría, aquella que Nietzsche situaba detrás tanto del dolor como del placer.

Ese poner en entredicho su propio oficio, que reconoce que nunca llegó a tomarse del todo en serio, aporta una textura especial, de una intimidad nueva. Como pone también en entredicho sus relaciones, los afectos más estrechos, el nuevo trato directo con el equipo médico, a la propia Gabriela, interesante personaje secundario que personifica la dificultad del amor en determinados tiempos del cólera. No tanto por él como por ella, más bien predispuesta a pesar de lo poco apetecible del plan, a saber, velar por alguien que se recupera al otro lado del océano, sin habla, que se alimenta a través de una sonda y que apenas puede salir de sí mismo, pues la lucha por la supervivencia reduce la capacidad de entrega. En tiempos de paz, nadie está preparado para cuidar a estos anacrónicos veteranos de guerra.

Afirma el Lançon narrador que todo paciente es un hombre de acción y siempre se ha dicho que las novelas precisan de personajes que hagan cosas, que se enfrenten a retos. La cita de Lançon es resultona pero tiene algo de tramposa, ya que el lector de *El colgajo* se encuentra a un personaje pasivo en cuanto que depende de los demás. El relato de esa dependencia, a ratos reconfortante para él y en otros exasperante, puebla

buena parte del libro. El descubrir, como ya hemos apuntado, que en manos de los demás se puede vivir bien, incluso mejor, tiene algo de inesperada revelación. Como es también inesperado pero sobre todo incómodo el descubrir que hay un límite, que hasta el paciente más mediático (visitado por François Hollande), frágil y necesitado acaba siendo una carga incluso para los propios profesionales. De ello también deja constancia el autor y quien llegue al final lo comprobará con un regusto más *agri* que dulce.

Debajo del prolijo catálogo de detalles quirúrgicos –entendemos que, sin abandonar su querencia periodística, iba tomando nota de todos los detalles– apreciamos esa corriente misteriosa; la de un hombre abierto a buscar algo, aunque no sabe, no sabemos, bien qué, pero que es distinto a lo que ha conocido y que huele a verdadera libertad. Pero el paciente que es Lançon, el dependiente que sigue siendo incluso cuando se rearma para mirar de frente al dolor y recrear todo aquel calvario, no ve claro aún en qué dirección orientar su acción, por eso es un héroe extraño, un héroe atado de pies y manos. Quizá por eso escribía sin parar, porque en ese engarzar palabras encuentra la única acción posible que puede ofrecer a ese personaje estático al que la convalecencia –llena de pequeñas torturas, por si no hubiera quedado claro– le condena.

Hay quien dice que conviene escribir desde la distancia adecuada. Separar, precisamente, al periodista del escritor y dejar que los hechos, sobre todo si fueron traumáticos, permeen en el alma. Entonces sí es posible sacudir las ascuas de las que puede surgir algo parecido a la sabiduría a

la que alude Nietzsche. Hasta ese momento, tendremos un proceso de reconstrucción de esa alma rota, tan destrozada como la propia mandíbula del Lançon víctima de la barbarie. El Lançon con un colgajo por todo

rostro que, en el proceso de volver a levantarse, nos brinda un importante testimonio. Y entre todos esos árboles, la promesa de un bosque que quizá se proyectó demasiado pronto.

Antonio López Ortega

Kingwood

Editorial Pre-Textos, Valencia, 2019

296 páginas, 28.00 €



Antonio López Ortega: Un insomne que sueña con cuentos líricos

Por MICHELLE ROCHE RODRÍGUEZ

La nostalgia es el *leitmotiv* recurrente en los doce relatos contenidos en el libro *Kingwood* (2019) del venezolano Antonio López Ortega. La melancolía crea el escenario semántico para cada historia, en donde con frecuencia se describen desplazamientos, aunque muchos personajes estén inmóviles en ambientes destruidos, mientras su consciencia viaja entre las esferas del sueño y la vigilia. En todos los casos quien narra es un hombre mayor que observa incrédulo su realidad, con sólo sus memorias para aferrarse al presente. La mayoría de las veces, la tragedia íntima es espejo de la crisis venezolana; por eso, una tristeza vaga impregna incluso a los cuentos donde no es fácil identificar el contraste entre pasado y presente. Éste es el caso del que titula el volumen, donde

lo onírico y lo real se juntan con la imagen arquetípica de un bosque. «Kingwood» es un prodigio del punto de vista porque moscas, hormigas y ardillas cuentan una historia en donde no se sabe si se ha cometido un crimen; tampoco importa, lo crucial allí es el estilo narrativo, que transita entre realidad y evocación, creando una atmósfera de ánimo alterado. El propósito de fijar un estado emotivo permite describir a éste y al resto de los relatos del libro como «cuentos líricos», una clasificación propuesta por Carlos Leáñez Aristimuño en 1994, en un artículo para *Revista Iberoamericana* refiriéndose a las primeras obras de López Ortega, publicadas hace casi treinta años. Sin embargo, la etiqueta sigue vigente para sus obras más recientes, que además de la analizada aquí in-

cluyen a *Indio desnudo* (2008) y a *La sombra inmóvil* (2013).

No se trata de que los cuentos de *Kingwood* pierdan la intensidad que para Edgar Allan Poe define a la narrativa breve o descuiden el final a lo *knockout* celebrado por Julio Cortázar, sino de que predomina en ellos la descripción a través de elementos narrativos. López Ortega usa estos elementos para elaborar una estructura de antecedentes que dota de significado al suceso central y construye la sensación de un desenlace apropiado. Todo esto inmerso en una intensa melancolía en la que el fracaso individual signa el de la sociedad entera. Pues hay una enorme diferencia entre las emociones suscitadas por la lectura de los primeros cuentos y la lectura de los más recientes: veinte años de Revolución bolivariana, en donde la polarización política, la debacle económica y la erosión social han pasado a la literatura venezolana como lo que Miguel Gomes, crítico y narrador lusovenezolano, clasifica de «fábulas del deterioro»: relatos expresionistas llenos de imágenes de la violencia, el menoscabo y el envilecimiento de la sociedad, forjados desde la preocupación por el fracaso del proyecto moderno en el país. En otras palabras, las estructuras de sentimiento construidas en los cuentos líricos de López Ortega, lo vinculan con el conjunto de experiencias sin interpretación intelectual que plasman en una poética del menoscabo asociado a la imagen de la nación las obras de Ana Teresa Torres, Alberto Barrera Tyszka, Gisela Kozak y Rodrigo Blanco Calderón, entre otros escritores venezolanos contemporáneos. Y por eso lo conectan con la narrativa de su tiempo. La diferencia se encuentra en que López Ortega lo logra desde una voz en primera persona que actualiza para la narrativa

venezolana actual un personaje creado por la vanguardia: el insomne.

El mismo López Ortega me habló de la importancia del insomne en la literatura de nuestro país durante una entrevista que incluí en mi libro de 2013, *Álbum de familia*. Entonces citó el ensayo *Proceso a la literatura venezolana* (1975), en donde Julio Miranda explica que el insomne apareció en la narrativa como resultado de las primeras evidencias sobre el fracaso del proyecto moderno subrayadas por la guerrilla de izquierda en los años sesenta y la inclinación de narradores de la vanguardia a la descripción de personajes más que a la construcción de anécdotas. Distanciados de las ideas desarrollistas que habían inspirado a Rómulo Gallegos, autores como Salvador Garmendia (*Los pequeños seres*, 1959) y Adriano González León (*País portátil*, 1969) retrataron a la nación como una enorme urbe ruidosa e incomprensible, herida por profundas diferencias de clase; y, como consecuencia de eso, sus protagonistas se desplazan a través de sus paisajes violentos como si atravesaran un sueño.

Medio siglo después, *Kingwood* trasciende la ansiedad urbana de los vanguardistas. De hecho, no describe ciudades sino paisajes costeros conocidos por el autor —que vivió en Isla de Margarita—, autopistas interminables en el interior de Venezuela y, con más frecuencia, el espacio íntimo de los hogares fragmentados por la diáspora. El caminante que mira la realidad como entre sueños, echando mano de sus recuerdos para darle sentido, está allí en todos los relatos, aunque es más evidente en «Kingwood», «Cabo Negro» y «Closing».

En «Cabo Negro», un hombre narra los paseos diarios que hace con sus dos perros y los contextualiza con los recuerdos de su

hijo y de su pareja, quienes le han abandonado por diferentes razones: «¿Son reales estos perros? ¿O me los he inventado para que esposa e hijo tuvieran alguna forma? Voy subiendo la cuesta del desfiladero y ya no sé si soy cuerpo o ánima, si voy solo o acompañado» (página 107). López Ortega profundiza el retrato de la nostalgia en la descripción de «la decrepitud de Puerto Real» (99). El ejercicio es característico de la obra del autor nacido en 1957, pero también describe una situación mayoritaria de su generación, la de los padres cuyos hijos se han ido de Venezuela para buscar en otros países mejores condiciones de vida. «Permanecer en Camino Real es una forma de resistir, como también carecer de relaciones», se lee en el cuento como una dolorosa epifanía de la soledad (107). Muy similar es el argumento de «Closing», en donde un hombre se empeña por mantener en pie la casa familiar de la playa, aunque le han abandonado sus tres hijos y sus dos parejas. Allí aparece el mismo universo brumoso descrito en los paseos con los perros del otro relato, pero el cierre del cuento se vincula al símbolo que propone la obra del compositor estadounidense Philip Glass, «Closing»: «La escuchaba con mar de fondo, con o sin crepúsculo, viendo a sus hijos correr y deseando la compañía de Laura o de Belinda. Y en un instante preciso, justo al comienzo, cuando el piano y el violonchelo intercambiaban armonías, que es como decir el abrazo entre retorno y voluntad, lloraba» (283).

Otros personajes que pueden describirse como «insomnes», por encontrarse entre la ensoñación y la lucidez, son los de escritores en medio de su proceso creativo, como los protagonistas de «Banner» y «Mudanzas». Ambos celebran al autor-demiurgo, que actúa como la divinidad de la filosofía

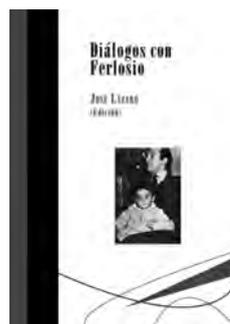
platónica, pues crea y armoniza el universo de su ficción. En el primero, el personaje también es un cuentista que intenta terminar una narración sobre la vida demencial del científico David Banner, «un iluminado de la crueldad», que mata a su esposa de tres puñaladas para experimentar con compuestos radioactivos en el cuerpo de su hijo (229). En «Mudanzas» se establece la relación entre la vida real y la ficcional del autor: «Si me pudiera refugiar en un mundo paralelo, si pudiera prescindir de la cruz de los días La ficción, aun sangrienta es la verdadera liberación», reflexiona el narrador (188). En el relato, López Ortega encubre su vida haciendo mínimos ajustes a ciertos nombres del entorno cultural donde se mueve en España y en Venezuela –aunque ni España es propiamente España ni Venezuela, Venezuela–. En la ficción, un hombre de Caraquistán –¿*Caracas?*– intenta terminar un cuento, durante un viaje entre San-cruz –¿*Santa Cruz de Tenerife?*– y Madrigal –¿*Madrid?*– para un suplemento cultural y repasa su vida, que es también su obra. El valor de «Mudanzas» no está en la ficción o su registro de datos del mundo literario de López Ortega, sino en algo que apreciarán sus futuros críticos: la consignación allí de su poética, en donde el personaje (como hace el escritor venezolano) digiere «la realidad en la medida en que podía transformarla en otra cosa: generalmente en una realidad paralela, autónoma». Y de hecho, este cuento es el más «insomne» de los escritos en clave de memorialista del oficio, un método narrativo que construye desde un pacto ambiguo con lo vivido.

La fuerte presencia del narrador en los cuentos de *Kingwood* trasciende el universo de «Mudanzas» y «Banner» y recuerda al personaje del «soñador ilustrado» que re-

conoció Nelson Rivera, director de *Papel literario* –el suplemento cultural del diario venezolano independiente *El Nacional*–, en *Sombra inmóvil*, el libro de López Ortega, publicado por Seix Barral en Venezuela (2013) y por Pre-Textos en España (2014). Son todos contadores de historias a quienes termina pasándoles algo que acaba distorsionando sus propósitos. En los relatos de ambos libros se reflexiona permanentemente con lo narrado desde la posición del que está dentro de la ficción, pero también afuera, a medio camino, involucrado pero ajeno.

La narrativa de López Ortega participa de la «autoficción», una tendencia que vacila entre la autobiografía y la ficción sin nunca decidirse por ninguna, y se construye a partir de un pacto ambiguo con lo vivido. Los cuentos líricos de López Ortega, en especial los del ciclo comenzado en 2008 con *Indio desnudo*, los mismos que pueden clasificarse dentro de las narrativas del deterioro, no son otra cosa que las memorias que tiene un escritor insomne (López Ortega) de un país deteriorado, pero todavía vívido en su pensamiento.

Diálogos con Ferlosio
Edición de José Lázaro
Ediciones Deliberar, Madrid, 2019
496 páginas, 24.00 €



Esa incisiva oscuridad

Por JUAN ÁNGEL JURISTO

Suelen aceptarse como ejemplos señeros de la Antigüedad, respecto a los orígenes de la entrevista, los *Diálogos* de Platón, donde el filósofo, en la más estricta tradición griega de la discusión, da vida a un Sócrates que sigue guiándonos aún hoy en uno de los vericuetos más bellos que ha creado la especulación humana (en claro contraste con los *Evangelios* y el *Tripitaka*, según el Canon Pali, donde se rastrear enseñanzas del Buda histórico, por referirnos a escritos del mismo entorno histórico, en que se trata de recoger enseñanzas y sentencias de fundadores de religiones y no discusiones basadas en el logos), y desde luego los referentes a Cicerón, Luciano de Samosata y, ya en edad más moderna, los de Erasmo, Juan Luis Vives, Juan de Valdés, Galileo o Pedro Mexía... Ni que decir tiene que, *stricto*

sensu, estos textos están tan alejados de lo que hoy día entendemos por entrevista que cuesta trabajo atisbar en estos diálogos, forma afortunada de transmitir conocimiento, ni siquiera un remoto origen. Sin embargo, si atendemos a edades más modernas, nos topamos con dos libros ya canónicos, las *Conversaciones con Goethe en los últimos años de su vida*, de Johann Peter Eckermann, y la divertida y fascinante *Vida del doctor Johnson*, de James Boswell, donde el abogado y escritor escocés traza uno de los mejores retratos literarios de que tengamos constancia en nuestra literatura occidental. Estas dos obras significan el principio de los ámbitos en que ahora nos movemos respecto al género, ya sea en forma de escrito en diarios o reproducido en imágenes de los distintos medios y tecnologías audiovisua-

les, de ahí la plena vigencia, salvando las distancias centenarias respecto a los formatos, por ejemplo, que estas dos obras siguen teniendo. Pero, entonces, y de regreso a la cuestión formulada respecto a la Antigüedad, ¿qué comparten, por ejemplo, los *Diálogos* de Platón con estas modernas entrevistas de nuestro tiempo? En primer lugar la tendencia al ejemplo, porque se supone que aquel de que se habla, y que responde con sentencias, argumentos o aforismos, o cualquier modo de retórica, es modelo a seguir por aquel que lee o mira; y, en segundo lugar, ya implícito en el ejemplo anterior, que esa condición ejemplar tiene por fuerza que ir acompañada de un telón de fondo necesario pero que actúa detrás resaltando la figura de aquel que es ejemplar.

Digo esto porque esa condición esencial, que Platón respeta con escrupulosa astucia literaria, es puesta en cuestión hoy día por algunos practicantes del género que, nada más cerca del narcisismo, arguyen que el enfrentamiento entre dos personalidades fuertes mejora el tradicional modo de expresar el diálogo o, ya en caída libre entre los géneros, la entrevista, sujeta a estrictas y coercitivas normas de tiempo y espacio. Recuerdo que una de las peores preguntas en una entrevista a que he asistido se produjo cuando Álvaro Pombo, en unos encuentros que tuvieron lugar en la sede de *El Mundo*, creo que en 1988, formuló una pregunta a Camilo José Cela con motivo de la presentación de *Cristo versus Arizona*, esa novela donde se recrean los sucesos de O. K. Corral. La pregunta duró unos cuatro minutos, con citas de Fray Luís de León, obligando al muy astuto Cela a confesar con un monosílabo, lo que resultó hilarante pero, como entrevista, un desastre. Y cito este suceso porque siempre valoré sobremanera en una

entrevista que el entrevistado brille guiado por las preguntas inteligentes y pertinentes del entrevistador pero sin que éste resalte en modo alguno. Eso hizo Platón con lúcida escenografía siglos atrás y eso recomendó con fervor tanto para hacer crítica como para hacer entrevistas Walter Benjamin, a quien poner la palabra «yo» en algún escrito referente a otro le parecía una indecencia.

La reciente publicación de la casi totalidad de entrevistas hechas a lo largo de toda su vida a Rafael Sánchez Ferlosio, realizada con escrupuloso respeto por el escritor y editor José Lázaro, digno representante de lo que llamó Samuel Johnson, «el pálido arte de editar», y con el significativo título de *Diálogos con Ferlosio*, resulta ser un modelo para publicaciones de este tipo. Hay que decir que gran parte de la calidad de estas entrevistas se debe a la actitud del propio Ferlosio que ha concedido muy pocas desde el año 1956, en que ganó el Premio Nadal con la novela *El Jarama*, y que siempre exigía que le fueran dadas por escrito y con tiempo para poder contestarlas, un poco similar, pero por distintas razones, a lo que exigía Nabokov. Esta actitud se reflejaba en los entrevistadores que tomaban una entrevista con Ferlosio como algo digno de ser considerado un acontecimiento y solían prepararse mejor que con otras, más dadas a urgencias. De ahí que este libro sea, por estas características, muy distinto a los de similar condición. Y cito aquí, como ejemplos muy diferentes, la compilación de entrevistas a Ramón del Valle-Inclán que editó Pre-Textos o *Palabra de Lorca*, publicado por Malpaso y que recogía las entrevistas que concedió Federico García Lorca. Tanto Valle-Inclán como García Lorca fueron autores muy populares en su época y estos libros recogen esa condición por

el gran número de entrevistas, como se decía entonces, que se les hicieron. Estas entrevistas poseen, leídas ahora, un defecto inherente también al género que se realizaba en el reportaje de aquellos años y que era el de la previsible plantilla de las preguntas, de tal manera que salvo alguna que otra firma, como Manuel Chaves Nogales o César González Ruano, éstas solían ser calcadas unas de otras. De ahí el lado un tanto monótono y falto de interés de la mayoría de las mismas, lo que resta goce al lector y calidad a un género que consiguió grandes cotas literarias en el siglo pasado. Hay que añadir que estas entrevistas reflejan el grado de precariedad y de falta de presupuesto de los diarios de aquellos tiempos. Por ejemplo, en España había ochenta y cuatro periódicos y, de ellos, treinta en Madrid, pasando sólo seis de ellos de los cien mil ejemplares. Los periodistas eran buenos reporteros de calle pero aún no existía el modelo de periodista cultural, producto de una sociedad más rica.

Diálogos con Ferlosio consta de cuarenta y cuatro entrevistas realizadas desde que ganó el Premio Nadal con *El Jarama* en 1956, la primera hecha por *La Vanguardia* que en realidad es «una a tres», pues interviene de vez en cuando Carmen Martín Gaité, hasta la última que le hizo Epicteto Díaz Navarro en 2017 para la revista *Campo de Agramante*. El libro finaliza con un hermoso retrato de Ferlosio escrito por Miguel Delibes, autor que no le gustaba nada a aquél; y, aunque faltan algunas entrevistas, muy pocas, debido a problemas de derechos en diarios o revistas desaparecidas o difícil de establecer contacto con ellas, bien se puede decir que el libro hace honor a su título.

Y como deberíamos imaginar cada entrevista ofrece un Ferlosio ligeramente ladeado

como corresponde al momento y al medio en que esa entrevista se ha publicado. Para mí esa circunstancia, lejos de ser una rémora, es un aliciente de la misma pues es un buen reflejo del momento en que se ha hecho; en este sentido, las realizadas por Blanca Berasátegui, por José Antonio Gabriel y Galán y, muchos años después, por Antonio Lucas son buenos ejemplos de lo dicho pues, en cierta manera, con sus descripciones suplen a la cámara y crean una especie de híbrido entre ojo y mano, entre descripción visual y diálogo, de buena resolución y que, todo hay que decirlo, ya empleó Platón en sus *Diálogos*. La mayoría, por diversas circunstancias, se ajustan mucho a la actualidad del momento, sobre todo la política, ya que Ferlosio fue uno de los grandes polemistas de su tiempo, pero también cuando Ferlosio publicaba alguna obra, lo que siempre era tomado como un acontecimiento. Desde luego la cosa tomó visos de ello cuando Ferlosio, gracias a la labor de Javier Pradera, publicó de una tacada tres libros de ensayos a los que acompañó con su tercera novela, *El testimonio de Yarfoz*, esa aventura de las guerras barciales. Es en ese momento cuando asistimos a una aceleración en la frecuencia de las entrevistas y, todo hay que decirlo, a un interés mayor hacia las mismas por la mejora en su excelencia. Aquí habría que citar las realizadas por Antonio Astorga.

Es probable que las entrevistas más lúcidas de que consta el libro sean las de Félix de Azúa y la de Fernando Sánchez Dragó, es decir, una entrevista inédita, pues no se publicó en su momento en la revista *Archipiélago* por diferencias con el propio Ferlosio, y una entrevista de televisión transcrita para la ocasión. La ventaja de estas entrevistas consiste en buena parte en su extensión, lo que da lugar a un explayarse que culmina

en cierta profundización en las cosas, pero también, y esto es determinante, en el prolijo conocimiento del autor que tenían tanto Azúa como Dragó. Son modelo de entrevistas al modo de las que sigue haciendo *Paris Review* en el mundillo literario y que ha dado fama internacional a la publicación norteamericana radicada en la capital francesa. Diría más, hay en la revista norteamericana una serie de frases hechas que dan personalidad a la publicación pero que, si se leen las entrevistas en conjunto, resultan un tanto hechas con cierta plantilla, así, la pregunta, ¿escribe usted a mano, máquina u ordenador?, algo de lo que, por suerte, estas entrevistas con Ferlosio carecen, porque todos sabemos que escribía no sólo a mano sino con querencia caligráfica de amanuense y una vez sabido esto, como el entrevistado sólo era él, se podían centrar exclusivamente en su persona por lo que preguntas así se ahorran. La entrevista de Azúa es sencillamente gozosa, inteligente, hilarante en ocasiones, como cuando Azúa describe la comida previa a la entrevista, Ferlosio tomaba potitos y Azúa se fue a solazarse en un Bocata's con ánimo curioso por lo menos, y continúa luego preguntándole sobre sus amigos, Zavala, Savater, Pollán... El resultado es un retrato magnífico de Ferlosio, donde brilla la mente del entrevistado, también su peculiar extravagancia, su irreductible sentido de la ética y los juicios literarios sobre sus contemporáneos, que en muchos causaron no sólo sorpresa sino cierta sensa-

ción de que había que vérselas con un caprichoso en muchos casos; pero tengo para mí que Ferlosio sencillamente decía en voz alta lo que muchos no se atreven a decir ni siquiera en susurros. Desde luego el autor de *El Jarama* se ahorró con esta sana actitud esa angustia que, de vez en cuando, le acontecía a Ventura de la Vega y que le duró toda su vida, tanto que, agonizando, confesó a sus hijos: «Me jode el Dante».

La de Dragó es quizá la entrevista más hermosa de que consta el volumen. Dragó posee una cualidad impagable, es ser apasionado y posee con el entrevistado siempre una actitud de empatía reforzada por su campechanía ilustrada y respetuosa. A veces, esa actitud se complementa con la de tratar al entrevistado como un semejante en gustos, tendencias y manías. Es gozoso asistir a las preguntas sobre las anfetaminas, la retirada en la España democrática de la Dexedrina, y cómo nuestros autores, porque en este caso son dos, consumidores de la cosa, se tuvieron que pasar a los adelgazantes como Bustaid, para mantenerse en ese peculiar énfasis intelectual que daban esas drogas. Además, al ser transcripción de una entrevista televisada se produce una cercanía que no se da apenas en las entrevistas concebidas para los periódicos.

Diálogos con Ferlosio, dentro del género, es libro señero y referente para estudiar con cierta profundidad y amplitud la obra y la persona de Rafael Sánchez Ferlosio. No es poco para un libro de entrevistas.

Carlos Granés

Salvajes de una nueva época. Cultura, capitalismo y política

Taurus, Barcelona, 2019

208 páginas, 18.90 € (ebook 7.59 €)



Los renglones torcidos del nuevo siglo

Por MANUEL ARIAS MALDONADO

Así como *La Codorniz*, legendaria publicación humorística nacida en la posguerra española, se anunciaba como «la revista más audaz para el lector más inteligente», este libro de Carlos Granés podría presentarse como un ensayo inteligente para lectores audaces: aquellos que no temen desviarse de la manida senda de los lugares comunes. En puridad, esto es más cierto de la segunda parte del ensayo que de la primera, que presenta una tesis menos original o más transitada por otros pensadores. Sin embargo, el libro en su conjunto se beneficia de la declinación latinoamericana de su autor, colombiano por nacimiento y antropólogo por formación, así como de una prosa brillante que recurre con frecuencia a iluminadores ejemplos para reforzar la tesis que pone sobre la mesa. Hay que celebrar

así que por una vez se cite a Arturo Usler Pietri en vez de a Franz Kafka, que el marxista peruano José Carlos Mariátegui figure junto a Antonio Gramsci o que se destaque la importancia política de la tertulia literaria del café Windsor en Bogotá. Acaso sin quererlo, Granés realiza por ese camino una interesante contribución a la historia global de la modernidad.

Su tesis central, en fin, se deja enunciar con facilidad: hoy volvemos a ser «primitivos de una nueva época» debido a la influencia del *smartphone* y a la redoblada contenciosidad de la vida pública. A esta conclusión llega Granés después de indagar en las tensas relaciones entre la producción cultural, el capitalismo y la política. Su premisa es que el arte, que es libérrimo por definición o al menos debería serlo, se ha visto

rondado en la modernidad por dos peligrosos festejantes: la política y el capitalismo. De ahí que el libro hable, en secciones sucesivas, de dos procesos paralelos: la transformación en mercancía de la vanguardia artística de comienzos del siglo xx y el retorno de la política salvaje a Europa bajo la máscara populista. Su actualidad, por tanto, está fuera de duda.

Empieza Granés por ocuparse de las tensiones entre la cultura y el mercado. Su resultado principal terminará siendo la asimilación capitalista del arte de vanguardia: el salvaje, de acuerdo con su certera imagen, se hace capitalista. Se ha dicho ya que esta sección es menos original, pues se trata de un fenómeno más estudiado. La idea de que la publicidad termina por asumir las reivindicaciones de la vanguardia, poniendo la búsqueda de la autenticidad en el centro de su imaginaria, puede encontrarse en trabajos como *La conquista del cool*, de Robert Frank, o series televisivas como *Mad Men*, referida por el propio Granés. Y la propia literatura empresarial se ha ocupado de la reinención del capitalista como emprendedor o innovador: alguien que, además de correr riesgos, se ve a sí mismo como un artista de la inversión. No obstante, el lector no tendrá en ningún momento la sensación de encontrarse con materiales de segunda; dos razones lo explican.

En primer lugar, como ya se ha apuntado, el autor estudia este conocido fenómeno a través de sus manifestaciones latinoamericanas. Naturalmente, no se limita a ellas: alude a Dalí, Warhol y el punk británico para describir la intersección entre capitalismo y vanguardia, sugiriendo provocativamente que Margaret Thatcher defendió la moral individualista del punk y que el artista contemporáneo se ha convertido –andando

el tiempo– en «el no va más del paradigma thatcheriano» (p. 78). Pero Granés se mueve como pez en el agua en la historia cultural latinoamericana y por eso puede fijar en la Revolución mexicana el momento en que se terminó con la búsqueda desinteresada de la belleza, sin por ello olvidarse del precedente que supone Rubén Darío cuando escribe sobre la guerra hispanoamericana del 98. Acierta el autor, al señalar el papel de la raza latina y la identidad nacional en el giro americanista del modernismo latinoamericano, anticipando una vanguardia cuyos protagonistas regionales se encargarían de fundar la mayoría de los partidos fascistas y comunistas del continente. Ser artistas y revolucionarios, ya fueran de izquierda o de derecha, era entonces la misma cosa.

En segundo lugar, Granés no hace un juicio peyorativo del sistema liberal-capitalista. Y es que no puede decirse que su desarrollo haya sido contrario al espíritu de las vanguardias: si éstas atacaban el tradicionalismo, ¿no contribuye el capitalismo a su erosión? O, por decirlo con el autor, ¿existiría la misma pluralidad de estilos de vida en ausencia del capitalismo? Parece razonable, a la vista de la uniformidad de las sociedades comunistas realmente existentes, concluir que no. De hecho, como ya mostrase entre nosotros el González Férriz de *La revolución divertida*, Mayo del 68 fue un fracaso político y económico tanto como un rotundo éxito cultural: «Como los dadaístas, los surrealistas o los situacionistas, ahora los jóvenes consideraban que era más importante tener una vida apasionada que una vida atada a las demandas morales y productivas de la generación previa» (p. 82).

No cambiaba el mundo, sino la vida: el sustrato individualista, experimental, expresivo, narcisista y hedonista de las van-

guardias históricas se hizo democrático. ¡Basta pasar un rato en Instagram! En lugar de etiquetas como «posmoderno» o «líquido», Granés prefiere hablar de un «tiempo dadá» caracterizado por la ironía, la mordacidad y el escepticismo. La caída del comunismo marca su comienzo; el apogeo está seguramente en la década de los noventa. Y si bien la reacción de los ciudadanos occidentales contra el atentado que sufrió la redacción de la revista satírica francesa *Charlie Hebdo* puede interpretarse como una defensa de ese espíritu descreído y pluralista, como hace Granés, no cabe duda de que una nueva solemnidad se ha abierto paso en las esferas públicas democráticas: identitarismo, victimismo y moralismo son ahora modalidades habituales del discurso.

Pueden encontrarse aquí páginas excelentes acerca de la preferencia del arte contemporáneo por las nobles causas. En este punto, nada queda del viejo espíritu de la vanguardia y la razón quizá se encuentre en su triunfo cultural: hoy el desafío al *establishment* proviene de la nueva derecha que querría acabar con el consenso moral forjado por la contracultura en los años sesenta. ¿A quién escandalizaría hoy Lenny Bruce? Las sociedades occidentales han abandonado sus viejos pudores, pero no se han privado de abrazar algunos nuevos. Y lo que Granés plantea es que la denuncia de las desgracias humanas no puede separarse fácilmente de su instrumentalización, a menudo en beneficio del artista. Un ejemplo de alto valor sintomático sería el proyecto *Episode III: Enjoy Poverty*, una película de Renzo Martens que trataba de enseñar a los congoleños a sacar partido de su propia tragedia vendiendo fotos de su malnutrición a los morbosos medios occidentales. Pero así como los fotógrafos congoleños no lograron

vender una sola foto, Martens pudo exhibir su película en varios centros europeos habida cuenta de sus credenciales como artista comprometido. El propio artista holandés resumió inmejorablemente la lección que de ahí cabe extraer: simbolismo para el pobre y dinero para el rico. Por este camino, el capitalismo se ha hecho social, verde, colaborativo. Y el arte también: todo se encuentra hoy aureolado de «pensamiento crítico». Por eso la Bienal de Venecia de 2015 pudo hacer una lectura continuada de *El capital*, empapándose con ello de anticapitalismo en un marco de turismo masivo y consumo de lujo. ¡Doble ganancia!

Pero si el salvaje se ha hecho capitalista, sostiene Granés, el civilizado se ha hecho salvaje. De eso se ocupa la segunda parte de su ensayo, dedicada a iluminar el proceso por el cual la risa irónica del dadaísmo compite de nuevo con la seducción del providencialismo ideológico. La tesis de Granés se sostiene sobre dos fenómenos observables: uno, que la política ha hecho suyas las estrategias del arte; otro, que el salvajismo político latinoamericano ha colonizado Europa bajo la forma del populismo. Pero ambas se relacionan íntimamente entre sí, pues ese nuevo populismo –aunque Granés se ocupa ante todo del caso español y no de otros populismos europeos– ha utilizado con habilidad el viejo recurso vanguardista del escándalo y la provocación.

Se remonta el autor, con buen sentido, a la célebre formulación que hiciera Walter Benjamin de los procesos paralelos que observara en la Europa de entreguerras: la politización de la estética y la estetización de la política. Pero nos recuerda que Mariátegui ya desarrolló en Latinoamérica el argumento de Gramsci acerca del uso político de la cultura con vistas a construir una nue-

va hegemonía. Y que, de hecho, los jóvenes populistas españoles que estaban en el núcleo del primer Podemos hicieron de Latinoamérica su escuela política: el interés del joven Pablo Iglesias por los movimientos antiglobalización le permitió asimilar las lecciones del subcomandante Marcos y Hugo Chávez sobre el empleo de la televisión, mientras que la estancia predoctoral de Iñigo Errejón en la Bolivia del entonces joven Evo Morales le señaló el camino de una construcción nacional-popular asentada sobre el conflicto entre los de abajo y los de arriba. Más ampliamente, el chavismo enseñó a estos jóvenes intelectuales que el lenguaje democrático podía enmascarar las aspiraciones revolucionarias y convertirse en una potente fuerza de legitimación del rupturismo político. Este modelo proporcionaba a los filósofos descontentos con la tediosa democracia liberal, tan propensa al consenso como a la prudencia reformista, un modelo para la recuperación de la «auténtica» política: aquella que toma el conflicto «como punto de llegada y no como punto de partida» (p. 120). De esta manera, el salvajismo latinoamericano desembarcaba en la democracia europea: esta vez los revolucionarios europeos no se han limitado a vivir peligrosamente en algún país del subcontinente, sino que se han traído consigo esas cualidades exóticas que, a su juicio, adornaban la política local. Se confirmaría así la visión orientalista explorada por Arturo Uslar Pietri en *Las lanzas coloradas*, a comienzos de los años treinta, de acuerdo con la cual Latinoamérica es el lugar donde lo natural y salvaje resiste las asechanzas racionalistas de la modernidad. Pero ahora es la política europea la que se ha contaminado de tribalismo, mitología, chamanismo. Todo ello, eso sí, en nombre de los princi-

pios democráticos: «Como el falso árabe o el árabe nacionalista es el falso demócrata o el demócrata populista, el que va a recalcar hasta la náusea que todo lo que hace está legitimado por los más puros principios democráticos» (p. 134).

Simultáneamente, la política se estetiza. El escándalo y la provocación que practicaban Verlaine o Rimbaud es ahora empleado con fruición –de la mano de las redes sociales– por Trump, Rufián o Beppo Grillo. Esto se deja ver con triste claridad en el caso del independentismo catalán, que el autor presenta como un destilado de sus argumentos: del asalto nacional-populista a la democracia liberal al uso frecuente de la *performance* que va de la Diada a las cadenas humanas y el gran montaje teatral del referéndum del 1-O. Claro que también la oposición al separatismo recurre al dadaísmo: Tabarnia es una parodia de las reivindicaciones nacionalistas y hemos oído a Manolo Escobar sonar atronadoramente desde los balcones. Y sin embargo, el éxito del nacionalismo tiene ante todo que ver con su oferta de sentido: en el desierto vital de la posmodernidad, el tribalismo posee una fuerte capacidad de arrastre para ciudadanos desencantados.

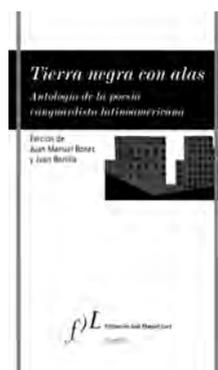
Granés concluye su ensayo sin alharacas, recordando brevemente sus ideas principales: el dadaísmo está en los parlamentos, el arte se alía con la corrección política y los europeos nos hacemos salvajes al importar las maneras de la política latinoamericana. Y es que bien puede decirse que una de las virtudes de este magnífico libro es su educada concisión, que confía en la capacidad del lector para asimilar unas tesis tan perspicaces como oportunas: merece la pena dedicarle nuestro tiempo, a fin de conocer mejor el tiempo en que vivimos.

Tierra negra con alas. Antología de la poesía vanguardista latinoamericana

Edición de Juan Manuel Bonet y Juan Bonilla

Fundación José Manuel Lara, Sevilla, 2019

800 páginas, 25.00 € (ebook, 9.49€)



Fervor de las vanguardias

Por FERNANDO CASTILLO

Fervor de las vanguardias, o, para ser más precisos, fervor de la poesía de vanguardia, por no decir entrega, pues sólo desde la devoción hacia ambos asuntos y del conocimiento de la época puede hacerse esta antología publicada por la Fundación Lara y realizada por Juan Manuel Bonet y Juan Bonilla, crítico de arte y ensayista, el primero, novelista y también ensayista, el segundo, poetas ambos. *Tierra negra con alas. Antología de la poesía vanguardista latinoamericana* es la consecuencia del encuentro de dos viejos amigos que comparten intereses y cuyas bibliotecas, ya legendarias, se han complementado con ejemplares raros y en muchos casos inexistentes en centros institucionales. Si con ocasión de la publicación en 2012, también por la Fundación José Manuel Lara, de la antología de la poe-

sía ultraísta realizada por Juan Manuel Bonet, titulada *Las cosas se han roto*, decíamos que sin la existencia de la biblioteca de su autor hubiera sido imposible la exhaustividad y la amplitud conseguida, ahora puede decirse lo mismo en lo referido a la poesía de vanguardia latinoamericana. Y es que en los anaqueles de las bibliotecas BB, unas iniciales míticas para los de cierta edad, se agrupan revistas, *plaquettes*, poemarios y antologías no ya raras, sino decididamente clandestinas que dan pistas de poetas conocidos, desconocidos y olvidados. A este conjunto excepcional de autores –al que han contribuido también los fondos de otra biblioteca de referencia, la sevillana de Abelardo Linares– se suman los poetas más conocidos como Jorge Luis Borges, Oliverio Girondo, César Vallejo, Pablo Neruda,

Nicolás Guillén o Vicente Huidobro. Es una iniciativa que va más allá de la elaboración de un canon pues tiene en muchos casos la cualidad de un rescate. Y es que si se han incluido, como no podía ser de otra forma, a los más destacados, el foco de la antología se ha dirigido preferentemente a aquellos que, como dice Juan Bonilla, se quedaron a ras de suelo, donde precisamente se han encontrado mucho de sus libros. Un guiño a los mercadillos y rastros de los dos continentes que ambos antólogos conocen y difunden.

En su antología, de título tomado de un poema del ecuatoriano Gonzalo Escudero, Bonet y Bonilla han reunido a ciento noventa poetas de todo el mundo latinoamericano, pues con acierto y mirada global han decidido incluir en su idioma original autores de la imprescindible vanguardia brasileña, tan próxima a Juan Manuel Bonet, quien comisarió una inolvidable exposición madrileña dedicada a Tarsila do Amaral, mujer del poeta Oswald de Andrade. Y es que el modernismo, o sea, el vanguardismo brasileño, tan influyente en el continente, es imprescindible para entender la realidad americana de la época de las vanguardias en su complejidad, lo que incide en el carácter latino de la antología.

De la geografía poética de *Tierra negra con alas* forman parte todos los países, naturalmente en distinta proporción dadas las diferencias intensidades en la reacción al contagio vanguardista. Son poetas pertenecientes a alguno de los innumerables movimientos de voluntad rupturista que aparecieron alentados por el entusiasmo de quienes hacían de heraldos de lo nuevo, trayendo de la entonces convulsa Europa las ideas que inspiraban el mundo de las vanguardias para enriquecerlas con las aporta-

ciones criollas e indigenistas, que suponía rizar la originalidad de las innovaciones nacidas en el «Viejo Mundo». Estos poetas escribieron y publicaron en sus países, tanto en las capitales como en ciudades de provincias más o menos apartadas entre montañas, selvas, desiertos o sertaos, donde parecía imposible que surgiera algún entregado a las vanguardias como Guayaquil, Cataguases, Arequipa... La pólvora vanguardista corrió por el continente latinoamericano gracias a una red de iniciados, en su mayoría poetas, semejante a la existente en Europa que se comunicaban enviándose poemarios y revistas artesanales de tipografía artística que estaban impresas de forma artesanal, lo que las hacía más innovadoras y atractivas. Estas revistas de tiradas testimoniales, algunas casi clandestinas, con papel de débil gramaje revelador de su precariedad, pero ilustradas con xilografías y caligramas, recorrían las inmensidades americanas como sus modelos europeos lo habían hecho a lo largo del viejo continente, de Lvov a Lisboa. Unas revistas con cabecezas de nombres muy literarios –*Amauta, Klaxon, Motocicleta, Irradiador, Prisma, Mural...*– cuyos autores tenían voluntad de renovar y sorprender hasta el extremo de renunciar a su identidad al cambiar en cada número de título, como sucede con la publicación impulsada en Lima por la peruana Magda Portal. Todos ellos tienen la misma intención de ruptura con el mundo anterior que encarnaba el simbolismo y el modernismo. Y todos ellos compartían idéntica fascinación por lo nuevo que había impulsado el seminal futurismo y que desfila por sus poemas. En sus versos abundan las referencias a la técnica en sus infinitas manifestaciones cotidianas, a la ciudad como sujeto y escenario, al *jazz-band*, al cine, a la veloci-

dad, a los deportes, a las hélices y los neones, a los tranvías y cabarets, a los automóviles y motocicletas, a los trenes y aviones, a las chimeneas fabriles y los hangares, a los paquebotes, a los motores, a la revolución, a la guerra moderna y jungeriana, a la radio, a los trampolines, a los rascacielos... Unos motivos propios de la modernidad y la utopía futurista surgidos en las viejas ciudades europeas que encontraron voz propia en el Nuevo Mundo al unirse y enriquecerse con el indigenismo y la negritud. Sin embargo, todos estos poetas además de compartir idénticas inclinaciones, como señala Bonilla, no dejan de escribir con voz propia, a solas, dando el esencial sello personal a sus textos, de ahí la presencia de un imprescindible repertorio biográfico que contribuye a explicar la singularidad de las autorías.

Son novecientas veintisiete páginas que reúnen poemas de casi dos centenares de poetas de veinte países que permiten un recorrido por la vanguardia latinoamericana y su mejor conocimiento dada la influencia de la poesía y de sus medios de difusión en el arte y la literatura. Gracias a estos textos, escogidos por Bonet y Bonilla con criterios de calidad, vigencia y representatividad, es posible aproximarse a los elementos que impulsan la poesía de vanguardia latinoamericana, así como sus conexiones, tanto continentales como europeas.

Todos estos poetas y los movimientos que inspiran, de los que se ocupa Juan Bonilla en la introducción –modernismo brasileño, ultraísmo argentino, estridentismo mexicano, indigenismo peruano, el creacionismo de Huidobro, el runrunismo chileno...–, demuestran la importancia del continente que habla español en el universo vanguardista nacido en Europa, especialmente en la poesía. La geografía de *Tierra negra con*

alas abarca todo el continente latinoamericano, de México a Chile, sin olvidar el a veces poco conocido mundo centroamericano, los países postergados en otras antologías como Bolivia y Paraguay, o la importante vanguardia cubana, a menudo orillada, especialmente la artística, a causa de razones ajenas a la cultura. Nada ha quedado fuera salvo la francofonía, aunque se hayan incluido poemas en francés como los del uruguayo Gervasio Guillot Muñoz. Quizás, puestos a ello, ese elemento latino hubiera podido ampliarse y añadir al martiniqués Aimé Césaire o el mundo haitiano de la *Revue indigène*, pero ciertamente hasta la virtud necesita límites como decía Cadalso, y además todo compendio que se precie debe ser incompleto.

Como en el género pictórico del cuadro dentro del cuadro, o como si fuera una matryoska, *Tierra negra con alas* es mucho más que una antología, pues más allá de los poemas antologizados el volumen contiene, casi diríamos ocultos, otros tantos libros que pueden leerse al margen de los poemas. Comenzando por el principio, nos encontramos con «La caravana americana», la introducción a cargo de Juan Bonilla que supera los límites de una presentación. Se trata en realidad de un ensayo independiente y una verdadera aproximación a la vanguardia latinoamericana desde la poesía y desde las revistas literarias. Es un largo texto de setenta y dos páginas de apretada letra que recorre con exhaustividad y ventilador en mano, todos los rincones del continente americano aventando poetas, poemarios y revistas entregadas a lo nuevo y diseccionando movimientos. Unas páginas, las de «La caravana americana», que pueden leerse como texto de referencia más allá de su condición presentadora, en las que están

presentes la erudición, la crítica literaria, el humor y la mirada del poeta que es Bonilla.

Algo semejante sucede con el otro libro que se esconde en el apartado de cada uno de los antologizados. Se trata de las ciento noventa biografías correspondientes a los autores recogidos que ha redactado Juan Manuel Bonet con su método habitual, el de las fichas y las pistas. Una metodología muy personal en la que la erudición y la mirada literaria se combinan y que ha dado lugar a obras tan conocidas como el *Diccionario de las vanguardias en España*, el reciente *El París de Cortázar*, o la introducción a *Las cosas se han roto. Antología de la poesía ultralista*, pero que también se encuentra en el origen de textos como el artículo titulado «55 voces para un diccionario Modiano», (*Turia*, nº 84, 2007), o el menos difundido *Le Montparnasse espagnol* (París, 2013), por citar solo algunos.

Son las de Bonet biografías eruditas, sí, pero también son una suerte de microrrelatos por la manera en la que se exponen y recogen las trayectorias vitales de los poetas. Entre los casi dos centenares reunidos los hay que, con intensidad diferente, tienen una novela pues en algunos hay un misterio que se oculta tras el abandono de la literatura o la simple desaparición del escenario de las letras. En muchos de ellos hay

viajes y estancias en Europa, penalidades, desengaños y pasiones, compromiso político, exilios y guerras. Y hay, naturalmente, vidas largas y cortas. Hay también seudónimos muy literarios como Rosamel del Valle, Winett de Rokha, Luis Kyn Taniya o Serafín Delmar, quienes, al igual que Salomón de la Selva u Omar Cáceres, en este caso son sus verdaderos nombres, sí que tienen una novela. Todo sin olvidarnos de esa Troupe Ateniense, autora colectiva del poemario delirante y montevideano *Aliverti líquida*. Todas estas biografías, que sirven para dar a conocer al poeta y a su obra, al fin y al cabo, su función esencial, al tiempo que para situarlo en el mundo de las vanguardias, son también la base de un futuro diccionario y como tal pueden leerse de manera independiente de los poemas.

Para finalizar, queda señalar que, entre las páginas de esta monumental antología, que cabe considerar de referencia, hay también caligramas y dibujos, reproducidos en la certeza de que en la época de las vanguardias, las formas son inseparables del contenido. Todo ello, como los retratos que acompañan las biografías de los poetas, habla de una magnífica labor de edición de la que es responsable Ignacio F. Garmendia. En fin, un libro que será imprescindible a los dos lados del Atlántico.

Sonia Vital Fernández

Alfonso VII de León y Castilla (1126-1157)

Ediciones Trea, Colección Piedras Angulares, Gijón, 2019

336 páginas, 35.00 €



Ser rey-emperador en el siglo XII

Por ISABEL DE ARMAS

A punto de finalizar el año 2019, el alcalde socialista de León, José Antonio Díez, defendía que su provincia se independice de Castilla, ya que, León, Salamanca y Zamora tienen «todo el derecho del mundo» a ser una Comunidad Autónoma al ser «un Reino histórico de este país» y después de ser «el territorio más importante de Europa en el siglo XII». El Consistorio leonés reclama, por tanto, la segregación de esta provincia, de Zamora y de Salamanca, de la actual Castilla y León, para formar una nueva Comunidad, la de la región leonesa. El veterano periodista Fernando Ónega, buen conocedor de la historia de estas tierras, apoyaba este argumento al afirmar con rotundidad que «si algún territorio tiene derecho histórico a la autonomía es León. Con Zamora y Salamanca, como antes, o sin Zamora y

Salamanca, pero derecho histórico. Porque León ha sido reino antes que provincia. Y tuvo reyes y tiene Panteón de Reyes».

Este peliagudo tema de total actualidad, viene de todo a cuento a la hora de comentar el libro de Sonia Vital, *Alfonso VII de León y Castilla (1126-1157)*. La autora, que basa el presente trabajo en el contenido de su tesis doctoral, es doctora en Historia con mención de *Doctor Europeus* por la Universidad de Salamanca, además de máster en Protocolo por la UNED. Sus principales líneas de trabajo se centran en las relaciones de poder en el ámbito hispánico del siglo XII, analizando la compleja relación entre la aristocracia laica y el rey Alfonso VII en un contexto social y político en el que dominan las formas de organización feudal, temática a la que ha dedicado largos

años de estudio. El presente trabajo que comentamos, a juicio de la propia doctora Vital, no es un estudio de la persona de Alfonso VII como mera figura histórica, tampoco una descripción de acontecimientos políticos y militares. «Este libro desvela –nos dice–, mediante el exhaustivo análisis de la muy abundante y dispersa documentación existente, las relevantes aportaciones de este rey-emperador a la historia de León, y de la península ibérica, poniendo sobre la mesa la trascendencia de su decidida actuación política, administrativa y militar, así como los contextos y repercusiones sociales de esa actuación».

Alfonso Raimúndez, hijo de Raimundo de Borgoña y de la reina doña Urraca, accede al trono de León al fallecer la reina en marzo de 1126. A partir de ese momento, el rey lleva a cabo acciones para lograr su legitimación y la imposición de su autoridad. En su proyecto político está presente en todo momento la recuperación de la hegemonía alcanzada por su abuelo Alfonso VI, que se había visto desdibujada durante los años del complicado reinado de su madre. La autora describe a doña Urraca como una pieza clave en todo este complejo proceso. Tras muchos desencuentros y encontronazos con su segundo marido, Alfonso I de Aragón, la reina leonesa consiguió poner fin a su matrimonio en octubre de 1114 por medio de un concilio celebrado en León donde se llegó a amenazar a los cónyuges con la excomunión. Se puso fin al matrimonio pero no a la guerra que continuó durante un tiempo, ya que el aragonés no estaba dispuesto a abandonar los territorios que había usurpado a su esposa.

Tras recuperar el control del reino y con su hijo como sucesor seguro, Urraca siguió siendo la titular de este reino hasta el final

de sus días y como reina jamás cedió soberanía. Fue la primera reina titular de León, reinó a pesar de todas las dificultades de su época y a pesar de los competidores en el poder manteniendo el dominio sobre el reino heredado de su padre. Alfonso, ante la difícil situación política que dejaba su madre al fallecer, se apresuró a ir a León para presentarse como rey y asumir el gobierno al día siguiente de la muerte de su madre. Pero en León encontró serias dificultades por la manifestación de fuerza que la aristocracia del momento era capaz de oponerle. El nuevo rey deberá negociar con esta aristocracia para contar con su apoyo, sin el cual le habría sido sumamente difícil consolidarse en el trono e imponer su autoridad. A este tema crucial dedica la autora un extenso e interesante capítulo, ya que, las rebeliones que se producen durante este reinado son una manifestación patente de la competencia en las esferas de poder entre la aristocracia y el rey. Es preciso recordar la emergencia de ciertos cambios en la concepción del feudalismo, planteándose las rebeliones como un claro indicio de la transformación social que afecta a la relación rey-súbditos y que concluye en una relación privada y personal, fundada en lazos vasalláticos, que caracteriza la nueva realidad señor-vasallo. Como objetivo último de este proceso de transformación, Alfonso VII pretende su consolidación política. Para ello, procura fortalecer su poder recortando el que la aristocracia ha ido alcanzando durante las épocas anteriores e intentando someterla más a su autoridad.

Un importante apartado de este libro está dedicado a cómo se establece la jerarquía en torno al rey. En el siglo XII, por ejemplo, el cargo de alférez funcionó como elemento de introducción y consagración de

los aristócratas en el círculo de magnates. Al ocupar este puesto, los alféreces iniciaban su carrera política en un determinado reinado y se promocionaban en el poder llegando a alcanzar, más tarde, el título condal o responsabilidades mayores en el reino, tales como el gobierno de territorios por delegación del rey y la participación activa en las campañas militares que se definían en su política. También aquí se apunta que, en el proceso de selección de candidatos a los puestos de alférez y mayordomo del rey, es condición imprescindible la pertenencia del aspirante a una familia aristocrática poderosa y cercana a la monarquía. El interés de la familia en que uno de sus miembros ocupara un puesto palatino se explica no sólo porque el cargo constituía una forma de promoción individual, sino también, y sobre todo, porque ello significaba que la familia gozaba del favor regio, lo que podía suponer su progreso en las esferas de poder; algo muy importante en la rivalidad entre familias aristocráticas.

Otros cargos que también tenían gran importancia en esta época eran el de merino o el de *tenente*. El merino era un oficial público que se ocupaba de la administración económica, de la recaudación de las rentas y tributos. También se hacía cargo de la aplicación de la justicia y de movilizar a los hombres de la merindad para incorporarlos al ejército del rey. En cuanto a los *tenentes*, miembros de la aristocracia magnática con o sin dignidad condal, ostentaban el gobierno por delegación regia y procedían de las categorías más altas de la aristocracia. El vocablo *cónsul*, en el periodo de Alfonso VII, designaba a un magnate que, investido de la dignidad condal, ejercía autoridad sobre un territorio. Finalmente, en este apartado hay que incluir el infantazgo, que

era la dote de un señorío creado para que de él viviesen las infantas que permanecieran solteras. En principio, esa donación del rey a las infantas, para su sustentación, debía retornar a la monarquía una vez que éstas fallecieran. La presencia de las infantas sobre un territorio favorecía una colaboración positiva con la monarquía, ya que el rey podía contar ahí con un importante aliado para ayudarlo a asegurar el equilibrio entre los poderes aristocráticos del entorno.

Vemos cómo, con gran inteligencia y habilidad, Alfonso VII va transformando la organización feudal que constituía una permanente amenaza para su autoridad. Con el objetivo de conseguir este cambio, utiliza las propias estructuras feudales vigentes y así va logrando un mayor control de la aristocracia, en toda ocasión con diplomacia y mucha mano izquierda pero también con intervención militar cuando lo ve necesario. El fortalecimiento de su autoridad igualmente se constata en la reactivación de la expansión exterior por tierras castellanas hacia el corredor del Ebro y al Mediterráneo, y también hacia al-Ándalus siguiendo la tendencia ya iniciada por su abuelo con la conquista de Toledo.

Siempre desde las relaciones de poder en el centro de la acción política y social del *Imperator Hispaniae*, este libro analiza otros aspectos importantes del reinado de Alfonso VII: su coronación imperial en León en 1135, la segregación de Portugal y la división del imperio tras su muerte entre sus herederos, Sancho III de Castilla y Fernando II de León. Una de las obligaciones de los reyes como buenos gobernantes era la de intentar dejar estipulada la sucesión para que esta fuera pacífica. Alfonso VII, entendiendo su imperio como una yuxtaposición de estados feudales, lo dividió entre sus dos hijos

varones: Sancho, el primogénito, recibiría el reino de Castilla, mientras que Fernando, el segundogénito, recibiría León y Galicia. La autora afirma que hay que ver en esta decisión política del emperador un acierto que responde a la realidad y a las necesidades del momento. «No cabe duda –escribe– de que Alfonso VII había comprendido y asimilado el dinamismo expansivo castellano y el protagonismo que Castilla continuaría desarrollando en el futuro mediante una política permanente de avance».

La autora dedica todo un capítulo a la coronación imperial y su significado. «Es indudable –dice–, que la coronación imperial de Alfonso VII marca un nuevo impulso en su política, definida desde sus inicios por la voluntad de recuperar una hegemonía de proyección peninsular a través de la puesta en práctica de una particular visión de la *idea imperial leonesa*». También aclara que la particular idea imperial de Alfonso VII arranca de la que personificó su abuelo Alfonso VI, ya distinta de la idea original gestada en el siglo x. Alfonso VI fue el primer rey que se intituló *imperator* en primera persona conjugando e integrando dos tradiciones: por un lado, la *idea imperial leone-*

sa y, por el otro, la voluntad expansionista de la dinastía navarra. Este rey fue el *Imperator totius Hispaniae*, cuyo concepto aludía al proyecto político hegemónico sobre el que gobernó y sobre el que justificó su actividad de conquista con una clara intención de reunificar la antigua *Hispania*. Finalmente, la doctora Vital concluye con la síntesis de que, a finales de su reinado, la particular idea imperial de Alfonso VII difería ya de la que concibió su abuelo, sin duda alguna por el distinto contexto social y político que marcó este reinado. Alfonso VII hizo valer su supremacía sobre los demás reyes y reinos de la Península con una brillante política de vasallajes que lo colocaron en el concierto peninsular como un rey de reyes, reafirmando su hegemonía ante los procesos de fragmentación política que caracterizan este periodo.

El presente libro es, sin duda, una aportación fundamental para conocer más a fondo las relevantes aportaciones de este rey-emperador a la historia de León y de la Península ibérica, sacando a la luz la trascendencia de su decidida actuación política, administrativa y militar, así como las repercusiones sociales de esa actuación.



PREMIO CASA DE AMÉRICA DE POESÍA AMERICANA



La Casa de América convoca el **XX Premio Casa de América de Poesía Americana** con el fin de estimular la nueva escritura poética en el ámbito de las Américas, con especial atención a poemas que abran o exploren perspectivas inéditas y temáticas renovadoras. A este premio podrán optar las obras que se ajusten a las siguientes bases:

1. Podrán concursar autores nacionales de cualquiera de los países de América, con obras escritas en español, rigurosamente inéditas, que no estén pendientes de fallo en otro premio y cuyos derechos no hayan sido cedidos a ningún editor en el mundo.

2. Los trabajos presentados a concurso deberán tener un mínimo de 300 versos y su tema será libre.

3. Los trabajos también podrán remitirse por correo electrónico, en formato pdf, en cuyo caso se emplearán dos direcciones distintas: la primera, premiodepoesia@casamerica.es, para el trabajo concursante con el título y el pseudónimo correspondiente; y la segunda, premiodepoesia.pliica@casamerica.es con el título del trabajo concursante, nombre, fotocopia del documento de identidad o acreditativo de la nacionalidad, la dirección y el teléfono del autor, así como un breve currículum.

4. Cada participante sólo podrá concursar con un solo trabajo.

5. El plazo de admisión de originales finalizará el 24 de abril de 2020.

6. El premio, dotado con cinco mil euros (5.000 €) como anticipo de derechos de autor, incluye la publicación del libro ganador por la Editorial Visor Libros. La cuantía se entregará al ganador durante el acto de concesión del premio, junto con veinte ejemplares de la obra editada.

7. El jurado estará presidido por el director general de la Casa de América y contará con representantes de instituciones vinculadas a Iberoamérica, incluidas la Dirección de Relaciones Culturales y Científicas de la AECID, así como la ganadora de la edición anterior, uno o más poetas de reconocido prestigio y un representante de la Editorial Visor Libros. Los nombres de los miembros del jurado se harán públicos durante el anuncio del fallo del premio.

8. El fallo del premio y su proclamación tendrán lugar durante el mes de septiembre de 2020. La fecha del acto público de entrega se anunciará con la debida antelación.

9. El premio será indivisible. El Jurado podrá declarar desierto el premio si, a su juicio, ninguna obra tuviera calidad para obtenerlo.

10. Los organizadores no mantendrán correspondencia acerca de los originales enviados, y no se devolverán los trabajos presentados.

11. En cumplimiento de lo establecido en la Ley Orgánica 15/1999, de 13 de diciembre, de Protección de Datos de Carácter Personal, Casa de América informa que el envío voluntario de los datos personales para participar en el presente concurso supone el consentimiento del participante para la posible inclusión de los mismos en un fichero -declarado bajo titularidad de Casa de América-, que se abrirá con la finalidad de gestionar su participación en el XX Premio Casa de América de Poesía Americana. El participante que resulte premiado consiente y presta su autorización para la utilización, publicación y divulgación, con fines informativos, de su imagen, nombre y apellidos en el portal web www.casamerica.es, en las redes sociales asociadas a la Casa de América, o en cualquier otro medio de naturaleza similar, sin reembolso de ningún tipo para el participante y sin necesidad de pagar ningún derecho. De la misma manera, el participante que resulte premiado consiente la cesión de sus datos a la Editorial Visor Libros, a los efectos de gestionar la publicación del libro ganador. Para el ejercicio de sus derechos de acceso, rectificación, cancelación y oposición, deberá remitir un escrito dirigido a: XX Premio Casa de América de Poesía, Casa de América, Plaza de Cibeles, s/n, 28014 Madrid, España.

12. La participación en este premio implica la total aceptación de las presentes bases. Su interpretación o cualquier aspecto no previsto corresponde al jurado.

Para cualquier información adicional relacionada con el premio y los galardonados en ediciones anteriores puede consultarse: www.casamerica.es / www.visor-libros.com

Madrid, noviembre de 2019

Consejo Casa de América

Especial apoyo de

Alto Patronato



Entidades colaboradoras



CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

Don _____
Con residencia en _____ c/ _____
_____ nº _____
Ciudad _____ CP _____
DNI _____ Pasaporte _____ Email _____

Se suscribe a la revista CUADERNOS HISPANOAMERICANOS por el tiempo de _____
A partir del número _____
Cuyo importe de _____

Se compromete a pagar mediante talón bancario o transferencia a nombre de:
CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(IVA no incluido)

España

Anual (12m): 52€

Ejemplar mes: 5€

Europa

Anual (12m): 109€

Ejemplar mes: 10€

Resto del mundo

Anual (12m): 120€

Ejemplar mes: 12€

Pedidos y correspondencia

Administración: CUADERNOS HISPANOAMERICANOS.

AECID, Avda. de los Reyes Católicos, 4. 28040. Madrid, España.

T. 915827945. E-mail: suscripcion.cuadernoshispanoamericanos@aecid.es

AVISO LEGAL PARA SOLICITANTES DE INFORMACIÓN

De conformidad con lo dispuesto en la Ley Orgánica 15/1999, de 13 de diciembre, de protección de datos de carácter personal, le informamos de que sus datos de carácter personal son incorporados en ficheros titularidad de la AGENCIA ESPAÑOLA DE COOPERACIÓN INTERNACIONAL PARA EL DESARROLLO denominados «Publicaciones», cuyo objetivo es la gestión de las suscripciones o solicitudes de envío de las publicaciones solicitadas y las acciones que eso conlleva.

Para ejercitar los derechos de acceso, rectificación, cancelación y oposición previstos en la ley, puede dirigirse por escrito al área de ASUNTOS JURÍDICOS DE LA AGENCIA ESPAÑOLA DE COOPERACIÓN INTERNACIONAL PARA EL DESARROLLO, calle Almansa 105, 28040 Madrid.

Precio: 5 €



MINISTERIO
DE ASUNTOS EXTERIORES, UNIÓN EUROPEA
Y COOPERACIÓN



aecid



Cooperación
Española



9 771131 643008



0 0 7 6 2